



El
Guerrero

Heather Grothaus

Phoebe

Heather Grothaus

El guerrero

The Warrior

1° Trilogía Guerreros Medievales

Argumento

Inglaterra, 1075, un tiempo de crueles enfrentamientos y hombres que juran su espada al rey y a su país, un tiempo que cobra vida de manera magistral en esta historia épica sobre un poderoso guerrero normando y la mujer que era su destino...

Tristan D'Argent regresa de la batalla para reclamar el castillo que el rey Guillermo le ha legado, pero se encuentra con que sus tierras están bajo el cruel control de un traicionero rival, el hombre que ha pedido ante el rey a Tristan como prometido para su hija. Decidido a conseguir lo que se ha ganado sin verse atrapado en el matrimonio, Tristan se prepara para vencer utilizando cualquier medio necesario, pero entonces se ve enfrentado al hermoso rostro de la mujer que le persigue en sueños. Se trata de Haith, la hermanastra de su prometida.

Haith nunca imaginó que vería en carne y hueso al hombre que se le aparece en sueños desde que era una niña, su alma gemela, y peor todavía, que se convertiría en su mayor tormento. Atrapada en la amarga traición de sus enemigos, ni las firmes palabras de Tristan ni sus tiernas promesas podrán acallar el temor de que sus destinos puedan separarse... en un tiempo en que la mayoría de los hombres se gobiernan por la venganza, y el guerrero que lucha por amor es el que corre el mayor riesgo de todos...

Para Cody

Siempre te querré, mi niño adorado. Gracias.

Para Mary Frances Johnson, que estaba orgullosa de mí.

Y lo más importante: Para Tim, mi guerrero

Prólogo

Octubre de 1066

Castillo de Seacrest, Inglaterra

—El señor ha muerto, milady. Inglaterra ha caído.

El soldado se arrodilló ante Ellora, señora de Seacrest, en señal de respeto y agotamiento. Los toscos anillos de metal de su malla estaban cubiertos de humedad y de barro seco, y apestaba a frío y a suciedad, a desesperación y a sudor.

—¿Lord James ha muerto? —preguntó Ellora en voz baja sin dar crédito.

El soldado se limitó a asentir con la cabeza mientras permanecía en la misma posición suplicante.

—¿Cómo lo sabes? ¡Mírame! —le exigió haciendo un esfuerzo por mantener las manos entrelazadas sobre el regazo y no darle un golpe al joven, que ya estaba de lo más maltrecho.

El soldado levantó la cabeza y Ellora comprendió al instante la razón por la que había estado evitando su mirada: una herida le recorría la parte izquierda del rostro, le nacía en el casquete de cuero que tenía encima de la cabeza y le rodeaba la parte inferior de la oreja. Le faltaba el ojo izquierdo, un trozo flojo de piel irregular era lo único que le cubría la cuenca vacía. Sus labios grises se retorcieron en gesto de dolor cuando habló.

—Yo estaba justo a su lado cuando cayó —aseguró—. Su cuerpo viene hacia el castillo detrás de mí.

Ellora dirigió la mirada a través del inmenso salón hacia el portón de madera, todavía entreabierto tras la entrada a trompicones del soldado. Podía escuchar la creciente bulla que se estaba formando en el patio de armas que había detrás, los gritos y los lamentos de los siervos que habían quedado en el pueblo. El repiqueteo de unos pasos fue aumentando detrás de ella a medida que los sirvientes del castillo salían de otras estancias. Muchos habían visto acercarse al soldado que anunciaba el regreso de los hombres de Seacrest, y todos estaban ansiosos por tener noticias de sus seres queridos.

Sin decir una palabra más, Ellora rodeó al soldado y se dirigió hacia el portón como si estuviera en trance. Los criados circulaban a su alrededor y salían por la puerta como un río de agua turbia, indiferentes al estado de ánimo de su señora. Al otro lado de la empalizada de madera, los habitantes del pueblo pululaban sobre la suave colina que los alejaba de la ciudad en dirección al grupo de aproximadamente quince hombres que se acercaba. Regresaban quince hombres de los casi doscientos que habían partido para apoyar al rey Harold en lo que parecía haber sido sólo unos días atrás. Quince hombres, la mayoría cojeando y arrastrándose loma arriba, alrededor de un grupo con heridas más leves, que arrastraban un bulto grande sobre una camilla improvisada. Los criados y los habitantes del pueblo más rápidos alcanzaron enseguida al grupo, y Ellora vio a las mujeres corriendo de hombre en hombre, desesperadas, agarrando brazos, observando rostros, buscando a los suyos.

Los ojos de Ellora se clavaron en la camilla, y abandonó la seguridad del umbral para abrirse camino ella también hacia el grupo.

“Soy viuda”, pensó una y otra vez mientras se acercaba a ellos. “Mi esposo ha muerto”. Sus ojos marrones permanecieron secos, ella muy estirada, sus pasos lentos y medidos al son del toque fúnebre que resonaba en su cabeza: “Muerto. Muerto. Muerto”.

El grupo de soldados que llevaba auestas la camilla atravesó el muro del pueblo y dejó el bulto que cargaban a los pies de su señora. Los hombres que pudieron se arrodillaron.

—Mi señora —dijo el más alto del grupo. Se trataba de Barrett, un hombre muy conocido en Seacrest y para lady Ellora. Era la mano derecha de su esposo y también su amigo.

—Luchó con bravura hasta el final —se pasó la mano, que parecía la garra de un pájaro, desde la desgreñada melena hacia la fuerte barba—. Recibió un flechazo entre las costillas. No sufrió.

Ellora permaneció inmóvil, como si estuviera petrificada, con los ojos clavados en el bulto. Escuchó las palabras que Barrett pronunció con dulzura, pero fue incapaz de responder. La visión de la camilla le inundaba los sentidos. El cuerpo estaba envuelto en una tosca tela marrón, y sólo podía distinguirse la silueta de lord James, a excepción de una mano que había caído de la camilla y yacía con la palma hacia arriba sobre la tierra húmeda y compacta.

Los soldados que habían llevado la carga dieron un paso atrás en señal de respeto, excepto Barrett, que se negaba a dejar a su señor ni siquiera en su muerte. El hombretón se limitó a posar la mirada sobre un punto distante del horizonte, al sur, para proporcionarle a la señora un poco de intimidad. Parecía como si todavía estuviera vigilando al enemigo.

Ellora se arrodilló al lado de la camilla y alargó una mano vacilante para coger la de su esposo. La sintió fría y pesada, y la estrechó contra su piel cálida. Los dedos gruesos permanecieron rígidos sobre su palma, y ella le acarició con cariño la mano desde las yemas hasta la muñeca, hacia delante y hacia atrás. El patio estaba inusualmente silencioso. Sólo se escuchaban los suaves sonidos de los sollozos y los gemidos. Una repentina brisa fría se deslizó por la loma, presionando la túnica gris contra su delgado cuerpo y apartándole el velo de su rubia trenza. Ellora colocó la mano de lord James sobre su pecho y alzó el rostro hacia el viento, cerrando los ojos y aspirando el fuerte olor del otoño, una promesa del frío invierno que pronto envolvería Seacrest. Una única lágrima se le escapó de entre las pestañas. Su cálido trazo quedó enseguida congelado bajo la brisa.

Barrett se acercó más.

—¿Mi señora?

Ellora abrió los ojos. Desvió la mirada del brazo ahora extendido de su esposo y la clavó en una estrecha banda de color que tenía colocada alrededor de la manga expuesta de su camiseta.

—¿Mi señora? —repitió Barrett de nuevo—. ¿Lo trasladamos al salón?

“Una insignia”, pensó rozando levemente la banda azul cielo. Deslizó el dedo hacia el final y tiró para soltarla, dejando al descubierto un trozo de seda cubierto de barro y con la letra “C” bordada en hilo del mismo tono.

Ellora soltó el brazo de James como si le quemara. Todavía tenía el lazo enredado entre los dedos. Sentía que le faltaba aire en el pecho, no podía aspirar la brisa para llenarse los pulmones. Tenía el estómago líquido; sus ojos eran de piedra.

Se la había llevado a la batalla.

Finalmente aspiró algo de aire en el instante en que unos puntos negros comenzaron a nublarle la visión. Ellora alzó la vista para mirar el rostro preocupado de Barrett, y todo su cuerpo tembló cuando habló.

—Sí. Llévalo al salón.

Ellora siguió a su esposo fallecido mientras lo arrastraban en la camilla por la oscuridad del salón. Llevaba la insignia de su brazo apretada en el puño, y mientras los pocos hombres que le quedaban colocaban a James delante del fuego, la mirada de Ellora se dirigió hacia los escalones de piedra que daban justo al lateral derecho del salón.

—¡No! —el gemido resonó desde una habitación superior, dejando a soldados y sirvientes petrificados.

Ellora también se detuvo ante aquel sonido, pero sólo un instante antes de acercarse al pie de las escaleras. Estiró la mano para detener a una sirvienta que se dirigía a toda prisa a subirlas.

—Mi señora, por favor —suplicó la mujer atreviéndose a agarrar la muñeca de Ellora—. Dejarme ir con ella. Ella no...

Ellora levantó la mano y le cruzó la cara a la sirvienta de una bofetada. La mujer se detuvo al instante, y Ellora la zarandeó para que le prestara atención.

—¿Dónde están las niñas?

La mujer señaló hacia las escaleras con la mano que se había llevado a la boca cuando otra ronda de gemidos cayó sobre ellas como si fuera lluvia.

—Escúchame bien —le advirtió Ellora tirando de ella para acercarla hacia sí—, ve con las niñas y quédate con ellas hasta que yo vaya a buscaros.

—Pero mi señora, Minerva...

—Minerva querrá estar con su señora —Ellora soltó a la sirvienta empujándola hacia las escaleras—. Y ahora vete y haz lo que te he dicho o te echaré de aquí y te enviaré con los normandos que sin duda caerán enseguida sobre nosotros.

En cuanto la doncella se hubo escabullido escaleras arriba, una imagen borrosa vestida de azul y rojo brillante bajó por ellas, chocándose con Ellora y agarrándose a ella.

—¡Ellora! ¡Ellora! —gimió la mujer cerrando los puños sobre la túnica de la señora—. ¡Dime que están mintiendo! ¡Por el amor de Dios, no puede ser cierto!

—Corinne —Ellora mantuvo a la mujer de cabello rojo apartada de sus hombros, y sus duros ojos marrones aguantaron la mirada azul líquida y escrutadora. Ellora señaló con el brazo el salón que quedaba detrás de ella.

—Comprueba por ti misma lo que has conseguido con tu maldad.

Corinne miró detrás de Ellora y sus ojos encontraron la forma todavía cubierta del señor de Seacrest. Apartó a Ellora a un lado y se precipitó hacia el salón.

Tambaleándose y tropezando en su precipitación, se acercó arrastrándose lo que quedaba hasta llegar al lado de James. Las manos de Corinne se clavaron en la improvisada mortaja, y cuando el rostro del señor quedó al descubierto, con los ojos abiertos y vacíos, su grito atravesó el aire como un relámpago en la oscuridad de la noche. Apartó todavía más el paño y fue recompensada con la visión del asta dentada de una flecha astillada donde la habían roto, firmemente clavada en el pecho izquierdo del señor.

Corinne se vino abajo sobre el pecho de James y le acunó el rostro con las manos, agarrándole el oscuro cabello con los dedos. Ellora se acercó por detrás para situarse detrás de las figuras tumbadas de su esposo y su antigua amiga.

—No, tu maldad no te ha afectado sólo a ti, sino a todos. —Ellora le lanzó la bola arrugada del lazo a Corinne. La tela la golpeó con suavidad y luego cayó al suelo—. Lo embrujaste hasta el punto de que ya no pudo luchar —abrió los brazos todo lo que pudo, como si quisiera dirigirse al inmenso salón, en el que sólo había unos pocos y dolientes ocupantes—. ¡El guerrero más grande de toda Inglaterra! ¡El campeón de Harold y de la Corona! ¡No había espada de galés ni hacha de vikingo que pudiera herirle! Las bandas de ladrones no se atrevían a acercarse a Seacrest por temor a la ira de su señor. Y ahora... ahora... —Ellora cayó de rodillas y agarró a Corinne por sus mechones de cabello rojo, girando el sollozante rostro de la mujer hacia ella—. ¿Qué es esto? Una diminuta astilla de madera lo ha derribado. ¿Qué va a ser ahora de Seacrest, Corinne? ¿Qué va a ser de nosotros, de tu hija y de la mía cuando lleguen los normandos? ¿Lanzarás un hechizo para protegernos? ¿Para proteger a toda Inglaterra de los bárbaros de Guillermo?

Ellora dejó de sujetar a Corinne del pelo y permitió que su cabeza cayera una vez más sobre el pecho de James.

—Tú lo has matado —susurró Ellora. Y luego dijo más alto, con incredulidad—, ¡eres una zorra de pelo rojo! ¡Has conseguido matarnos a todos!

Se puso de pie y observó los rostros que la miraban fijamente.

—¿Qué hacéis ahí parados? —gritó—. ¡Esta hechicera ha matado a vuestro amo y señor! ¡Prendedla y haced que la cuelguen!

Los ojos de los presentes se abrieron de par en par por el impacto que produjeron sus palabras, y algunos desviaron la vista de su señora, que obviamente había enloquecido por el dolor.

—¿No? Entonces lo haré yo misma —los ojos de Ellora buscaron un arma, y al no encontrar ninguna a mano, agarró un tronco de la chimenea apagada. Levantó el pesado objeto por encima de la cabeza y se preparó para lanzarlo sobre la espalda expuesta de Corinne.

—¡Ellora! —la fuerte voz de una mujer resonó con fuerza y fue rápidamente secundada por el grito de una niña.

Barrett apareció de repente y le quitó el tronco de las manos. Lo apartó a un lado y estrechó a Ellora entre sus poderosos brazos cuando estaba a punto de arrojarlo sobre Corinne. La dama se quedó rápidamente sin fuerzas y se vino abajo en medio del dolor y la vergüenza, agarrándose a Barrett y sollozando.

Una niña de doce años corrió al lado de Ellora con sus trenzas rubias revoloteando, y se unió al abrazo de Barrett. Al otro lado del salón, la mujer de cabello gris cuya voz se había escuchado unos instantes antes arropaba a una niña más pequeña entre sus faldas. La niña se revolvió de entre las manos amables que la sujetaban y se liberó. Fue corriendo al lado de Corinne y se arrodilló a su lado.

—Madre, ¿qué le pasa a papá? —preguntó. Al ver que no obtenía respuesta, tocó a Corinne en el hombro—. ¿Madre? ¿Papá está durmiendo? ¿Por qué duerme en el salón?

La única respuesta de Corinne fue agarrar la mano de su hija, y la mujer mayor se acercó al lado de ellas. La niña alzó la vista.

—Minerva, ¿qué le pasa a papá?

Minerva se dejó caer sobre la esterilla de juncos.

—Oh, Haith, mi pequeña hada —murmuró acunando el rostro de la niña entre sus dedos nudosos—. El alma de tu papá ha dejado este mundo para unirse a los espíritus.

—¿Papá está muerto? —Haith se apartó de Minerva y miró más de cerca a su padre. Corinne seguía tendida sobre su pecho, y de ella salía una queda corriente de murmullos.

Haith estiró la mano y acarició vacilante un mechón de pelo de su padre. Luego se quedó muy quieta y dirigió la mirada hacia la otra niña.

—¿Bertie? —exclamó—. ¡Bertie, papá está muerto!

La niña rubia apartó la cabeza de la cintura de Barrett y, al observar la incertidumbre de su hermanastra, se acercó tambaleándose hacia ella. Las dos niñas se abrazaron sobre la esterilla de juncos y se quedaron mirando a su padre.

—No pasa nada —la tranquilizó Soleilbert acariciando a la pequeña, a la que llevaba cuatro años—. Papá está ahora en el cielo con los santos y los ángeles.

—Pero, ¿qué vamos a hacer sin él, Bertie?

—Todo va a estar bien —insistió Soleilbert a través de las lágrimas—. Todavía tenemos a nuestras madres y a Minerva.

Mientras las niñas hablaban, Minerva había traído varias cosas de la cocina en una bandeja y había vuelto a colocarse al lado de Corinne. Desmenuzó unas briznas de hierba en un pequeño cuenco de madera mientras murmuraba en voz baja. Añadió agua de una jarra y una pizca de sal. La anciana sacó su cuchillo de comer e introdujo la punta en el contenido del cuenco, esbozando líneas en la superficie del agua.

La pequeña concurrencia de aldeanos y soldados, Barrett incluido, salieron discretamente del salón cuando Minerva comenzó con su ritual. El sonido de sus plegarias cuando levantó el cuenco muy por encima de su cabeza sacó a Ellora de su meditación de duelo.

—¡No! —gritó corriendo hacia Minerva y arrojándole el cuenco de las manos. Cayó y se derramó por el suelo, vertiendo su contenido en la gente que quedaba alrededor de James—. ¡No traerás más maldad a esta casa con tus brujerías! —señaló con el brazo hacia su marido muerto—. ¿No has hecho ya bastante?

Minerva se incorporó para mirar a Ellora. Los ojos le echaban chispas.

—¿Cómo te atreves a decir que alguien podría hacerle daño a lord James en esta casa? ¡Hay que limpiar su cuerpo y bendecir su alma para que se marche!

—Entonces debe hacerlo un sacerdote —dijo Ellora sin echarse atrás—, no una pagana impía.

—¿Y exactamente dónde piensas localizar a un sacerdote, mi buena señora? —Minerva se acercó más, colocando la nariz a la altura de la de Ellora—. Tal vez no te hayas percatado de que el único fraile de Seacrest no ha regresado con los hombres de tu señor. ¿Debemos quedarnos sentadas a esperar que el cuerpo de James se pudra delante de nuestros ojos?

—Vete de aquí —dijo Ellora apretando los dientes—. Coge tus cosas y las de Corinne y su bastarda —miró con dureza a Haith, que seguía agarrada de Soleilbert—, y sal de este salón.

—¡Madre! —jadeó Soleilbert—. ¡No digas esas cosas!

—Te lo advierto, Ellora —dijo Minerva—, estás yendo demasiado lejos.

—No —Ellora sacudió la cabeza—. Esto ha durado ya demasiado. Nunca debisteis haber venido a Seacrest tantos años atrás, y ahora, el que os mantenía aquí —volvió a mirar a James y su voz se acalló un tanto—, ya no está.

—Esta casa es tan de Corinne como tuya.

—¡Ya no! —insistió Ellora.

—Nos iremos —aquellas suaves palabras pasaron entre las dos mujeres como una plancha de hierro. Corinne levantó la cabeza del pecho de su amante. Sus facciones parecían haber envejecido años durante la última hora. Minerva y Ellora la miraron conmocionadas.

—Sé que mi presencia ha sido una carga para ti, Ellora —dijo Corinne—, pero no siempre fue así. En honor a la amistad que una vez compartimos, partiremos al amanecer —sus dedos seguían agarrando a James—. Ahora ya no tenemos a nadie aquí.

—Corinne —dijo Minerva—. James hubiera querido que nos quedáramos. No tenemos por qué hacer esto.

—Muy bien —dijo Ellora como si no hubiera escuchado a Minerva—. El amanecer me parece un buen momento para que os marchéis.

—¡Madre, no! —gritó Soleilbert abrazando con fuerza a Haith—. ¡No hagas que se marchen!

—¿Qué está pasando, Bertie? —preguntó Haith con su pequeño rostro completamente pálido.

—¿Nos darás permiso para llevar a cabo la bendición? —preguntó Corinne con rigidez.

Ellora asintió secamente por toda respuesta, pero dio un paso adelante para agarrar a Haith y a Soleilbert del brazo.

—Voy a sacar a las niñas de aquí —dijo—. No tienen por qué presenciar estas cosas.

—No —Corinne agarró a su hija del otro brazo—. Haith se queda.

Reunió toda su fuerza y ganó el tira y afloja. Haith chilló y trató de agarrarse a Soleilbert, a quién Ellora estaba obligando bruscamente a ponerse de pie.

—Volveré, Haith —gritó Soleilbert mientras Ellora tiraba de ella escaleras arriba—. No tengas miedo.

Haith se retiró cerca de la chimenea y se sentó sola, agarrándose las rodillas con las manitas. Minerva corrió al lado de Corinne.

—¿Te has vuelto loca? —le preguntó a la otra mujer, que estaba recuperando con lentitud las hierbas caídas de la esterilla de juncos.

—No voy a discutir esto contigo, Minerva —dijo Corinne arrastrándose alrededor de lord James y estirando la mano para coger el cuenco volcado—. Si nos quedamos aquí sólo conseguiremos aumentar el rencor que me guarda Ellora. Es mejor que nos marchemos ahora.

Minerva volvió a colocarse al lado de Corinne para ayudarla y seguir defendiendo su causa.

—¿A dónde nos llevarás? ¿A Escocia? Se acerca el invierno y la zona está plagada de normandos. Dos mujeres y una niña pequeña viajando solas se convertirán en un blanco fácil para los soldados —Minerva agarró a Corinne de la muñeca—. Tendremos suerte si morimos de hambre.

—Tal vez —dijo Corinne soltando el brazo de las garras de Minerva—. Pero tenemos animales que nos lleven y provisiones de sobra para sobrevivir hasta el final del viaje —le hizo un gesto a su hija para que se acercara.

Haith se aproximó a regañadientes y le apretó el brazo a Corinne.

—Pero madre, Bertie no podrá encontrarme en Escocia.

—Harás nuevas amigas, mi amor —susurró Corinne acariciando el cabello de la frente de su hija—. Tal vez te encuentres incluso con que tus primas te están esperando para jugar con un hada pequeña como tú.

—No quiero primas —dijo Haith. Sus ojos azules, tan parecidos a los de James, se llenaron de lágrimas por primera vez aquel día—. Bertie es mi *hermana*.

—Sh-h-h —Corinne atrajo a Haith a su pecho—. Lo sé. Pero debemos irnos. Los dioses nos ayudarán en nuestro viaje.

—Los dioses no ayudan a los necios —murmuró Minerva. Luego, con un tono más amable le preguntó a Haith—: Hada, ¿tienes alguna plegaria que enviarle a los ancestros con el espíritu de tu papá?

Los sollozos de Haith cesaron un tanto y asintió con la cabeza.

—Entonces ponle la mano encima durante la bendición y habla con él —Minerva sonrió—. Puedes susurrar si quieres... él te oirá.

Haith se alejó del círculo que formaban los brazos de su madre y se colocó al lado de James. Apoyó la cabecita en el antebrazo de su padre y deslizó la mano en la suya. Haith cerró los ojos cuando Corinne comenzó a hablar.

—Con inmenso amor entrego el alma de mi adorado esposo James, señor de Seacrest, al lugar de paz que los dioses tienen reservado para él...

Haith se concentró en la oscuridad que había bajo sus párpados y habló con la mente.

¿Papá?

El fuerte olor a salvia quemada le alcanzó las fosas nasales y aspiró con fuerza el aire. Su mente buscó en la oscuridad para dar con su padre, sin saber muy bien qué aspecto tendría su espíritu o cómo lo percibiría. Las voces de Corinne y Minerva se desvanecieron poco a poco.

Papá, ¿puedes oírme? Soy Haith. Por favor, papá, madre va a sacarme de aquí y a separarme de Bertie. Oh, ¿por qué tienes que estar muerto? Tengo miedo de Escocia y de los normandos, papá. ¡Minerva dice que vamos a morir de hambre!

En medio de la oscuridad de su subconsciente, apareció un agujerito de luz, como si se hubiera encendido una pequeña brasa. Haith se concentró en aquella chispa con toda su fuerza.

¿Papá? ¿Eres tú?

El agujerito se hizo grande y se transformó en un punto, que se convirtió en una llama y después en un fuego amarillo dorado, tan cálido y brillante como la luz del sol. Una línea negra apareció en el centro de aquel sol y se fue haciendo más grande a medida que la oscuridad de la mente de Haith se convertía en un prado abierto de hierba verde, y la línea tomaba la forma de su padre.

James se acercó a grandes zancadas entre la hierba que le llegaba a la altura de la cintura, sonriendo y abriendo los brazos. Haith corrió hacia él gritando de alegría.

—¡Papá, has venido! —lanzó su cuerpecito sobre sus brazos y le hundió el rostro en el cuello. Su padre olía a sol cálido y a heno, y su espinosa barba negra le acarició la mejilla.

—¿Creías que no vendría? —se rió James abrazando a su hija—. Oh, Haith, cuánto te quiero —James bajó a Haith a la hierba con él y ambos se quedaron tumbados bajo el cielo azul.

—¿Qué vamos a hacer ahora que estás muerto, papá? —la niña lo miró con desconfianza—. Ya no parece que estés muerto...

James se rió a carcajadas, y aquel sonido pareció llenar todo el prado y el corazón de Haith. Su padre le hizo cosquillas en las costillas y ella también se rió.

—¿Verdad que no? —reconoció él—. Creo que sigo viviendo gracias a ti —sus ojos azules brillaron como joyas, y aquella dulce sonrisa no se le borró de los labios ni cuando pronunció las siguientes palabras.

—Haith, mi amor, pronto tendrás que enfrentarte a muchas pruebas, y quiero que me escuches con atención.

Haith asintió y sonrió a pesar de aquellas palabras que no auguraban nada bueno. Nunca se había sentido tan contenta como en aquel momento, acostada en brazos de su padre y escuchando el sonido de su voz.

—Pronto llegarán unos extraños a Seacrest —James inclinó la cabeza como si estuviera escuchando algo, pero lo único que Haith escuchó fue un pájaro y tal vez el distante trueno de una tormenta de verano—. No —se corrigió su padre—. Ya han llegado.

—¿Quiénes son, papá? —preguntó Haith trazando círculos indolentes sobre su pecho con el dedo. Ninguna flecha ensombrecía su amplia extensión.

—Normandos.

Haith se quedó muy quieta y miró a su padre a los ojos. Él tenía ahora la expresión muy seria.

—¿Me van a matar a mí también, papá? —preguntó con la barbilla temblorosa.

—No, amor, no —le aseguró él estrechándola contra sí—. Pero durante un tiempo habrá mucho dolor —el distante trueno se escuchaba ahora más cerca—. No debes tener miedo.

—Bertie me dijo lo mismo —Haith dirigió la mirada hacia el cielo en busca de nubes, pero no vio ninguna.

—Bertie es muy sabia, ¿verdad? —James volvió a sonreír y apartó a su hija de sí—. No hay demasiado tiempo, amor. Presta mucha atención.

—Sí, papá.

—No te separes de Minerva. Ella también es muy sabia, y te protegerá con su vida, pero tú debes hacerle caso en todo, ¿de acuerdo? —le pidió. Al ver que Haith asentía con la cabeza, continuó—. Haith, tú fuiste un regalo del Cielo para tu madre y para mí. El amor que nos tenemos el uno al otro es muy fuerte y especial, y eso fue lo que te creo a ti.

—¿Fue cosa de magia?

—Algo parecido —dijo James ahora precipitadamente—. Como nuestro amor es especial, tú también eres especial. Tal vez haya ocasiones en las que no sepas cómo actuar. Escucha a tu corazón. Reza. Sigue tu instinto. Aprende todo lo que Minerva tiene que enseñarte, y en su momento obtendrás todas las respuestas.

—¿Y qué pasa con Bertie? —preguntó Haith.

James se rió.

—Sí, Bertie te enseñará cosas también. Nunca estarás lejos de tu hermana, amor. Os haréis mayores juntas.

El trueno volvió a resonar una vez más, y James se incorporó tirando de Haith. La alta hierba se agitó sobre sus cabezas.

—Pero madre ha dicho que...

—No hay tiempo, amor —dijo James—. ¿Has entendido todo lo que te he dicho?

—Creo que sí, papá —Haith frunció el ceño—. Pero no me has dicho nada de madre.

—Tu madre y yo cuidaremos el uno del otro —James se puso de pie y la ayudó a levantarse. Se levantó el viento y les revolvió el cabello, negro el de su padre, rojo el suyo. James le señaló con un gesto detrás de ella y cuando Haith se giró para mirar, el castillo de Seacrest, que antes no estaba, apareció en la distancia. Haith contuvo el aliento... unos nubarrones negros se cernían sobre el castillo.

Haith sintió la cálida presión de los labios de su padre en la parte superior de la cabeza y sus manos fuertes agarrándole con firmeza los hombros.

—Ve, amor, y encuentra a Minerva —le dijo a su espalda. Un relámpago iluminó el antiguo castillo de madera como para reforzar su orden—. Dile a Bertie que la quiero tanto como a ti — Haith sintió el roce de sus labios en la oreja cuando le susurró—. Mucho.

James le apartó las manos de los hombros, y cuando Haith se dio la vuelta se encontró con el aire vacío. La niña miró hacia el otro lado del prado aterrorizada y vio a su padre de pie en una loma lejana situada en dirección opuesta a Seacrest.

Relámpagos y truenos surgieron de la quietud con lo que parecía ser la furia de los infiernos, y Haith levantó el brazo para protegerse los ojos. El viento sopló como un manto frío, zarandeando su pequeño cuerpo, y ella gritó:

—¡Papá!

James no era más que un pequeño bulto en la distancia, pero cuando habló, su voz sonó tan clara como hacía un instante.

—¡Corre, Haith! ¡Corre hacia Seacrest! ¡Ahora!

Haith se giró sobre los talones y corrió. El viento se hizo más fuerte, provocando que el pelo le azotara los llorosos ojos antes de pegársele a las mejillas. Se lo apartó y corrió rápido mientras los truenos y los relámpagos la perseguían más deprisa. Los cielos se abrieron justo entonces y la lluvia cayó en gotas pesadas y blancas que amenazaban con ahogarla.

Cuando Haith se acercó al familiar pórtico que daba al salón, disminuyó el paso y se arriesgó a mirar una vez más hacia atrás para ver a su padre. Tenía los pulmones sin respiración, y de pronto le dolía terriblemente la cabeza. Entrecerrando los ojos nublados, ahora apenas podía distinguir la figura de su padre, pero parecía que otra forma avanzaba a través del prado hacia él. Haith atisbo un cabello rojo ondulante y unos brazos extendidos hacia James.

—¡Madre! —gritó Haith. Entonces cayó el relámpago y todo se volvió muy, muy oscuro.

Capítulo 1

Abril de 1075

Castillo de Greanly, Inglaterra

—¡Deteneos! —gritó el hombre que parecía un oso. Estaba en medio del puente levadizo, defendiendo la entrada a Greanly, aunque las impresionantes puertas de hierro se habían bajado tras él—. Decid quién sois y qué venís a hacer a Greanly vos y los hombres que os siguen a caballo.

Tristan se giró para sonreír a su compañero, que acercó su caballo negro a la montura gris de Tristan. Su moreno amigo se quedó mirando al hombretón y suspiró.

—¿Es que las cosas tienen que ser siempre así de complicadas? —preguntó Pharaon con irritación.

—Eso parece —se rió Tristan—. Al menos sé que mis posesiones han estado seguras durante mi ausencia.

—He dicho —gruñó el guardián del puente—, que digáis qué deseáis o tendréis que véroselas con mi amiga —señaló con un gesto la gigantesca hacha de guerra que estaba sujetando.

Tristan se fijó en los bíceps duros como rocas del hombre, que se flexionaron cuando alzó el hacha, y supo que sería una buena baza para sus nuevas posesiones, aunque sólo fuera por su fuerza bruta y su lealtad hacia la aldea. Una cálida brisa de primavera recorrió la loma sobre la que se alzaba el castillo y alborotó con algo de esfuerzo el cabello rubio de Tristan, que estaba oscurecido por el sudor.

—Aquí huele de maravilla, Pharaon —dijo Tristan estirando los brazos antes de desmontar con un gemido. Movié varias veces los dedos de los pies, se giró a un lado y a otro y se balanceó hacia delante y hacia atrás sobre los pies.

Pharaon, que seguía montado, aspiró el aire.

—La verdad es que sí. Resulta muy refrescante después del hedor de Londres.

—Os lo advierto por última vez —dijo el guardián mirando a Tristan con recelo. Levantó la cabeza del hacha y la colocó en la otra mano, apretándola con fuerza contra su pecho cuando Tristan completó sus estiramientos y se acercó al puente con una sonrisa.

Barrett dobló los dedos sobre el hacha y cambió el peso sobre los pies con indecisión. Miró alternativamente al desconocido que seguía montado en el caballo negro y al hombre que se acercaba hacia él con tanta osadía.

¿Debía cargar contra él o no? El desconocido sonreía, y sus ropas eran de buen corte... sin duda no se trataba de un salteador de caminos que hubiera venido a robar el recién construido castillo, especialmente estando todavía tan lejos los camaradas que le seguían a caballo. ¿Se trataría tan solo de un viajero cansado en busca de provisiones?

Por otro lado, todavía no había respondido a las preguntas que le había hecho. De hecho, las había ignorado alegremente todas. ¿Sería un ser astuto y atrevido que se creería capaz de pillar a Barrett por sorpresa? La anchura de sus hombros y la dureza de las piernas indicaban que tenía fuerza suficiente como para mostrarse como un rival digno.

El hombre rubio se acercó a grandes zancadas al extremo del puente y miró hacia un lado, hacia el foso que había abajo. Luego le dio la espalda a Barrett e hizo algo con las manos que el otro hombre no podía ver.

—Discúlpame —dijo el desconocido girando un poco la cabeza.

Barrett supo que tenía que tomar una decisión. En aras de la protección del castillo, atacaría ahora y comprobaría más tarde si el desconocido respondía a sus preguntas.

Dando un paso de gigante hacia delante, Barrett se colocó detrás del hombre rubio y levantó el hacha por encima de su cabeza. De pronto, una sensación abrasadora le adormeció las manos, y el hacha cayó sobre el puente detrás de él sin provocar ningún daño. Barrett gruñó y se colocó las manos delante de la cara para ver las piedrecitas negras que se le habían clavado en la parte inferior de ambas palmas.

—¿Pero qué diablos...? —miró rápidamente al hombre moreno, que estaba haciendo círculos indolentes con las cuerdas de una honda de cuero que sujetaba entre los dedos mientras sacudía la cabeza. Bajo el puente resonó el sonido de un chorro de agua y Barrett giró la cabeza hacia el hombre rubio sin dar crédito.

—¡Eh! —dijo ofendido—. No hay necesidad de hacerse pis en mi puente.

Tristan se ató las calzas y volvió a girarse una vez más hacia la puerta. Sonrió y señaló con un gesto el cubículo de piedra que sobresalía en uno de los laterales del muro del castillo.

—Ahí es donde va a parar todo al final, ¿verdad?

El guarda se frotó las manos, que todavía le picaban, en las calzas y miró hacia la construcción indicada.

—En cualquier caso, es de mala educación —refunfuñó.

—Mis disculpas —se rió Tristan entre dientes haciendo una pequeña reverencia—. Me temo que esta es una costumbre en la que incurro cuando recorro largas distancias a caballo. Perdona, pero creo que se te ha caído el hacha.

—¿Quién sois vos?

—Me llamo Tristan D'argent, el descarriado señor de Greanly.

El guarda abrió los ojos hasta el punto de que estuvieron a punto de salirse de las órbitas. Hincó rápidamente una rodilla en el suelo e inclinó la cabeza.

—Mi señor —balbuceó—. ¡Perdonadme! No lo sabía.

—No te preocupes por eso... —Tristan se detuvo y miró fijamente al hombretón que seguía arrodillado delante de él—. ¿Cómo te llamas, buen hombre?

—Barrett, mi señor —dijo levantándose e inclinándose a la altura de la cintura—. Soy el alguacil de Greanly —el hombretón se sonrojó—. Es decir, hasta que vos decidáis otra cosa, por supuesto, mi señor.

—Bien hecho, alguacil Barrett —respondió Tristan—. Esto demuestra que haces bien tu trabajo, guardando mi casa hasta mi llegada. Te felicito.

Pharao había desmontado y se colocó al lado de Tristan.

—Tendría que haberte golpeado antes.

Tristan estaba acostumbrado a las miradas de curiosidad que provocaba su amigo, y Barrett no reaccionó de forma diferente al percibir el rostro picado de viruelas de Pharao, su cabeza envuelta en un turbante y el caftán blanco.

Pharao observó a su vez detenidamente a Barrett.

—Si hubiéramos sido salteadores de caminos, a estas alturas estarías muerto.

—¿Eso crees? —Barrett miró de frente al audaz desconocido y se cruzó de brazos.

—Alguacil Barrett, te presento a mi mano derecha, Pharao Tale'Ahn —dijo Tristan—. Phar, este es el alguacil Barrett.

Pharao hizo un gesto de desdén con la nariz mientras clavaba la vista en aquella bestia peluda, mientras que Barrett se limitó a gruñir, recordando tal vez el escozor provocado por la honda del otro hombre.

Tristan miró primero a uno y luego a otro. Su amplia sonrisa era la prueba de que la situación le divertía.

—Bueno —dijo entonces—, estoy deseando ver mi nuevo hogar. ¿Debemos avisar para que alcen las puertas?

Barrett apartó la vista de Pharao.

—Por supuesto, mi señor —se giró y gritó en dirección al muro de piedra que se alzaba por encima del foso—. ¡Levantad las puertas, patanes apestosos! ¡Ha llegado lord Tristan!



El extraño trío formado por Tristan, Pharao y Barrett avanzó por el patio de armas a su ritmo mientras los hombres de Tristan cruzaban los muros de Greanly. En medio del ruido de los cascos de los caballos y los gritos de los soldados, Barrett le dio a su nuevo señor una vuelta por los campos y el pueblo que quedaban dentro de los recién construidos muros.

Greanly era grandioso. Había sido construido por orden del rey después de que su ejército hubiera destruido el antiguo pueblo de madera. La construcción había necesitado tanto de siervos como de artesanos especializados, y había tardado seis años en completarse. El castillo y los muros exteriores eran unas magníficas construcciones de piedra que presumían de unas torretas cuadradas que apuntaban al cielo y contaban con unas gigantescas almenas situadas a lo largo del muro. El pueblo se extendía desde el castillo, y era lo suficientemente grande como para albergar a un bullicioso conjunto de varios cientos de personas. Contaba con edificaciones para cualquier oficio imaginable que se necesitara en una población como Greanly. En conjunto, a Tristan le recordaba a las inmensas propiedades de Francia, y se llenó de orgullo al darse cuenta que de aquel lugar era ahora su hogar.

Tristan tenía sus dudas de vivir lo suficiente como para tomar posesión de sus nuevas propiedades cuando aceptó hacerse cargo de Greanly. Desde que Guillermo tomó el poder, había estado ocupado en la tarea de luchar contra las revueltas de las facciones rebeldes, lo que provocó que Tristan y sus hombres estuvieran en guerra constante con un bando de disidentes o contra otro. Había sido una vida dura, en la que la amenaza de la muerte acechaba en cada esquina. El hecho de que Tristan hubiera sobrevivido a los años de derramamiento de sangre para conseguir finalmente su recompensa (un hogar para él y pronto para su esposa), suponía en sí mismo un milagro. Apartó de sí aquellos turbadores sentimientos y volvió a centrarse en el alguacil, que para entonces había terminado de enseñarles todo a Pharao y a él.

—Muy bien —Tristan aprobó de todo corazón la distribución del pueblo y asintió mientras miraba hacia el patio del castillo, que estaba abierto. Sus hombres habían llegado ya y estaban ocupados en las nuevas caballerizas, donde un par de muchachos se apresuraban a ayudarles con el equipamiento y acomodo de los caballos. Aparte de Barrett, los mozos de cuadra y unos cuantos aldeanos, el castillo y sus alrededores estaban vacíos.

—¿Deseáis entrar al salón, mi señor? —Barrett señaló hacia la gran edificación de piedra que dominaba el centro del patio—. Seguro que os vendrá bien comer y beber algo para reponeros de vuestro viaje.

—Enseguida —dijo Tristan fijándose en las cabañas desocupadas, en el granero vacío y en el terruño uniformemente verde que rodeaba el pozo público. Tras las lluvias de la primavera, el patio interior debería ser un auténtico lodazal, y no tener la apariencia de una zona de picnic londinense. Las pocas cabañas por las que habían pasado Pharao y él al acercarse a Greanly también estaban vacías, y los campos en barbecho, cubiertos de malas hierbas y cardos, cuando ya debería haberse iniciado la temporada de siembra.

¿Dónde estaban sus siervos? ¿Por qué no se habían plantado sus cosechas?

—Alguacil Barrett —comenzó a decir Tristan—, ¿puedo preguntar dónde están mis aldeanos?

Barrett se balanceó sobre los pies y se aclaró la garganta.

—Somos nosotros, mi señor. Eh... los que estamos aquí —dijo señalando con un amplio gesto del brazo a los pocos hombres y muchachos vestidos con el tosco atuendo de siervo que estaban atendiendo a los soldados—. Estamos a vuestro servicio.

—Imposible —aseguró Pharao con sequedad—. Guillermo no le hubiera encargado a mi señor unas posesiones sin siervos para atenderlas. Greanly era conocido por ser una villa próspera bajo el reinado de Harold.

—Así es —respondió Barrett estirándose y mirando a Pharao por encima del hombro—. *Antes de Guillermo*, en Greanly había cientos de habitantes. Sus hordas echaron completamente abajo el castillo y asesinaron al antiguo señor y a toda su familia. También destruyeron la mayor parte del pueblo —Barrett miró a Tristan casi como disculpándose—. Aquellos que sobrevivieron no tuvieron dónde ir, mi señor.

—Estoy perfectamente al tanto de la historia de Greanly, Barrett —aseguró Tristan—. Lord Nigel de Seacrest fue el encargado de acoger a los aldeanos hasta que se construyera el nuevo castillo —entornó los ojos en gesto meditabundo—. El verano pasado recibí en las Tierras del Norte la noticia de que Greanly estaba ya terminado, y el propio lord Nigel me envió palabra de que los habitantes de Greanly habían prosperado.

—Sí —Barrett asintió y sonrió.

Tristan suspiró y se frotó el puente de la nariz con los dedos pulgar y corazón. El sordo dolor que tenía detrás de los ojos amenazaba con convertirse en un ataque hecho y derecho.

Pharao recorrió el patio desierto con la mirada.

—A mí no me da la impresión de que hayan prosperado demasiado.

Barrett volvió a asentir.

—Oh, sí que han prosperado. Pero no en Greanly.

—¿Entonces dónde? —bramó Tristan perdiendo el último atisbo de paciencia que le quedaba.

Barrett se estremeció, sorprendido ante aquel arrebatado de ira de su nuevo señor.

—Pues en Seacrest, mi señor.

—Alguacil Barrett —dijo Tristan con tono mesurado—, ¿por qué mi gente continúa en Seacrest cuando su pueblo se ha reconstruido de manera magnífica? Sin duda estaban al tanto de que la llegada de su señor era inminente, y sin embargo los campos están sin plantar y el granero vacío.

Barrett compuso una mueca.

—Os tienen miedo, mi señor. Es por culpa de los rumores —Barrett dio un respingo cuando Tristan soltó una maldición, pero continuó hablando—. Han llegado noticias de los pueblos vencidos situados a lo largo de la frontera escocesa. La gente os llama “el martillo de Guillermo”.

La ligera arruga de la frente de Pharao fue la única prueba de que estaba escandalizado.

—Lord Nigel tenía la obligación de velar por el bienestar de la gente de mi señor. A estas alturas ya debería haberles ordenado que regresaran y se prepararan para servirle.

—Así es —murmuró Tristan—. Se le pagó generosamente para ocuparse de sus necesidades.

—He hablado con lord Nigel de este asunto en concreto, mi señor —dijo Barrett con una expresión solemne en su rostro peludo—. Esa es la razón por la que yo mismo estoy aquí.

—¿Y qué te dijo? —preguntó Tristan.

—Bueno —el gigante se rascó la cabeza con gesto pensativo—, dijo que no iba a recibir órdenes de alguien como yo y que si tanto me importaba Greanly, podía vivir aquí —Barrett sonrió de oreja a oreja—. Así que aquí estoy.

Tristan cerró los ojos y suspiró.

—¿Qué te dijo de los aldeanos?

Barrett se sonrojó.

—Oh, claro. Dice que no puede permitirse que los siervos abandonen Seacrest con la estación de siembra tan cercana y sin señor que los gobernara —Barrett se detuvo un instante, como si estuviera rebuscando en su cerebro en busca de una solución que le devolviera el buen humor a su nuevo señor—. Tal vez cuando os caséis con la dama...

—Muy bien, alguacil Barrett —lo interrumpió Tristan. Aunque estaba hablando con calma y amabilidad una vez más, se adivinaba una ira contenida—. Gracias por tus servicios y por tus intentos de devolverme mi rebaño perdido. Vamos.

Tristan se dio la vuelta y se dirigió hacia el salón a grandes zancadas. Abrió las gigantescas puertas y desapareció dentro. Pharao y Barrett se quedaron un instante mirándolo fijamente. Pharao parecía desesperado, Barrett claramente perdido. Los dos hombres se dispusieron a seguir a su señor al mismo tiempo. El alguacil caminaba pesadamente al lado de las gráciles zancadas de Pharao.

—¿Siempre eres tan torpe? —preguntó Pharao con desdén.

Barrett encogió sus gigantescos hombros y miró al hombre de piel oscura.

—¿Y tú siempre vas vestido con ropa de mujer?

Capítulo 2

—¡Minerva! —gritó Haith hacia el fondo de la cabaña. El niño pequeño que estaba sentado delante de ella en un taburete se revolvió impaciente, retorciendo la pierna y tratando de librarse de ella, que lo tenía sujeto por el tobillo. El corte de la planta del pie le recorría el arco en diagonal, y había estado varios días sin tratarse. La herida se había infectado, dejando la parte inferior del pie hinchada y de un rojo brillante. El niño miró hacia la puerta abierta de la cabaña y volvió a retorcerse.

—Ham por favor, estate quieto —dijo Haith distraídamente. Luego gruñó y se echó la trenza pelirroja por encima del hombro—. ¡Minerva!

Minerva apareció en el umbral arrastrando los pies desde la otra habitación de la cabaña. Parecía absolutamente contrariada. El áspero cabello le irradiaba de la cabeza como un halo antiguo, y sus astutos ojos negros brillaban de impaciencia. Se escuchó el gemido de una mujer en la pequeña habitación que quedaba detrás de ella.

—¿Y bien? —inquirió la anciana—. ¿Qué pasa?

—¿Puedes pasarme la cataplasma de cebolla? —Haith hizo un gesto para señalar una jarrita de barro muy parecida a las que tenía alrededor, situada en el estante superior. Del techo de la cabaña de la curandera colgaban manojos de hierbas secas, y en el fuego bullía con entusiasmo una olla que desprendía un aroma agradable y al mismo tiempo ácido.

Los gemidos de la habitación del fondo se convirtieron en un grito.

—Cógelo tú mismo, vaga muchacha —dijo Minerva—. Por lo que puedo ver, es el pie de Ham el que tiene problemas, no el tuyo.

—Si le suelto el pie saldrá corriendo —respondió Haith apretando los dientes. Miró a Ham con dulzura forzada—. ¿No es verdad, Hammy?

—Sí —el niño de ocho años asintió con energía—. Me iré de aquí aunque sea a la pata coja, si es necesario —le sonrió a Haith con ferocidad.

—¿Lo ves? —gritó Haith cuando Minerva se acercó para mirar el pie del niño.

—Ah —dijo Minerva acercando su rostro al de Ham—. Te voy a decir una cosa, muchacho. Si te atreves a mover aunque sea la nariz sin que Haith te de permiso, no nos molestaremos siquiera en ponerte la cataplasma —Minerva se incorporó y los grandes ojos marrones de Ham se clavaron en la hoz afilada que llevaba colgando del cinto—. Sencillamente, te lo cortaremos.

—Yo... yo... yo... —balbuceó Ham. Apartó la vista de la anciana y la clavó en Haith. Su rostro reflejaba una gran seriedad—. No me moveré.

Haith captó el disimulado guiño de Minerva antes de que la anciana regresara con la mujer que estaba aullando al fondo de la cabaña.

—¿Puedes dejar de gritar como una hidra y expulsar al bebe, Mary?

Haith le dirigió a Ham una última mirada de advertencia antes de sacar la jarrita con la cataplasma y desmenuzar unas hierbas frescas en un cuenco de agua. Después volvió a colocarse delante del niño, y Ham volvió a ponerle obediente el talón en el regazo.

—Gracias —dijo Haith sonriendo con suficiencia. Cogió el manojito de hojas y lo frotó entre las palmas de las manos hasta que lo convirtió en una masa húmeda y pastosa—. Ham, esto te va a quemar un poquito, pero evitará que sientas la herida cuando lo escurra.

Ham abrió los ojos de par en par, pero permaneció quieto.

—¡Ay! —gimió cuando Haith le colocó las hierbas lo más suavemente que pudo en la planta del pie.

—Cuéntame qué ha pasado hoy en el castillo —dijo Haith para intentar distraer al chico mientras preparaba la cuchilla—. Esta tarde he visto unos jinetes desconocidos.

Ham miró el instrumento y cerró a toda prisa los ojos mientras se agarraba con fuerza al taburete.

—Vienen de Greanly —dijo con tirantez—. De parte de lord Nigel.

Haith movió rápidamente la cuchilla hacia el centro de la herida de Ham, satisfecha al ver que el muchacho no daba un respingo. Un pus amarillo y espeso mezclado con vetas de rojo supuró del corte, y Haith apretó suavemente la carne con las yemas de los dedos para ayudar a la excreción del veneno. Continuó charlando con el chico.

—No he visto a Barrett entre los jinetes —dijo cogiendo el brasero en el que hervía un cacito con agua caliente. Metió un paño limpio en el cacito y luego lo enroscó alrededor del pie de Ham. El niño suspiró aliviado y abrió los ojos, animado por el tranquilizador alivio.

—No, Barrett no estaba —dijo Ham con un brillo entusiasta en sus oscuros ojos de ciervo—. Eran soldados.

—Hammy, no hay soldados en... —Haith se detuvo bruscamente al darse cuenta de lo que significaba la descripción que había hecho el chico de los jinetes.

—Sí —dijo Ham asintiendo—. Lord Tristan ha venido a Greanly.

Haith no dijo nada más durante unos instantes mientras levantaba el paño del pie de Ham y terminaba la cura con la cataplasma de cebolla y un vendaje limpio. También pronunció una corta plegaria para el niño.

—Ya estás —Haith le quitó con delicadeza el pie del regazo—. Ya sé que está empezando a hacer calor, pero búscate un zapato y mantenlo puesto para que el vendaje permanezca limpio. Mantente alejado del arroyo y de la curtiduría, y ven a verme dentro de tres días para que le eche un vistazo, ¿de acuerdo?

—Sí —Ham asintió y miró hacia la puerta.

Haith sonrió.

—Pues ya te puedes ir.

Cuando el chico salió cojeando de la cabaña, Haith se levantó y comenzó a recoger sus instrumentos. La mente le funcionaba a toda velocidad.

“Así que el martillo de Guillermo ha llegado finalmente”, pensó. “Ha venido a reclamar su recompensa tras haberse pasado casi diez años aterrorizando a Inglaterra. Ojalá hubiera podido ver su orgulloso rostro cuando se encontró con un castillo vacío al llegar”.

Un último y aterrador alarido salió de la habitación del fondo, seguido de los débiles sollozos de un bebé. Mary, que también había llegado a Greanly procedente de Seacrest tantos años atrás, había dado a luz a su hijo, el cuarto desde que se casara con John hacía cuatro años. La pareja no era mucho mayor que Haith cuando llegaron con los supervivientes de Greanly, y a nadie le sorprendió que John tomara a Mary por esposa.

La idea del matrimonio hizo que las remembranzas de Haith se convirtieran al instante en preocupación. Poco después de que lord Nigel reclamara Seacrest como suyo (y con él a Ellora y a Soleilbert), el nuevo rey de Inglaterra había buscado alianzas fuertes entre sus señores. Nigel había prometido a su joven hijastra con Tristan D'Argent, uno de los caballeros favoritos de la Corona. D'Argent, que estaba deseando complacer al rey, había aceptado el compromiso por poderes, prometiendo reclamar a su novia cuando Soleilbert tuviera edad suficiente y Greanly hubiera sido reconstruido bajo las órdenes de Guillermo.

Ahora Greanly se alzaba una vez más, convertido esta vez en un homenaje de piedra a uno de los guerreros más fieros de Guillermo, cuyo regreso significaba que Haith y su hermanastra serían separadas.

Nunca estarás lejos de tu hermana, amor.

Una repentina brisa fresca acarició la mejilla de Haith, y ella se quedó muy quieta, con todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo atentas a lo que sucedía a su alrededor. Un destello de dolor intenso y casi cegador le atravesó las sienes, y Haith se llevó las manos temblorosas al rostro.

—Haith —la llamó una voz cansada desde la otra habitación, rescatándola de sus ensoñaciones—, ven a ver al bebé.

—Enseguida voy —Haith contuvo las lágrimas. El dolor había desaparecido con la misma velocidad con la que surgió, dejándole la piel de gallina. Haith se estremeció para librarse de las incómodas sensaciones y ocupó las manos en recoger frambuesas secas y agua caliente para preparar un té... los partos de Mary siempre resultaban difíciles.



—¿Qué voy a hacer ahora, hermana? —susurró Bertie con premura posando durante un rápido instante la mirada sobre Haith.

Las dos jóvenes estaban sentadas una al lado de la otra en una esquina del salón, conversando mientras fingían coser con la aguja. Haith miró a su alrededor en busca de señales de que alguien estuviera escuchando antes de dirigirse a su hermana.

—Sinceramente, no lo sé —reconoció Haith—. ¿Te ha dicho algo lord Nigel?

—Nada —respondió Soleilbert—. Pero sé que lord Tristan me mencionaba en su mensaje. Madre tampoco ha recibido noticias, excepto que lord Tristan visitará pronto Seacrest para reclamar personalmente a sus siervos y a su... —Bertie tragó saliva—, prometida.

—No puede reclamarte, Bertie —aseguró Haith—. Todavía no estáis casados.

—Te garantizo que eso ocurrirá muy pronto —dijo Soleilbert mordisqueando sin ganas una galleta, la tercera desde que Haith y ella se habían sentado a bordar. Tragó el pedacito antes de seguir—. ¿Y si me pega? Apuesto a que a lord Tristan no le llaman el martillo de Guillermo por casualidad. Se rumorea que es un guerrero feroz que pierde fácilmente los estribos.

—Si te pega, eso sólo ocurrirá una vez —prometió Haith pinchándose sin querer el dedo al pensar en que algún hombre pudiera abusar de su hermana. Se llevó la yema dolorida a la boca un instante y luego señaló a Soleilbert para enfatizar sus palabras—. Si alguna vez te pone la mano encima, debes avisarme de inmediato. Ese mismo día cabalgaré hasta Greanly y le cortaré las dos manos.

Soleilbert soltó una risita. Sus redondas mejillas se sonrojaron alegremente, y Haith se alegró de haber calmado la ansiedad de su hermana aunque hubiera sido solo durante un instante. Soleilbert volvió a ponerse muy seria y sacó otra galleta de debajo de la labor que estaba cosiendo. Se tragó el pedacito de una vez y miró hacia su regazo.

—¿Y si no quiere quedarse conmigo?

Haith se detuvo completamente en medio de la puntada y miró a su hermana con asombro.

—¡Bertie! ¿Cómo puedes decir algo así? Cualquiera señor se sentiría honrado de tener como dama a una doncella tan dulce y hermosa como tú.

—Mi peso, Haith —dijo Bertie en voz baja y temblorosa. Se pasó la mano por las suaves loras y la plenitud de su cuerpo embutido en la túnica—. Y no lo niegues —le advirtió—. Sé que soy muy grande. ¿Crees que no estoy al tanto de las bromas que hacen a mi costa los hombres del pueblo?

Haith compuso una mueca de dolor.

—Y también las mujeres —añadió Soleilbert—. Muchas veces sus comentarios resultan más hirientes.

—Soleilbert —Haith dejó su labor en el suelo y cogió a su hermana de las manos—, eres la mujer más hermosa que conozco, tanto física como espiritualmente.

Haith bajó la cabeza hasta que Soleilbert la miró a los ojos.

—No existe nadie más cariñoso, adorable y leal, y no debes medir tu valía por lo que pueda decir la gente ignorante —le apretó a Bertie las manos—. Ellos no te conocen tan bien como yo.

A Soleilbert se le llenaron los ojos de lágrimas cuando se aproximó a su hermana y ambas se abrazaron.

—No me iré sin ti.

—Sh —susurró Haith—. No te inquietes por cosas a las que todavía no tenemos que enfrentarnos. Lo haremos cuando llegue el momento.

—¿Qué has hecho ahora para disgustarla? —preguntó una estridente voz femenina.

Las jóvenes se separaron secándose ambas los ojos para mirar a lady Ellora, que las observaba fijamente. Para empeorar las cosas, el demoníaco lord Nigel estaba al lado de la rubia dama.

Haith se levantó de la silla.

—Buenas noches, mi señora. Mi señor... Estábamos hablando de la inminente boda de Soleilbert.

Nigel sonrió a Haith, un ejercicio que provocaba que se le alzara una de las oscuras cejas en gesto sugerente. Aquello tenía el exasperante efecto de convertir un gesto amistoso en una desagradable mirada lasciva. Sus ojos le recorrieron el cuerpo de la cabeza a los pies, y, como siempre le sucedía, Haith se sintió desnuda bajo su mirada.

—Algo perfectamente normal, diría yo —aseguró Nigel—. Las mujeres tienen tendencia a preocuparse de su boda, particularmente de su noche de bodas —sus despreciables cejas se alzaron todavía más con aquella insinuación—. ¿Tal vez le estabas dando algún consejo?

—No lo dudo —dijo Ellora con desdén—. En cualquier caso, no tienes derecho a hablar con mi hija de semejantes intimidaciones —despidió a Haith con un gesto despectivo de la mano—. Vete de aquí, vuelve a tu choza con esa bruja con la que vives. El señor y yo queremos hablar con Soleilbert de un asunto familiar.

—Madre, por favor —imploró Bertie—, me gustaría que Haith se quedara. Ella es familia mía.

Ellora apretó los labios.

—No quiero volver a discutir ese punto contigo, hija...

—Que cese este parloteo —intervino Nigel—. No importa mucho que la muchacha lo oiga —se giró para dirigirse a Soleilbert mientras Ellora rozaba a Haith al pasar para ocupar la silla de la que la joven acababa de levantarse. Al ocupar el asiento, le lanzó una mirada perversa.

—Hijastra —comenzó a decir Nigel—, como te ha dicho tu madre, lord Tristan de Greanly ha venido por fin a reclamar su castillo y a su novia —miró fijamente a Soleilbert con una mueca lúgubre y mezquina—. Llegará a Seacrest dentro de una semana. Para entonces ya se habrán planeado las nupcias y se habrán resuelto los detalles de tu traslado a Greanly.

Al escuchar aquellas palabras, Bertie sacó un pañuelo de la manga y se lo llevó a los temblorosos labios. Ellora le dio una palmadita a su hija en la mano, y Haith tuvo que limitarse a quedarse mirándola impotente mientras Nigel seguía despotricando.

—Quiero recordarte que el comportamiento que tengas en la fiesta es de suma importancia —Nigel fue marcando sus órdenes con las yemas de sus delgados dedos—. No me avergonzarás con tus arrebatos emocionales ni tus ataques de histeria. Accederás a todas las condiciones que se establezcan para esa noche, y las *acatarás todas en su totalidad*.

Nigel se detuvo un instante para clavarle una mirada fulminante a Soleilbert.

—No harás ningún comentario a menos que se dirijan a ti directamente, en cuyo caso tu opinión debe ser un reflejo absoluto de la mía. ¿Me he explicado con claridad?

Soleilbert asintió, incapaz de hablar por miedo a que le saliera un sollozo. El corazón de Haith estaba con ella. Nigel se inclinó ligeramente hacia Ellora.

—Mi señora, ¿tienes algo más que añadir? —preguntó con un movimiento de la mano y una mirada significativa. Cuando Ellora respondió asintiendo con la cabeza, Nigel se colocó apoyándose contra la pared más cercana que había detrás de madre e hija. Haith lo observó de reojo y se encogió al sentir cómo la miraba con lascivia. Durante un instante lamentó no haber aprovechado la oportunidad para escapar que le había ofrecido antes Ellora, pero desechó al momento aquella idea por cobarde y poco leal hacia Soleilbert.

—Hija —comenzó a decir Ellora con sonrisa vacilante—, aunque la idea de casarte y dejar tu casa te inquiete, debes hacer todo lo que puedas para impresionar a lord Tristan.

Se detuvo y apartó la mirada del rostro de Soleilbert para fijarla en algún punto situado por encima de la cabeza de su hija.

—Por eso, a partir de este momento y hasta que te cases, le he dado instrucciones a la cocinera para que sólo te sirvan un plato de comida al día. También se ha terminado eso de sacar golosinas de la cocina.

Soleilbert alzó los ojos para mirar a su madre con asombro.

—¿Vas a matarme de hambre?

A Haith se le subió la sangre al rostro con el calor suficiente como para quemarle la piel. Al escuchar las siguientes palabras de Nigel, sin embargo, la indignación que sentía por lo que le estaba ocurriendo a su hermana se transformó en rabia.

—Dudo sinceramente que vayas a morirte de hambre, hijastra —se mofó—. Supongo que estarás de acuerdo conmigo en que tienes carne suficiente para conservar tus fuerzas durante varios meses, así que con más razón unas cuantas semanas.

Había que decir a favor de Ellora que tuvo la decencia de sonrojarse. Soleilbert dejó escapar un grito ahogado y salió corriendo del salón, precipitándose hacia las escaleras. Haith se giró rápidamente para ir tras ella, pero Ellora se lo impidió agarrándola del hombro.

—Déjala —le dijo—, con el tiempo comprenderá que esto es por su propio bien.

—¿Cómo puedes? —inquirió Haith sacudiéndose el brazo para soltarse.

La expresión de Ellora se endureció.

—No cuestiones mis motivos en lo que a Soleilbert se refiere, bastarda —se acercó más a Haith y la miró con desprecio—. Si por ti fuera, la mantendrías gorda y constreñida antes que verla florecer como señora de sus propios dominios —Ellora se aproximó aún más sin fijarse en los puños apretados de Haith y en su creciente ira—. ¿Estás celosa, putilla? ¿Eh? ¿Disfrizas tu envidia de preocupación porque anhelas su matrimonio con un noble?

—No eres digna de ser llamada madre —dijo Haith.

Ellora se retiró un tanto, y su rostro adquirió una expresión de gran asombro antes de que la rabia hiciera su aparición.

—¡Eres la puta de una puta! —grito alzando el brazo para golpearla.

—Contrólate, mi señora —se rió Nigel agarrándole la muñeca con sus finos dedos. A Haith le puso enferma ver su mirada burlona en aquel rostro demoníaco.

Ellora se retorció y trató de librarse de la mano de Nigel.

—¡Suéltame para que pueda enseñarle a esta putilla los modales que le faltan!

—¡Ya basta! —Nigel llevó a Ellora hacia las escaleras—. Ve a ver cómo está tu hija.

Ellora vaciló durante un instante. Sus ojos reflejaban el odio que sentía por Haith y también el miedo que le tenía a su esposo.

—Haz lo que te digo, Ellora —le advirtió Nigel—. Yo me encargaré de esta pieza —miró a Haith, pero la joven no se inmutó. No temía su ira, sólo su lujuria.

—Mi señor —obedeció Ellora apretando los labios e inclinándose hacia Nigel, aunque su mirada seguía lanzando chispas furiosas contra Haith. La dama se dio la vuelta y subió corriendo las escaleras.

Nigel agarró a Haith del codo y ella dio un respingo ante aquel inesperado contacto.

—Permíteme que te acompañe a tu casa —dijo con un brillo en sus ojos negros.

Haith se zafó.

—No os molestéis, mi señor —dijo dirigiéndose hacia el portón.

—Insisto —Nigel volvió a agarrarla y acompañó a Haith hacia el patio oscurecido por la noche.

Mientras él la acompañaba más allá del castillo, Haith miró con intranquilidad el terreno desierto que la rodeaba.

—Mi... mi señor —tartamudeó ella señalando hacia atrás con el brazo—. Mi cabaña...

—Silencio —ordenó Nigel con sequedad mientras continuaba tirando de Haith en dirección a los establos—. Sé dónde está tu cabaña. Pero hay cosas que quiero hablar contigo en privado.

Capítulo 3

Una vez dentro del establo, lord Nigel le soltó a Haith el brazo y ella se quedó parada en el pasillo, frotándose el punto donde sus dedos le habían apretado. Lo vio dirigirse sin prisa hacia la cuadra más cercana y acariciar la cabeza de un curioso corcel.

—Si no os importa, mi señor —comenzó a decir Haith al ver que Nigel permanecía en silencio—, me gustaría escuchar lo que tenéis que decirme. Minerva me espera.

Nigel continuó ignorándola y la incomodidad de Haith fue en aumento. El único sonido que se escuchaba era la suave respiración de los animales que los rodeaban y las risas calladas de los hombres que estaban en las cabañas cercanas. Las indecisas notas de un laúd viajaban con la brisa, despertando el rico y tosco olor del silencioso establo, y Haith fue consciente de lo sola que estaba. Finalmente, Nigel se dirigió a ella.

—Haith, está muy claro que lady Soleilbert y tú estáis unidas por un lazo muy fuerte —Nigel arrancó un puñado de hierba y se lo dio a comer al caballo.

—Sí, mi señor —reconoció Haith confusa. ¿Era aquel el asunto privado del que Nigel quería hablarle?—. Aunque somos de distinta madre, Bertie siempre ha sido una hermana para mí.

—También sé —continuó él sacudiéndose las delicadas manos y girándose para mirarla—, que la idea de que Soleilbert se vaya de Seacrest te preocupa. Tú te quedarás aquí.

Haith asintió con cautela pero no respondió. No era ningún secreto que Ellora no podía ni verla. Lo que le molestaba era el modo en el que Nigel había dado en el clavo y sabía cómo hacerle la vida imposible.

Nigel pasó por delante de Haith, riéndose entre dientes ante su silencio. Su aroma especiado hizo que se le volviera el estómago del revés. Parecía muy cómodo y miraba distraídamente a su alrededor.

—¿Qué responderías si te digo que hay una manera de que puedas acompañar a Soleilbert a Greanly?

Haith parpadeó muy sorprendida.

—¿Mi señor? ¿Le entregarías mi tutelaje a lord Tristan?

—No —dijo él ofreciéndole a otro caballo comida de su mano—. Seguirás siendo mi pupila, pero existe la posibilidad de que acompañes a tu hermana y la ayudes a instalarse.

Nigel se detuvo y se giró para mirar a Haith con la boca torcida en maliciosa mueca.

—Sobre todo si se rumorea que vas a dejar Seacrest porque tienes una proposición de matrimonio.

Al ver que Haith se limitaba a quedárselo mirando, Nigel continuó.

—Donald el herrero regresa esta noche a Greanly. Necesita una esposa.

Cuando comprendió por fin el significado de las palabras de Nigel, Haith contuvo el aliento. La imagen de aquel hombre rechoncho y con pinta de sapo que tenía el rostro quemado y la frente tosca le inundó la mente. Donald había llegado a Seacrest hacía muchos años y se había puesto a trabajar con el herrero del pueblo. Haith recordaba que era viudo, al parecer su esposa había sucumbido a las fiebres hacía dos años, aunque Minerva y ella dudaron de la causa de su muerte tras haber visto el frágil cuerpo de la mujer cubierto de cardenales negros y verdes.

—Mi señor —Haith se aclaró la garganta en un intento de estabilizar la voz—, no tengo ningún deseo de casarme con Donald.

Nigel soltó una risita indulgente.

—Por supuesto que no. Tu compromiso no será más que una farsa.

Haith observó a Nigel con recelo mientras él le quitaba el polvo a un taburete de madera y se sentaba en él como si fuera un trono. Siguió hablando.

—Haith, durante todos estos años he sido un fiel vasallo de Guillermo. Fui yo quien aseguró Seacrest para él, fui yo quien estuvo dispuesto a acoger a los habitantes de Greanly en mis propios dominios, y quien dirigió la construcción del nuevo castillo —Nigel alzó las cejas y agitó la mano hacia ella en gesto suplicante—. Me parece de justicia que me recompensen de acuerdo a todo ello, ¿no te parece?

El desagrado que sentía Haith por la codicia de Nigel provocó que su boca se curvara en una mueca de desconfianza.

—Mi señor, tengo entendido que Guillermo le recompensó por sus servicios.

—Si consideras una cuantas monedas y unos míseros acres de tierra suficiente recompensa, entonces sí, me ha recompensando —Nigel resopló y sus ojos se volvieron más fríos—. Seacrest se pudre delante de nuestros ojos, Haith. Mientras yo trabajaba aquí incansablemente, ese cachorro llamado D'Argent no ha hecho otra cosa que cabalgar por la campiña. Muchos habitantes de Seacrest se han casado con gente de Greanly... ¿qué será de nosotros cuando nuestra población se vea diezmada?

Haith se mordió la lengua. El deterioro de Seacrest se debía en su totalidad a la falta de cuidados de su señor. Nigel prefería dilapidar el estipendio de Guillermo en lujos personales y frívolos, como la rica túnica que llevaba ahora puesta, en lugar de ocuparse del mantenimiento de sus dominios. Haith tenía la sospecha de que su preocupación por la partida de los aldeanos se debía únicamente a su poca predisposición a perder el apoyo económico de Guillermo.

—Discúlpeme si lo que voy a decir está fuera de tono, mi señor —dijo Haith cuando hubo recuperado la compostura—, pero, ¿no anticipasteis este problema cuando le concedieron a lord Tristan la carga de Greanly?

—Entonces no importaba —gruñó Nigel—. Cuando se alcanzó el acuerdo matrimonial, D'Argent iba a permanecer durante muchos años al servicio del rey. Yo no esperaba que llegara a vivir lo suficiente como para ver Greanly terminado. Que lo haya conseguido confirma mis sospechas de su falta de méritos.

Nigel se puso de pie, claramente molesto.

—¡Debería ser yo quien tomara posesión de Greanly! ¡D'Argent no se merece semejante regalo, cuando yo he cuidado tan bien de sus habitantes! —apretando los puños, Nigel cerró los ojos y dejó escapar un profundo suspiro. Cuando hubo recuperado el control de nuevo, desvió su pérfida mirada hacia Haith—. Ese bastardo se sentirá ultrajado al ver que sus siervos no han regresado a servirle, ¿y por qué habrían de hacerlo? —Nigel abrió los ojos de par en par de manera sospechosa—. El martillo de Guillermo es un salvaje cruel y sanguinario.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Haith, y susurró con voz incrédula:

—Entonces, ¿por qué provocar su ira?

—Su ira no importará nada si Donald tiene éxito con el encargo que le he hecho hoy —al observar el gesto de asombro de Haith, Nigel se explicó—. El único modo que tengo de hacerme con Greanly es que el rey empiece a sentirse descontento con D'Argent o que éste muera.

Haith sintió cómo se le retiraba la sangre del rostro.

—Pero, ¿y qué ocurriría con Bertie?

—¿Qué pasa con ella? Aunque D'Argent muera, Soleilbert es joven. Tendrá otra oportunidad para casarse —Nigel se acercó a Haith mirándola fijamente—. No te preocupes por su bienestar. En lo único que debes pensar es en conseguirme la información que necesito para que D'Argent muera en caso de que el herrero falle esta noche.

La furia y el miedo se apoderaron de Haith, y sintió una opresión en el pecho.

—No pienso ser un peón en su juego, mi señor. Bertie es mi hermana, y participar en esta traición significaría destruir cualquier posibilidad de felicidad para ella.

—Di por hecho que tendrías reparos —dijo Nigel acercándose todavía más para levantarle un mechón de ardiente pelo rojo y acariciarlo entre los dedos—. Así que tienes otra oportunidad.

Haith dio rápidamente un paso atrás para apartar su cabello de las garras de Nigel. Él avanzó.

—Puede que Ellora te desprecie, Haith, pero yo he llegado a cogerle cariño a tu... ¿cómo lo diría? *ardiente presencia*. Por supuesto, puedes escoger quedarte en Seacrest —Nigel la rodeó haciendo un círculo, y Haith pudo sentir su cálida respiración en la nuca—. Como mi amante.

El interior de Haith se quedó petrificado, la respiración retenida en la garganta.

—Necesito un heredero, Haith —susurró—. El útero de Ellora es tan irritable como su forma de ser, y mi semilla no encuentra allí calor para engendrar un hijo.

—No lo haré —dijo ella apretando los dientes.

—Tómame tu tiempo antes de responder —le aconsejó Nigel pasándole la trenza por encima del hombro y dejando que le colgara por la espalda como una larga soga. Se la acarició primero con una mano y luego con la otra mientras seguía hablando—. Eres de sangre azul, Haith. Nuestro hijo sería el heredero de Seacrest, tal vez incluso de Greanly si mi plan tiene éxito. No te faltará de nada.

Nigel dejó de acariciarle la trenza.

—No me gustaría que estuvieras tan cerca de Donald y tan lejos de mí en Greanly. De hecho, temería por tu seguridad si esa fuera tu elección. Pero quiero que comprendas que las dos opciones que te he dado esta noche son las únicas que tienes —la sujetó por los hombros y la giró para mirarla con avidez a los ojos—. Cuando Soleilbert se haya ido a Greanly, Ellora no tolerará tu presencia aquí si yo no se lo exijo. Seré testigo de la caída de D'Argent y tú me ayudarás o tendrás que pagar el precio por ello. Tal y como yo lo veo, los dos salimos beneficiados.

Haith luchó contra el impulso de soltarse de sus brazos y salir corriendo. Sabía que Nigel podía sentir sus temblores y se odió a sí misma por tener miedo. Tenía que escapar, tenía que salir de allí.

—Mi señor —susurró—, no puedo escoger...

—Shh —Nigel le apoyó un dedo en los labios—. No te pediré que tomes una decisión esta noche. Pero piénsatelo bien en los próximos días, querida. Me darás tu respuesta cuando llegue lord Tristan, si es que no muere en Greanly —se acercó todavía más hasta que Haith pudo sentir la respiración de él contra su boca—, en cuyo caso tendremos que... *renegociar* nuestro acuerdo. Te hago un gran honor al ofrecerte esta oportunidad, adorable Haith. Si quisiera, podría tomarte ahora mismo.

—¡No! —Haith reuló, pero la mano de Nigel se mantuvo firme.

—No tengas miedo, mi señora —sonrió y volvió a estrecharla contra sí, apretando la totalidad de su cuerpo contra el suyo. A Haith se le revolvió el estómago—. Vendrás a mí por tu propia voluntad cuando llegue el momento —apretó los labios en los de ella, y Haith se retorció hasta que la soltó. Se tambaleó hacia atrás, frotándose la boca mientras se le llenaban los ojos de ardientes lágrimas.

Nigel se rió.

—Dudo mucho que Donald sea tan cortés contigo —dicho aquello, hizo una reverencia burlona y giró sobre sus talones para salir del establo.

Cuando Nigel se hubo marchado, Haith se dejó resbalar lentamente sobre los rudos tablones de madera de la cuadra que tenía detrás. Su cuerpo se convulsionó con sollozos de horror mientras se sentaba en el suelo sucio. Le quemaban los labios por su contacto, y parecía

como si la piel quisiera arrancársele de su cuerpo de asco. Haith aspiró varias veces con fuerza el aire mohoso del establo para tratar de centrarse.

Pero varias visiones le cruzaban por la mente, frustrando sus intentos: la angelical sonrisa de Bertie, la muerte de la esposa del herrero, su cuerpo golpeado; la vil sonrisa de Nigel al frotarse contra ella. Y en medio de las imágenes que le atravesaban la conciencia, escuchó la frase condenatoria de Ellora, antes dirigida a la madre de Haith y ahora a ella, resonaba una y otra vez, agujerándole la cabeza.

Put. Puta. ¡Put!

El pánico se apoderó de ella, y los sollozos fueron en aumento hasta que quedó completamente postrada boca abajo sobre el suelo cubierto de heno.



A Tristan le resultó muy sencillo atravesar la puerta de Seacrest sin llamar la atención después de que sus mensajeros hubieran sido admitidos en el patio de armas. Dejó su montura a cierta distancia del castillo a cargo de Pharao y se acercó a pie vestido con ropa sencilla. Aprovechándose del revuelo creado entre guardias y aldeanos por la noticia de la llegada del nuevo señor a Greanly, Tristan se deslizó de incógnito entre la multitud y observó a la gente a placer bajo la fuerte luz de la tarde.

Los fragmentos de conversación que lograba escuchar resultaban tan reveladores como descorazonadores. A Tristan le quedó claro que sus hazañas como uno de los guerreros favoritos de Guillermo habían llegado a oídos de sus desplazados siervos y habían conseguido crear una sensación de miedo y resentimiento entre la gente. Algunas historias sobre él de los levantamientos de las Tierras del Norte encerraban cierta verdad, pero muchos cuentos estaban hinchados con exageraciones y mentiras rotundas de crueldad y abusos.

—Dicen que dejó todas las aldeas reducidas a escombros—le escuchó decir a una rolliza aldeana a la mujer que tenía al lado—. No les dio ni una oportunidad. Mató a la mayoría de los hombres y colocó a los bastardos de Guillermo desde Escocia hasta Londres.

—Sí—reconoció la mujer que estaba a su lado—, también dicen que cabalga con un demonio que puede ver el futuro.

Tristan disimuló una sonrisa al escuchar la referencia que hizo la mujer de Pharao, y guardó la frase para contársela más tarde a su amigo. Estaba a punto de avanzar entre la multitud cuando otros comentarios le hicieron detenerse.

—Lord Nigel ha oído que es un corruptor de mujeres, y que también posee un apetito poco natural por los muchachos jóvenes.

Una de las mujeres contuvo el aliento, y Tristan sintió cómo a él se le subían los colores desde debajo de la basta camisa hasta el rostro.

—No regresaré a Greanly para servir a ese monstruo, lo juro—susurró la mujer—. ¿Quién es él para decir quién es de Seacrest y quién no?

Tristan se apartó de las mujeres sintiendo cómo su ira iba en aumento mientras cruzaba el patio con los oídos zumbándole por los cotilleos. Su paciencia había llegado al límite en lo que se refería a cómo había administrado lord Nigel a su gente.

—Sólo tiene un ojo.

—.. Se baña en sangre de cerdo.

—.. Es un tirano cruel. Lord Nigel dice que...

—.. Nos matará a todos de hambre o nos asesinará.

—Es un lascivo, un perverso.

—Nació sin testículos. Esa es la razón por la que...

Tristan se alejó de la enorme conmoción que se había formado para bordear el muro del pueblo y ordenar sus pensamientos a solas. Ahora comprendía la reticencia de su gente a volver a

establecer su hogar bajo sus dominios. Al parecer, Nigel se había acostumbrado a la floreciente mano de obra que ahora ocupaba Seacrest, y también al generoso estipendio dado por Guillermo para su cuidado. Sin duda Nigel veía sus graneros repletos y su próspero castillo con ojos golosos, y tenía pensado quedarse con las nuevas riquezas de Seacrest a expensas de Tristan. Aquellos rumores sólo podían haber salido del propio señor, porque la mayoría de los siervos no abandonaban su aldea en toda su vida.

La mente de Tristan comenzó a trazar un plan, y caminó sin rumbo entre las cabañas más alejadas mientras organizaba sus pensamientos. Un muchacho acababa de pasar cojeando delante de él con un pie vendado cuando el aterrador grito de una mujer rasgó el aire. La curiosidad se apoderó de Tristan, que se acercó a la cercana cabaña de la que habían salido el grito y el muchacho.

Asomó la cabeza por la rudimentaria ventana de la choza y la visión que obtuvo provocó que se le detuviera el corazón... la espalda de una mujer esbelta y flexible con unos mechones rizados y pelirrojos domados por una cinta de cuero. Tenía las manos ocupadas en algo que estaba haciendo sobre la mesa que tenía delante, y parecía indiferente a los gritos que ahora manaban como el agua de algún lugar del fondo de la cabaña.

Tristan pensó que aquella mujer bien proporcionada le resultaba extrañamente familiar, y sacudió la cabeza para librarse del repentino zumbido que se apoderó de pronto de sus oídos. Imaginó que podía aspirar el aroma a limpio que despedía desde donde él estaba agachado. Trató de calmar su inquietud quitándole importancia a la situación, y se dijo que la mujer debía estar sorda para no estremecerse ante los alaridos que iban en aumento detrás de ella. Tristan se rió en voz baja.

La mujer de la cabaña se quedó de pronto muy quieta y alzó la cabeza en gesto de alerta, a la escucha, ofreciéndole a Tristan la posibilidad de vislumbrar brevemente su perfil de porcelana. Él se agachó rápidamente bajo la ventana. Se le puso la piel de gallina en los brazos, y se dio cuenta de que aquella cálida belleza podía oír, después de todo.

Una voz profunda reemplazó los gritos anteriores y se filtró a través de la ventana, por encima de la cabeza de Tristan.

—Haith, ven a ver al bebé.

Tristan volvió a levantarse muy despacio para mirar por la ventana, justo a tiempo de ver a la joven estremecerse de forma muy parecida a como lo había hecho él. Luego habló.

—Enseguida voy.

Tristan sintió que el sonido de su voz le atravesaba el cráneo. La respiración se le hizo más agitada en el pecho mientras se alejaba tambaleándose de la cabaña, abriendo la boca en busca de aire bajo el menguante sol del atardecer.

Apoyó el hombro contra el muro trasero de la choza e hizo un esfuerzo por recuperar el aliento.

“Esa voz”, pensó con delirio, “¡es ella!”.

“No puede ser”, arguyó otra parte de él. “Esa mujer es un sueño, una pesadilla más bien. La mujer que acabas de ver no es más que una aldeana de rizos pelirrojos y buen cuerpo. No significa nada”.

Pero aquella voz...

A Tristan le dolía terriblemente la cabeza. El brillo de un sudor frío le cubría el rostro, y sentía las piernas débiles por el simple hecho de estar de pie. La sangre se le agolpaba en los oídos, repitiendo el sonido de las olas que rompían más allá de los muros de Seacrest, incitando a sus ojos a buscar en las chozas cercanas un lugar donde refugiarse.

Los establos estaban apenas a unos cincuenta pasos, y parecían brillar con el sol que estaba desapareciendo detrás de ellos. La oscura entrada bostezaba como una boca hambrienta esperando devorarlo, pero fue el único refugio que encontró.

Y necesitaba desesperadamente refugiarse.

Tristan se dirigió tambaleándose hacia los establos, protegiéndose los ojos de la luz que emanaba de su contorno. Sentía el cráneo tan duro que parecía que le fuera a estallar en cualquier momento, y no prestó ninguna atención a los gritos burlones que le lanzaban los aldeanos con los que se cruzaba.

—Un poco pronto para echarse a dormir, ¿no te parece, muchacho?

—Tal vez busque a una hermosa doncella para que le cure los males.

—¡Bien, pues las únicas que encontrará allí tienen cuatro patas que enredar en él!

Una vez dentro del oscuro refugio, Tristan dejó escapar un suspiro de alivio. Seguía teniendo la visión borrosa y cegada por el sol, pero el frenético palpitar del corazón había disminuido un tanto. Avanzó a tumbos por el pasillo del centro hasta llegar a una cuadra del fondo, que por suerte estaba vacía y cubierta de heno fresco.

Tristan cayó de bruces en la pila de heno mientras el suelo daba vueltas bajo sus pies. Cerró los ojos y la voz de la mujer llegó hasta él aunque cayó en un estado de inconsciencia.

“Sálvame, Tristan”, gritó la mujer que poblaba sus sueños. “Sálvame, me estoy muriendo”.

Capítulo 4

Tristan se despertó un poco más tarde y descubrió que el establo estaba envuelto en la oscuridad y que sentía la cabeza dolorida e hinchada. Presionó el heno que tenía debajo y se colocó boca arriba. Contuvo el impulso de gemir que le pedía su cuerpo cuando una voz masculina atravesó la oscuridad del interior de la cuadra seguida de los ruidos propios de una refriega.

—Dudo mucho que Donald tenga contigo la misma cortesía —dijo el hombre. Tristan escuchó el ruido de gente saliendo de los establos y luego un llanto contenido. Se puso de pie con sumo cuidado en deferencia a su dolorida cabeza y se abrió camino a tientas hasta la entrada de la cuadra.

Aunque la noche había caído por completo, a través de la lejana abertura se distinguía el paisaje del patio bañado por la luna, que también realizaba la primera mitad de los establos con su luz blanca y cálida. En un principio, Tristan creyó que estaba solo y atribuyó los sonidos que había escuchado al principio a un truco de sus oídos producido por los animales que estaban allí guardados. Entonces, un reflejo de cobre acentuado por la luz de la luna captó su atención. Sobresaliendo hacia el pasillo vio un mechón de cabello rojo y rizado.

Tristan se movió cautelosamente hacia aquella llama inmóvil de color. Sus pasos se deslizaron sin hacer ruido por el suelo sucio. Cuando se acercó al medio muro que ocultaba a la dueña del mechón, escuchó los callados murmullos que uno pronuncia cuando piensa que está solo. Como no quería sobresaltarla, Tristan dobló la esquina y cayó de rodillas ante la mujer que había visto a través de la ventana de la cabaña. Recordó que se llamaba Haith, su cabeza se aclaró al instante al verla tendida lastimosamente bajo la luz de la luna. El cabello, que se le había escapado de la trenza, la rodeaba como un arco brillante, indiferente a la suciedad y al estiércol sobre el que estaba apoyado.

Los sollozos de la mujer se acallaron, y se quedó completamente quieta, como si hubiera sentido su presencia, pero no alzó la vista.

—Por favor, mi señora —susurró Tristan, hechizado por la fina gracia de sus hombros, la delicadeza de su cuello desnudo—, ¿hay algo que pueda hacer para calmar tu pena?

Ella levantó muy despacio la cabeza que tenía enterrada entre los brazos cruzados, y cuando sus ojos se encontraron con los de Tristan, él se dio cuenta de que seguía llorando. La mujer dejó escapar un suspiro tembloroso y estiró una mano en su dirección como si estuviera maravillada.

—Creí que eras un sueño —murmuró.

Tristan sacudió la cabeza sin decir nada, bebiendo con los ojos la imagen de su rostro. Estiró la mano para tomar la de ella, y un zumbido lento y pesado le subió por el brazo.

—No —respondió—. No soy un sueño.

Sus manos unidas quedaron suspendidas entre ellos, y Tristan vio cómo sus lágrimas le resbalaban por las mejillas como delicadas y húmedas joyas.

—¿Qué puedo hacer? —le preguntó sintiendo el frenético e inexplicable deseo de consolarla.

—Estréchame entre tus brazos.

Aquellas palabras apenas resultaron audibles, pero para los oídos de Tristan sonaron como un grito. En cuanto aquella petición hubo salido de sus labios, Tristan la atrajo hacia sí, apretando su corazón contra el suyo y estrechándola con fuerza entre sus brazos.

Un relámpago cruzó el cielo de la noche, iluminando el patio que había más allá como si fuera de día. Los caballos recularon y relincharon asustados, pero el relámpago pasó inadvertido para las dos personas que estaban abrazadas en el suelo. Tristan acarició con la palma de la mano la nuca de Haith, y sus sollozos cesaron aunque seguía clavándole con fuerza los dedos en la espalda.

—Sh —murmuró él—. Todo está bien. Ahora estás conmigo.

—Tú no lo permitirás —dijo Haith contra la ruda túnica que cubría el pecho de Tristan. .

—Por supuesto que no —aseguró él sin saber y sin que le importara lo que acababa de prometer. Todas las terminaciones nerviosas cíe su cuerpo la sentían apretada contra él, y su corazón latía al mismo ritmo que el suyo. Lo único que sabía era que podría llevar a cabo cualquier empresa o luchar contra cualquier enemigo si ella se lo pidiese. El peso de sus sentimientos tendría que haberle resultado insoportable, pero Tristan se sentía sin embargo libre, como si estuviera volando.

—No tienes nada que temer.

Mientras Tristan continuaba abrazándola y meciéndola, el cuerpo de Haith se fue relajando, volviéndose inerte. La respiración se le hizo más lenta y acompasada, y una mirada a su rostro le confirmó que se había sumido en el sueño.

La mente de Tristan daba vueltas en una mezcla de alegría y confusión. Sus pensamientos giraban y mezclaban los sueños con la realidad. Aquella era la mujer de sus sueños, de eso estaba seguro. La mujer cuya voz y cuyo rostro lo habían atormentado y favorecido en sus sueños durante diez años no era una imagen espectral, sino un ser de carne y hueso que ahora estaba entre sus brazos.

Creí que eras un sueño, le había dicho. ¿Sabía también ella de su existencia, sabía que iban a conocerse? ¿Y qué pasaba con el hombre que la había dejado allí unos instantes antes? ¿Se trataba de su esposo, quizá? ¿De un amante?

Tristan estrechó con más fuerza entre sus brazos la figura de Haith. Nadie más la poseería aparte de él, prometió en silencio. No la tendría al alcance de la mano después de diez largos años de búsqueda para devolvérsela a algún sucio aldeano. Tristan hizo un esfuerzo por calmarse y tomó una resolución inamovible.

—No importa el precio que haya que pagar, mi amor —susurró sin darse cuenta de que había hablado en voz alta—. Ya sea un hombre cualquiera o un rey quien se interponga entre nosotros, yo te mantendré siempre a mi lado. Siempre —Tristan le apretó los labios contra la coronilla.

—¡Mi señor! —el susurro despertó a Tristan de sus ensoñaciones, y giró la cabeza hacia donde provenía la voz.

Pharao estaba parado justo delante de las puertas del establo.

—Tienes que venir enseguida —dijo ignorando el hecho cierto de que su señor estaba sentado en el suelo de un establo vestido como un siervo y abrazando a una desconocida dormida—. Los mensajeros estaban ya cerca de Greanly cuando fueron interceptados por una banda de hombres.

—¿Asaltantes de caminos? —preguntó Tristan tratando de concentrarse en las palabras de su amigo.

—No —dijo Pharao colocándose completamente bajo la luz de la luna—. Habitantes de Seacrest. Te están buscando con malas intenciones.

Tristan miró a Haith, que dormía plácidamente entre sus brazos, y luego otra vez a Pharao.

—¿Han conseguido entrar en el castillo?

Pharao sacudió la cabeza.

—Necios ingleses. Apenas son una veintena y han montando un campamento al otro lado de los muros —escupió al suelo—. Creen que tienes miedo de enfrentarte a ellos.

Tristan se quedó un instante pensativo y luego se puso con cuidado de pie sin soltar a Haith de entre sus brazos.

—Entonces tendré que ir a recibirlos como es debido. Dame sólo un momento.

Tristan hizo caso omiso de la expresión de asombro del rostro de Pharao y se dirigió por el pasillo hacia la cuadra vacía. Se agachó para depositar a Haith en el suelo, le atusó el vestido y le acomodó el cabello.

—Mi señora —susurró—. Si me oyes en sueños, presta atención a mis palabras. No sé nada de ti, de tu familia ni dónde descansa tu corazón. En caso contrario te llevaría conmigo ahora mismo en lugar de dejarte en este lugar tan rudo.

Tristan pensó en el hombre que le había provocado antes las lágrimas y frunció el ceño, uniéndolo las cejas.

—O tal vez no. Ahora debo dejarte, pero será durante muy poco tiempo. Escóndete aquí del hombre que te atormenta si quieres, pero te lo suplico, no te vayas muy lejos. Volveré a buscarte.

Haith gimió en sueños y se revolvió inquieta. Tristan inclinó el rostro para quedar suspendido sobre el de ella y se llenó los pulmones con su aroma.

—Te lo juro —posó suavemente los labios sobre los suyos, se incorporó rápidamente y se marchó, dejando a Haith con sus sueños.

Pharao se había arriesgado con audacia a que los descubrieran mientras buscaba a Tristan al dejar los caballos a escasa distancia de los muros de Seacrest. Los dos hombres evitaron fácilmente al guardia beodo y corrieron a pie para subirse a sus monturas. Una vez en ellas, la pareja se dirigió hacia el norte, en dirección a Greanly.

—¿Quién los lidera? —preguntó Tristan alzando la voz para hacerse oír sobre el ruido de los cascos de los caballos—. ¿Nigel?

—No —respondió Pharao—. Se trata sólo de una revuelta de aldeanos dirigida por uno de ellos —Pharao espoleó a su caballo, porque iba una cabeza por detrás de Tristan—. El único mensajero que logró escapar no tuvo tiempo de comprender sus motivos.

—No tengo ni la menor idea de por qué me buscan, pero sus motivos no importan —Tristan entornó los ojos para protegerse del fuerte viento, y apretó las mandíbulas—. Me buscan, y me tendrán.

Tras casi dos horas de dura galopada, Tristan y Pharao coronaron el último risco que nevaba a Greanly y divisaron sus inmensas torretas de piedra alzándose en medio de la neblina nocturna. Los dos hombres detuvieron sus agotados caballos y contemplaron la escena que tenían ante ellos. Un chisporroteo de fuegos agonizantes brillaba con luz tenue en la parte oeste del castillo, donde estaban reunidos los mensajeros que pretendían entrar en Greanly.

A Tristan le bullía la sangre. Los acontecimientos del día le habían dejado sumido en un torbellino de confusión, y su cuerpo le suplicaba alivio para no volverse loco por la tensión. Aquella noche llevaría a cabo la venganza por esta invasión.

Tristan se giró hacia Pharao, que permanecía montado y en silencio a su lado.

—Phar, ¿puedes entrar en el castillo de otra manera que no sea a través del puente levadizo?

Pharao se lo pensó un instante antes de responder.

—Sí puedo.

—Entonces hazlo. Una vez dentro, ordénale a Barrett que baje el puente para que esta gente pueda entrar.

Tristan explicó su plan con más detalle y Pharao asintió. El hombre bajó enseguida de su montura y se movió con agilidad en medio de la noche en dirección al castillo. Mientras esperaba a que se conocieran y se cumplieran sus órdenes, la mente de Tristan regresó con la mujer que

había dejado atrás en el establo de Seacrest. Una espiral interminable de preguntas sin resolver se enredó en su cerebro hasta que se dio cuenta de que sus pensamientos se quedarían sin respuesta.

¿Sería acaso su destino casarse con una aldeana común tras toda una vida de lucha para conseguir su actual estatus? Ser el hijo bastardo de una rama noble había supuesto para Tristan una carga pesada desde muy temprana edad, y cada recompensa recibida había sido bien ganada en todas las ocasiones. ¿Tendría que desobedecer ahora deliberadamente a Guillermo, su amigo además de su rey, y renunciar al matrimonio que tenía previsto para él? ¿Y cuáles serían las consecuencias de aquel acto? ¿Se vería obligado una vez más a abandonar un hogar al que apenas acababa de llegar? ¿Le despojarían de su recién estrenado título y tendría que exiliarse con su esposa aldeana?

No tenía familia a la que rendirle cuentas. El padre que había renegado de él llevaba mucho tiempo muerto, y la madre que lo había enviado lejos para evitar la vergüenza vivía en Francia. Tristan no la había visto ni había sabido nada de ella desde hacía más de veinte años. Tal vez también hubiera muerto.

Hubo un tiempo en el que Genevieve D'Argent pagó generosamente para que se ocuparan de su hijo bastardo. Tristan todavía recordaba con absoluta claridad el tintineo de las monedas que había en la bolsita que llevaba el criado de su madre. Sin embargo, en cuanto el mensajero volvió a subirse al caballo, la anciana que se encargaba de su tutela se guardó las monedas en el bolsillo y le dio un puñetazo a Tristan en la cabeza.

—Lárgate de aquí, huérfano —gruñó empujando a Tristan por la puerta de su cuarto de la ciudad que daba a una calle estrecha—. No necesito más bocas que alimentar, y menos la del bastardo de un noble.

Tristan se limitó a mirar a aquella arpía con los ojos de un niño de diez años confuso y herido. Aunque su madre le había dicho que aquella mujer cuidaría de él, un instinto primario le decía al pequeño Tristan que desconfiara mientras acariciaba con los dedos la pesada piedra azul que llevaba en el bolsillo.

—Señora —tartamudeó Tristan—, mi madre me ha dicho que quede con vos hasta que ella venga a buscarme.

La bruja echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada burlona.

—Eres un petimetre estúpido —dijo con una mueca de desprecio—. No va a venir a buscarte. ¡Te ha dejado aquí para librarse de ti! Y ahora lárgate antes de que te de otro golpe —avanzó hacia él amenazante.

Y Tristan salió corriendo y gritando de allí.

Tristan trató de sacudirse aquel pasado horrible que él mismo había conjurado cuando vio cómo descendía el puente levadizo de Greanly. Los hombres del campo enemigo se agitaron y se acercaron a la pequeña banda de soldados que surgieron del interior de los muros de Greanly. Aunque Tristan no podía oír lo que se decían, estaba convencido de que sus hombres seguirían las órdenes que les estaba transmitiendo Pharaoh, la única familia que le quedaba a Tristan.

Cuando el último de los posibles agresores hubo atravesado la puerta, Tristan puso su montura a un paso relajado y el caballo de Phar lo siguió dócilmente. Ya no era un muchacho asustado al que se podía rechazar con facilidad. Una sonrisa dura y perversa se le dibujó en las comisuras de los labios, pero no llegó a alcanzarle los ojos.

Nadie, prometió, nadie volvería jamás a arrebatarle lo que era suyo por derecho. Los subordinados de Nigel habían ido hasta Greanly en busca del martillo de Guillermo, y Tristan tenía pensando concederles aquel deseo.

Capítulo 5

Haith se despertó en la misma cuadra en la que se había despertado Tristan, y de forma muy parecida; envuelta en una gran confusión y con un martilleo en la cabeza. Sus ojos, que se habían acostumbrado a la oscuridad mientras dormía, se clavaron en el techo del establo, que estaba hecho de vigas y paja.

Se quedó quieta durante un largo instante, tratando de recordar los eventos que la habían llevado hasta allí. Parpadeó mientras su mente trabajaba y recordó el ultimátum de Nigel. Haith revivió su encuentro con aquel hombre perverso hasta que llegó al momento en el que se había venido abajo por la desesperación. Entonces se incorporó como movida por un resorte sobre la paja.

¡El hombre rubio de sus sueños! ¡Había estado allí, hablando con ella!

Haith se levantó tambaleándose de la paja y se puso de pie apoyándose en el medio muro cuando todo comenzó a dar vueltas. Salió a duras penas al pasillo y miró a su alrededor frenéticamente, detrás de ella, pero no lo encontró por ningún lado.

—¡No! —susurró—. ¡No, no y no!

Salió a toda prisa del establo hacia el campo bañado por la luz de la luna, girando en círculos, buscando entre las oscuras sombras.

“Estaba aquí”, insistió para sus adentros, “me estrechó entre sus brazos y prometió protegerme. Me abrazó hasta que...”

—Me dormí —sus propios oídos apenas alcanzaron a escuchar esas palabras, pero la realidad provocó que Haith cayera de rodillas sobre el duro suelo. Alzó la vista hacia la luna, llena y blanquecina, como si pudiera atisbar el por qué de su locura en el reluciente disco.

—Me dormí. No ha sido más que otro sueño.

Las estrellas brillaron desde el cielo mientras Haith permanecía sentada sola en medio de la quietud de la noche. La brisa levantaba el polvo del campo en tenues ráfagas, y Haith se estremeció. No tendría que haberse creído ni durante un instante que el discurso de Minerva sobre las almas gemelas encerrara algo de verdad. Aquello no eran más que supersticiones absurdas e inútiles.

Un crujido a su espalda provocó que Haith girara rápidamente la cabeza, esperando contra toda esperanza encontrarse con un hombre alto, rubio, de pecho ancho y ojos azules y sonrientes.

Pero no era más que un búho que se había ido a posar al pico del techo del establo.

—Uh-uh —ululó el ave.

—No era precisamente a ti a quien esperaba, Willy —murmuró Haith.

El búho volvió a ulular, batió las alas como si estuviera irritado y giró la cabeza hacia el extremo norte del patio.

—Ah, muy bien —suspiró Haith. Se levantó muy despacio sin importarle llenarse de polvo—. Allá voy, Minerva.

Haith abrió la puerta de la cabaña con un crujido y se encontró a Minerva cómodamente sentada frente al fuego, remendando una prenda con la aguja. El pequeño búho marrón que Haith había visto en el techo del establo estaba ahora delicadamente posado en el alféizar de la ventana y observaba a Haith con aparente suficiencia.

—Vaya, buenas noches, muchacha —dijo Minerva con tono mordaz—. Me alegra que por fin hayas decidido regresar a casa.

El búho ululó sin hacer mucho ruido.

—Ah, sí, Willy. Perdóname —Minerva agarró con fuerza la aguja y se dobló por la cintura para tocar el suelo sucio que tenía a los pies. Trazó una línea larga y recta lejos de ella que señalaba hacia Haith y hacia la puerta abierta, provocando que la joven se colocara rápidamente a un lado de la entrada.

Minerva se incorporó en la silla y dio un fuerte pisotón. Al instante, un ratoncito salió corriendo de debajo de su silla y, recorriendo la línea que ella había trazado, se escapó por la puerta. Willy atravesó en picado la pequeña estancia y salió por la puerta en veloz caza. Minerva continuó con su labor de remendado con los labios apretados.

Haith cerró la puerta tras el búho y tomó asiento en la silla más cercana a la mesita de madera. Cruzó los brazos sobre su lisa superficie y apoyó la cara en el suave material. Transcurrido un instante. Minerva dejó de apretar los labios.

—Te agradecería que la próxima vez me avisaras si tienes pensado pasar la noche con tu hermana, Haith —la regañó—. La gente normal se va a la cama cuando la luna todavía brilla.

Al ver que no recibía ningún comentario mordaz, Minerva alzó la vista y se encontró con los encorvados hombros de Haith.

—¡Por todos los dioses, muchacha! —exclamó Minerva dejando la labor a un lado de la silla y levantándose para unirse a Haith en la mesa. Tomó asiento y puso su mano nudosa en la cabeza de Haith—. ¿Qué te preocupa tanto? Apuesto a que no estás así por mi afilada lengua.

Haith sacudió la inclinada cabeza y se sorbió la nariz.

—¿Entonces qué pasa?

Haith dejó escapar un suspiro tembloroso y, sin levantar la cabeza, le contó la oferta de Nigel. Cuando hubo terminado el relato, la ira de Minerva explotó y se levantó de la silla como movida por un resorte. Su agilidad desafiaba a su edad, que superaba los setenta años.

—¡Ese maldito burro lascivo! —siseó—. Sabía que terminaría por hacer algo así. ¡Es un mal nacido astuto!

Las llamas del hogar salieron disparadas por la chimenea provocando una lluvia de chispas, pero ninguna de las dos mujeres se percató de ella.

—¿Acaso cree que tú, la hija de un lord, lo ayudarás de buena gana en su traición cuando tienes la belleza y la posición para emparejarte con cualquier señor con título que haya en Inglaterra? —Minerva gesticulaba mientras hablaba, y las llamas del fuego bailaban a su mismo son. Haith se limitó a encogerse de hombros con la cabeza todavía inclinada.

—¡No! —la anciana respondió ella misma a su propia pregunta—. Y además ha escogido al peor del lote para unirlo a ti. ¡Donald! —Minerva se acercó al hogar y escupió a las llamas como si la mera mención de aquel nombre la enfermara. Las llamas adquirieron un brillo de bilis verde—. ¡Ese viejo asesino!

—Nigel sabe que no escogeré traicionar al nuevo señor de Greanly con Donald —dijo Haith.

Minerva agitó el puño en dirección al castillo.

—¡Sí, cree que estarás dispuesta a meterte en su cama para darle un bastardo! —las llamas del hogar volvieron a alzarse hacia el techo de nuevo, llenando la choza de chisporroteos suaves.

Haith levantó ligeramente la cabeza.

—Minerva, por favor, ¿acaso quieres volver a prenderle fuego al techo de la cabaña? —Haith volvió a dejar caer la cabeza entre los brazos.

—Uf —murmuró Minerva agitando una mano hacia el techo antes de volver a tomar asiento al lado de la mesa. El sonido de la lluvia comenzó enseguida a golpear tranquilizadamente sobre el tejado. Minerva siguió hablando—. No te acostarás con un hombre casado, Haith. Lo sé.

—¿Y por qué no? —inquirió la joven. Se incorporó del todo en la silla y se dirigió a Minerva con los ojos rojos e hinchados—. Mamá lo hizo.

—Lo de tu padre fue distinto, muchacha. Ya sabes que...

—No sé nada —la interrumpió Haith—. Sólo que soy la hija bastarda que resultó de la unión entre mi madre y mi padre, que estaba casado con Lady Ellora.

—Tú no lo entiendes, muchacha. Tu padre era...

—El alma gemela de mi madre —contestó Haith con tristeza, cerrando los ojos en busca de fuerza—. Me conozco bien el cuento, Minerva, y cada vez que me lo cuentas se vuelve más viejo e insustancial. Es la maldición de las Buchanan, y yo, desde luego, no me dejaré intimidar por un antiguo hechizo.

Minerva abrió la boca para discutir las duras palabras de Haith, pero la cerró al darse cuenta del cambio en el rostro de la joven.

—¡Lo has visto! —susurró.

—¿Ver a quién? —preguntó Haith desesperada. Abrió los ojos y se topó con la atención embelesada de Minerva—. No entiendo.

—Sí lo entiendes —aseguró Minerva con voz todavía susurrada—. Has visto a tu alma gemela. ¿Ha vuelto a aparecerse en tus sueños? No has vuelto a hablar de él desde que eras una niña.

—Y no quiero hablar de semejantes tonterías ahora —Haith se levantó de la silla—. He tenido un día agotador, y me gustaría irme a la cama para dormir antes de que acabe la noche.

Haith pasó por delante de Minerva para dirigirse a la puerta situada al fondo de la cabaña, pero se detuvo congelada sobre sus pasos al escuchar las siguientes palabras de la anciana.

—Ay, mi pobre hada —dijo con dulzura—. Él no es un sueño. Es tan de carne y hueso como lo era tu padre.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Haith, que cerró los ojos con fuerza para contener las lágrimas que se le habían formado.

—Buenas noches, Minerva.



Tristan le pasó las riendas al mozo de cuerdas que lo esperaba justo al otro lado de los muros de Greanly y cruzó el patio en dirección al salón. Controlaba la ira, pero tampoco demasiado. Sus ojos azules, normalmente tan claros y luminosos como un día de verano, estaban ahora oscuros y opacos como el mar nocturno que se agitaba al este de Greanly. Abría y cerraba la mano derecha para atrapar el aire, deseando agarrar la empuñadura de su espada, que tan familiar le resultaba.

Cuando se acercó al portón escuchó el alboroto de la veintena de hombres de Seacrest reunidos dentro. Las voces se alzaban furiosas en una confusión de sonidos, y algunos fragmentos de sus exigencias pisoteaban la pesada niebla que cubría el campo.

—¿Dónde está ese bastardo cobarde?

—¡Sí, sacad al ladrón de nuestro buen pueblo!

Los gritos eran recibidos por bramidos que mostraban su acuerdo y fueron creciendo a medida que la masa de hombres se iba volviendo más audaz.

—¡Yo mismo le rebanaré el maldito cuello!

Tristan atisbo algo brillante avanzando hacia él como si bailara, y Pharao surgió de entre las sombras llevando la espada de Tristan. Él la cogió dándole las gracias. Pharao se limitó a asentir con la cabeza, ignorando deliberadamente el creciente estruendo del salón, pero sus ojos también desprendían un brillo oscuro.

—¿Están preparados los soldados? —preguntó Tristan.

—Esperan sólo una señal tuya.

—Dásela ahora.

Pharao desapareció tan silenciosamente como había llegado.

Tristan entró en el salón con naturalidad, como si no sucediera nada extraño. Se acercó a un grupo que le pareció a ojo que estaba formado por veinticinco hombres, la mayoría más jóvenes que él, y cargados de indignación. Bloqueaban la vista de la mesa del señor, así que rodeó al grupo y se dirigió hacia el barril de cerveza, en el que llenó un cuerno. Se quedó allí de pie observando al grupo mientras bebía a sorbos y escuchaba sus escandalosas proclamas. Los escasos soldados a los que Tristan había permitido mostrarse, estaban esparcidos a lo largo de los muros del salón, y, siguiendo las instrucciones de su señor, se comportaban como si estuvieran hechos de piedra; tampoco se movieron ante la entrada de su señor ni hicieron amago de someter a los sublevados.

A Tristan le pareció que un hombre rechoncho y con cara de sapo era el agitador del grupo. Era tan audaz o tan estúpido que había posado su grande y fofo trasero en la mesa del señor, desde la que se estaba dirigiendo ahora a sus seguidores.

—Os digo una cosa —bramó el líder. La fea cicatriz de una quemadura le paralizaba el lado derecho del rostro—. ¡Tenemos derecho a sacarle las tripas a ese bastardo y arrojar su cuerpo al foso!

El grito de júbilo que despertó en los otros sirvió para envalentonar todavía más al hombre.

—No es ningún señor —aseguró con desprecio—. Es un ladrón y un asesino. ¿Dónde están los pobres tipos que vinieron a vivir aquí en contra del consejo de lord Nigel? —miró a su alrededor con fijeza con los ojos saliéndose prácticamente de las órbitas para darle fuerza a su argumento por encima del murmullo de asentimiento de los presentes. Su mirada se posó sobre Tristan, que estaba apoyado contra el muro sin dejar de beber cerveza.

—¡Tú, el que está allí! —dijo el hombre con aspecto de ogro señalando en dirección a Tristan con uno de sus gordezuelos dedos—. ¿Vives aquí?

Tristan dejó el cuerno y asintió, abriéndose paso entre la multitud que se apartaba para dejarle paso. Muchos de los invasores le dieron palmaditas en la espalda mientras avanzaba, compadeciéndose de él por su mala fortuna. Tristan se detuvo a escasa distancia de la mesa del señor, desde donde el líder lo miró de arriba abajo con una sonrisa maliciosa.

—Bien, ¿y dónde está tu poderoso señor, dime? —preguntó el hombre abriendo los brazos todo lo que pudo—. ¿Se esconde en alguna de las habitaciones porque teme por su vida? —dejó caer la cabeza hacia atrás y se rió con un sonido desagradable y rudo—. Apuesto a que seguramente estará acurrucado bajo algún infeliz mozo de cuadra.

Los hombres que rodeaban a Tristan rompieron a reír, pero el sonido fue disminuyendo hasta convertirse en risitas y luego en un nervioso aclarado de gargantas al ver que el rostro de Tristan permanecía inmutable. Alzó los ojos para mirar al pobre desgraciado que tenía delante y que decía ser un hombre.

El hostigador miró a su alrededor enfurecido al ver que nadie soltaba ningún comentario indignado para apoyar su exposición.

Finalmente clavó una mirada exasperada sobre Tristan.

—Y bien, ¿dónde está?

Tristan dio un paso adelante y se cernió sobre el odioso hombretón.

—En este instante está pensando en cómo acabar con el trozo de mierda pastosa que está sentado en su mesa.

El grueso de los hombres de Tristan, vestidos con cota de mallas de la cabeza a los pies y blandiendo armas de batalla, llenaron el salón como si siguieran una indicación, rodeando rápidamente al asombrado grupo de invasores. El buen alguacil Barrett estaba entre ellos, vestido con su atuendo habitual y con su gran hacha de guerra colgándole con naturalidad del hombro.

—¡Ay! —gritó el hombre rollizo mirando nerviosamente alrededor de la imponente figura de Tristan—. ¿Qué significa esto?

Tristan lo agarró por la parte delantera de su sucia túnica y, con un fuerte tirón, lo arrojó en medio de los hombres. Cayó al suelo y patinó hasta detenerse sobre su voluminosa espalda.

—Bajad las armas, muchachos —bramó Barrett jovialmente avanzando a grandes zancadas para situarse al lado de Tristan—. No tiene sentido provocar un baño de sangre ahora, ¿verdad? —clavó los ojos en un hombre delgado de cabello rojizo que estaba en medio del derrotado grupo con expresión absolutamente desconcertada—. Hola, John. ¿Cómo está tu mujer?

—Eh... bien. Muy bien, Barrett. Gracias por preguntar.

Algunos hombres bajaron de inmediato las armas mientras otros permanecían confusos durante la charla entre Barrett y el aldeano. Sus ojos iban de Tristan a los soldados, y de ellos a su recién caído líder, que estaba empezando a levantarse del suelo.

—Me las pagarás por esto, bastardo —le gruñó a Tristan cuando consiguió ponerse en pie. Echó mano al largo cuchillo que llevaba al cinto, y los hombres que lo rodeaban se apartaron a toda prisa.

—Vamos, Donald —le dijo Barrett al hombre como si estuviera regañando a un niño pequeño—, no seas estúpido.

Tristan alzó una mano para silenciar al alguacil. Su mirada de acero no se apartó ni un instante del hombre que acababa de saber que se llamaba Donald.

—Deja que el hombre tenga su oportunidad, Barrett —le dijo—. Después de todo, para eso ha venido hasta aquí —Tristan le sonrió con frialdad al hombre que blandía el cuchillo.

—Como deseáis, mi señor —dijo Barrett apartándose respetuosamente y centrando la atención en el hombre de Seacrest que tenía más cerca y que todavía estaba armado, aunque con un cuchillo ridículamente pequeño—. Eh, tú —le dijo avanzando hacia él con la palma de la mano extendida—, dame eso ahora mismo.

Donald miró furtivamente a los hombres que tenía alrededor y luego volvió a clavar la vista en Tristan.

—¿Acaso piensas acabar con todos nosotros sin que haya lucha?

—Los únicos hombres que hasta al momento han intentado provocar una matanza en Greanly han sido los tuyos —le recordó Tristan avanzando hacia él—, como tú mismo has reconocido.

Donald abrió los ojos de par en par al darse cuenta de que su nuevo señor había escuchado todo lo que había dicho. Una expresión de inquietud le cruzó el retorcido rostro, pero se la sacudió, sustituyéndola por otra de bravuconería. Donald se lanzó sobre Tristan con la daga levantada.

Tristan esquivó con facilidad el torpe pero poderoso embiste y agarró su enorme espada por la empuñadura para dejarla caer sobre los hombros en movimiento de su adversario. Donald cayó sobre la esterilla de juncos que cubría el suelo con un gruñido, dio un giro y luego volvió a ponerse de pie con una agilidad sorprendente para un hombre de su envergadura. Tenía el rostro sonrojado por la ira y se enfrentó a Tristan preparado para la lucha.

—Sólo un cobarde intentaría acabar con un hombre peor equipado —aseguró resollando—. Mi navaja no puede competir con tu espada.

Tristan alzó una ceja.

—Yo no busqué esta pelea. Tu pobre elección de armamento demuestra no sólo tu falta de habilidad en el manejo de las armas, sino también tu ignorancia —Tristan miró a Donald de arriba abajo—. ¿Acaso pensabas que una navaja tan pequeña podría defender un trasero tan gordo como el tuyo? Tch-tch.

Los hombres que rodeaban a Tristan se rieron, y la expresión de Donald denotaba una furia mayor alrededor de la palidez de su cicatriz.

—Tienes miedo de enfrentarte a mí en igualdad de condiciones —lo retó Donald.

Tristan echó la cabeza hacia atrás y se rió largamente y con todas sus ganas. El sonido resonó de manera inquietante por el ahora silencioso salón, y unas pequeñas perlas de sudor

descendían por las sienas de Barrett. Sin dignarse a mirarlo, Tristan arrojó su espada a las expectantes manos de Pharao, que había aparecido en el salón como si lo hubieran conjurado. Tristan le hizo una seña a Donald con un leve movimiento de manos.

—Adelante entonces.

Donald volvió a lanzarse otra vez contra Tristan, y Tristan volvió a repeler el golpe. Un poderoso movimiento de su pierna lanzó a Donald al suelo, donde rodó debajo de la mesa y apareció por el otro lado. Tristan avanzó, y los dos rodearon el pesado bloque de roble.

—No voy a pasarme la noche jugando contigo —le advirtió Tristan—. Si de verdad quieres hacerlo, actúa ahora.

—¡Cobardel! —gritó Donald alejándose en círculos de Tristan.

Miró a su alrededor, a los hombres que le quedaban y que contemplaban la escena con expresión inquieta.

—¡Derribadlo, muchachos!

Pero los hombres permanecieron inmóviles, rodeados por los soldados de Greanly. Se miraron los unos a los otros y luego al robusto hombre rubio que estaba acechando a su líder.

—Oh-oh, ¿qué es lo que oigo? —preguntó Tristan con indulgencia evitando todos los intentos de Donald de zafarse de él rodeando la mesa—. ¿Y eso que decías de sacarme las tripas y arrojar mi cuerpo al foso? —se burló deteniéndose finalmente y subiéndose a la mesa con una poderosa zancada. Entonces dio un salto y cayó justo delante de Donald.

—El foso está esperando.

Donald arqueó su navaja hacia el corazón de Tristan con un grito estrangulado, pero se quedó mirando con asombro su mano vacía cuando su golpe fue desviado y la navaja repiqueteó sobre la mesa. Su rostro palideció y se lanzó a recoger el arma. En un abrir y cerrar de ojos, la mano derecha de Donald estaba inmovilizada sobre la mesa. La empuñadura de un delgado cuchillo de cocina sobresalía sobre la carne de su mano, clavándose profundamente en la gruesa superficie de la mesa. Su grito rasgó el tenso silencio.

Tristan agarró a Donald del cuello y lo obligó a ponerse de rodillas, sujetándole a la mesa con la mano derecha. Tristan se inclinó.

—¿Quién te ha enviado? —inquirió soltándole sólo lo justo para que el hombre pudiera hablar.

—Nadie.

Los dedos de Tristan apretaron hasta que las venas sobresalieron nítidamente en la frente de Donald y el hombre balbuceó y se echó la mano a la garganta con la mano que le quedaba libre. Tristan transigió una vez más.

—¿Quién te ha enviado? ¡Dímelo!

Los sonidos que salieron de la magullada garganta de Donald resultaron incomprensibles, el único nombre que pronunció fue prácticamente ininteligible. El miedo brillaba con fuerza en sus ojos. Tristan lo soltó del todo con un empujón y un sonido de disgusto. Recogió el cuchillo de la mesa y, tras dedicarle una mirada fugaz, lo arrojó a las llamas del hogar. Donald, que ya no estaba sujeto, cayó al suelo hecho un guiñapo, agarrándose el retorcido cuello con la mano ensangrentada y mirando a Tristan como si estuviera esperando que le atestara el golpe final. Tristan ignoró al hombretón vencido y se giró hacia el salón.

—¿Hay entre vosotros algún otro hombre que tenga problemas conmigo; hay alguien que quiera hacerme daño? —preguntó abriendo ampliamente los brazos en gesto invitador.

Los pocos hombres que todavía sujetaban sus armas las dejaron caer sobre las esterillas de juncos con estrépito. Tristan se giró hacia Barrett.

—Encarceladlos —ordenó. Los soldados se movieron rápidamente para obedecer. Girándose hacia Donald, Tristan añadió—, a este ponédlo solo en una celda. Cuando haya recuperado la calma, hablaré con él a solas —posó la vista sobre la mano ensangrentada del

hombre mientras Pharao tiraba de él para ponerlo de pie—. Vendadle la mano, y si la herida se infecta antes de que me dé la información que necesito, cortádsela.

El salón quedó vacío enseguida. Tristan recogió su espada de donde Pharao la había dejado, apoyada contra el muro del fondo, y se sirvió otro cuerno de cerveza. Se quedó un largo instante de pie ante el fuego, bebiendo y ordenando sus pensamientos en silencio. Los músculos le quemaban por la energía que no había consumido, y tenía la barbilla apretada por una rabia que apenas lograba controlar. Su cuerpo, su orgullo, le gritaban que descendiera a las mazmorras y les sacara el corazón a todos los presuntos invasores de Greanly, pero su cabeza contrarrestaba aquella opción con la realidad de la ira de Guillermo. No, se enfrentaría a los esbirros de Nigel como lo había hecho el propio Nigel... los utilizaría como peones para lograr sus deseos.

Las llamas bailaban ante él, y la visión de unos salvajes rizos rojos le inundó la mente. Recordó que el hombre del establo había pronunciado el nombre de Donald delante de Haith, y Tristan se preguntó cómo era posible que no hubiera reconocido al instante aquella noble dicción. Sólo había un hombre con el poder de amenazar de aquel modo a los aldeanos, y ese era su señor. Y sólo había un señor de Seacrest.

Nigel.

¿Con qué podría haber amenazado a Haith, y qué papel jugaba Donald en sus planes? El mero hecho de pensar que aquella grácil belleza pudiera estar cerca de aquella repugnante montaña de carne provocó que Tristan apretara con tanta fuerza el cuerno de cerveza que lo rompió, aunque no fue consciente de ello hasta que sintió la humedad en la mano.

Resolvería aquel enigma, se prometió, y conseguiría a la dama. Con sus condiciones y con la bendición de Guillermo, o moriría en el intento. La desaparición de lord Nigel, reflexionó Tristan, tendría lugar en cualquier caso.

Capítulo 6

—¡Oh, Sallie, no tan tirante! —gritó Soleilbert llevándose los dedos al dolorido cuero cabelludo. La doncella de Bertie se limitó a darle un golpecito a su señora en la mano.

—Quedaos quieta, mi señora. Ya casi he terminado.

Haith estaba tumbada en la cama de Bertie, jugueteando con indolencia con el pañuelo de seda amarilla que hacía juego con el conjunto de su hermana. Había observado maravillada la transformación de Soleilbert al vestirse con sus mejores galas. La túnica profusamente bordada de Bertie brillaba como el sol, y la cremosa combinación asomaba de sus finas mangas y de las delicadas puntadas del cuello. La doncella estaba dando los toques finales a la trenza que rodeaba la cabeza de Bertie y estiró la mano para recibir el pañuelo. Lo ató con pericia y luego dio un paso atrás para admirar su trabajo. Haith se levantó de la cama para reunirse con ella.

—¡Bertie, estás preciosa! —Haith contuvo el aliento mientras rodeaba a su hermana, tocándole el vestido y el cabello—. Vas a hacer que lord Tristan caiga de rodillas a tus pies, te lo prometo.

—Eso no me importa —dijo Soleilbert taciturna apartándose del contacto de su hermana—. Me siento como una gigantesca vaca amarilla —se apartó de allí para mirar por la ventana de la habitación.

Haith y la doncella alzaron las cejas. Esta última se disculpó y salió de la estancia. Haith se acercó a la espalda de su hermana y la abrazó cuando vio que intentaba alejarse.

—Bertie, ¿qué te preocupa? —le preguntó con dulzura—. ¿Te da miedo conocer a tu futuro esposo?

—No —Bertie suspiró—. Y sí. ¡Oh, Haith! —Soleilbert se giró entre los brazos de su hermana para mirarla—. ¡No deseo casarme porque no quiero que las cosas cambien!

Haith le dio un golpecito a Bertie en la espalda. No podía negar el hecho de que sus vidas iban sin duda a cambiar drásticamente, sobre todo si Nigel se salía con la suya. Haith apartó de sí los pensamientos de aquel hombre perverso.

—Lo sé, hermana. Pero te visitaré con mucha frecuencia —dijo Haith inclinándose hacia atrás para observar el redondo y triste rostro de Bertie—. Y tal vez te guste ser la señora de tu propia casa. ¡Y podrás tener bebés, Bertie!

Su hermana aspiró por la nariz y sacudió la cabeza.

—No me importa. No le he visto nunca, y he oído cosas horribles de él —alzó la vista para mirar a Haith con gesto acusatorio—. ¡Y ni siquiera quieres hacerme el favor de lanzar las piedras!

Haith torció el gesto. Había escuchado los muchos rumores que circulaban por el pueblo sobre el martillo de Guillermo, sobre todo desde que un grupo de hombres, entre los que se encontraba Donald, habían ido a hacerle una visita una semana atrás y no habían vuelto. No se había sabido ni una palabra de Greanly, algo extraño que, en opinión de Haith, debería haber alarmado a Nigel. Pero por el contrario, la falta de noticias relacionadas con el bienestar de sus hombres parecía haber dejado a Nigel complacido e incluso algo divertido.

Pero ni siquiera por Bertie sería capaz Haith de llevar a cabo las absurdas prácticas de adivinación de su madre y Minerva.

—No lo juzgues hasta que lo conozcas —dijo Haith—. Tu opinión es la única que cuenta.
—¿No vas a quedarte esta noche a cenar con nosotros? —los ojos de Bertie se volvieron suplicantes—. Te lo ruego, no me dejes sola para enfrentarme a él.

Haith se apartó y comenzó a recoger la ropa que estaba esparcida por la habitación.

—Me temo que no. Tu madre me ha impedido la entrada al salón. Ni siquiera debería estar ahora aquí.

—Mi madre —dijo Soleilbert con disgusto— está insoportable últimamente.

—Sólo está triste porque dentro de poco perderá a su única hija.

Soleilbert se enfurruñó.

—No. Tiene miedo de que el gran señor Tristan me mire y salga huyendo. ¿No podrías lanzarle un conjuro mágico para atarle la lengua?

Haith se incorporó con un fajo de ropa, y, a su pesar, se rió. Se le había empezado a manifestar un fuerte dolor de cabeza detrás de los ojos, y la medio broma de Bertie se lo alivió un tanto. Desde aquella noche en el establo, Haith estaba al límite de sus fuerzas. En lugar de dormir se había limitado a dar algunas cabezadas mecánicas; la tortura de sus sueños le resultaba imposible de soportar. Minerva estaba tan convencida de que Haith estaba teniendo visiones de su alma gemela que en dos ocasiones descubrió bajo su almohada dos fragantes saquitos de sueño rellenos de lavanda y menta.

Y por encima de todo se alzaba amenazante el ultimátum de Nigel. Tristan D'Argent iba a cenar con la familia aquella misma noche para sellar su compromiso, y Haith no se hacía ilusiones de que Nigel hubiera olvidado la fecha límite que le impuso para que tomara una decisión.

Haith dejó escapar un suspiro profundo y silencioso. Soleilbert merecía ahora toda su atención, y prometió que trataría de consolarla y animarla lo mejor que pudiera ignorando en todo momento sus súplicas de una intervención mágica.

—Entonces esta noche no debes pensar en tu madre ni un instante —le aconsejó Haith.

Soleilbert se limitó a retorcerse las manos y a mirar fijamente por la ventana.

—Eso es imposible —aseguró—. Observa cada movimiento que hago como un halcón.

—Y eso no puedes cambiarlo —respondió Haith dejando el bulto de ropa sobre la cama y acercándose a Bertie para cogerle la mano—. Pero puedes intentar disfrutar de la compañía de lord Tristan —Haith le dio un tirón a la mano de su hermana para conseguir su atención—. Y cuando acabe la velada, me colaré en tu dormitorio y podrás contármelo todo.

—¿Y si de verdad es una bestia? —preguntó Soleilbert.

“Entonces resultaría mucho más fácil para mí tomar una decisión”, pensó Haith para sus adentros. Pero a Bertie se limitó a decirle:

—Ya pensaremos en algo.



Haith bajó las escaleras en dirección al gran salón, que era un hervidero de actividad. Los sirvientes corrían en todas direcciones, frotando las ya resplandecientes mesas, colgando tapices recién sacudidos y espolvoreando hierbas aromáticas sobre las esterillas frescas. Desde el portón trasero de las cocinas se filtraba el delicioso olor a carne asada, y el estómago de Haith rugió.

¿Cuándo fue la última vez que había comido?

Lady Ellora estaba de pie en un rincón al fondo del salón, sumida en profunda conversación con lord Nigel, cuando su mirada se cruzó con la de Haith. Ellora apretó los labios y cruzó rápidamente la estancia en su dirección. Nigel la siguió con indolencia mientras Haith corría para escapar de allí.

Pero no fue lo suficientemente rápida.

—¿Por qué estás todavía aquí? —Ellora se interpuso en el camino de Haith con los brazos cruzados sobre el escote—. ¿Acaso quieres echarle un vistazo al prometido de mi hija para poder actuar como una zorra?

—Me voy ahora mismo, mi señora —aseguró Haith, que no quería entrar en otra batalla dialéctica con Ellora, sobre todo teniendo en cuenta que Nigel estaba ya casi a su altura. Haith se giró para pasar por delante de ella cuando Nigel la llamó con un grito.

—Te ruego que me dediques un instante de tu tiempo, Haith.

Ella se detuvo sobre sus pasos e hizo un esfuerzo por controlar el miedo que quería subirle por la espina dorsal y estrangularla. Sin duda Nigel no se atrevería a sacar el tema en presencia de Ellora.

—¿Mi señor? —Haith recompuso su expresión y se giró para mirarle. Era consciente de que Ellora la observaba a corta distancia con los ojos entornados y revolviéndose incómoda entre su esposo y Haith. Nigel no prestó atención a la proximidad de su mujer, lo único que hizo fue bajar el tono de voz.

—Se acerca la hora en la que tendrás que darme tu respuesta —dijo levantando las cejas con una mueca burlona—. No lo habrás olvidado, ¿verdad?

—No —respondió Haith nerviosa mirando a su alrededor por si alguien estuviera escuchando.

—Ah, bien. Entonces, ya has tomado una decisión.

—Casi, mi señor. Pero necesito un poco más de tiempo.

—He sido de lo más generoso al concederte estas últimas semanas —la reprendió Nigel—. ¿Tan difícil es decidirse entre un ogro y un señor?

Haith no dijo nada, y mantuvo la mirada baja para que Nigel no percibiera el asco que le producía.

—¿Quieres que te facilite la decisión? —preguntó él casi con amabilidad.

—¿Mi señor? —Haith alzó la vista, incapaz de controlar su angustiada esperanza de que tal vez Nigel hubiera cambiado de opinión.

—Como sabes, Donald partió hacia Seacrest hace una semana con un grupo de hombres para... eh, para recibir al nuevo señor —Nigel sonrió como si aquella frase le hiciera gracia—. Tal vez lord Tristan esté... molesto.

Haith permaneció en silencio, expectante. Las palabras de Nigel le resultaban incomprensibles.

—No ha regresado —expuso Nigel.

—Discúlpeme, mi señor, pero, ¿qué tiene que ver eso con mi decisión?

Nigel se rió entre dientes y estiró una mano para deslizar un dedo por el rostro de Haith.

—Ya me contarás como podrías salir a toda prisa hacia Greanly para casarte con un hombre muerto, querida.

Haith le apartó la mano con brusquedad. La mirada lasciva de Nigel le atravesaba la túnica, y aquella sensación le ponía enferma. Los pensamientos de Haith revoloteaban por su cabeza como pájaros enjaulados en busca de la libertad. Pero había una salida para Haith, y el hecho de que estuviera en el salón delante de Ellora y con la estancia llena de sirvientes provocó que tomara una decisión precipitada.

—Iré a buscarte esta noche —dijo Nigel mientras se alejaba.

Antes de que le fallara el coraje, Haith lo llamó en voz alta:

—Mi señor —su voz resonó con fuerza. Había hablado con un volumen innecesario para la callada actividad del salón, pero consiguió el efecto deseado, porque atrajo la atención de todos los que estaban allí.

Nigel se detuvo al instante y se giró sobre sus talones. Su rostro tenía una expresión desconfiada.

—¿Sí, Haith? ¿Hay algo de lo que me quieras hablar en privado?

Haith desvió la mirada hacia Ellora.

—No. Puede hacerse aquí —la joven aspiró con fuerza el aire y alzó todavía más la voz—. He decidido aceptar la oferta de matrimonio de Donald el herrero.

Unos gemidos de indignación inundaron el salón una joven doncella dejó caer una bandeja de jarras de barro, y su estrépito resonó en la estela de la proclama de Haith. Unos murmullos ininteligibles corrieron entre los sirvientes.

Ellora se abrió camino a través de la multitud, que se apartaba a su paso.

—Volved todos al trabajo. Esto no es asunto vuestro.

Las expresivas cejas de Nigel se fruncieron furiosamente sobre su morena nariz, y se acercó a Haith sin prisa pero sin pausa.

—¿Cómo es eso? —preguntó amenazante manteniendo la voz baja y una sonrisa en el rostro—. ¿Crees que puedes burlarte de mí?

Ellora apareció a su lado. Tenía las mejillas sonrojadas.

—¿Qué significa esta tontería, Haith? —se giró hacia su esposo—. Mi señor, ¿el herrero ha pedido la mano de esta putilla?

Nigel apretó la mandíbula y rechinó los dientes.

—Sí, mi señora. Antes de partir hacia Greanly para recibir a lord Tristan.

Aunque le estaba hablando a Ellora, no apartó los ojos de Haith.

Ellora frunció el ceño y miró a Haith.

—Bien.

Haith aprovechó la oportunidad para defender su causa delante de Ellora.

—Si te parece bien, saldré esta misma noche hacia Greanly con Minerva para interesarme por... —Haith tragó saliva cuando se le revolvió el estómago—, el bienestar de mi prometido.

—Por supuesto —Ellora miró con fijeza a Haith a los ojos, como si tratara de discernir algún misterio que ocultaran allí—. Saldrás cuando los demás aldeanos. Pero te lo advierto —Ellora ladeó la cabeza—, si intentas poner el peligro la boda de Soleilbert, me encargaré personalmente de echarte de estas tierras.

—No tienes de qué preocuparte, mi señora —dijo Haith con la esperanza de estar diciendo la verdad—. ¿Puedo marcharme ya?

Ellora asintió con la cabeza y Haith salió corriendo del salón rumbo a su cabaña mientras la pareja de nobles se la quedaba mirando fijamente.

Ellora se giró hacia su esposo.

—Esto ha sido de lo más inesperado —dijo con el ceño todavía fruncido—. Aunque estoy segura de que Soleilbert se alegrará de tenerla tan cerca. ¿Por qué no me lo habías contado, esposo?

—Como tú misma has dicho —aseguró Nigel dándose la vuelta para marcharse—, ha sido de lo más inesperado.



El grupo de hombres que se acercó a Seacrest poco tiempo después lo hizo con bastante inquietud. El castillo de Seacrest se levantaba ante ellos, coronando el protuberante acantilado que se alzaba sobre el agua y al que el pueblo le debía su nombre. Las antiguas y orgullosas vigas de la construcción de madera parecían más acordes con el paisaje que el impresionante castillo de piedra que Tristan tenía en Greanly. Su población se había duplicado durante los últimos años, las cientos de luces parpadeantes daban la sensación de que Seacrest estaba a punto de reventar sobre sus costuras con el grueso del pueblo de Tristan.

Y a Tristan le daba la impresión de que lord Nigel no estaba en absoluto dispuesto a desprenderse de ellos. Por no mencionar el generoso estipendio real que el señor de Seacrest recibía mientras continuara siendo su protector.

Los hombres de Seacrest que estaban encarcelados se habían apresurado a confesar que no entendían el por qué de su desastrosa incursión a Greanly, y marearon a Tristan con los rumores que llevaban casi un año circulando sobre el nuevo señor y su crueldad. Reconocieron avergonzados que la mayoría de las historias las había iniciado Donald el herrero, pero nadie parecía saber de dónde había adquirido la información.

Ahora, la mayoría de los hombres eran libres de deambular por el pueblo si así lo deseaban, y la mayor queja era la ausencia de sus familias. Donald, sin embargo, permanecía preso. La confesión que había hecho en el salón de Greanly la realizó bajo una amenaza de muerte, pero ahora se negaba a reconocer que tuviera más información sobre las maquinaciones de Nigel. Sin embargo, Donald pedía sin cesar que enviaran a buscar a su prometida, una mujer misteriosa que nadie conocía y que Tristan dudaba mucho que siquiera existiera. Se preguntó qué clase de mujer estaría dispuesta a aceptar a una bestia como Donald por esposo.

Tristan bullía bajo su fría calma externa. Las galas que se había puesto para la ocasión no estaban pensadas para impresionar a su desconocida prometida, sino para impresionar a lord Nigel. Estaba ansioso por conocer a ese audaz malnacido y tomarle la medida. Tristan quería asegurarse de que su enemigo se diera cuenta de que no estaba conspirando para robarle a un noble bisoño y mimado, sino a un guerrero seguro de sí mismo con una extensa riqueza y que contaba con el favor real en la Corte de Guillermo. Un hombre como él o incluso mejor, que no aceptaba la traición con facilidad.

Y por supuesto, también estaban sus sentimientos hacia Haith. Ahora sabía que no era una muchacha común, sino la hija del antiguo señor de Seacrest, James. La noticia había dejado a Tristan asombrado y en cierto modo confundido. Parecía como si el misterio rodeara a aquella mujer por todas partes, y lo único que deseaba Tristan era desvelar él mismo sus secretos. No sabía cómo volver a encontrarla cuando llegara a Seacrest, o cómo la convencería para que se fuera, pero estaba decidido a que Haith se marchara con él, lejos de Nigel, aquella misma noche.

Los caballos se mostraron nerviosos al presentir que el pueblo estaba cerca, y con él la promesa de avena y el alivio de las cargas que llevaban. Tristan tiró suavemente de las riendas y su montura obedeció. Echó un último vistazo al grupo que le acompañaba: Barrett y Pharao lo flanqueaban, y John el granjero iba montado en un jamelgo tan humilde como el del buen alguacil. Veinte soldados que hacían las veces de guardia rodeaban al grupo, y el estandarte de Tristan rasgaba la suave brisa del crepúsculo. Siguiendo al grupo iban cuarenta soldados curtidos en la batalla guiando una hilera de carromatos vacíos que pronto se llenarían con la parte proporcional de los graneros de Seacrest que le correspondía a Greanly. Si Nigel se oponía a permitir el acceso de Tristan a los alimentos básicos, los soldados estaban listos para combatir. El grupo guardaba un silencio tenso y cauteloso. Tristan llevaba cuidadosamente guardado en el cinto el contrato de compromiso y el decreto real que dispensaba a Nigel de la administración de Greanly. Acarició suavemente la empuñadura de su gigantesca espada y la fría superficie del zafiro de los D'Argent que la adornaba. Cargado con aquellas armas, Tristan jaleó a su caballo en dirección a Seacrest.



Escondidas en su cabaña, Haith y Minerva cenaron el escaso estofado que iba a ser su última comida en Seacrest. Ninguna de las dos quería hablar de los asuntos que les apesadumbraban, porque ya se habían dicho todo lo que tenían que decirse. Haith le había transmitido su audaz decisión a Minerva, y la anciana la había recibido en silencio. No había otra opción por lo que la pareja permanecía callada. Haith se levantó para recoger la mesa con la comida que apenas habían probado, y Minerva se aventuró a echarle un vistazo a aquel rostro preocupado tan parecido al de su querida Corinne. Los ojos de la anciana se dirigieron entonces

hacia la rudimentaria ventana que enmarcaba un cielo oscuro coronado por la luna nueva, y escuchó a los jinetes aproximándose como un trueno distante y siniestro.

Capítulo 7

—Bienvenido a Seacrest, lord Tristan. —Nigel cruzó el salón con paso arrogante y le tendió la mano.

Tristan refrenó el deseo de machacar hasta convertir en polvo los afeminados huesos de la delicada mano que estrechó. Sin embargo, le produjo cierta satisfacción ver el gesto de dolor disimulado que contrajo el rostro del otro hombre.

—Lord Nigel —Tristan soltó la mano deforme con pesar al comprobar que seguía intacta—. Al fin nos conocemos.

—Permitidme que os presente a mi esposa, lady Ellora.

Tristan se inclinó ante la mujer alta y rubia, que hizo una reverencia y lo miró con desconfianza.

—Bienvenido, lord Tristan.

Nigel se frotó las manos y atrajo hacia sí a una joven muy gruesa y vestida con mucho lujo.

—Mi hijastra, Soleilbert —le dio un codazo a la joven para empujarla hacia él, y durante un instante, Tristan creyó que iba a desvanecerse.

Soleilbert alzó furtivamente la mirada desde su reverencia, dejándole entrever a Tristan un atisbo de los ojos marrones más tristes que había visto en su vida.

Él se apresuró a inclinarse.

—Lady Soleilbert —le tomó la mano y le rozó suavemente el dorso con los labios—. Es un placer para mí conoceros.

El sonrojo de la joven resultó favorecedor, pero no sonrió.

—Mi señor —respondió de manera casi inaudible.

Nigel parecía confundido, pero no duró más que un instante. Enseguida hizo un gesto señalando el centro del salón.

—Lord Tristan, la cena está casi lista. Si gustáis...

Las palabras de Nigel quedaron interrumpidas cuando les llegaron los sonidos de una pequeña reyerta que estaba teniendo lugar al otro lado de las puertas del salón. Se escucharon unas voces cortantes y acalladas, seguidas de un fuerte golpe. Un instante más tarde se abrió una de las hojas de la gigantesca puerta doble, y Barrett y Pharaos se empujaron el uno al otro para atravesar el portón y acercarse a sus anfitriones.

Barrett se inclinó ante Nigel casi a regañadientes, pero ofreció sus respetos de buen grado a Ellora.

—Mi señora —murmuró.

Aunque Ellora jamás haría una reverencia ante alguien de la clase de Barrett, su rostro se relajó notablemente.

—Barrett —dijo—, han pasado muchos meses. Espero que las cosas te vayan bien en Greanly.

—Sí, mi señora —Barrett sonrió—, aunque últimamente está todo demasiado tranquilo —dijo dirigiéndose rápidamente hacia Soleilbert como para evitar cualquier réplica—. Lady Soleilbert, estáis preciosa esta noche.

—Me alegro de volver a verte, Barrett.

A Tristan le intrigó comprobar que el rostro de la joven, un instante antes tan abatido, se iluminara con una sonrisa que provocó una chispa cálida en sus ojos apagados. Su imagen se transformó en la luz del sol y luego volvió a transformarse cuando contempló a Pharao. Se quedó boquiabierta y abrió los ojos de par en par sin dar crédito.

Los anfitriones de Seacrest guardaron silencio mientras miraban fijamente sin ningún disimulo al amigo de Tristan.

Tristan se aclaró la garganta.

—Permitidme que os presente a mi mano derecha, Pharao Tais'Ahn —dijo—. Phar, ellos son lord Nigel; su esposa, Ellora; y lady Soleilbert.

Pharao se dobló por la cintura ante las personas que acababan de presentarle, pero Tristan se dio cuenta de que tenía los ojos clavados de manera extraña únicamente en lady Soleilbert.

Ellora también pareció darse cuenta. Dio un pequeño paso para situarse delante de su hija, provocando que la joven frunciera el ceño al tener bloqueada la visión.

Nigel se aclaró la garganta.

—¿Estamos esperando más invitados, lord Tristan? —su tono encerraba un deje de impaciencia.

—No —respondió Tristan con naturalidad—. Mis soldados se ocuparán de sí mismos. Aunque he tratado de convencer a John para que se reuniera con nosotros, estaba deseando ver a su esposa y a su familia.

—¿John?—preguntó Ellora.

—Sí, John el granjero —intervino Barrett—. Ha encajado muy bien en Greanly.

—¿En serio?—preguntó Nigel.

—Sí —respondió Tristan—. Y estamos encantados de contar con él —miró a Nigel en busca de alguna señal de descontento, pero el hombre permaneció impassible.

—Está bien entonces. Vuestros hombres son bienvenidos a mi mesa, lord Tristan —aseguró Nigel—. Pero hablemos de asuntos de villas y bodas —sonrió con mordacidad. A Tristan comenzaba a enojarle el modo en que las cejas de aquel hombre parecían estar coreografiadas con su discurso—, aunque después de cenar. ¿Nos sentamos, caballeros?

Nigel le ofreció el brazo a su esposa, y Tristan tomó a Soleilbert del codo, permitiendo que Barrett y Pharao los siguieran.

Mientras avanzaban a través del salón, Tristan se quedó mirando con frialdad la delgada figura de Nigel. Apenas podía mantener la ira controlada bajo la fachada de los buenos modales.

Sin que su señor fuera consciente de ello, los ojos de Pharao no abandonaron en ningún instante el cuerpo de Soleilbert, que se contoneaba suavemente.

Y nadie se dio cuenta tampoco de que Bertie miró de reojo hacia atrás para mirarle también.



Acostumbrado a las comidas de campaña y al burdo rancho preparado por los ineptos hombres de Greanly, Tristan disfrutó a regañadientes de la fastuosa comida servida en la mesa de Nigel; jabalí asado, guisantes con crema, pudding de pan con manzanas secas y pasas, peras especiadas, arenques en conserva y carnes dulces completaban el festín desplegado ante él, regado con un robusto vino tinto.

Ignorando cualquier cosa que no fuera su estómago, Tristan comió hasta saciarse. Disfrutó todavía más de la cena al darse cuenta de que parte de ella se debía al trabajo de su pueblo. A su alrededor se escuchaba el murmullo de conversaciones triviales, la mayoría procedentes de lady Ellora, Soleilbert y Barrett, que hablaban de aburridos cotilleos del pueblo, hasta que Ellora mencionó a Donald. Tristan escuchó entonces con atención la charla de la señora.

—Nuestro herrero se está haciendo viejo y débil —dijo Ellora con pesar—. Con Donald ahora en Greanly y a punto de casarse, me temo que Seacrest se va a ver privado de ese oficio.

Soleilbert alzó rápidamente la cabeza.

—¿Donald va a casarse? Pero, ¿quién...?

Tristan percibió la media sonrisa que se dibujó en los labios de lady Ellora.

—No te preocupes, Soleilbert. Lo sabrás muy pronto, ahora que Donald ha vuelto a su casa —aquel comentario era una descarada insinuación al hecho de que Soleilbert sería enseguida la señora del castillo de Tristan.

Barrett resopló con infinita indignación.

—Estoy seguro de que podéis hacer que eseapestoso vuelva.

Nigel giró la cabeza al instante. Su rostro reflejaba un vivo interés.

—¿A Donald le está yendo mal en Greanly?

—No, no —los ojos de Barrett, llenos de arrepentimiento, se dirigieron hacia Tristan—. Es que Donald y yo nunca nos hemos llevado bien —miró a Soleilbert—. ¿No es cierto, lady Bertie?

—Es verdad —la joven asintió y se dirigió tímidamente hacia Tristan—. En una ocasión, Barrett se puso tan furioso con Donald que lo arrojó a...

—¡Soleilbert! —siseó Ellora—. ¡Ese no es un tema de conversación apropiado para la mesa!

Se hizo un incómodo silencio tras la reprimenda de Ellora, y aunque Tristan sintió simpatía hacia la joven, le alegró que Donald dejara de ser el tema de conversación. Por alguna razón, le pareció importante no revelar que el herrero continuaba encarcelado.

Por su parte, lord Nigel había decidido al parecer que había llegado el momento de poner fin a la charla banal. Se puso de pie, limpiándose delicadamente las esquinas de su corta y negra barba, y agarró su copa.

—Lord Tristan —dijo haciéndole un gesto con la copa—, si os parece podríamos ir a un lugar más cómodo para ponernos manos a la obra con nuestros acuerdos.

Tristan asintió con una inclinación de cabeza y él también se puso de pie. Captó la mirada penetrante que Nigel le lanzó a Ellora, así que ya esperaba que la dama se excusara antes de que ella abriera la boca.

—Os pido permiso para retirarme, mis señores —dijo—. Mi hija y yo queremos refrescarnos mientras vos discutís esos asuntos.

—Por supuesto —respondió Tristan inclinándose. Captó entonces cómo los ojos de Soleilbert le dirigían una mirada furtiva a Pharao.

Barrett y Pharao permanecieron educadamente de pie mientras Ellora y Soleilbert se marchaban. Tristan se dio cuenta de que el rostro de Pharao, normalmente sereno, había adquirido una expresión intensa.

Los hombres se dirigieron hacia un par de sillas ornamentales colocadas frente al hogar, y Nigel miró a Barrett y a Pharao con irritación.

—Si nos disculpáis, Barrett y... Pharao, ¿verdad? —dijo Nigel.

—Yo me quedo con mi señor —aseguró Pharao con su expresión de nuevo intacta cruzando los brazos con decisión sobre el pecho.

—Todo está bien, Phar —le aseguró Tristan—. Barrett, con el permiso de lord Nigel, tal vez podrías enseñarle a Pharao los alrededores de Seacrest.

—Maravillosa idea —dijo Nigel con entusiasmo—. Barrett tiene mi permiso para ir donde desee.

—¿Mi señor? —Pharao miró a Tristan con ojos interrogantes.

Tristan asintió brevemente.

—Entonces vamos, Pharao, mala bestia —murmuró Barrett. Cuando llegaron al portón, aseguró—, Dios mío, vas a darles un susto de muerte a los aldeanos.

Nigel se sentó cómodamente y le hizo un gesto a Tristan para que hiciera lo mismo.

—Decidme, *lord* Tristan —el ligero énfasis que puso en el título sonó como una burla desdeñosa—, ¿cómo van las cosas por vuestros dominios?

Nigel se llevó la copa a los labios y Tristan atisbo la ligera curva de su sonrisa, parcialmente oculta por el borde de la copa.

—Dejémonos de juegos, *lord* Nigel —dijo Tristan con naturalidad, sonriendo para sus adentros al ver que el otro hombre se ponía en guardia—. No soy tan duro de entendederas como al parecer creéis.

—No comprendo —dijo Nigel con recelo.

—Enviasteis hombres a Greanly con la cabeza llena de falsos rumores, con intención de hacerme daño —Tristan se inclinó hacia delante. Una expresión seria cubría los duros ángulos de su rostro—. ¿Creáis que iba a matarlos para que vos consiguierais el favor del rey?

—Os han informado mal —comenzó a decir Nigel—. ¿Por qué querría hacerle daño a un hombre que va a convertirse en mi aliado a través del matrimonio?

—No soy un estúpido, Nigel —la voz de Tristan retumbaba con rabia mal contenida—. Sé que esperabas o bien mi muerte o la de los hombres que enviaste a Greanly aquella noche. Si tu sencillo plan hubiera salido bien, no habría ninguna boda. Y posiblemente, Guillermo me hubiera despojado de mi título y mis tierras si yo no hubiera sido capaz de demostrar tu traición.

El rostro de Nigel se relajó, y volvió a él aquella expresión petulante.

—Creo que quizá hayas pasado demasiado tiempo en la guerra, D'Argent. ¿Crees que todo el mundo quiere engañarte?

—No —Tristan atravesó a Nigel con las dos dagas gemelas de su mirada, saboreando el instante antes de revelar su mejor prueba—. Sólo aquellos cuyos pecados son confesados por otro.

Nigel dejó con cuidado la copa sobre una mesita y entornó los ojos.

—¿Esos hombres te dijeron que quería hacerte mal?

—No, los hombres no. *Un hombre* —Tristan se levantó de la silla para acercarse al hogar dándole la espalda a Nigel—. Has sobrevalorado la lealtad de Donald.

Tristan escuchó cómo Nigel se ponía de pie.

—Ese bastardo adulator —exclamó—. ¿Qué mentiras te ha contado?

—Ha hablado lo suficiente —Tristan se giró para mirar a Nigel—. Debería matarte aquí mismo —aseguró en voz baja, pensativo, complacido al ver que Nigel palidecía bajo su morena tez. El delgado petimetre se colocó como quien no quería la cosa detrás de su silla.

—No te he hecho ningún mal, Tristan D'Argent —insistió blandiendo un dedo huesudo—. Y no me tomaré a la ligera esas amenazas contra mi persona.

—Más te vale no hacerlo —aseguró Tristan. Rebuscó en su cinto y saco los papeles que llevaba cuidadosamente doblados dentro. Desenrolló uno de ellos y se lo arrojó a Nigel de tal modo que salió volando por los aires y fue a caer en la silla que estaba delante de él.

—Este es el decreto real que libera a los habitantes de Greanly de tu dominio.

Nigel alzó las cejas y bajó la vista para mirar el papel, aunque no lo recogió. Volvió a mirar a Tristan con recelo cuando él volvió a hablar.

—Voy a reunir a mi gente y partiremos esta noche.

—Ah, pero ellos no se marcharán tan fácilmente —dijo Nigel con tono indeciso—. Tu reputación te precede.

—La gente no sabe nada de mi reputación, a excepción de las mentiras que tú les has contado. En cualquier caso, son de mi propiedad y harán lo que yo ordene, o tendrán que pagar el precio —la mirada de Tristan no se apartó ni un instante del rostro asombrado de Nigel—. Igual que tú si intervieres.

—¿Esta es la manera en que pagas al hombre que ha cuidado tan generosamente de tus propiedades? —las vivaces cejas de Nigel se curvaron hacia abajo, y su semblante se ensombreció—. ¿Con acusaciones de traición e insultos?

Tristan hizo caso omiso de sus palabras.

—Esta noche partiré con los habitantes de Greanly que deseen venir conmigo —repitió—. Los que no quieran los seguirán pronto. A estas alturas mis hombres han empezado a cargar la parte de los graneros de Seacrest que le corresponde a Greanly. Volveremos a buscar lo que no podamos cargar ahora.

Nigel se quedó boquiabierto.

—¡No te he dado permiso para entrar en mis graneros!

—No necesito tu permiso —aseguró Tristan señalando con la mano el documento de Guillermo—, aunque has autorizado a mi alguacil a que fuera donde quisiera.

—Pagarás caro por esto —sentenció Nigel dándose cuenta de su error. Agarró con fuerza el respaldo de la silla tras la que se había colocado.

—Ofréceles mis disculpas a lady Ellora y a lady Soleilbert —Tristan apuró con naturalidad el vino que le quedaba en la copa y la dejó sobre la mesa con gesto satisfecho—. Un vino muy bueno —dijo antes de dirigirse al portón.

—¡D'Argent, no te atrevas a dejarme así! ¿Qué pasa con el compromiso? —gritó Nigel ante la retirada de Tristan—. ¡Eso también es un decreto real!

Sin detenerse, Tristan arrojó un pergamino arrugado por encima del hombro que fue a caer suavemente sobre una de las esterillas de juncos. Nigel se quedó paralizado mientras Tristan abría una de las gigantescas puertas de roble y se marchaba. El portazo resonó por todo el salón cuando salió.

Soltando un grito agudo, Nigel arrojó la silla que estaba sujetando hacia un grupo de mesas, provocando una lluvia de astillas.

“En este momento”, pensó, “ese bastardo está saqueando los graneros que me pertenecen, y no puedo hacer nada para impedirselo”.

Cualquiera que siguiera la orden de Nigel de detener los carros de Greanly que intentaran salir acabaría sin duda derrotado por los entrenados soldados de Tristan. Aunque a Nigel no le importaban nada las vidas de los aldeanos, sin soldados ni siervos no habría nadie para ocuparse del castillo del noble. La población ya se resentiría suficientemente si D'Argent conseguía llevarse a algunos de ellos.

Nigel cogió su copa y la apuró, arrojando la trabajada pieza de estaño al fuego con un sonoro ruido metálico y una lluvia de chispas.

—¿Mi señor? —Ellora apareció en los escalones con una expresión de perplejidad reflejada en el rostro—. ¿Ocurre algo? ¿Dónde está lord Tristan?

—Se ha marchado, gracias a tu estúpida y corpulenta hija.

—¿Qué quieres decir? —Ellora bajó las escaleras y recogió el arrugado pergamino que Nigel le estaba señalando por toda respuesta. Leyó rápidamente el papel y luego miró a su esposa horrorizada—. ¿Ha roto el compromiso? ¡Pero esto está escrito de puño y letra de Guillermo!

—*¡Eso ya lo sé, puta estúpida!* —Nigel movió los brazos como si estuviera sufriendo un ataque.

Ellora dio un respingo, como si la hubieran abofeteado, pero continuó con sus preguntas debido a la desesperación.

—¿Te ha dado algún motivo? —insistió.

—No puedo comprender los razonamientos de un bastardo ladrón como él —bramó Nigel salvando la distancia que lo separaba de Ellora. La agarró de los hombros y la zarandó con violencia—. ¡Tal vez quiera una mujer más menuda que su caballo y menos burra!

—Mi señor —suplicó Ellora revolviéndose para soltarse—. Suéltame, por favor.

—O tal vez se haya enterado de que no eres capaz de concebir y tema que su esposa sea también estéril —apartó a Ellora de sí con un empujón y la arrojó contra una de las mesas cercanas. Ella se agarró al mueble—. ¿No fue esa la razón por la que te fueron infiel en un principio, porque no fuiste capaz de traer al mundo más que a una niña sin ningún valor?

—Basta, por favor —gimió Ellora mientras Nigel avanzaba hacia ella con los puños apretados.

—No —gruñó él agarrando a su esposa por el tocado, rompiéndole el fino velo de lino y provocándole un grito de dolor mientras acercaba su rostro al suyo—. No, no voy a parar y a permitir que un bastardo sin experiencia que le chupa a Guillermo los pies para conseguir sus favores eche a perder todo por lo que he trabajado.

Nigel volvió a tirarle del pelo y la agarró del cuello con la otra mano. Ellora levantó la cabeza contra su voluntad hasta que miró con ojos aterrorizados el semblante encendido de Nigel.

—D'Argent no ha dicho nada esta noche respecto a romper el compromiso, pero sé que se lo solicitará a Guillermo. Y si por culpa de esa puerca a la que tú llamas hija perdemos nuestra riqueza, yo personalmente —Nigel la zarandeó una sola vez con fuerza para enfatizar sus palabras— personalmente le arrancaré su grasa de cerdo con mis propias manos.

Nigel volvió a empujarla de nuevo, y esta vez Ellora cayó sobre las esterillas de juncos abriendo la boca en busca de aire.

Nigel se dirigió a toda prisa hacia la puerta del salón, pero se detuvo antes de salir para dirigirse a su esposa, que ahora estaba tendida sollozando.

—Tengo que atender esta noche otros asuntos si quiero salvar esta alianza. Si en algo valoras tu vida, más te vale no buscarme.

Incapaz de hablar, Ellora se limitó a mantener la mirada baja mientras su esposo salía del salón. Un profundo odio hacia Nigel se apoderó de ella hasta que llegó a sentir náuseas. Entonces golpeó el duro suelo con el puño con rabia impotente.

Se fue incorporando lentamente, dolorida, tensa y extremadamente agotada.

“Todos mis cuidados”, pensó, “todos estos años refinando las habilidades de Soleilbert para que ahora la rechacen con semejante indiferencia”.

La sensación le resultaba demasiado familiar a Ellora, y sintió cómo le picaba el orgullo como un agujón.

Bajó la vista hacia el arrugado pergamino que todavía tenía sujeto con el puño. Lo abrió cuidadosamente y estiró las arrugas encima de su escote. A menos que el compromiso fuera revocado por el mismísimo rey, Ellora sabía que Tristan estaba obligado a convertir a Soleilbert en la señora de Greanly si no quería que lo despojaran de su fortuna.

Pero aunque el rey llegara a permitir que Tristan deshonrara a su hija de semejante manera, Ellora prometió que ella no lo consentiría.

Capítulo 8

—¿Debemos partir de inmediato? —le preguntó Mary a Haith—. Esto es demasiado precipitado.

Las mujeres estaban frente a la casa de Mary y John en Seacrest, donde John, Barrett y un desconocido de piel morena estaban ayudando a unos soldados a cargar las posesiones de la familia en un carromato. El carro estaba ya a rebosar con las pertenencias de otros aldeanos.

John fue el que respondió la pregunta de su esposa, deteniéndose en su camino de regreso a la cabaña. Aunque la luz de la antorcha revelaba la fatiga marcada en sus facciones, le brillaban los ojos.

—Sí, Mary —dijo—. Lord Tristan quiere librarnos a todos de lord Nigel mientras él esté aquí para protegernos.

—¿Protegernos? —quiso saber Haith. Se preguntó qué clase de hombre era aquel nuevo señor para haberse dado cuenta tan rápidamente de la maldad de Nigel. Tal vez tuviera una oportunidad de proteger a Bertie y a sí misma, después de todo.

John se encogió de hombros.

—No sé, señora. Pero confío en él.

El esposo de Mary, que era un hombre delgado, se unió al operativo de la mudanza con una enigmática sonrisa.

Haith se quedó confundida y preocupada por los comentarios de John. Con aquel ritmo tan frenético, los aldeanos, incluidas Haith y Minerva, se habrían marchado de Seacrest en menos de una hora, sin tiempo para despedidas. Los pensamientos de Haith estaban puestos en Soleilbert y en el modo de encontrar la manera de llegar a ella y explicarse antes de que partieran los carromatos. No se atrevía a volver a entrar en el salón tras el encontronazo que había tenido antes con Nigel. Pensó en encargarle esa tarea a Mary, pero la mujer ya estaba alejándose y dando instrucciones a voces.

—¡Eh, cuidado! ¡No pongas esa silla encima de mis vasijas de barro, bruto!

Minerva apareció de pronto al lado de Haith sosteniendo las riendas de su viejo jamelgo, que iba cargado con los sacos y alforjas de sus pertenencias atados a la perilla de la silla.

—Él viene —susurró la anciana agarrando con apremio el brazo de Haith. Tenía los ojos negros como la noche que los rodeaba y brillaban con algo parecido a la agitación.

—¿Quién? —preguntó Haith, pero su pregunta obtuvo respuesta al ver a Nigel cruzando el patio en dirección a ellos.

El miedo se apoderó al instante de las entrañas de Haith, que se retorcieron por el pánico. ¿Tendría pensado impedirle que se marchara de Seacrest? ¿Renegaría del trato que habían hecho? Se giró para salir huyendo, pero se dio cuenta de que las garras de Minerva la estaban sujetando con fuerza.

—¡Minerva, suéltame, te lo suplico!

—¡No, hada! —la anciana la estaba agarrando muy fuerte, obligando a Haith a permanecer donde estaba—. Él debe saber...

—¡No! —Haith se retorció y se libró de Minerva. Corrió esquivando las cabañas y sin prestar atención a los gritos de Minerva.

—¡Vuelve, Haith! ¡No estarás a salvo!

Haith corrió hasta que llegó al enorme muro de madera del patio y no pudo seguir corriendo. Giró a la izquierda y luego a la derecha, tratando de decidir rápidamente cuál sería la mejor dirección para huir. A la izquierda estaban los establos, pero la idea de quedarse atrapada en su oscuro interior con Nigel una vez más resultaba impensable. Haith corrió a la derecha, entrando al pueblo.

Su grito de terror atravesó la noche estrellada cuando Nigel salió de detrás de una cabaña y la agarró, tirando de ella hacia el áspero muro.

—¿Estabas pensando en escapar de mí, querida? —se rió entre dientes mientras Haith se retorció en sus brazos—. No puedo permitirlo. Tu vida depende ahora sólo de mi caridad, Haith, y voy a cobrarme tu engaño.

—No te debo nada —Haith le escupió aquellas palabras a la cara—. Tus palabras me permiten salir esta misma noche de Seacrest. ¡Me diste la opción de escoger y escogí! ¡Ahora suéltame!

El decidido razonamiento de Haith fue recompensado con una bofetada de revés de Nigel.

—Me lo debes *todo*, puta bastarda, y voy a cobrármelo ahora mismo.

Nigel se abalanzó sobre ella a pesar de los esfuerzos de Haith, y ambos cayeron sobre el polvo. Aunque él no era muy corpulento, tenía los músculos vigorosos y fuertes, así que agarró con facilidad las manos de Haith sobre su cabeza mientras buscaba el bajo de su túnica enredada.

Haith gritó cuando la mano de Nigel le acarició la pierna desnuda. y Nigel volvió a hacerla callar enseguida.

—Si vuelves a gritar otra vez mataré a la bruja. ¿Lo has entendido? —Nigel le agitó un dedo debajo de la nariz como si fuera una niña. La sangre le goteaba caprichosamente por la nariz y la barbilla.

Haith asintió con cautela, pero cuando Nigel volvió a tirarle una vez más de la falda, se agarró a cualquier posibilidad de escape.

—Greanly —dijo con voz ronca y la garganta constreñida por las lágrimas, la vergüenza y el odio—. Me necesitas allí.

—¿Qué? —Nigel se quedó quieto y observó su rostro muy de cerca.

—No se sabe todavía qué ha sido de Donald. Yo... yo te enviaré noticias de los planes de Tristan —Haith trató de bajarse las faldas deslizándose por el suelo, pero Nigel la mantuvo firme—. Pero sólo si me sueltas ahora sin hacerme ningún daño.

—¿De veras? —preguntó Nigel, como si su respuesta fuera una especie de lenguaje nuevo e interesante.

Haith no confiaba en ser capaz de articular palabra, así que se limitó a asentir. Ante su respuesta, Nigel dejó caer la cabeza un instante mientras pensaba. Haith confiaba en que la soltara. Consiguió encontrar su voz.

—¿Cumplirás tu palabra, mi señor?

Cuando Nigel alzó los ojos para clavarlos en los suyos, Haith no vio en ellos ni resignación ni derrota, sino pura maldad grasienta y oscura. Su voz resultaba suave e incluso sonrió ligeramente, arqueando una ceja en gesto malicioso.

—Por supuesto que cumpliré mi palabra.

Haith dejó escapar un pequeño suspiro, pero el alivio le duró poco.

—Sin embargo, teniendo en cuenta los trucos que has utilizado con anterioridad, no estoy tan convencido de que tú cumplas con la tuya —los ojos de Nigel se deslizaron por el pálido semblante de Haith.—. Te enviaré con D'Argent para que puedas cumplir mi encargo. Pero que sepas que si esta vez no cumples nuestro trato, dulce Haith, *te mataré*.

Nigel se inclinó y le pasó a Haith la lengua por la mejilla. Ella trató de girar la cabeza, pero Nigel se acercó todavía más. Su ardiente respiración parecía penetrarle la piel cuando habló.

—Y para demostrarte que yo no amenazo en vano, no te irás de aquí sin darme antes lo que me corresponde.

Haith no se había dado cuenta de que Nigel se había quitado las calzas. El miedo la inundó como un río helado cuando se le colocó encima. Nigel apretó las caderas contra ella con fuerza, frenéticamente, mientras que con la mano que tenía libre trataba de eliminar la fina combinación que los separaba.

Haith gritó con todas sus fuerzas cuando escuchó el sonido de su ropa interior al rasgarse, y la exclamación de triunfo de Nigel. Chilló hasta que se le quebró la voz y dio patadas con todas sus fuerzas, pero no sirvió de nada. Nigel se acomodó rápidamente y ella sintió algo puntiagudo y caliente apretándose contra su zona más íntima.

Pero de repente algo noqueó a Nigel, cuyo cuerpo empezó a resbalar por la inclinación del terreno.

Haith saltó hacia atrás, sollozando histéricamente y sin dejar de gritar mientras se bajaba las faldas. Minerva estaba a su lado, estrechándola entre sus brazos y acunándola dulcemente.

—Todo está bien, hada mía. Ya te tengo —canturreó. Apartó los mechones sudorosos del rostro de Haith—. No te ha penetrado, ¿verdad?

Haith negó con la cabeza y luego la hundió profundamente en el arrugado cuello de Minerva.

—¿Cómo me has encontrado? —los dientes le castañeaban de puro terror.

—No te he encontrado, muchacha —respondió Minerva con dulzura—. *Ha sido él.*

Haith giró la cabeza para ver a quién había señalado Minerva como su rescatador y vio un hombre grande con una magnífica espada en la mano al lado vigilando el cuerpo encogido y hecho una bola de Nigel.

Su rubio cabello ondeaba en la brisa. Sus ojos azules atravesaron el corazón de Haith al reconocerlo.

El hombre de los sueños de Haith estaba a menos de veinte pasos de ella.

—Minerva, debo haberme vuelto loca —murmuró Haith antes de dejarse caer felizmente en el abismo de la inconsciencia.



Haith se despertó todavía mecida por los brazos de Minerva y con los sonidos de su cantarina melodía. El oscuro callejón que había entre las cabañas más apartadas y el muro exterior estaba inusualmente brillante. Durante su estado de desmayo, un numeroso grupo de hombres de Greanly y de Seacrest habían llegado con antorchas en la mano, y el estruendo de sus gritos coléricos rebotaba salvajemente en aquel espacio cerrado.

Mary corrió a su lado con su bebé en brazos. Pero cuando su amiga se arrodilló sobre el polvo, Haith se apartó de Minerva y se inclinó hacia delante para ver qué era todo aquel alboroto.

Un grupo numeroso de hombres bloqueaba la mayor parte de la visión de Haith, pero... ¡allí!, levantando la cabeza entre la multitud, él la miró.

Haith sintió cómo se le encogía el corazón y luego se le expandía con una felicidad que hasta aquel momento sólo había conocido cuando dormía. ¡Era real! ¡Aquella fatídica noche en los establos, él había acudido realmente a ella, había jurado protegerla y había regresado!

Haith se puso de pie tambaleándose e ignorando las voces preocupadas de Minerva y de Mary y sus cariñosas manos. Avanzó lentamente hacia el grupo, todo su ser concentrado en el hombre que estaba en medio. Haith tenía la mirada fija, los objetos y los sonidos que la rodeaban enmudecieron, no podían tocarla ni detenerla.

Cuando se acercó, la multitud guardó silencio y se abrió para dejarle paso. Los hombres del pueblo se la quedaban mirando abiertamente con asombro ante su aspecto o apartaban respetuosamente la vista. Haith tenía la túnica desgarrada y llena de barro, y la sangre de

alrededor de la boca herida y de la mejilla se había convertido al secarse en una costra entumecida. Ella los ignoró a todos, tanto a los curiosos morbosos como a los que le mostraban simpatía, y se acercó a su objetivo.

Cuando no estuvo a más de dos pasos de su salvador, se detuvo y alzó la vista para mirar absorta su rostro duro y enojado. Un ola de energía cálida y hormigueante pareció envolver a la pareja cuando la mano de Haith se alzó muy despacio como si tuviera vida propia y se estiró hacia...

—¡Mirad a la puta! —la voz de Nigel cortó la delicada tela de araña que se había formado alrededor de Haith, y ella se sobresaltó. Dejó caer la mano y se giró asustada hacia donde estaba Nigel, no muy lejos.

—Ahora se te ofrece a ti, D'Argent. ¿Te das cuenta ahora de que digo la verdad?

Haith miró con asombro primero el rostro rojo y brillante de Nigel y después el de aquel hombre, D'Argent, que permanecía duro e impenetrable. ¿La estaba acusando Nigel de provocar lo que había estado a punto de ser una violación?

Pero un momento... ¿D'Argent? Ese hombre era...

Barrett interrumpió los agitados pensamientos de Haith cuando se abrió paso con el hombro sin ninguna dificultad a través de la multitud para enfrentarse a Nigel. Sus puños, que eran como piedras, estaban cerrados.

—¡Eres un sucio mentiroso! —bramó provocando que Nigel diera un paso atrás sorprendido en un principio, aunque luego se acercó al gigantesco hombre con osadía.

—Haré que te cuelguen por hablarle a un señor de semejante manera —aseguró Nigel.

—Tú ya no eres mi señor —dijo Barrett sin mostrar el mínimo temor ante la amenaza. El alguacil señaló al hombre rubio que observaba de cerca el enfrentamiento, pero no le dedicó una sola mirada a la desaliñada mujer sobre la que estaban discutiendo—. Le he jurado fidelidad a lord Tristan, y es a él a quien le guardo lealtad.

El pequeño grito desmayado de Haith pasó inadvertido mientras Nigel parecía sorprendido, aunque no se arrodó frente al alguacil.

—¡Paria miserable! Tú no tienes nada que decir en una cuestión entre señores.

—Esta muchacha —Barrett estiró su gigantesco brazo en dirección a Haith—, no se arrojaría nunca en brazos de ningún hombre, y mucho menos en los de uno como tú. Conocí muy bien a su madre y a su padre, y también a Minerva, y fue educada como debe ser.

—Fue criada por una madre prostituta —aseguró Nigel con desprecio—, y después por una bruja hechicera que fue expulsada del castillo por mi buena esposa.

Un murmullo atravesó la multitud cuando Minerva apareció al lado de Tristan y se movió sigilosamente hacia Nigel con actitud amenazadora.

—¿Estás ensuciando el nombre de mi Corinne? —dijo Minerva en un inquietante susurro—. No tienes ni idea de lo que hablas, lord serpiente.

—Aléjate de mí, bruja —a Nigel se le quebró ligeramente la voz—. Ya me encargaré más tarde de la puta y de ti.

—¡No! —le gritó Minerva a Nigel a la cara, haciéndole dar un respingo y levantar la mano en gesto reflejo para darle un golpe.

Minerva lanzó su delgado brazo en respuesta para rodear la muñeca de Nigel con su mano nudosa, él soltó al instante un grito de dolor. La multitud de hombres reuló con un murmullo de alarma y miedo cuando el señor de Seacrest cayó de rodillas temblando bajo el apretón de aquella mujer de aspecto frágil.

—¡Dios Todopoderoso! —Nigel soltó un chillido agudo. Unas finas espirales de humo se elevaban desde el punto del brazo que Minerva le tenía agarrado—. ¡En nombre de Dios, suéltame, hija del diablo!

—¡Le ofreciste a la niña un acuerdo de compromiso y ella aceptó! —Minerva se acercó más a él para escudriñar el rostro de Nigel, y él cerró con fuerza los ojos en gesto dolorido y

aterrorizado. El olor a carne quemada se expandió por el patio—. Ya no tienes ningún poder sobre ella, según tus propias palabras, y esta misma noche partiremos de Seacrest.

—¡Marchaos entonces! —bramó Nigel echando la cabeza hacia atrás. Tenía la espina dorsal curvada de forma anti natural. El sudor le corría por el pálido y demacrado rostro.

Haith salió de su estupor dando un respingo.

—¡Minerva! Espera... ¡lo estás matando!

La anciana soltó el brazo de Nigel con la misma facilidad con la que arrojaría un palito al suelo, el señor se puso de pie tambaleándose y se retiró precipitadamente. Haith corrió al lado de Minerva, urgiéndola a apartarse de Nigel, pero ella no se movió.

La multitud contuvo el aliento con asombro al ver la marca negra y ensangrentada que rodeaba la muñeca del señor.

—¡Mujer de Satanás! —gritó Nigel meciéndose el brazo herido, ajeno a las lágrimas que brillaban en sus ojos redondos y brillantes—. ¡Me has abrasado con tu fuego infernal! —se giró hacia la inquieta multitud de mirones—. ¡Prendedla!

Pero nadie dio un paso adelante para obedecer a su señor.

—La putrefacción de tu brazo es la prueba de cómo es tu corazón —lo acusó Minerva alzando un dedo nudoso para señalar a Nigel.

Bruja de todos los tiempos, Madre y Doncella

Cuídате de todos a los que ayuda el diablo.

Porque el mal que hagas regresará a ti,

Tres veces tres veces tres.

El rostro de Nigel adquirió la palidez de la luz de la luna, y se quedó petrificado en el sitio, incapaz de apartar los ojos de la anciana menuda que se estaba refiriendo a él. Llegaron a sus oídos los susurros que surgieron entre la multitud. “Es una maldición”, y algunos hombres se arrodillaron.

—Vete al infierno —a Nigel le tembló la voz.

Minerva echó hacia atrás su cabeza cubierta con un paño y soltó una carcajada que resonó como una fuente de plata. Su burla fue la perdición de Nigel, que salió corriendo del callejón, haciendo que algunos de los hombres del pueblo que estaban allí reunidos se dispersaran también. Los que se quedaron observaron a aquel noble desconocido, a Barrett, a Minerva y a Haith con preocupada curiosidad.

Con Nigel huido, Haith se giró hacia Tristan y la realidad de su situación se aposentó alrededor de ella como una niebla densa y sucia.

—¿Eres Tristan D’Argent, señor de Greanly? —preguntó buscando aquellos ojos que tan bien conocía de sus sueños.

—Sí —bramó la voz grave de Tristan. Le devolvió la mirada escudriñadora, pero en lugar de maravillado, observó a Haith como si contemplara a una víbora hermosa pero mortal—. Y tú eres Haith de Seacrest, la hija de lord James.

Haith asintió muy despacio, y se le cerró la garganta, como si estuviera evitando que pronunciara sus palabras.

—Eres el prometido de mi hermana.

Los labios de Tristan se curvaron en gesto de disgusto.

—Y tú estás ligada al hombre que quiere verme muerto.

Capítulo 9

Haith hizo un esfuerzo por seguir a pie el paso que marcaba el maltrecho jamelgo que llevaba a Minerva. Sus finos mocasines de piel, gastados por muchas estaciones, parecían más una carga que un alivio. A cada paso que daba se las arreglaban para dar con las piedras más finas y dentadas, que rebotaban e iban a parar a los confines del calzado. Cada veinte pasos más o menos, Haith se veía obligada detenerse y sacarse las piedrecitas que le hacían daño antes de acercarse cojeando para volver a alcanzarlos.

La luna resultaba invisible en su descenso hacia la madrugada, cubriendo la tierra del tono más oscuro. Haith no era la única viajera exhausta entre aquel oscuro grupo de peregrinos que se dirigía a Greanly. Las madres trataban en vano de calmar a sus nerviosos hijos, a los que habían despertado sin miramientos para emprender aquel inesperado viaje. Los niños mayores andaban lo que podían, y los que eran demasiado pequeños para cubrir largas distancias o estaban demasiado cansados para continuar, se subían en la parte delantera de los caballos de aquellos que tenían espacio. Los regazos de varios soldados estaban ya ocupados por niños dormidos, y Haith envidiaba su acogedor lugar de reposo, y también su sueño infantil e inocente.

La caótica partida había creado una variopinta caravana de carromatos cargados con precipitación de animales y personas; aquellas que habían sido lo suficientemente valientes como para ponerse en marcha tras el aterrador episodio que había tenido lugar recientemente en el patio de Seacrest. Algo más de cien aldeanos viajaban en medio de los soldados de Greanly, lo que no suponía ni un tercio de los refugiados originales que pertenecían a Greanly por nacimiento o matrimonio.

Varios carromatos lideraban la caravana. Iban cargados hasta los topes con grano, pienso para animales, carnes saladas, barriles de cerveza y vino, mantequilla y queso, una pequeña porción de la parte que le correspondía a Greanly, pero era lo máximo que podían transportar de una vez. Barrett iba montado al lado del primer carromato con aquel hombre moreno llamado Pharao. Había pillado al extranjero mirándola en varias ocasiones, y Haith percibió un frío desprecio tras sus párpados semicerrados.

Aquel desprecio surgía al parecer de la actitud similar que mostraba el señor de aquel hombre. Tras referirse a Donald como el prometido de Haith, Tristan regresó airadamente para unirse a sus soldados, dejando a Haith en brazos de Minerva, herida y todavía muy conmocionada. A partir de aquel momento, las veces que había mirado a Tristan de reojo no habían sido correspondidas. Él no le prestaba ni la mínima atención. A Haith le maravillaba que aquel fuera el mismo hombre que una ocasión la abrazó tan tiernamente en los establos.

Haith sintió como si le estuvieran arrancando el corazón de las entrañas.

En el espacio de unas breves horas, todos los aspectos de su vida habían cambiado radicalmente. El hombre por el que suspiraba, con el que había soñado casi cada noche desde que era una niña pequeña, iba a casarse con su adorada Bertie por decreto real. Haith, la hija de un señor que había reconocido plenamente su paternidad, estaba ahora atrapada en un absurdo compromiso con un siervo violento y grotesco. Haith había dejado el único hogar que había conocido para huir de Nigel, y al hacerlo, probablemente se había condenado a sí misma a una lenta muerte espiritual.

“Ni siquiera he podido despedirme”, pensó para sus adentros mientras el peso de su carga caía sobre ella con toda su fuerza.

Ni de Bertie, para tratar de explicarle que la vería pronto, ni de su madre y su querido padre en sus tumbas situadas en una loma con vistas a Seacrest. No había habido tiempo. Todo lo que Haith poseía estaba ahora metido en unos cuantos burdos sacos colgados de la silla de Minerva.

Y subida en esa misma silla, Minerva iba cantando como si se dirigiera a la feria de Londres. La alegre melodía escocesa sobre un hada y su mortal compañero crisparon todavía más el mal humor de Haith.

—Te lo suplico, Minerva —le rogó Haith tropezando con una bache pedregoso—, deja de cantar. Este no es un viaje para estar contento.

—¿Y por qué no? —preguntó la anciana con naturalidad—. Has encontrado tu alma gemela, y ahora la estamos siguiendo hacia nuestra nueva morada —Minerva comenzó a entonar otra entusiasta estrofa.

Haith miró a su alrededor apresuradamente para ver si alguno de los viajeros cercanos había escuchado las palabras de Minerva y volvió a tropezarse, pero esta vez cayó cuan larga era. El cansancio y la pena la paralizaron, y en lugar de volver a ponerse otra vez de pie, se quedó agachada sobre el polvo. Cerró los ojos en un intento de detener el flujo de lágrimas que la amenazaba, pero resultó en vano.

Minerva dejó bruscamente de cantar y guió al jamelgo para colocarse al lado de la figura caída de Haith.

—Vamos, muchacha, ponte de pie —la reprendió—. No podemos quedarnos rezagadas ahora.

—No puedo —susurró Haith.

—Lady Haith —Rufus, un aldeano, se detuvo a su lado y se arrodilló—. ¿Podéis continuar?

—Me temo que no, amable Rufus —respondió ella temblando—. Descansaré aquí unos instantes antes de seguir.

Enseguida se paró otro aldeano para interesarse por Haith, igual que un grupo que iba en carromato. Y luego otro. Pronto se había detenido casi la mitad de la caravana.

—Mi señora, ¿queréis que os lleve?

—Podemos llevarla entre varios.

—Tal vez podría ir sentada en la parte superior del carromato.

Haith trató en vano de hacerse escuchar por encima de la conversación. Sabía que cuanto más tiempo se demoraran, más probabilidades habría de que atrajeran la atención de su señor, algo a lo que Haith no podía enfrentarse en su situación.

Minerva también le quitó importancia a las preocupaciones de la gente.

—Se recuperará en un instante. Adelante, seguid.

Los aldeanos no parecían muy convencidos.

—Tiene los mocasines llenos de sangre.

—Mi señora, permitid que...

—Agarraos de mi brazo, mi señora.

Haith sintió cómo la tierra retumbaba bajo las palmas de sus manos cuando dos gigantescas pezuñas aparecieron delante de ella. Alzó la cabeza más y más alto, subiendo por las musculosas y grises patas delanteras del caballo hasta llegar al rostro del hombre que lo montaba. Parecía absolutamente furioso.

—¿Ocurre algo? —inquirió Tristan.

Rufus se ofreció a contestar.

—Mi señora tiene los pies destrozados, mi señor. No puede seguir caminando.

A Tristan se le abrieron las fosas nasales, pero permaneció en silencio, creando una incómoda tensión entre el grupo de viajeros congregado alrededor de Haith. Rufus se aclaró la

garganta con timidez bajo la mirada asesina de su señor, y luego se acercó a tomar a Haith del brazo.

—Dejadme que os lleve, mi señora —se ofreció mientras empezaba a tirar de Haith para ayudarla a ponerse de pie.

—Suelta a la muchacha —dijo Tristan bruscamente, provocando que Rufus dejara caer el brazo de Haith. La joven cayó una vez más al suelo con un pequeño grito de protesta.

—¿Mi señor? —preguntó Rufus asombrado.

—Caminará por sí misma o se quedará atrás —ordenó Tristan—. No estamos todavía ni a mitad de camino de Greanly y no perderé el tiempo con aquellos que no pueden seguir el ritmo.

Haith parpadeó conmovida al escuchar aquellas palabras tan duras salir de los bien definidos labios de Tristan. Su mirada cayó sobre ella, y Haith deseó encogerse hasta desaparecer por su debilidad. Pero todavía había más.

—A partir de este momento, nadie se referirá a esta mujer como “mi señora” —declaró—. Se ha prometido a un aldeano, y por lo tanto ha perdido todo los privilegios que otorga la nobleza —la mirada de Tristan se posó sobre los asombrados ojos de aquellos que estaban allí reunidos—. Ahora es una de vosotros, y será tratada como tal.

Rufus y los demás aldeanos arrastraron los pies y murmuraron confundidos y avergonzados por su señora. El grupo temía a su nuevo señor como gobernante desconocido, y sin embargo estaban obligados a obedecer sus órdenes.

Con los ojos clavados en las sólidas y flexibles botas de Tristan, que descansaban cómodamente en los finos estribos de su silla, Haith sintió cómo le iba subiendo la ira. ¿Cómo se atrevía a humillarla de semejante manera delante de su gente por no seguirle el paso mientras él iba cómodamente montado? ¿Y a arrancarle el respeto y el título porque había tomado una decisión para evitarles una humillación a Soleilbert y a Ellora, y también para protegerse a sí misma de la lujuria de Nigel? ¿Y qué había sido de su promesa de protegerla? Desgraciadamente, parecía que su intención era hacer justo lo contrario al declarar delante de los buenos aldeanos el compromiso de matrimonio que se había visto obligada a adoptar. Y él parecía decidido a respetar el acuerdo.

“Bueno, pues lo siento por él”, pensó Haith. La manera en la que le estaba hablando Tristan casi hacía parecer más soportable el traicionero pacto con Nigel.

Haith reunió las escasas fuerzas que le quedaban para levantarse una vez más. Miró a Tristan con osadía, tenía la postura regia y la barbilla levantada en gesto arrogante. Su corazón emitió un leve quejido de protesta cuando todos los tiernos sentimientos que le despertaba aquel hombre que sólo conocía de sus sueños se quemaron en su ardiente rabia.

El caballo de Tristan bailó hacia atrás nerviosamente cuando Haith se levantó delante de él, provocando que Tristan frunciera el ceño confundido mientras trataba de tranquilizar al animal.

Haith rechazó al agitado animal sin apenas mirarlo mientras clavaba los ojos en Tristan. Cuando se dirigió hacia él, lo hizo con palabras de la lengua nativa de Minerva.

—*Y tú, mi buen señor, no eres más que un burro sin cabeza que va por ahí sin saber que vomita porquería cada vez que abre la boca.*

La mayoría de los aldeanos rompieron rápidamente filas, la mayoría ocultando sonrisas entre toses y aleteos de manos. Tristan frunció el ceño y miró alternativamente a Haith y a Minerva, que estaba tranquilamente sentada sobre su jamelgo, sonriendo con serenidad.

—¿Qué has dicho, muchacha? —le preguntó Tristan a Haith. Su semblante había ido enrojándose.

Haith hizo caso omiso de su pregunta y se dirigió cojeando en dirección a los demás aldeanos con toda la gracilidad que le permitían sus malheridos pies.

Tristan se giró hacia Minerva.

—¿Qué es lo que ha dicho?

Minerva cruzó la distancia que lo separaba de Tristan y le dio un palmadita en el muslo.

—Nada de lo que preocuparse, mi señor. Ha dicho simplemente que tus palabras son sabias y que hará todo lo que esté en su mano por complacerte —Minerva le dio la vuelta a su jamelgo y cloqueó suavemente, dejando a Tristan solo en su caballo.

—¿Por qué será que no te creo, anciana? —murmuró sacudiendo la cabeza.

Los ojos de Tristan se clavaron en la delicada espalda de Haith mientras ella se apoyaba en el brazo de un aldeano, y por un instante sintió una punzada de arrepentimiento. Los sentimientos que habían estado ausentes durante muchos años lo atormentaron cruelmente una vez más: incertidumbre, remordimiento, humillación. Soledad.

“Tal vez debería haber huido con ella aquella noche del establo”, pensó mientras espoleaba su montura hacia delante. O quizá debió buscarla antes de encontrarse con Nigel, porque realmente no conocía todos los detalles de su acuerdo de compromiso.

Lo que sí sabía era que tenerla tan cerca estaba haciendo crecer en él una añoranza tan intensa como la que había conocido por última vez cuando era un niño solo y abandonado en las calles de París.

Si no conseguía convencer rápidamente a Guillermo para que rompiera su compromiso con Soleilbert, el día de San Miguel se encontraría atado a la hermana de una mujer a la que no podía olvidar. Para entonces Haith sería la esposa de Donald, y estaría bajo su dominio en Greanly, situada para siempre a su alcance pero sin que pudiera llegar a ella.

Exactamente igual que en sus sueños.

Capítulo 10

Haith se dejó caer en una silla de la habitación principal de la cabaña grande que Minerva y ella iban a compartir en Greanly. La casa se había construido expresamente con el propósito de alojar a una curandera y su material. La habitación situada delante tenía los muros llenos de estanterías, perchas y colgadores. La gigantesca chimenea ocupaba un muro entero y tenía accesorios de hierro enterrados en mortero para colocar ollas y cazuelas. Había un horno aparte para cocer, un banco de trabajo con una tabla para crear y mezclar remedios, y varias sillas robustas de madera recién construidas.

Minerva recorrió bailando feliz la bien equipada habitación a pesar de tener las piernas entumecidas por el largo viaje a lomos del jamelgo.

—¡Oh, hada! —exclamó danzando alrededor de Haith y agarrando a la joven de los hombros—. ¿No es la cabaña más bonita que has visto en tu vida?

Haith se apartó con irritación.

—Sí, Minerva. Es magnífica.

—Ay, muchacha —la anciana chasqueó la lengua—. ¿Por qué estás tan abatida?

—¿Por qué estoy abatida? ¿Estás loca? —Haith se puso bruscamente de pie, arrojando el fardo con sus posesiones sobre el banco de trabajo. El sol había salido hacía varias horas, y las habitaciones de la cabaña estaban inundadas de una luz brillante.

—¡Me han enviado a este lugar para traicionar a mi hermana y destruir al hombre que tú aseguraste que sería mi salvador! —Haith recorrió la habitación como un zorro acorralado, pasándose los dedos por los enredados rizos—. Lord Tristan me ha humillado a la menor ocasión, aunque no alcanzo a entender la razón.

—Tal vez esté simplemente sorprendido por los planes de matrimonio que tiene Nigel para ti.

—¿Simplemente sorprendido? —Haith se giró bruscamente para mirar a la anciana—. ¡Les prohibió a los aldeanos que utilizaran el título que me corresponde por derecho para dirigirse a mí, y luego proclamó que yo era una persona débil y sin ningún valor! —Haith salió a toda prisa por la puerta de atrás, pero reapareció unos segundos más tarde y continuó con su discurso.

—¡Es el prometido de Soleilbert! —bramó. Sus ojos azules centelleaban como relámpagos en el mar—. ¿No podría haber compartido conmigo esa pequeña información hace una semana?

Minerva agudizó el oído.

—¿Habías hablado con él antes de anoche? Eso no me lo habías contado, muchacha.

Haith suspiró pesadamente y cerró los ojos, tratando de insuflarle paciencia a sus palabras.

—Creí que se trataba de otro de mis sueños.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —Minerva prosiguió con los alegres brincos de antes—. ¡Es tu hombre, hada! —la anciana se llevó las manos a su escote ajado por la edad—. Dejaste de hablar de él hace mucho, y temí que lo hubieras perdido para siempre. Pero ahora... Minerva se deslizó hacia el banco sonriendo resueltamente.

—¡Ahora sé que las piedras decían la verdad! Él es el hombre con el que te vas a casar, Haith.

—¿No has oído lo que he dicho? —Haith se unió a la mujer en el banco y comenzó a sacar cosas de su fardo—. ¡Está prometido a mi hermana por el mismísimo Guillermo!

—¡Bah! —se burló Minerva colocando cuidadosamente en un estante pequeñas vasijas de barro que contenían sus preciados ungüentos—. Eso no tiene ninguna importancia. Bertie no está hecha para él. Lo he visto con mis propios ojos.

Haith abrió la boca para preguntarle a Minerva qué quería decir exactamente cuando un sonoro restallido le hizo dar un respingo. Vio cómo la anciana curandera se acercaba tranquilamente a la escoba que había caído cruzada en el umbral de la cabaña y la levantaba. Los labios de Haith formaron las palabras en silencio mientras Minerva recitaba.

*Diosa Corra, tu advertencia hemos oído
Sean nuestros visitantes bien recibidos*

En cuanto quedó pronunciada aquella rima simple, el alguacil de Greanly apareció en el umbral. Su imponente figura bloqueaba la vista del muro del castillo y más allá.

—Hola, Minerva —saludó Barrett introduciendo su peluda cabeza en la cabaña. Vio a Haith tratando enérgicamente de arreglar su desaliñada apariencia, y tras mirar hacia atrás de sus gigantescos hombros por si había algún curioso, se inclinó profundamente hacia delante.

—Lady Haith.

—Buenos días, Barrett. Entra —Minerva le hizo un gesto al alguacil mientras ella seguía sacando sus cosas—. Te ofrecería un bocado para aliviar el viaje que hemos sufrido, pero —se rió entre dientes y señaló una estantería prácticamente vacía con su mano arrugada—, me temo que todavía tenemos que llenar nuestra despensa.

—Sí —añadió Haith todavía escocida por el intento de Barrett de mostrarle su respeto a hurtadillas—. Al parecer, a nuestro buen señor se le ha olvidado proveer a su pueblo de alimentos —torció el gesto y se dispuso a ayudar a Minerva en su tarea.

—Oh, no mi señora —se apresuró a decir Barrett arrastrando sus enormes pies—. Eso es lo que he venido a deciros —miró con recelo el objeto que Minerva acababa de extraer de un saco, una jarra coloreada llena de algo que se parecía sospechosamente a unos ojos pequeños.

—Bueno, pues suéltalo de una vez, hombre —inquirió Minerva agitando la jarra en su dirección—. No van a saltar sobre ti.

Barrett se sonrojó.

—Eh... de acuerdo. Están descargando en este momento los carromatos procedentes de Seacrest, y el señor dice que vayáis a recoger lo que vais a necesitar para un día o dos. El resto se repartirá cuando todo esté colocado en los graneros y almacenes.

Haith cogió un saco que acababa de vaciar y una cesta de paja.

—Gracias por avisarnos, Barrett. Minerva, iré a buscar lo que creo que podamos necesitar y lo traeré.

Haith se estaba dirigiendo hacia la puerta cuando Barrett le bloqueó el paso.

—No, mi señora —dijo alzando las manos con una sonrisa avergonzada—. El señor me ha pedido que te lleve ahora mismo al salón. Desea hablar contigo.

—¿Eso quiere? —replicó Haith con tono aparentemente tranquilo.

—Sí —Barrett asintió—. Ahora mismo.

—Puedes decirle a *lord Tristan* —Haith le dio un toque con el dedo en algún punto bajo el esternón con cada palabra, empujando al fornido alguacil hacia el umbral de la cabaña—, que tengo asuntos más urgentes que atender en este momento. Si desea hablar conmigo...

La pareja estaba ahora fuera, y habían atraído numerosas miradas de los aldeanos. Barrett miró a su alrededor impotente mientras el mal humor de Haith iba en aumento.

—... Puede solicitar mi presencia como una persona civilizada, aunque sé que eso le resultará difícil.

Minerva salió detrás de Haith al umbral de la cabaña y se apoyó contra el marco, ocultando una sonrisa con la mano que se llevó a la boca.

—Además —continuó Haith—, hasta que me vea casada y ya no pueda entonces seguir recibiendo el tratamiento de “señora”, estaría bien por su parte que me tratara con el respeto que se le debe a un igual y que no me *lleve* a su presencia como si yo fuera una sirvienta.

Haith tenía la nariz en el pecho del alguacil de Greanly, las mejillas muy sonrojadas y el pecho le subía y le bajaba. Barrett tartamudeó y se revolvió nerviosamente, desconcertado.

—Eh... muy bien, mi señora,—tartamudeó—. Se lo diré.

Haith asintió una vez y luego se giró sobre sus talones en dirección hacia lo que dio por hecho que era el granero.

—Lady Haith —la llamó Barrett a su espalda.

Haith se dio la vuelta y se puso en jarras, provocando el balanceo del saco y la cesta de paja.

—Sí, Barrett, ¿qué pasa ahora?

El alguacil alzó una mano para señalar con un dedo a escondidas en dirección contraria.

—Eh... los carromatos...

Haith se sonrojó y pasó furiosa por delante de Barrett hacia la dirección que le había indicado.

—Gracias.

—No hay de qué.



Tristan se reclinó en la silla señorial con un suspiro de agotamiento. Llevaba dos días sin disfrutar de la comodidad de su cama, y la tensión de los últimos acontecimientos lo había colocado en una situación extrema.

Y esa era justo la razón por la que había enviado al alguacil a buscar a Haith. Sus palabras y el comportamiento que había tenido durante el viaje de la noche anterior lo atormentaban, y deseaba reparar de alguna manera el daño que su conmoción y su consternación habían provocado.

¡Pero al diablo con todo! ¿Cómo podía Haith comprometerse con tanta naturalidad con el despreciable Donald? Sobre todo cuando Tristan había prometido regresar a por ella, protegerla. ¿Acaso su palabra no tenía ningún valor? Aquella noche en el establo fue tan tierna, como si ambos fueran dos mitades que finalmente conformaban un todo. Y sin embargo, ella no le había confiado los problemas que tenía en Seacrest.

La noche anterior, algo lo había llevado hasta aquel callejón de Seacrest; era como si Haith lo hubiera llamado. Cuando vio a Nigel encima de ella, el impacto había clavado los pies de Tristan en el suelo antes de que el entrenado guerrero que había en él se lanzara hacia delante en busca de venganza. Había levantado a aquel hombre delgado de encima de Haith con una mano y había sacado la espada para acabar con la vida de aquel gusano en ese mismo instante.

Pero se lo impidió el sonido de sus sollozos, lo distrajo su misma presencia. Se parecía mucho a la visión de sus sueños.

“Sálvame, Tristan”.

Y entonces las palabras que Haith había pronunciado antes de su intervención quedaron registradas en su rabia: “¿Cumplirás tu palabra, mi señor?”.

Tristan se colocó muy recto sobre la silla mientras otra posibilidad se le pasaba por la cabeza. La noche del establo, se había visto arrastrado hacia aquel lugar y se había despertado con ella. En el momento en que se abrazaban, Donald y sus secuaces entraban imprudentemente en Greanly. ¿Mera coincidencia?

Y luego, la última noche, cuando Tristan se vio de alguna forma guiado para intervenir en su favor, ¿habría estado también planeado?

Ella aseguró que desconocía su identidad, y parecía sincera, pero en realidad, ¿qué sabía de esa mujer? El hecho de que no estuviera al lado de su querida hermana en lo que debería considerarse una ocasión especial le resultaba muy extraño. ¿Por qué Haith no vivía en el castillo familiar en lugar de hacerlo en una choza con la curandera del pueblo? El propio Nigel le había contado que Ellora la había desterrado, pero, ¿por qué motivo?

¿Traición?

¿Estaría conspirando con Nigel en su contra aquella perversa pelirroja que lo perseguía en sueños y hacía que le hirviera la sangre? ¿Habría metido al enemigo en su propia casa? Los pensamientos de Tristan quedaron interrumpidos cuando Barrett entró en el salón y se acercó a él con aquella torpe manera de andar característica.

—Mi señor —el alguacil inclinó la cabeza—. He regresado de cumplir vuestro encargo, Tristan sonrió abiertamente.

—Eso ya lo veo, Barrett. ¿Y dónde está ella?

—Eh, bueno... —Barrett bajó la vista—, no ha venido.

—¿Cómo?

—Disculpadme, mi señor, pero... —Barrett alzó los ojos sin ninguna gana para cruzarse con los de Tristan y explicarse—, lady Haith dijo que iba a buscar provisiones para ella y Minerva y que eso era más importante que hablar con vos, eh... —Barrett se aclaró la garganta—, en este momento, eso dijo.

—Estás de broma —A Tristan le latía la sangre en las sienes mientras la jaqueca contra la que había estado luchando le pisoteaba con fuerza el cráneo.

—No, mi señor. También dijo que hasta que se haya casado, espera que se dirijan a ella como “mi señora” y se la trate también como tal.

—Eso ha dicho, ¿eh?

—Sí.

Tristan unió los dedos y formó una carpa con ellos delante de los labios.

—¿Y en este momento está recogiendo provisiones de los carromatos?

—Sí, mi señor.

Tristan se levantó y pasó por delante de Barrett. Sus pasos resonaron como truenos por el salón. Abrió de golpe el pesado portón de roble y salió con decisión en dirección al granero de Greanly.

No tuvo ningún problema en distinguir la figura única de Haith entre los aldeanos que pululaban alrededor de los carromatos. Sus mechones cobrizos brillaban bajo la luz del día, y los rostros de los soldados que estaban entregando la mercancía se mostraban sonrientes y joviales en su presencia.

Varios de los aldeanos allí reunidos vieron el semblante furioso de Tristan mientras se acercaba y se apartaron discretamente de quien imaginaron que era su objetivo. Haith, que no se percató de su llegada, giró la cabeza con asombro cuando la mano de Tristan la agarró del brazo como si fuera una tenaza de hierro y la apartó a rastras de la multitud.

Haith soltó un grito agudo mientras Tristan tiraba bruscamente de ella en dirección al castillo. Su saco de grano y la cesta de nabos cayeron al suelo.

—¡Suéltame! —chilló sacudiendo el capazo para librarse de él.

—Cierra la boca, muchacha —gruñó Tristan caminando más deprisa, lo que hizo que Haith se tambaleara. Él la ayudó a incorporarse y continuó andando sin mirarla ni una sola vez—. Te aconsejo que no vuelvas a desobedecerme una segunda vez.

Continuó escaleras arriba hasta llegar al salón tirándole del brazo. Una vez dentro la soltó y bramó a los pocos siervos que pululaban por ahí haciendo diversas tareas.

—¡Fuera! —rugió indicando el portón abierto con uno de sus largos brazos.

Los aldeanos dejaron lo que estaban haciendo y salieron a toda prisa por la puerta. Tristan estaba tan furioso que estuvo a punto de no darse cuenta de que Haith intentaba escapar tratando de deslizarse detrás de Barrett para salir con el grupo que se marchaba.

—Tú no —le aclaró Tristan sacándola a rastras de la cola de gente que salía. Cerró de un portazo tras la última persona que se fue y se giró para mirar a Haith—. Tienes unos minutos para explicar tu comportamiento, muchacha, antes de que mi furia sobrepase a mi caridad.

—No tengo nada que explicarte —contestó Haith alzando la nariz y dirigiéndose hacia la puerta.

Tristan se colocó delante de ella, impidiéndole la salida.

—Te olvidas de que yo soy el señor aquí —dijo amenazante—. Harás lo que yo te ordene.

La furia de Haith se desvaneció como el humo en la brisa, y tragó saliva ostensiblemente al darse cuenta de cuál era su situación. Estaba sola en un salón desconocido en presencia de un hombre muy alto, muy enfadado y muy fuerte. La boca se le secó de repente como si fuera arena, y se quedó mirando fijamente a Tristan mientras él seguía hablando.

—¿Por qué no empiezas contándome cómo teníais pensado asesinarme tu amante y tú?

Capítulo 11

Haith abrió la boca sin dar crédito ante aquella pregunta.

—¿Qué has dicho?

—Ya me has oído, Haith.

El estómago le dio un vuelco al escucharle llamarla por su nombre de pila, y durante un instante, se distrajo con la forma en que sonaba en sus labios. Pero el recuerdo de su acusación la inundó enseguida con una sensación de miedo. ¿Cómo era posible que estuviera tan cerca de la verdad?

—Sí, te he oído —replicó ella—. ¿Has estado bebiendo?

Ahora le tocó a Tristan el turno de quedarse perplejo.

—No entiendo de qué manera podría ser eso una respuesta a mi pregunta, pero no, no he bebido. No juegues conmigo, muchacha.

—No estoy jugando. Sólo a un borracho o un idiota se le hubiera ocurrido semejante acusación.

A Tristan se le abrieron las fosas nasales.

—¿Me estás llamando idiota?

—Tú mismo has descartado la otra posibilidad —la desesperación la volvía audaz—. Si mi plan fuera matarte, podría haber cumplido perfectamente con esa misión en los establos.

—¡Aja! —exclamó Tristan—. ¿Así que conocías mi identidad?

—¡No! —Haith elevó la voz para ponerla a la altura de la suya—. ¡Sólo quería demostrarte lo ridículo que resulta tu razonamiento!

—Será mejor que se te ocurra una explicación mejor que un alarde de lascivia en una cuadra de caballos.

—¿Un alarde de lascivia? —Haith palideció. Su intención había sido distraerle, no provocar su desprecio—. Yo no solicité tu compañía aquella noche... tú me la ofreciste.

—Porque pensé que eras una dama en apuros —le espetó Tristan—. ¡Si no lo eras, entonces explícame por qué llorabas! ¿Qué andabas buscando aquella noche en los establos?

—Tal vez yo debería hacerte a ti la misma pregunta, lord Tristan —respondió Haith poniéndose en jarras para disimular el temblor de las manos—. ¿Qué hacías merodeando por ahí vestido como un aldeano en un pueblo que no es el tuyo?

—Eso no es asunto tuyo.

—Entonces tampoco lo es tuyo el hecho de que yo buscara refugio allí. *Sola* —añadió—. Me has insultado dos veces en sendas ocasiones, y ahora voy a retirarme de tu presencia —Haith se movió para pasar por delante de él, pero Tristan volvió a bloquearle la salida.

—No me has dado ninguna respuesta —Tristan le agarró los brazos con las manos y la miró fijamente.

—No he escuchado ninguna pregunta digna de respuesta.

Tristan la agarró con más fuerza, provocando pequeñas oleadas de dolor en los hombros de Haith.

—Yo soy el señor aquí, y tú me obedecerás. No está en tu mano juzgar si mis preguntas son dignas de respuesta o no.

Haith apartó la vista en silencio absoluto. Tristan le hacía un nuevo corte cada vez más profundo con cada palabra que pronunciaba. ¿Cómo podía sospechar de los planes de Nigel? ¿Y hasta qué punto se vería en peligro el futuro de Soleilbert si Nigel descubría la verdad? Es más, ¿cuál sería el destino de la propia Haith por ayudar a Nigel? Decidió evitarse más heridas o futuras incriminaciones negándose a hablar.

—¿No vas a cooperar? —le preguntó Tristan. Al ver que Haith era incapaz de admitirlo, su boca se convirtió en una línea fina—. Muy bien. Tal vez estés más a gusto en compañía de tu compañero traidor.

Una vez más, Tristan volvió a tirar de ella, pero esta vez su destino se hallaba en lo más profundo del castillo de Greanly. Una nueva espiral de miedo subió por la espina dorsal de Haith, empujándole a un lado el orgullo y haciéndola hablar.

—¿Dónde me llevas? —preguntó mientras la llevaba por una estrecha escalera de piedra.

—A reunirse con tu amado.

El paso que llevaba Tristan no le dio oportunidad de hacerle ninguna pregunta cuando el pasadizo se hizo más oscuro y estrecho. Un frío húmedo comenzó a apretar los dedos alrededor de los tobillos de Haith. Había algunas antorchas colocadas de forma intermitente en los muros de piedra, y sus llamas bailaban de forma enloquecida en la brisa que Tristan y Haith provocaban a su paso. Por encima de sus cabezas lucía un brillo más poderoso, y el sonido de unos gritos y de unas furiosas maldiciones alcanzó los oídos de Haith.

—¡Barrett! —gritó una voz ronca desde el hueco de la estancia iluminada—. ¡Montaña andante de mierda, más te vale traerme algo de comer! —un ruido sordo y metálico resonó en los oídos de Haith, y la voz se hizo más insistente—. ¡¡Barrett!!

Un instante más tarde, Haith estaba delante de un muro de piedra que contaba con una ventana con barrotes de hierro y una puerta de roble también con barrotes. Donald el herrero estaba sentado como un sapo gigante en una esquina de la celda, encorvado sobre el rudimentario camastro. El hedor que salía de la minúscula estancia golpeó a Haith como una bofetada, y se apartó de la entrada cubriéndose rápidamente la nariz con la mano. La mano firme de Tristan era lo único que le impedía salir corriendo.

—Te he traído una visita, Donald —dijo Tristan. Sus amables palabras contradecían la indignación y la ira de su tono de voz.

Donald abrió los ojos de par en par al ver a Haith por la ventana, e hizo un esfuerzo por ponerse de pie con ayuda de su brazo derecho, que estaba vendado a la altura del codo.

El aire que levanto al precipitarse de forma tan rápida hacia la entrada multiplicó por diez el olor a podrido, y Haith sintió ganas de vomitar.

—Haith —jadeó Donald—. ¿Te acompaña lord Nigel? —la mano grotesca que le quedaba libre se agarró a las barras que lo separaban de ella.

Haith no podía hablar, así que se limitó a negar con la cabeza y a cerrar los ojos frente al apestoso hedor. Trató en balde de apretarse con más fuerza la nariz con la mano.

—Nigel no vendrá a por ti —rugió Tristan. Donald se limitó a gruñir—. Pero pensé que te gustaría pasar un rato con tu prometida —inclinó la cabeza en dirección a Haith.

—Oh, eso es muy gracioso, mi señor —se burló Donald apartándose de la ventana mientras le dirigía una mirada nerviosa a Haith—. Sin duda nos casaremos enseguida, ahora que estoy inválido y prisionero. La próxima vez, ¿por qué no traes un saco de monedas y una pierna de ternera y las balanceas delante de mí, maldito bastardo?

—¡Oh, Dios mío! —gimió Haith bajo su propia mano. La visión que tenía delante la repugnaba hasta el punto de paralizarla. Cuando estaba en Seacrest y tenía que enfrentarse directamente con la lascivia de Nigel, le había resultado fácil olvidarse de la vil naturaleza del herrero. Pero ahora que tenía delante aquel trozo de carne sudoroso y tembloroso, en lo único en lo que podía pensar Haith era en escapar.

—Por favor —murmuró. Tragándose el orgullo, se inclinó hacia Tristan—. Te lo suplico, sácame de aquí.

Tristan le dirigió a Haith una mirada de hielo y le preguntó con tono de falsa sorpresa:

—¿No quieres visitar al hombre que se va a convertir en tu esposo?

Haith negó con la cabeza.

—No. Por favor, mi señor, no hagas esto —sintió cómo los ojos se le llenaban de lágrimas, pero no pudo hacer nada para evitarlo. Sin duda Tristan no sería capaz de dejarla allí sola con Donald en aquel infierno de humedad—. Él no es...

En aquel instante, Donald corrió hacia el muro y se precipitó contra los barrotes con un bramido. Haith gritó aterrorizada, y se colocó sin darse cuenta detrás de la ancha espalda de Tristan mientras Donald le gritaba.

—¡Cállate, zorra! —Donald se agarró a los barrotes con la mano buena—. Nigel te ha mandado aquí para mí... ¡vas a ser mía! —miró a Tristan con una mueca retorcida—. Déjala aquí conmigo.

—Yo no recibo órdenes de ti —aseguró Tristan con frialdad, y Haith sintió el sordo estruendo de su voz allí donde le tenía agarrada la túnica con la mano—. Dame la información que estoy buscando y tal vez te deje libre.

Haith contuvo involuntariamente el aliento ante aquella sugerencia.

Donald se limitó a gruñir.

—No tengo nada que decirte, maldito imbécil. Ella es mía, el propio lord Nigel me dio su palabra.

—Muy bien —Tristan se encogió de hombros y Haith se preparó para luchar contra él con todas sus fuerzas si se le ocurría abrir la puerta de la celda de Donald.

Pero para su gran sorpresa, Tristan se limitó a darse la vuelta y a agarrarla del brazo antes de hacerle una última advertencia a Donald:

—En cualquier caso, más te vale recordar que Nigel está en Seacrest y que es más probable que te pudras aquí antes de que venga a buscarte —Tristan se dirigió de nuevo al pasadizo, arrastrando con él a una temblorosa Haith.

—¡Haith! —gritó Donald hasta que se le quebró la voz—. ¡Eres mía, mi hermosa dama! ¡Hemos hecho un trato, y más te vale cumplirlo si sabes lo que te conviene!

Tristan tiró de ella escaleras arriba, ayudándola esta vez cuando ella se tambaleó por el cansancio y la precipitación. Cuando se hubieron alejado lo suficiente como para dejar de oír la voz de Donald, Tristan se detuvo y la apoyó contra el pasadizo de piedra, observando con intensidad su rostro cubierto de lágrimas.

Haith se lo quedó mirando a su vez con los ojos hinchados y escocidos.

—Por favor, no puedes soltarlo —le suplicó—. Donald es un salvaje, y él...

—¿No aceptaste este compromiso por tu propia voluntad? —la interrumpió Tristan.

—No —Haith sacudió la cabeza e hipó—. Es cierto que no tenía opción, pero...

—¿Por qué, Haith? ¿Por qué quiere verte Nigel casada con un aldeano? A él le beneficiaría unirte a un hombre noble.

Haith se puso todavía más nerviosa al ver que Tristan no la soltaba. Sus ojos escrutadores la inquietaban, y temió hablar de más sin querer. Se revolvió para apartarse de él.

—Nigel no debe enterarse de que Donald está encarcelado. Si lo sabe, vendrá a por mí —la voz le temblaba por la tensión—. ¡Y yo no regresaré a Seacrest!

Tristan la mantuvo sujeta con firmeza.

—Cálmate, Haith. Si quieres que te ayude debes explicarme exactamente qué peligros encierra Seacrest para ti.

Haith dejó de revolverse y miró a Tristan con toda la tristeza que sentía.

—Tú eres el que menos puede ayudarme.

—Sí. Puedo —Tristan alzó despacio una mano hacia su mejilla y le apartó con suavidad una lágrima con el dedo pulgar, acariciando el cardenal que le había dejado el golpe de Nigel. Luego inclinó la cabeza y la besó allí con ternura.

Durante un efímero instante, Haith permitió que el tacto de sus labios la calmara. Luego giró la cabeza y se negó a sí misma aquel consuelo prohibido.

—No seas amable conmigo, Tristan. Mi única preocupación debe ser mi hermana.

Tristan le tomó suavemente la barbilla y se la levantó para obligarla a mirarlo una vez más. Bajó la cabeza hasta que sus labios se cernieron sobre los de ella.

—No es tu hermana la que me preocupa a mí.

Entonces la besó con la mayor dulzura, como si temiera magullarla con el más leve contacto. Haith cerró los párpados, lo que provocó que una lágrima se le deslizara por el rostro para fundirse en la unión de sus bocas.

Tristan levantó la cabeza apenas un centímetro del rostro de Haith. Ella sintió su proximidad con todo su ser, se solazó en ella con los ojos cerrados y los labios ligeramente entreabiertos. Suspiró.

—Haith —dijo Tristan despertándola de su ensoñación—. Tenemos muchas cosas de las que hablar.

—Sí —susurró ella, perdida en el brillante resplandor de su beso antes de darse cuenta de lo que había dicho. Abrió los ojos de golpe—. Quiero decir: no. Tal vez cuando te hayas casado...

—Sh —murmuró Tristan deslizándole un dedo por los labios—. El compromiso no seguirá adelante. Tengo pensado pedirle al rey que lo disuelva.

Haith sacudió la cabeza con vehemencia y abrió la boca para decir algo, pero Tristan se lo impidió una vez más.

—No. Desenredaremos esta red juntos, Haith. Pero no ahora —la apartó del muro pasándole el brazo por la espalda y siguieron avanzando por el pasadizo hasta que llegaron al salón—. Barrett te acompañará para que llegues sana y salva con Minerva. Vete a la cama y descansa.

Tristan se detuvo en medio del gigantesco salón y la miró fijamente a los ojos.

—Cuando te despiertes, ven a buscarme aquí y hablaremos. ¿Harás lo que te estoy pidiendo?

Haith se quedó mirando su rostro durante un largo instante, como si buscara en él su propia respuesta.

—Sí —contestó finalmente. Estaba deseando descargar el miedo, la ira y el dolor de su corazón con Tristan y librarse de ellos de una vez por todas. Pero si le advertía ahora de los planes de Nigel, ¿qué futuro le esperaba a Bertie?

En aquel momento, sin embargo, en lo único que Haith podía pensar era en la cercanía de Tristan. Su amplio pecho estaba a escasos centímetros de su mejilla, y el calor de su cuerpo irradiaba de él como un sol gentil. Sus ojos azules brillaban con intensidad. La necesidad de tocarlo resultaba abrumadora.

Haith estiró la palma de la mano y la colocó en su pecho, encima del corazón. Lo sintió tan sólido y fuerte, tan real... Fascinada como estaba, la verdad se tambaleó en sus labios.

Tristan le cubrió la mano con la suya, proporcionándole el valor para preguntarle:

—¿No volverás a desaparecer cuando me despierte?

—No —en su rostro no había atisbo de frivolidad—. No volveré a dejarte —y para emoción de Haith, y también para su temor, él inclinó la cabeza para volver a besarla.

La intención de Tristan había sido sencillamente consolarla, pero cuando Haith alzó los brazos y le rodeó el cuello, atrayéndolo hacia sí, el que estaba consolando se convirtió en el que necesitaba apoyo. El sabor de Haith en su boca era como el agua para un hombre que estuviera muriendo de sed, y bebió de ella. Bebió con la esperanza de llenar el gran espacio vacío que sentía

en su interior; para empezar a tapar el doloroso abismo que le habían dejado demasiados años de guerra, demasiados años solo y sin amor. Años en los que sólo pudo alimentarse de los sueños en los que ella aparecía.

Con Haith entre sus brazos, Tristan sintió cómo se liberaba del peso de la soledad y su fatiga era remplazada por una luz cálida y latente que los envolvió a ambos. Su boca arrastró los labios de Haith, y ella respondió de buena gana a su propuesta. Las manos de Haith le sujetaban la cabeza, sus dedos le recorrían el cabello y se deslizaban suavemente por su mandíbula.

Tristan la abrazó suavemente con más fuerza hasta que sus cuerpos se curvaron por la cercanía. Las manos de él, extendidas por la espalda, la atrajeron hacia sí como si pudieran fundirse y formar un único ser.

El gemido asombrado que resonó por el salón rompió el hechizo de su beso, y ambos giraron la cabeza para mirar al intruso.

Ellora estaba en el umbral de la puerta abierta del salón. Su figura en sombra contrastaba con el patio iluminado por el sol que quedaba detrás.

Y detrás de Ellora, con los ojos fijos en expresión asombrada ante la visión que tenía delante, estaba Soleilbert.

—¿Haith? —Soleilbert salió de detrás de su madre, que trató en vano de impedirlo. Tenía los ojos abiertos de par en par por la conmoción, y un gesto de herida confusión ensombrecía su dulce rostro—. ¿Qué significa esto?

—¡Bertie! Yo... nosotros... —tartamudeó Haith con las mejillas llameantes.

—Te lo dije, hija —Ellora corrió al lado de Soleilbert—. ¡Te dije que estaba en su naturaleza tomar lo que no le pertenece! ¡Es una puta, lo es!

—Lady Ellora —gruñó Tristan—, os pido que evitéis pronunciar semejantes calumnias mientras estéis en mi casa.

—Sí, madre, calla —añadió Soleilbert. Su tono resultaba extrañamente duro, lo que provocó una expresión sorprendida en Ellora—. Esto es entre mi hermana y yo.

Bertie salvó la distancia que la separaba de Haith y tomó tímidamente la mano de su hermana.

—Dime la verdad, Haith... ¿Te estaba forzando lord Tristan?

Los ojos de Haith escudriñaron los rostros que estaban fijos en ella, y de pronto se sintió muy, muy cansada. Mentir a Soleilbert no sólo dañaría su relación en el futuro, sino que también deshonoraba a Tristan y denigraba lo que acababa de ocurrir hacía unos instantes entre ellos. Haith aspiró con fuerza el aire.

—No, Bertie —sus palabras resonaron con fuerza en el salón—. El abrazo que has presenciado ha sido de mutuo acuerdo.

—¿Abrazo? —graznó Ellora—. ¡Parecía como si os estuvierais devorando el uno al otro!

—¡Madre! —Soleilbert se giró de golpe—. ¡Si no puedes guardar silencio, entonces márchate! Este asunto no es cosa tuya.

—¡No me hables de ese modo, Soleilbert! Han sido tus fallos los que han llevado a...

La furia de Haith se antepuso a su conmoción, y se colocó entre madre e hija.

—Bertie no tiene la culpa de nada, Ellora.

—No necesito que me defiendas —le dijo Soleilbert a Haith con frialdad—. He comprobado con mis propios ojos cómo proteges mis intereses.

—¡Ya es suficiente! —el firme tono de Tristan provocó un incómodo silencio entre las tres mujeres. Se giró hacia Haith—. Lady Haith, te ruego que salgas de aquí mientras yo me encargo de calmar a mis inesperadas —miró hacia Ellora—, “invitadas”.

—Mi señor —suplicó Haith—, por favor, quiero hablar con Bertie.

Ellora no se molestó en disimular el desprecio que reflejaba su rostro.

—Mi hija no desea seguir escuchando tus mentiras, estoy segura.

Tristan alzó una mano para imponer silencio.

—No. Ahora no es el momento de discutir, las emociones están a flor de piel —se giró para agarrar a Haith del codo, pero pareció pensárselo mejor y optó por extender un brazo para indicarle que debería dirigirse hacia la puerta por delante de él.

Con una última y anhelante mirada a su hermana, Haith obedeció y esperó en la puerta a Tristan con la cabeza inclinada. Tristan abrió el portón y encontró a Barrett sentado y apoyado contra el muro del castillo. El hombretón se puso de pie torpemente.

—Barrett —dijo Tristan con gravedad—, lleva a lady Haith de regreso con Minerva, y dile que quiero que descanse hasta yo que envíe a buscarla.

—Sí, mi señor —Barrett asintió sin levantar siquiera una ceja al ver que Tristan había vuelto a llamar a Haith con aquel respetuoso título—. Siento no haberos advertido de esto —dijo señalando con una de sus gigantescas manos hacia el salón que quedaba detrás.

—No es culpa tuya —dijo Tristan rechazando cualquier posibilidad de que se excusara—. Greanly es ahora un caos. Estoy seguro de que cuando las cosas se hayan asentado convenientemente, esto no volverá a suceder.

—Sí, mi señor —el rostro del alguacil se relajó. Dio un paso adelante para sujetar levemente el brazo de Haith—. Vamos, mi señora. Parece que vayas a desplomarte aquí mismo.

Tristan observó la figura en retirada de Haith durante un breve instante, sintiendo una punzada en el corazón al ver su aspecto magullado y sucio y su postura encorvada. La había encontrado una vez más, un auténtico milagro, y ella no se había comprometido con otro por propia voluntad, tal como Tristan había temido sólo unas horas atrás. Tuvo que hacer un esfuerzo para evitar que la esperanza le nublara el entendimiento.

Y sin embargo, por mucho que deseara enviar a Ellora de Seacrest y a su hija de regreso con Nigel sin pensar en contratos de compromiso matrimonial ni en favores reales, Tristan sabía que tenía que enfrentarse a aquella situación si quería tener algún futuro en Greanly.

Cerró la puerta y se giró para mirar a las dos mujeres que lo observaban con ojos como espadas, y Tristan supo que la gran batalla todavía estaba por librarse.

Capítulo 12

Tras caer en un profundo sopor bajo los cariñosos cuidados de Minerva, Haith soñó.

Estaba en un salón desconocido en el que sonaba una hermosa música y había gente bailando vestida con nobles y magníficos ropajes. Las parejas daban vueltas y vueltas mirándose, riéndose y sonriendo de puro placer. La exótica melodía rodeaba a Haith como un suspiro fresco, y comenzó a reconocer los rostros de los invitados que pasaban a su lado.

Nigel y Ellora; John y Mary (que ya estaba embarazada otra vez), Donald y el cadáver de su esposa, que todavía sonreía a través de su rostro podrido y golpeado; la madre de Haith y su padre, rodeados de un brillo etéreo; Minerva y Barrett, una pareja peculiar considerando su diferencia de tamaño. A Haith le dio un vuelco al corazón cuando Tristan y Soleilbert pasaron a su lado con los pies desdibujados mientras seguían el paso del creciente ritmo de aquella frenética y alegre melodía.

Haith se moría de ganas de unirse a la diversión, y golpeaba con los pies el suelo al ritmo del *staccato* hasta que se dio cuenta de que las sonrisas de los rostros de los bailarines eran feroces, muecas de falsa alegría. El ritmo de la música aumentó todavía más, y la melodía se convirtió en un chirrido doloroso que obligó a Haith a taparse los oídos. Los bailarines que danzaban frente a ella se esforzaban con valentía por llevar el ritmo con paso cada vez más veloz, y, como marionetas, se sacudían y se agitaban con movimientos bruscos sin ningún sentido. Las gotas de sudor resbalaban con claridad por sus congeladas máscaras de jovialidad.

—¡Detened la música! —gritó Haith en su sueño. Se lanzó hacia delante para intervenir, pero lo único que consiguió fue estrellarse contra el muro de la celda en la que ahora estaba prisionera. Se apoyó contra la ventana, agarrándose a los barrotes de hierro hasta que creyó que le iban a sangrar los dedos.

—¡Parad la música! ¡Los está matando!

—¡No puedes detener lo que no está bajo tu control!

Una voz masculina profunda y melodiosa habló dentro de la cabeza de Haith, y ella abrió instintivamente los ojos y los posó sobre los bailarines, buscando la fuente de aquellas palabras. Al fondo del salón, sentado sobre un estrado, estaba el compañero de piel oscura de Tristan. Pharaoh brillaba resplandeciente con su túnica blanca, y aunque no se le movía la boca, sus aterciopelados ojos marrones se posaron sobre los de Haith, y ella supo que era la voz de él la que estaba escuchando en el interior de su cabeza.

—Cuando luchas contra lo que está predestinado a ocurrir, lo único que consigues es romper tu propio espíritu.

—¿Es que no ves lo que está ocurriendo? —le gritó Haith a aquel espectador sereno que estaba sentado como un miembro de la realeza—. ¡No es posible que sigan así! ¡Todos morirán!

—Eso no es así —respondió Pharaoh con calma sin apartar en ningún momento los ojos de los de Haith. Señaló con la mano a la multitud que había delante de ellos—. ¿No te das cuenta? Algunos ya están muertos.

Haith observó con horror que muchos de los bailarines ahora agitaban a sus parejas muertas en un intento macabro de completar el baile. Los pies ensangrentados y sin vida se

arrastraban por el suelo, y las cabezas colgaban de los hombros hacia atrás, sacudidas a cada frenético paso.

—«¡Haz que paren! —gritó Haith tirando inútilmente de las barras que la retenían. Tristan y Soleilbert pasaron a su lado de nuevo con los rostros congelados en un grito silencioso y lleno de ira.

—Pero si están bailando para ti —le dijo Pharao zalamero—. Mientras tú los mires, ellos seguirán ahí.

—No puedo salir —sollozó Haith—. ¡Estoy prisionera!

—No —respondió Pharao con dulzura—. Si miraras detrás de ti...

Haith se dio la vuelta para ver el fondo de la celda. Allí donde sólo unos instantes atrás había un muro, se encontraba ahora un cuadrado perfecto de luz diurna enmarcando en la distancia una loma extrañamente familiar. Volvió a mirar al salón del sueño y se encontró con que habían muerto más invitados y estaban ahora tumbados en el suelo, agitándose nerviosamente de manera grotesca.

Se fue retirando despacio de los barrotes de la ventana y la música sonó más baja. Haith dio otro paso atrás y el ritmo se redujo a la mitad. Mientras continuaba con su retirada, la imagen de Pharao se iba haciendo más pequeña, pero su voz no disminuía.

—Todos tenemos una lección que aprender —sentenció—. Tienes que tomar una decisión, y sólo puedes hacerlo tú. Una vez tomada, esa decisión influirá en el futuro de muchas personas.

Haith sintió de pronto la hierba fresca y la tierra suave bajo sus pies desnudos.

—¿Bailas o no? —la voz sonó esta vez detrás de ella, pero cuando se giró, el prado estaba vacío. Volvió a darse la vuelta y entonces descubrió que el salón y su celda de piedra habían desaparecido, dejando en su lugar varias millas de colinas vacías y onduladas.

Haith dio una vuelta en círculo, asustada. No había gente, ni tampoco pájaros ni abejas revoloteando perezosamente sobre la alta hierba. Ni una cabaña, o siquiera un árbol solitario moteaban el cautivador paisaje de color verde pegado a aquel cielo dolorosamente azul. No había nubes, ni viento, y aunque la escena era brillante como la luz del mediodía, no ardía ningún sol. El silencio cayó sobre Haith hasta que sintió que le iban a estallar los oídos.

—¿Hola? —gritó. Pero su voz no viajó a través de aquella amplia extensión, sino que retumbó sobre su cara como si hubiera hablado en el interior de un cáliz. Haith se estremeció y volvió a intentarlo rodeándose la boca con las manos.

—¿Hay alguien ahí? —su voz sonaba plana, y se sintió consumida por el miedo. El corazón le latía a toda prisa, inundando el espectral mundo de aquel prado infinito con su pesado y siniestro latido.

El miedo la mantenía paralizada donde estaba, y se sentó en cuclillas en el suelo agarrándose las rodillas y temblando. No podía respirar, sentía los pulmones porosos como el plomo, y ante sus ojos bailaban unos puntos negros. Haith abrió la boca para pegar un grito, pero no surgió ningún sonido.

Estaba sola.



Tristan estaba de muy mal humor.

Tras haber enviado a Haith a descansar, regresó con Ellora y Soleilbert para averiguar la razón de su inesperada visita, aunque lo único que quería era quedarse a solas para pensar. Y tal vez dormir también, porque para entonces estaba funcionando sólo gracias a su entrenamiento de guerrero. Pero lo que hizo fue decirles a madre e hija con reticente cortesía que se ocuparía de que llevaran sus baúles a los aposentos de invitados. La servidumbre del castillo de Greanly, que había llegado hacía tan poco y de manera tan precipitada, se dispuso a trabajar con frenesí. Sin

haber tenido todavía tiempo de asentarse con propiedad en sus dominios, Tristan se veía en la obligación de ejercer de anfitrión.

Para empeorar las cosas, Pharao había pasado por el salón poco después de la salida de Haith y parecía muy molesto por algo que él ignoraba. Su hombre de confianza siempre había sido de carácter fácil, y Tristan estaba desconcertado por aquel melancólico silencio y no sabía cómo acercarse a su amigo.

Las mujeres se instalaron finalmente en sus aposentos para descansar. La incesante actividad del salón se ralentizó, y Tristan se dispuso a unirse a Pharao en el amplio terreno que había justo al otro lado del muro de Greanly. Lo encontró al lado de Rufus, recién llegado de Seacrest. Ambos hombres señalaban con la mano las tierras en barbecho que se extendían ante ellos.

—Buenos días, mi señor —dijo Rufus vacilante al ver acercarse a Tristan. Tristan supuso que el despliegue de ira que había mostrado hacia Haith en el viaje de la noche anterior hacía que el aldeano entrometido no estuviera muy seguro de la buena voluntad de su nuevo señor.

—Buenos días, eh... Rufus, ¿verdad? —preguntó Tristan.

—Sí, mi señor —Rufus se irguió un poco más, al parecer complacido y sorprendido de que el señor de Greanly recordara su nombre. Había vivido en Seacrest durante casi diez años, y lord Nigel sólo se refería a él como el guardián de los campos.

—Pharao.

—Mi señor.

Los dos hombres se quedaron mirándose el uno al otro, comunicándose en silencio, uno de ellos cansado y cauteloso, el otro ocultando cuidadosamente su irritación. Transcurridos unos instantes, Rufus comenzó a sentirse claramente incómodo en medio de aquella nube de tensión.

—Bueno —dijo balanceando los pies y entornando los ojos hacia el cielo—, será mejor que me vaya instalando para poder levantarme mañana temprano —se detuvo un instante antes de marcharse en deferencia a Tristan—. A menos que mi señor tenga alguna tarea pensada para mí.

—No, Rufus —aseguró Tristan—. Las palabras de Pharao son las mías, y si él está satisfecho con los planes que habéis hecho, yo también lo estoy.

—Muy bien, mi señor —Rufus se inclinó ligeramente ante los hombres antes de marcharse apresuradamente.

—Tienes algo que decirme —Pharao hizo aquella afirmación sin mirar a Tristan, con la vista clavada en los campos vacíos.

—Sólo quiero saber qué te preocupa —aseguró Tristan imitando la postura de Pharao—. Siempre nos hemos hablado el uno al otro con libertad, y me gustaría que compartieras conmigo el motivo de tu ira.

—Has traicionado a la dama —se limitó a decir Pharao.

Tristan alzó las cejas con gesto de asombro mientras trataba de encontrar el significado de las palabras de Pharao.

—¿Te refieres a lady Soleilbert?

—Sí —las fosas nasales de Pharao se abrieron, la única señal externa de la rabia que sentía por dentro—. Te ha visto con la otra. Con esa por la que rechazarás desposarte con ella.

—¿Cómo sabes que...? —Tristan no se molestó en terminar la pregunta. Percibir sucesos en lo que no había estado presente era uno de los talentos de Pharao, y resultaba enervante—. Es cierto, Phar. No siento ningún deseo de unirme a Soleilbert. Tengo pensado pedirle a Guillermo que me libere del compromiso en cuanto resuelva los asuntos más urgentes de Greanly.

—Quieres a la otra —las palabras de Pharao sonaban tirantes—, a la mujer que ves en sueños.

Tristan no tenía réplica para aquel comentario.

—No lo comprendo, Phar. ¿Estás enfadado porque prefiero a otra mujer en lugar de a la que me unirá a Nigel para siempre? Por favor, dime una cosa, ¿es que quieres verme muerto?

—La dama no te ha ofendido.

—Es cierto, y la traición de Nigel es independiente de Soleilbert. Mi negativa a aceptar su mano no es una cuestión personal.

—¿Y alardear de tu deseo de acostarte con la hermana de la dama es una cuestión personal? —Pharao alzó ligeramente la voz.

El viejo amigo de Tristan estaba poniendo peligrosamente a prueba su ya encendido mal genio, así que hizo un esfuerzo por comprender.

—Ten cuidado, Pharao —le advirtió.

—Yo te digo lo mismo a ti, mi señor —aseguró Pharao, que seguía sin mirarlo—. Tal vez no lo sepas todavía, pero las hermanas están unidas por un lazo muy fuerte. Sus energías vitales están entrelazadas. Si le haces daño a una, la otra te matará de buena gana.

Tristan se quedó pensativo un momento. La brisa alegre y de dulce aroma le despeinó el cabello.

—He oído tus palabras, amigo, y te prometo que me andaré con cuidado.

Los dos hombres se quedaron en silencio durante un largo instante, como si estuvieran digiriendo lo que acababa de ocurrir entre ellos. Cuando Pharao habló finalmente, su tono fue de gran ayuda para aliviar la tensión.

—Tu mujer está prometida a Donald. Si Nigel descubre que está encerrado, ¿no mandará a buscarla?

—Puede ser —musitó Tristan—. Pero Nigel descubrirá muy pronto que sus exigencias no significan nada para mí. Ella no regresará a Seacrest.

—Yo no estaría tan seguro, mi señor —aseguró Pharao con suavidad. Antes de que Tristan pudiera replicar, añadió—: Tal vez podríamos enviar a la dama madre en su lugar.

Tristan se rió entre dientes.

—Tal vez sea exactamente eso lo que hagamos, Phar —le puso la mano a Pharao en el hombro—. Vete a la cama, mi buen amigo. Mañana tenemos muchas cosas que hacer.

Pharao asintió despacio.

—Así es. Buenas noches, mi señor.

Tristan se dio la vuelta y se dirigió con paso firme colina arriba hacia Greanly, dejando a Pharao solo en el prado. No sabía que su amigo no sentía ningún deseo de tratar de dormir, que no quería regresar a ese espléndido trono para presidir el baile de los sueños.

Lo cierto era que Pharao tenía miedo.



Soleilbert estaba sentada a solas en la desconocida estancia que le habían asignado en Greanly. Tenía los ojos secos, pero su interior estaba enturbiado por la confusión. No sabía qué pensar de la escena con la que Ellora y ella se habían topado en el salón.

Su hermana y su prometido abrazados de un modo como Bertie no había presenciado nunca, y tan ajenos a lo que pasaba alrededor que había hecho falta que Ellora hablara para llamar su atención. ¿Habría sido traicionada Bertie por la única persona que pensaba que la quería?

¿Y el aspecto que tenía su hermana? El rostro de Haith tenía la marca de una mano pesada, y la túnica desgarrada y sucia. ¿Tan duro había sido el viaje de regreso a Greanly? Aunque Bertie había encontrado el trayecto tedioso, ir montada a horcajadas no había resultado físicamente agotador.

Entonces, ¿la había obligado a andar la bestia? ¿Y la había golpeado? Bertie se había fijado en el modo en que Haith cojeaba cuando salió del salón, y los moratones hablaban por sí mismos. Pero tal vez no hubiera sido lord Tristan, sino Donald. Seguía sin poder creerse que Haith estuviera prometida a aquel hombre tan repugnante, aunque Ellora le había jurado que era cierto.

Bertie se puso de pie, le resultaba imposible permanecer sentada con sus pensamientos, y recorrió arriba y abajo la habitación retorciéndose las manos. Había ido a Greanly con su propio plan de salvar a Haith, pero ahora no tenía muy claro de qué situación malévola debía salvarla. La noche anterior todo estaba muy claro. Y ahora, en lugar de ofrecerle a su hermana consuelo y comprensión, Bertie había adquirido una actitud semejante a la de Ellora. La idea la hizo estremecerse.

Bertie se acercó a la ventana y miró hacia abajo. Vio a Minerva salir de una de las cabañas con una cesta colgada del brazo, sin ver la mano que Bertie había levantado para saludarla. La dejó caer hacia el alféizar de la ventana, avergonzada.

¿Así iba a ser su vida para siempre? ¿Estaba condenada a quedarse relegada en una habitación alta con una generosa visión de la vida por debajo de ella? Podía ver claramente la luz en las ventanas de Haith y Minerva, e imaginó que sus ocupantes también serían perfectamente visibles si pasaban por ahí.

“No pertenezco a este lugar”, pensó. Y la idea le sonó absolutamente real.

Bertie echaba de menos la familiaridad de Seacrest. No sentía ningún deseo de casarse con lord Tristan ni de convertirse en la señora de Greanly. Estaba claro que a él le pasaba lo mismo, pero no le entristecía su falta de interés. Soleilbert tenía la impresión de que la reticencia de Tristan no estaba únicamente relacionada con el beso de su hermana, sino que también tenía algo que ver con Nigel. El señor de Seacrest llevaba casi un año actuando de forma extraña, reuniéndose en secreto con los aldeanos más indeseables.

Sobre todo con Donald, pensó súbitamente Bertie.

Y luego estaba el desastre de la fiesta de compromiso. Había habido alguna alusión durante la conversación, pero Soleilbert no podía recordar con exactitud qué se había dicho. La presencia de Pharao Tak’Ahn en la mesa la había distraído completamente.

Como si sus pensamientos lo hubieran conjurado, Pharao apareció bajo su ventana en el patio bañado por la luz crepuscular. Durante un largo instante, se limitaron a quedarse mirándose el uno al otro.

Y entonces desapareció, entró en el salón sin siquiera saludarla con la mano.

Bertie se dejó caer pesadamente sobre la cama ahogando un grito de frustración. Pero un pensamiento se le cruzó por la cabeza. Ellora descansaba tranquilamente en sus propios aposentos. Nigel estaba muy lejos, en Seacrest, y Pharao acababa de entrar en el salón que estaba abajo.

La mente de Bertie fue más rápida que sus dudas, y no le dejó tiempo para tener miedo. Si podía evitar a lord Tristan, podría estar por fin a solas con aquel desconocido tan exótico que la estimulaba de un modo que no era capaz de comprender. Se levantó de la cama, se atusó las faldas, y se dio unos toquitos en el pelo.

Se detuvo a medio camino de la puerta de la habitación. ¿Qué diablos estaba haciendo? ¿Qué iba a decirle, si es que llegaba a verle?

“Buenas noches, señor Pharao. ¿Le importaría mucho que me lo quedara mirando hasta que se me caigan los ojos?”

¡Dios Todopoderoso!

Bertie se dio la vuelta y volvió a girarse para dirigirse resueltamente a la puerta. El coraje no había sido la mejor cualidad de Soleilbert hasta la noche anterior, y prometió que se agarraría a él. Puso la mano en el tirador de la puerta y lo abrió antes de que le diera por volver a cambiar de opinión.

Pharao estaba tan cerca de la puerta de Bertie que estuvo a punto de caer sobre él en su precipitación. Bertie soltó un grito de sorpresa y luego dio rápidamente un paso atrás, muda de asombro ante su presencia.

Pharao se inclinó profundamente doblando la cintura.

—Mi señora —dijo con solemnidad incorporándose y clavando su profunda mirada oscura en la mujer temblorosa que tenía delante—. ¿Puedo servirlos en algo?

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Bertie hasta llegar al vello de la nuca, erizándose. Sintió la mirada de aquel hombre en ella, ardiente e intensa, y no había asomo de humor o de burla mientras le recorría el cuerpo con los ojos.

No. Diríase que la estaba mirando con deseo.

Unas sensaciones extrañas viajaron bajo la piel de Bertie, llevándola a preguntarse qué ocultarían aquellos ropajes blancos que él llevaba con tanta seguridad en sí mismo. Se sacudió mentalmente aquella idea morbosa, apartándola de sí. Pero resultó ser obstinada, alentada por los labios carnosos de Pharao y sus ribeteados y exuberantes ojos.

“Esto es una locura”, le susurró una vocecita desde algún rincón de su desconcertada mente.

Bertie dio un paso atrás para apartarse de la puerta.

—Por favor —susurró—. Entra.

Capítulo 13

Haith se despertó bajo la luz nebulosa de antes del amanecer con el cuerpo envuelto en un sudor frío. Durante un instante se quedó inmóvil, observando aquel techo desconocido. Agudizó el oído para escuchar algún sonido, el que fuera. Se había visto atrapada en el silencioso prado durante todo su largo sueño, y una parte de ella se preguntó si no se habría quedado sorda en el mundo real.

Pero allí estaba... el sonido del metal golpeando el metal en la lejanía, el graznido de las ocas, el susurro de unos pies arrastrándose en la habitación de al lado. Los sonidos típicos de un pueblo que iniciaba un nuevo día, pero al escucharlos con tanta claridad, Haith estuvo a punto de llorar de alivio.

Retiró las mantas y se sentó, pasándose las manos por los húmedos rizos. Sentía el cuerpo dolorido y rígido, y la cabeza le latía con fuerza tras los ojos hinchados.

La piel colgada en el umbral que separaba las dos habitaciones de la cabaña se movió, y asomó la cabeza de Minerva.

—Buenos días, hada —canturreó la anciana—. Ven a desayunar, y date prisa. Hoy tenemos muchas cosas que hacer.

La cortina volvió a cerrarse de nuevo antes de que Haith pudiera responder, y soltó un gemido. Sabía que le resultaría imposible concentrarse en las tareas cotidianas. Tenía que ir en busca de Bertie y tratar de reparar el daño de la noche anterior, o al menos explicarse lo mejor que pudiera. También estaba la amenaza en ciernes de enfrentarse a lord Tristan una vez más y averiguar qué iban a hacer todos ahora.

El recuerdo de Tristan le devolvió la memoria de sus besos. Al pensar en ello, el dolor de cabeza de Haith se intensificó mientras la culpa se apoderaba de ella.

¿Por qué, por qué? Sus pensamientos daban vueltas y más vueltas alrededor de las complejas circunstancias en las que se veían ahora inmersos los habitantes de Greanly. Se puso la otra túnica que tenía por encima de la cabeza, porque la ropa del día anterior no tenía remedio posible y se hizo a toda prisa una trenza en su gruesa melena hasta que le colgó a la altura de la cintura como una fuerte cuerda.

Haith asomó la cabeza por la puerta y vio a Minerva revoloteando por la habitación. Ya había dos calderas bullendo en el fuego del hogar, y el ácido aroma a hojas frescas le acariciaba las fosas nasales.

Haith se dirigió directamente a la recién construida estantería y hurgó entre cacharros y botes. Finalmente encontró la corteza de sauce seco por la que suspiraba su dolorido cráneo y rasgó un tira pequeña, rociando el amargo bocado con un cazo de agua. Un cuenco de humeantes cereales la esperaba en la mesa, y Haith sintió una punzada de hambre en el estómago.

Minerva esperó a que se sentara a comer antes de hablar.

—¿Cuándo vas a ir a buscar al señor? —añadió un puñado de semillas en una de las calderas y aspiró el aire por la nariz en gesto apreciativo.

Haith resopló.

—Creo que es la última persona cuya compañía debería frecuentar hoy —aseguró tragándose la comida que tenía en la boca—. Mi primera preocupación debe ser Bertie.

—No estoy de acuerdo, hada.

—Como siempre —Haith se metió otro bocado en la boca—. Ya sabes lo que ocurrió ayer cuando llegaron Bertie y Ellora.

—Sí.

—Y la reacción de Donald ante mi presencia en Greanly.

—Mm —Minerva puso un mortero y un mazo en la mesa y se reunió con Haith. Machacó un pellizco de una raíz oscura hasta convertirla en un polvo fino—. Eso responde a muchas preguntas, ¿verdad?

Haith dejó caer la cuchara de madera en el cuenco vacío con estrépito y miró a la anciana con asombro.

—¿Respuestas? No, Minerva —Haith apartó de sí el cuenco y apoyó la cabeza entre las manos—. No hay respuestas... sólo una veintena más de preguntas.

—Es sencillo, Haith —aseguró Minerva tan campante añadiendo otro pellizco al cuenco de barro—. Tristan está aquí; tú estás aquí. Vuestra espera ha terminado.

—Tristan-está-prometido —Haith pronunció aquellas palabras muy despacio, como si estuviera hablando con alguien que no entendía el idioma—. A mi hermana, a la que quiero con toda mi alma. ¿Qué voy a decirle? —Haith se puso bruscamente de pie y se llevó sus platos mientras hacía gestos burlones—. ¡Oh, Bertie!, si no te importa, ¿puedo quedarme con tu prometido? Llevo toda mi vida soñando con él, y besa de maravilla. Me parece que no.

—¿Por qué no? Bertie te quiere y sólo desea tu felicidad.

—Y yo la suya —Haith cortó otro trozo de corteza de sauce—. Aunque Guillermo lo permitiera, que no lo hará...

—Eso tú no lo sabes.

—... que *no lo hará* —continuó Haith—, ¿acaso voy a hacer que regrese a Seacrest con Ellora y Nigel a vivir como una solterona? Bertie se ha guardado durante años del matrimonio porque estaba esperando a Tristan, y ahora tiene veintidós años. ¿Quién la querrá?

Minerva alzó las cejas.

—Me sorprende que tengas a tu hermana en tan baja estima como pareja, hada.

—¡No es su valía lo que pongo en duda —dijo Haith con tono exasperado—, sino la falta de compañeros adecuados! Si Bertie deseara casarse con alguien que no fuera Tristan, tendría que viajar hasta Londres para encontrar pareja.

—Eso no lo sabes. Remueve esa olla.

—¡Deja de decir eso! —Haith agarró una cuchara larga de madera para hacer lo que le pedía Minerva—. Además, no conozco las intenciones de lord Tristan.

—¿A qué te refieres?

—A sus *intenciones* —Haith colgó la cuchara de un gancho—. Hacia mí y hacia Bertie. ¿Y qué planes tiene para Nigel? ¿Y respecto a Donald? Todavía no han llegado ni la mitad de los aldeanos de Greanly. Guillermo espera una alianza entre sus señores, y hasta el momento las cosas no están saliendo bien.

Haith suspiró y se acercó a la ventana, colocándose la larga trenza por encima del hombro y mirando fijamente hacia el castillo.

—No conozco sus planes ni sé que hay en su corazón.

—Hay una manera de averiguarlo —Minerva se levantó de la mesa y añadió los ingredientes que había preparado al otro caldero—. Lanza las piedras.

Haith giró la cabeza y le dirigió una fría mirada por encima del hombro.

—No lo haré. Esa tontería era para mi madre y para ti, no para mí.

Minerva abrió la boca para hablar, pero Haith se lo impidió blandiendo un dedo con gesto amenazante.

—Y no me digas que eso yo no lo sé, porque sí lo sé.

—Sólo iba a sugerirte —dijo Minerva con suavidad alzando su chata nariz—, que si no quieres lanzar las piedras, entonces deberías ir al castillo. Busca tú misma a lord Tristan y encuentra tus respuestas.

—Sí —murmuró Haith—. Iré al castillo.

“Pero no para obtener respuestas de Tristan”, pensó para sus adentros.

Se dirigió hacia la puerta con paso firme.

—Manda a buscarme si me necesitas —gritó por encima del hombro antes de cerrar la puerta tras ella.

Minerva suspiró pesadamente y sacudió la cabeza.

—Ah, Corinne —dijo mirando al techo—. Es hija tuya, de eso no cabe duda.

La vieja curandera estaba en el segundo verso de una entusiasta melodía escocesa cuando escuchó una áspera llamada a la puerta.

—Adelante —gritó Minerva empezando a reunir los ingredientes para su siguiente brebaje.

La presencia desgredada de Barrett llenó al instante la habitación. Parecía muy agitado.

—Ah, Barrett, ¿qué te trae de nuevo a mi humilde morada?

—¿Dónde está lady Haith? —inquirió doblándose casi por la mitad para poder pasar por la puerta que daba a la otra habitación, gritando lo suficientemente alto como para romper la loza—. ¡Lady Haith! ¿Estás por aquí?

—¡Calla, gigante zoquete! —le reprendió Minerva—. ¿Crees que si estuviera aquí no habría oído tus gritos? —Minerva arrugó la frente al verlo salir de la habitación de atrás con el rostro afligido.

—¿Dónde está, Minerva?

—Acaba de salir ahora mismo hacia el castillo. Deberías haberte cruzado con ella.

Barrett negó con la cabeza.

—Yo vengo del castillo —se dio la vuelta para salir de la cabaña, pero Minerva se lo impidió poniéndole la mano en su gigantesco antebrazo.

—¿Qué ocurre, Barrett?

—Donald se ha escapado —aseguró con gravedad. Minerva abrió los ojos con expresión aterrorizada y él continuó hablando—. Ha matado a su guarda seguramente antes del amanecer y no aparece por ninguna parte. Lord Tristan tiene razones para creer que Donald va a buscar a Haith para hacerle daño.

—Que la diosa Corra nos ayude —murmuró Minerva—. No debe andar muy lejos. Vamos a buscarla.

Haith salió de la letrina que estaba situada a cierta distancia de la cabaña justo cuando Minerva y Barrett se dirigían hacia los establos. Una mano la agarró del antebrazo y la obligó a girar. Se encontró cara a cara con Donald.

—No grites —le advirtió arrastrándola detrás de la letrina, lejos de las miradas curiosas que pudiera haber en el patio.

A Haith le dio un vuelco el estómago ante su proximidad. Donald la estrechó contra sí, y fue como si el ardiente hedor a carne podrida de su brazo envolviera la cabeza de Haith. Empujó con audacia el pecho de Donald, y para su asombro, él la soltó. Fue consciente entonces de que ella tenía la sartén por el mango en aquella situación... bastaría con un grito para alertar al pueblo de la presencia de Donald.

—Ahora que estoy libre, tú y yo tenemos trabajo que hacer —se rió entre dientes. Su aliento pútrido provocó náuseas en ella. Para su horror, Donald avanzó medio paso en su dirección—. Creo que tienes alguna información que darme.

La mente de Haith trabajó rápidamente.

—Llegué ayer por la mañana, no he tenido tiempo para dilucidar nada importante. Y aunque hubiera sido así —Haith alzó ligeramente la nariz—, he decidido que no tengo ningún deseo de ayudar a Nigel.

Donald arrugó la frente.

—¿Ah, no?

Haith miró fijamente al hombre rechoncho que tenía delante. Su semblante estaba adquiriendo un tono violáceo.

—No. Y tú harías bien en seguir mi ejemplo. Tristan te estará buscando sin duda, y cuando te encuentre te matará. Si no muestras lealtad hacia Nigel, sin duda hallarás el mismo destino a manos del propio Nigel. Tu única esperanza es huir.

—A ver si entiendes esto, zorra engreída —gruñó Donald acercándose tanto que Haith distinguió el ligero espasmo de uno de sus párpados inferiores. Algo de su bravuconería se vino abajo entonces, y reculó hacia la pared de la letrina—. Lord Nigel no es el único que tiene algo que ganar si su plan triunfa... me ha prometido un puesto de asistente en el castillo, y no permitiré que tú me lo estropees. No quiero pasarme el resto de mi vida golpeando hierro, puta malcriada.

—Eres un estúpido. Nigel es un mentiroso y nunca mantendrá su palabra —Haith levantó la barbilla al recordar la humillación por la que le había hecho pasar Nigel en su última noche en Seacrest—. Te utiliza para hacer el trabajo sucio.

—Eso es asunto mío, y no algo de lo que tú debas preocuparte. Y ahora cállate y escucha —Donald le apretó la espalda contra el muro de la letrina—. Si le digo a lord Nigel que has cambiado de opinión —dijo Donald con desprecio escupiendo unas gotas de saliva al hablar en el rostro de Haith—, enviará a buscarte, como es su derecho.

—No regresaré a Seacrest —las palabras de Haith eran decidida; pero no así su tono. Sabía que Donald estaba diciendo la verdad.

Donald recorrió con uno de sus dedos regordetes el estomago de Haith y subió entre sus senos, deteniéndose en la hendidura de la base de su cuello y rodeándole el cuello con su mano menuda y gorda.

—¿Cuál crees que sería tu castigo por traicionarle? ¿Eh?

Haith tragó saliva, y aquel gesto hizo que Donald le apretara el cuello con más fuerza. Pareció sonreír ante el miedo que ella sabía que se reflejaba en sus ojos al pensar en el castigo que podría infringirle Nigel.

Donald le soltó lentamente el cuello, como si lamentara tener que hacerlo, y se apartó.

—Si de verdad quieres escapar de Nigel para siempre, dame la información que estoy buscando.

Haith respiraba con dificultad y rapidez mientras miraba fijamente al odioso hombre que tenía delante.

—Podría gritar ahora mismo. Te encontraría.

—Hazlo si quieres —Donald abrió los brazos en gesto invitador—. Me encantará contarle a lord Tristan lo de tu alianza con Nigel. Te olvidas de que estoy en la posición perfecta para jugar a dos bandas en esta farsa.

La cabeza de Haith le dio vueltas a la opción que tenía ante sí. Tristan ya sospechaba que estaba compinchada con Nigel, y sabía que no haría falta mucho para convencerle de que creyera a Donald. Conspirar contra un noble era un crimen castigado con la muerte. La imagen del hacha del verdugo surgió en su mente.

Pero a Haith le preocupaba más su hermana. Sin duda el rey Guillermo no obligaría a cumplir un compromiso que entraría en vigor basado en mentiras, y si se rompía, Bertie quedaría para siempre marcada por el escándalo.

—Respóndeme ahora mismo, zorra. Se me está agotando la paciencia.

Haith alzó los ojos hacia Donald.

—Lord Tristan planea pedirle a Guillermo que le libere del compromiso que había contraído —a cada palabra que salía de sus labios, Haith sintió cómo se sellaba su destino.

—¿Cuándo?

—No lo sé. Tal vez cuando el pueblo esté ya en funcionamiento.

Donald apartó la vista, musitando para sus adentros durante un instante. Luego volvió a mirar a Haith.

—¿Qué más?

—Eso es todo. No ha habido tiempo para averiguar nada más.

Donald la miraba como si estuviera tratando de discernir si decía la verdad. Aparentemente satisfecho, asintió brevemente.

—Enviaré un mensajero desde Seacrest dentro de siete días. Reúnete con él cuando caiga el sol en el extremo sur del bosque de Greanly con más información que consigas para lord Nigel —Donald se acercó más y extendió la mano para acariciarle de nuevo el cuello, lo que obligó a Haith a apartar el rostro y cerrar con fuerza los ojos—. Si fracasas, te encontraré. Y cuando lo haga, desearás haber escogido la cama de Nigel. ¿Lo has entendido?

Haith asintió y la presión desapareció de su cuello. Cuando volvió a abrir los ojos, Donald había desaparecido. Haith se sentó en el suelo detrás de la letrina, temblando y sintiéndose mareada. Se inclinó hacia un lado y vomitó. Todas las esperanzas que tenía puestas en el futuro cuando salió unos instantes antes de la cabaña se habían desvanecido, dejándole un miedo doloroso en la vacía boca del estómago.

Ahora que Haith tenía claro que tendría que ayudar por el momento a Nigel, le parecía todavía más importante arreglar las cosas con su hermana. Bertie no debía sospechar todo el embrollo que rodeaba a su hermana, a su padrastro y a su prometido hasta que Haith se hubiera asegurado de que estuviera a salvo.

Haith se puso de pie y se atusó las faldas, se echó el pelo hacia atrás e hizo varias respiraciones profundas. Se dirigió hacia la última fila de cabañas medio tambaleándose mientras se secaba los ojos para darse más tiempo para recomponerse antes de acercarse al castillo. Rezó para poder evitar a Tristan hasta haber arreglado las cosas con Soleilbert.

El salón estaba prácticamente vacío a excepción de dos muchachos que estaban reparando unas cotas de mallas al lado del fuego, y a Haith se le levantó ligeramente el ánimo ante su buena fortuna. Cruzó rápidamente el salón y subió las escaleras hacia el siguiente piso, pero cuando llegó arriba, se enfrentó a un reto que no esperaba: a su izquierda había un largo pasillo con una fila de idénticas puertas de roble.

Todas ellas cerradas.

“Vaya, ¿por qué no habré pensado en esto?”, se lamentó Haith recorriendo el pasillo de puntillas y deteniéndose a escuchar delante de cada puerta. Sabía que no podía empezar a llamar a todas en busca de Bertie. ¿Y si aparecía Tristan? ¿O Ellora?

Su frustración fue en aumento al ver que no se distinguía ningún sonido a través de las gruesas puertas de madera o los sólidos muros de piedra que separaban las habitaciones. Deseó por un instante que el castillo de Greanly se hubiera construido como el de Seacrest... casi se podía seguir una conversación a través de las finas paredes de madera del hogar de su infancia.

Haith agudizó el oído al escuchar un débil sonido al llegar al final del pasillo, y contuvo la respiración para oír mejor. Allí estaba. La voz de Bertie se elevaba cantando detrás de la última puerta, y Haith corrió a colocarse delante de ella, pero se detuvo antes de llamar.

“¿Y si se niega a hablar conmigo?”, pensó. “¿Y si me odia?”.

—Eso es exactamente lo que te mereces, muchacha indigna —se respondió a sí misma en un susurro—. Será mejor averiguarlo y salir de dudas de una vez —Haith llamó a la puerta.

—Adelante —respondió Bertie con alegría dejando de cantar. Haith abrió la puerta y asomó la cabeza. Encontró a Bertie sentada en su banco y cepillándose el cabello.

—¿Bertie? —preguntó Haith vacilante—. ¿Puedo pasar?

Soleilbert giro la cabeza de golpe en dirección a la voz de Haith. Una sonrisa radiante le iluminaba el rostro.

—¡Hermana! —exclamó—. ¡Sí, entra! ¡Entra! —Bertie dejó el cepillo y corrió hacia la puerta para tirar de la mano de Haith y hacerla pasar—. ¿Por qué has tardado tanto? ¡Llevo horas esperándote!

Haith estaba absolutamente asombrada ante aquella bienvenida, pero le devolvió con fuerza el abrazo a su hermana. Después se apartó para observar el rostro resplandeciente de Bertie.

—¿No estás enfadada conmigo? —le preguntó fijándose en el brillo rosado de las mejillas de su hermana y en la luz de sus ojos.

Bertie se rió y depositó un beso fugaz en la mejilla de su hermana.

—¡No seas tonta! ¡Por supuesto que no estoy enfadada!

Haith se vio arrastrada hasta la cama, donde las dos hermanas se sentaron.

—Pero, ¿y lo de ayer? —insistió Haith.

—Ah, eso —Bertie hizo un gesto con la mano para restarle importancia al asunto y siguió sonriendo—. Lamento muchísimo haber actuado como lo hice... es que estaba estupefacta —Bertie soltó una risita—. Ahí me tienes a mí, dispuesta a salvarte de esa bestia peluda de Donald, y te encuentro completamente a salvo en brazos de lord Tristan. Es muy guapo, ¿verdad? Aunque un poco intimidante.

—Bertie, querida —dijo Haith lentamente—, ¿te has olvidado de que Tristan va a convertirse en tu esposo?

—Sí, bueno, eso es un problema, ¿verdad? —Bertie compuso una mueca, pero entonces la preocupación cubrió sus facciones—. Dios mío —dijo rozando la mejilla magullada de Haith—. ¿Qué te ha ocurrido? ¿Y qué son esas tonterías que me contado madre de que te vas a casar con Donald?

—No quieras saberlo —le aconsejó Haith estremeciéndose al recordar a Nigel subido encima de ella y su último encuentro con el herrero—. Es complicado... y de lo más desagradable.

—No estoy hecha de cristal, hermana —aseguró Bertie—. Aunque tengo que admitir que en el pasado era de naturaleza más bien débil. Pero todo eso ha cambiado ahora... soy una mujer diferente.

—Eso ya lo veo —dijo Haith mirando a su hermana maravillada. Le llamó la atención algo oscuro sobre la blanca sábana de la cama, y lo miró dos veces mientras las palabras de Bertie burbujaban en sus oídos.

—Así que cuéntame. Apuesto a que todo esto tiene algo que ver con Nigel, ¿verdad? —la voz de Bertie se oscureció por el desprecio y no se dio cuenta del horror que se dibujaba en el rostro de su hermana—. ¡Esa criatura vill! Aunque fue idea suya que madre y yo viniéramos a Greanly, me alegro mucho de que... ¿Haith? ¿Qué te ocurre?

Los ojos de Bertie siguieron la dirección de la mirada de Haith hacia las dos manchas marrón oscuro que adornaban la sábana.

—¡Oh, Dios mío! —gorgojeó Bertie sonrojándose de forma encantadora—. Se me había olvidado ocuparme de esto por la mañana. ¡Vamos, levanta, levanta! —sacó a Haith de la cama y recogió la ropa de cama hasta formar un haz con ella, riéndose—. ¡No quiero explicarle esto a madre a estas horas de la mañana!

Haith guardó un conmovido silencio mientras veía cómo su hermana arrojaba feliz la bola de ropa de cama a una esquina. En su mente visualizó con total claridad la razón del buen humor de Bertie.

“Así que Tristan va a estar con mi hermana después de todo”, pensó Haith sintiendo cómo se le revolvía la bilis en el estómago. “Todos estos años soñando con él para nada”.

El acto se había llevado a cabo, y a juzgar por el aspecto de Soleilbert, había estado bien hecho. Haith sintió que se le cerraba la garganta y miró a Bertie con los ojos nublados.

—¿Haith? —Soleilbert detuvo su charla y miró a su hermana con preocupación—. ¿Qué te ocurre? ¿Estás enferma?

—No. Quiero decir, sí —balbuceó. La clara visión de la sangre de la virginidad de Soleilbert se le había grabado a fuego en la mente. Trató de decirse que aquello era lo mejor en realidad... tal vez Tristan llegara a amar a su hermana después de todo, y Soleilbert sería feliz.

Entonces, ¿por qué sentía como si le hubieran arrancado el corazón?

—Sí, en este momento no me encuentro muy bien.

—Dios mío, ha sido muy repentino —se preocupó Bertie agarrando una vez más a su hermana de la mano—. Vamos, tumbate aquí un rato y tal vez se te pase.

—¡No! —dijo Haith mirando fijamente la cama con horror y provocando que Bertie diera un paso atrás—. No me tumbaré ahí.

—Haith, ¿qué es lo que te pasa? —inquirió Bertie—. Esto no es algo sucio. Fue un acto de amor. ¡Creí que te alegrarías por mí!

Haith no pudo seguir conteniendo las lágrimas.

—Y lo estoy, Bertie. De verdad —lloriqueó—. Es sólo que...

—¿Qué, querida? —Bertie trató otra vez de cogerle la mano a su hermana, y le sorprendió que esta vez Haith se dejara—. Vamos, ven a sentarte en esta silla entonces y cuéntame. Sea lo que sea lo arreglaré. Yo sólo deseo tu felicidad.

Al escuchar las palabras de Bertie, prácticamente iguales a las que había pronunciado Minerva, los sollozos de Haith se intensificaron.

—En serio, es verdad —insistió Bertie, y Haith gimió.

Bertie hurgó en un baúl cercano en busca de un pañuelo y, arrodillándose al lado de Haith, le apretó la mano.

—Ahora sécate los ojos y deja que te ayude. Sea lo que sea, no puede tratarse de algo tan malo.

Haith aspiró el aire por la nariz y se sonó.

—De acuerdo, Bertie. Te diré la verdad —suspiró profundamente—. ¿Recuerdas aquellos extraños sueños que tenía cada noche cuando éramos niñas?

—Oh, sí —Bertie asintió y sonrió con nostalgia—. Me encantaba que hablaras de él: ese gran guerrero montado en un brioso corcel que venía a rescatarte de un peligro inminente. El mismo hombre noche tras noche. Era muy romántico, yo te envidaba aquellos sueños —a Soleilbert se le borró la sonrisa—. Pero no habías vuelto a hablar de él desde que cesaron esos sueños.

—No cesaron —Haith se sonó ruidosamente la nariz—. Sencillamente, dejé de hablar de ellos. Minerva me acosaba constantemente con preguntas y me hablaba sin parar de mi madre y de nuestro padre, diciendo que eran almas gemelas y cosas así —exhaló otro suspiro—. Me decía una y otra vez que yo estaba destinada a ser como mis padres, y a mí me espantaba la idea. No quería parecerme en absoluto a mi madre.

—¿Pero por qué no? —preguntó Bertie—. Yo adoraba a Corinne.

—¡Era una adúltera, Bertie! —exclamó Haith—. Fue detrás del marido de otra mujer y tuvo con él una hija bastarda sin pensar ni un instante en cómo afectarían sus actos a otras personas.

—Haith, sigo sin entender qué tiene que ver eso con... —Soleilbert hizo un esfuerzo por encontrar las palabras adecuadas, y al ver que no lo conseguía, se limitó a señalar la cama con un gesto—, esto.

—Oh, Bertie —Haith ocultó el rostro en el pañuelo, avergonzada—, el guerrero con el que he soñado durante tantos años...

—¿Sí? Sigue.

—Era Tristan —las palabras de Haith resultaron casi inaudibles.

El rostro de Soleilbert se tensó por el asombro ante la afirmación de Haith.

—¿Estás segura?

Haith asintió y clavó la vista en el pañuelo que estaba retorciendo en el regazo.

—Lo siento mucho, Bertie —balbuceó Haith—. No sabía que era él, te lo juro. No tendrás que preocuparte nunca de que yo sea tan perversa como mi madre. Yo...

—Haith —comenzó a decir Bertie. Ahora veía claramente el absurdo de aquella situación, y eso hizo que sonriera débilmente.

Justo entonces, la puerta de Bertie se abrió de golpe con un tremendo estrépito, provocando que ambas hermanas dieran un respingo. Tristan entró precipitadamente en la habitación, llenándola al instante con su presencia. Se detuvo y clavó la vista en Haith.

—Oh, no —gimió ella cerrando los ojos con fuerza.

—¡Lord Tristan! —chirrió la voz de Ellora mientras aparecía detrás de él en el umbral y trataba de mirar por encima de sus impresionantes hombros—. ¡No podéis entrar en la habitación de mi hija sin compañía!

La respuesta de Tristan fue un gruñido sordo, y, sin darse la vuelta, movió la mano hacia atrás y cerró la puerta en las narices de la mujer, echando el pestillo para estar más seguro.

Soleilbert gritó al darse cuenta de que lord Tristan la había pillado en ropa interior, aunque él ni siquiera había mirado en su dirección. Se acercó rápidamente a uno de los baúles para sacar una túnica.

Haith abrió los ojos, pero Tristan seguía allí. Sus ojos azules la tenían hipnotizada con lo que Haith habría jurado que se trataba de una especie de brujería. Aunque Bertie estaba a menos de un metro. Haith no pudo evitar una punzada en el corazón, el deseo de verse una vez más envuelta en sus brazos. Sus pensamientos la llenaron de vergüenza.

Tristan dio un paso adelante y luego vaciló, como si acabara de darse cuenta en aquel instante de que Bertie estaba allí. Se inclinó ligeramente hacia ella.

—Mis disculpas, lady Soleilbert.

—¿Qué está pasando, lord Tristan? —preguntó Bertie con amabilidad.

—Hay un asunto importante que debo tratar con lady Haith —dijo con forzada paciencia.

—No digáis más —Soleilbert alzó una mano y rápidamente recogió el batiburrillo de ropa que había en el suelo—. Intentaré aplacar a madre y os dejaré un poco de intimidad.

—Os lo agradezco —Tristan volvió a inclinarse.

—¡No, Bertie! —gritó Haith, horrorizada ante la perspectiva de quedarse a solas con Tristan. Alzó una mano para retener a su hermana, que pasó por delante de ella en dirección a la puerta—. ¡Por favor, quédate!

—Querida, no tengas miedo —la tranquilizó Bertie mientras quitaba el cerrojo. Y como no pudo evitarlo, añadió con una tímida sonrisa—, al contrario que mi madre, yo no creo que sea necesario tener acompañante.

Haith gimió cuando Soleilbert cerró la puerta con firmeza. Se levantó rápidamente para poner algo de distancia entre Tristan y ella, pero se encontró de pronto atrapada entre sus brazos.

—¿Dónde estabas? —le susurró en el pelo—. He puesto patas arriba mi nuevo pueblo buscándote.

Durante un breve instante, Haith se deleitó en aquellos brazos fuertes que la rodeaban, y su corazón cantó aliviado. Sentía como si le hubieran quitado un peso del pecho, y suspiró, cerró los ojos y aspiró profundamente su aroma.

La tentación de hablarle de las amenazas de Donald le resultaba casi abrumadora. Sujeta entre los fuertes brazos de Tristan, Haith sintió que nada podría tocarle ni hacerle daño, aunque era consciente de las consecuencias que acarrearía la verdad.

Entonces Haith recordó dónde estaba y que había sucedido recientemente en aquella misma habitación. Silenció aquella vocecita que le pedía que lo contara todo y apartó bruscamente a Tristan de sí.

—¿Cómo te atreves? —susurró. Y entonces el sonido de su palma golpeando en la mejilla de Tristan resonó como el restallido de un látigo.

Capítulo 14

Haith y Tristan se quedaron mirándose el uno al otro en tenso silencio tras la bofetada. El rostro de Tristan parecía de piedra, el único signo de que era de carne y hueso y no una estatua de granito fue un ligerísimo movimiento del músculo de la mandíbula.

Tristan rodeó a Haith para acercarse a la ventana, provocando que ella girara sobre sus talones y lo siguiera con recelo con la mirada. Una vez allí, él se inclinó; escudriñó el patio que había debajo, y, al encontrar lo que buscaba, levantó un brazo.

—Está bien —gritó antes de asentir tras una incomprensible respuesta que le dieron desde abajo. Cuando volvió a centrar su atención en la habitación, Haith dio involuntariamente un paso atrás.

—Por favor, mujer, dime —la voz de Tristan resultaba en apariencia calmada—, ¿qué mal te he hecho para que me hayas golpeado?

Haith tenía los nervios de punta por la indignación.

—No soy idiota, Tristan. ¿Acaso creías que Bertie no me lo iba a contar?

Tristan arrugó la frente.

—No sé de qué me estás hablando, Haith. Déjate de adivinanzas y explícate. Tengo que ocuparme de asuntos muy importantes.

—¡Oh! ¿Así que el gran señor tiene asuntos más importantes que tratar que su supuesto honor?

—Sí, yo... ¿cómo?

La ira de Haith se desató como un estandarte en medio de un vendaval. Se acercó a la esquina y cogió el haz de ropa de cama, lanzándolo a los pies de Tristan.

—¿Tan inconstantes son tus afectos o tan débil tu mente que pensabas que Bertie y yo te compartiríamos? —a Haith le temblaba el cuerpo entero, y dio un fuerte pisotón contra el suelo con un grito de frustración—. ¡Eres un imbécil arrogante!

—Haith —la voz de Tristan encerraba un matiz de advertencia—, no tengo nada que ver con el honor de tu hermana, excepto a lo que me obliga Guillermo por medio del compromiso.

—¡Sí! ¡Y te casarás con ella! —prometió Haith acercándose más a Tristan sin ser consciente de que se le habían llenado los ojos de lágrimas—. ¡Aunque tenga que hechizarte yo misma y arrastrarte hasta el altar! —se detuvo justo debajo de su mirada, apenas a medio metro de distancia, con la respiración alterada.

—Me casaré con quien quiera y cuando me plazca, y nadie —Tristan se inclinó ligeramente—, ya sea doncella o rey, me obligará a nada.

—No eres el hombre que creí que eras —Haith aspiró el aire y una lágrima ardiente le resbaló por la mejilla—. Y pensar que he estado a punto de... —Haith se desmoronó y se dio la vuelta—. ¿Y si le has engendrado un hijo? ¿Serías tan cruel como para desembarazarte de madre e hijo si no te convienen?

—Haith —Tristan dio un paso adelante y le puso una mano en el hombro.

Ella se la apartó.

—No me toques.

Tristan la giró esta vez con las dos manos y la sujetó con firmeza mientras ella se revolvía.

—Contéstame a una pregunta y te soltaré.

Aunque el dolor y la ira que sentía por dentro la adveran que no lo hiciera, Haith se quedó quieta y lo miró.

—¿Te ha dicho tu hermana que anoche yací con ella?

El nudo de sufrimiento que Haith tenía en el estómago amenazaba con desatarse, pero se armó de valor y consiguió dar con su voz.

—Ahí está la prueba —dijo mirando el revoltijo de sábanas que había entre ellos.

—No he sido yo.

—¡Estás mintiendo! —gritó Haith apartándose bruscamente de él y andando hacia atrás—. ¡Bertie no conoce a nadie más en Greanly, y mi hermana no es una puta!

Tristan siguió a Haith hasta que la hubo acorralado en una esquina. Entonces colocó un brazo a cada lado de ella.

—¿Ha pronunciado mi nombre? —preguntó Tristan.

Haith cerró con fuerza los ojos, le resultaba imposible mirarle por temor a sentirse abrumada por su cercanía.

—¿Ha dicho mi nombre? —insistió Tristan.

Los pensamientos de Haith dieron vueltas en su cabeza. ¿Había dicho Soleilbert que Tristan era el que había yacido con ella? ¿O Haith se había limitado a darlo por hecho? Abrió los ojos, sorprendida hasta la médula al descubrir el rostro de Tristan, que tenía una sonrisa tímida en los labios, a escasos centímetros del suyo.

—No hay nadie más —aventuró Haith débilmente.

—Sí lo hay —dijo Tristan moviendo los brazos hasta que rozó con ellos los de Haith.

—¿Quién? —susurró ella completamente hipnotizada por sus ojos, sus labios, su respiración en su rostro. Sabía que Tristan no mentiría en un asunto tan grave cuando sería tan fácil confirmar la verdad preguntándosele a Soleilbert.

Tristan sacudió la cabeza y, como si le hubiera leído el pensamiento, dijo:

—Eso te lo tiene que decir tu hermana, no yo —Tristan le deslizó las manos por los hombros; y luego por el cuello, borrando cualquier recuerdo del cruel contacto de Donald. Entonces le sujetó dulcemente la cabeza—. Escúchame bien, Haith —murmuró—. No deseo a lady Soleilbert. No —se corrigió—, no deseo a ninguna mujer excepto a ti.

A Haith se le cerró la garganta. Cuánto tiempo había esperado para escuchar aquellas palabras, y ahora se veía obligada a rechazarlas.

—No —dijo en un susurro atagantado colocando las manos en los antebrazos de él y empujándole. Tristan la sujetaba con firmeza—. Guillermo ordenará que se cumpla el compromiso, y no me convertiré en una adúltera.

—Te lo repetiré una vez más —los pulgares de Tristan acariciaron suavemente la parte inferior de la mandíbula de Haith—. Me casaré con quien quiera y cuando quiera. Además, parece que es Soleilbert la que me ha engañado con otro, ¿no?

Haith abrió los ojos al darse cuenta de pronto de la realidad. ¡Bertie! ¡No!

Tristan apoyó la frente en la de Haith y suspiró.

—Hay algo más... Donald se ha escapado.

Haith apartó la cara de la de Tristan y bajó la mirada.

—Ya lo sé.

Sin duda él confundió su culpabilidad con miedo.

—No temas, Haith. No te hará ningún daño —con una última caricia en la cara, Tristan se apartó de ella y comenzó a recorrer la habitación, dejando a Haith en la esquina sin decir palabra. Mientras Tristan caminaba iba hablando, y mientras hablaba, el miedo de Haith fue en aumento.

—Enviaré hoy mismo aviso a Guillermo para que intervenga en nuestro favor. Pero hasta que responda, debes permanecer entre los muros de Greanly.

—¿Por qué? —preguntó Haith dando un paso adelante. Si Tristan le prohibía salir de allí, no podría encontrarse con el mensajero de Nigel. Se estremeció al pensar en las repercusiones que eso podría acarrear—. Yo no tengo nada que ver con tu compromiso.

—Claro que sí —Tristan se giró para mirarla—. Tras pensar mucho en ello, me he dado cuenta de que el hecho mismo de que existas podría echar al traste los planes de Nigel de acabar conmigo.

—No lo entiendo —aventuró Haith.

—Eres de noble cuna, y estás tan emparentada con la casa de Seacrest por sangre como tu hermana —se explicó Tristan—. Si ni Soleilbert ni yo estamos dispuestos a casarnos, y yo te escojo a ti en su lugar, a Guillermo le daría lo mismo. Pero a Nigel...

—Nigel quiere quedarse con Greanly —dijo Haith muy despacio, cayendo en la cuenta de la doble trampa que había tendido Nigel—. Si Guillermo te despoja de tus tierras, podría concederle el pueblo a Nigel, pero aunque se celebre la boda y Soleilbert se convierta en la señora de este lugar, como es su tutor, podría hacerse con el pueblo si tú desapareces.

Tristan asintió.

—Pero si tú fueras mi esposa, no ganaría nada con mi fallecimiento porque te convertirías en pupila de la corona.

—Esa es la razón por la que me impidieron la entrada al castillo la noche que llegaste a Seacrest. ¡Quería mantenerme en secreto!

—Sí. Y por eso debes permanecer entre estos muros.

—Pero seguro que también estaré a salvo con Minerva.

—No —Tristan se paró delante de ella y le tomó la mano, llevándosela a los labios y besándola suavemente—. Traerás tus cosas al castillo, aquí puedo protegerte mejor.

Haith contuvo el aliento. Aquello era peor que si Tristan sencillamente le impedía salir de allí. Bajo su control, no tendría acceso a ningún tipo de información que luego se vería obligada a facilitarle al mensajero de Nigel. Por no mencionar el hecho de que tener a Tristan tan cerca día tras día le dificultaría todavía más mantenerse alerta.

—No puedo vivir dentro del castillo, mi señor —dijo—. Ellora...

—Al diablo con Ellora —gruñó él—. Yo soy el señor aquí, y quiero tenerte cerca. —Tristan le tiró del brazo y Haith chocó contra él. El beso de Tristan fue como una brasa en sus labios, y la dejó abrasada y sin respiración—. ¿Vas a hacer lo que te digo?

Haith se apartó a regañadientes e hizo un esfuerzo para calmar el acelerado ritmo de su corazón.

—Entonces debemos evitar quedarnos a solas.

—¿Por qué dices eso? —Tristan volvió a atraerla hacia sí—. No arriesgamos nada disfrutando de nuestra mutua compañía.

Haith se zafó y se apartó de él con firmeza.

—Si Ellora tiene alguna sospecha, puede que envíe recado a Nigel, o incluso a Guillermo, y frustren tus planes. Será mejor que esperemos la palabra del rey para asegurarnos de que todo esté bien —Haith se acercó a la puerta y se giró antes de abrirla—. Desea fervientemente que te cases con Bertie, y hará cualquier cosa para asegurarse de que así sea.

—Entonces tendremos que ser cuidadosos, ¿verdad? —Tristan sonrió seductoramente, el poder que irradiaba él actuaba como un imán, y Haith sintió como si una fuerza invisible la estuviera apartando de la puerta. Ella aguantó con firmeza el ataque, aunque las siguientes palabras de Tristan estuvieron a punto de ser su perdición.

—¿Vendrás a mí por la noche?

Haith se estremeció ante el peso de lo que significaban sus palabras.

—No —susurró, y luego habló más alto en beneficio de cualquier fisgón que pudiera haber en el salón mientras abría la puerta—. Recogeré mis cosas como me has pedido, mi señor —y escapó por el pasillo.

Tristan se dio la vuelta y se acercó despacio a la ventana a esperar a que Haith cruzara el patio y desapareciera en la choza que compartía con Minerva. La seduciría para que se metiera en su cama, prometió. Si no aquella noche, pronto. El deseo que sentía por su cuerpo era una menudencia comparado con lo que había sentido cuando supo que Donald se había escapado y Haith no aparecía por ninguna parte. Si la tuviera todas las noches entre sus brazos, podría estar seguro de que estaría a salvo, y los sueños en los que ella aparecía dejarían de atormentarle.

—¿Mi señor? —Soleilbert apareció en el umbral, ahora completamente vestida y retorciéndose las manos—. ¿Va todo bien?

Tristan se dio la vuelta.

—Todo lo bien que pueden ir las cosas en este momento, lady Soleilbert —sonrió con malicia—. Confío en que vuestra primera noche en Greanly haya sido confortable.

Soleilbert se sonrojó como el carmín y apartó la mirada, aunque la sonrisa de su rostro denunciaba su felicidad.

—Sí, mi señor. Ha sido maravillosa, de hecho.

Tristan se le acercó y miró por detrás de ella.

—Madre está explorando las cocinas, mi señor —dijo Bertie—. Podéis hablar libremente.

Tristan se pasó la mano por el pelo.

—¿Por qué no le explicasteis a vuestra hermana que no fui yo quien visitó vuestros aposentos anoche?

—Estaba a punto de hacerlo —comenzó a decir Bertie—. Pero llegasteis vos, y después madre —se encogió de hombros con gesto de impotencia—. No quería que ella supiera...

—Lo comprendo —Tristan le evitó que entrara en detalles—. Eso es muy sabio, no cabe duda. Debemos tener cuidado durante los próximos días y no confiar en nadie.

Bertie asintió.

—¿Os casaréis con Haith?

Tristan inclinó la cabeza y sonrió.

—Sí me acepta, sí.

Bertie abrió los ojos de par en par, y puso la mano en el brazo de Tristan.

—¡Por supuesto que os aceptará! Lleva toda su vida esperándoos.

Tristan le dio una palmadita a Bertie en la mano, reacio a mostrarle lo mucho que le afectaba aquella certeza.

—Por eso debemos continuar con esta farsa del compromiso hasta que estemos a salvo para hacer el siguiente movimiento —clavó la vista en sus brillantes ojos marrones—. Pero, ¿qué va a ser de vos después, lady Soleilbert? ¿Habéis hecho planes también?

Bertie se apartó para acercarse a la ventana.

—No, no tengo planes. No había tenido nunca un... amante —volvió a sonrojarse con furia, pero continuó—. Sin embargo, creo que esto no va a ser una sórdida aventura que terminará pasando —suspiró—. Me temo que ya le quiero.

Tristan se reunió con ella en la ventana.

—¿Y qué es lo que hay que temer?

—Aunque siento dentro de mi corazón que es un hombre de honor —explicó Bertie—, apenas se nada de él. Anoche hablamos mucho, y le conté cosas que no le había dicho ni a Haith, pero... —Bertie se retorció las manos—, se niega a hablar de su casa ni de su familia.

—Lo cierto, mi señora —admitió Tristan—, es que probablemente yo no sepa mucho más que vos. Su madre era egipcia, y su padre una especie de noble en alguna de las pequeñas cortes de la India. Phar y su madre huyeron de allí cuando él era aún muy pequeño.

—Las raíces de su madre explican la originalidad de su nombre —Bertie sonrió y luego su rostro adquirió una expresión grave—. ¿Su padre murió?

—Fue asesinado —puntualizó Tristan—. Su madre contrajo unas fiebres nada más llegar a París. Yo lo conocí poco después.

Bertie sonrió lánguidamente.

—Y desde entonces sois uña y carne.

—Sí —Tristan le devolvió la sonrisa—. Pero eso no significa que me haya hablado de su pasado. Algo ocurrió en su tierra natal de lo que no desea hablar por mucho que se le presione.

—Debió ser algo terrible —aventuró Bertie mirando por la ventana e imaginando en su cabeza a un niño pequeño solo en una ciudad desconocida—. Tal vez algún día me permita compartir con él esa carga.

—Tal vez —Tristan se apartó de la ventana y se dirigió hacia la puerta del dormitorio antes de que las palabras de Bertie lo detuvieran.

—Una pregunta, mi señor, si me permitís unos instantes más.

Tristan se dio media vuelta.

—Por supuesto.

La mirada de Soleilbert permaneció clavada en el horizonte mientras hablaba. Su perfil era el de una mujer hermosa con la cabeza bien alta.

—Si no hubierais conocido a mi hermana, ¿os habrías casado conmigo?

—No.

Soleilbert exhaló un profundo suspiro.

—¿Por qué?

—Si eso significara mi alianza con Nigel, habría rechazado a la mismísima reina.

Soleilbert se giró hacia Tristan con una sonrisa.

—Os lo agradezco.

Tristan se limitó a asentir y salió de la habitación.

Descendió por los escalones de piedra hasta el salón, donde lo esperaban Barrett y Pharao.

—Barrett —Tristan comenzó a dar órdenes antes de estar a su lado—. Elige a cinco soldados escogidos para que viajen hoy mismo a Londres con Pharao y a otros veinte para que vayan a Seacrest con carromatos. Que venga también John el granjero.

—Sí, mi señor —dijo Barrett, girándose para ir a cumplir el encargo de su señor.

—Un momento —Tristan lo detuvo y se acercó más a él—. Nadie excepto nosotros tres, lady Haith y lady Soleilbert deben saber lo que está ocurriendo en el castillo. Especialmente —bajó todavía más la voz—, lady Ellora. No confío en ella. ¿Está claro?

Barrett asintió.

—Si escuchas algún rumor en el pueblo relacionado con mi compromiso con lady Soleilbert, debes acallarlo y transmitir que la boda se celebrará, tal y como está planeado.

—Como deseáis, mi señor —el hombretón salió del salón con paso firme y Tristan se giró hacia Pharao.

—¿Tenemos pergamino, Phar?

Pharao se sacó del interior de su voluminosa manga varias piezas de papel amarillo.

Tristan cogió las hojas y se acercó a la mesa señorial, donde había dispuestas una pluma y una escribanía. Se sentó y comenzó a escribir. Las dos cartas estuvieron enseguida terminadas y selladas, y Tristan se las guardó en el cinto. Luego se reclinó en la silla para observar a su mano derecha.

Pharao tenía una expresión estoica en el rostro, con los ojos clavados en algún punto por encima de la cabeza de Tristan.

—¿Quieres que hablemos de las misteriosas actividades que tuvieron lugar anoche en los aposentos de lady Soleilbert? —preguntó Tristan yendo al grano.

—Preferiría que no, mi señor.

—De eso estoy seguro —se rió Tristan entre dientes—. Deberías ser más cuidadoso en el futuro, Phar. Tu cita ha estado a punto de ser mi perdición con Haith esta mañana. Ellora no debe saberlo.

Pharao asintió.

—La señora madre está cegada por su propia ambición, y sólo ve lo que desea. No nos descubrirán hasta que llegue el momento de que así sea.

La enigmática afirmación de Pharao provocó que Tristan alzara las cejas, pero no pudo comentar nada más porque Barrett volvió a aparecer de nuevo con John a su lado.

—Mi señor —John se inclinó delante de Tristan y bajó la cabeza ante Pharao en gesto respetuoso—. ¿En qué puedo servirlos?

Tristan sacó otro fajo de pergamino.

—John, algunos de mis hombres van a ir hoy a Seacrest a recoger lo que queda de las pertenencias de Greanly. ¿Conoces bien el pueblo y a su gente?

John hizo una reverencia con la cabeza.

—Mejor que bien, os lo aseguro.

—Bien —Tristan asintió y le pasó la pluma a Pharao—. Dame todos los nombres que puedas de los aldeanos y sus hijos que sean originarios del antiguo Greanly —se puso de pie, y Pharao ocupó su sitio. Tristan bordeó la mesa y le hizo un gesto a Barrett para que le siguiera—. Buen alguacil, unas palabras.

Llevándose a Barrett a un aparte, Tristan habló con él en voz baja.

—Quiero que acompañes a los hombres a Seacrest con la lista que está haciendo Pharao ahora.

—Por supuesto, mi señor —el intento de susurro de Barrett sonaba extraño viniendo de un hombre tan grande—. ¿Qué tengo que hacer yo allí?

—Reúne a la mayor cantidad de hombres de la lista que puedas. Si sus mujeres se muestran reacias a marcharse —Tristan se detuvo un instante y endureció el tono de voz—, te ordeno que te lleves a los niños y todas las pertenencias que haya en sus moradas. Las mujeres pueden quedarse si lo desean.

—¿Mi señor? —Barrett abrió los ojos de par en par—. ¿Queréis que supervise el rapto de los más pequeños?

Tristan asintió con sequedad.

—Sí. Esos aldeanos y su descendencia son oriundos de Greanly, y por lo tanto, de mi propiedad. Dales una hora para que estén listos.

Barrett parecía mostrarse reacio ante la idea.

—Comprendo que vuestro deseo es tener a los aldeanos aquí, mi señor —dijo con una mueca de dolor—, pero esta no será una tarea fácil. Las mujeres se resistirán a dejar partir a sus hijos. ¿Se supone que debemos utilizar la fuerza?

—Quiero al grueso de los habitantes de Greanly entre estos muros para cuando caiga la noche de mañana, utilizando los medios que sean necesarios —Tristan se quedó mirando el suelo de piedra que tenía a los pies durante un instante con el puño apoyado en la barbilla—. Pero entiendo tu postura. Que no haya derramamiento de sangre, entonces. Eso no ayudará a nuestra situación.

Barrett parecía desolado ante la mera idea, pero guardó sabiamente silencio.

—Déjales claro a aquellos que pongan pegos que esto es una orden directa de su señor. Aquellos que me desobedezcan tendrán prohibida la entrada a Greanly para siempre, y sus familias y sus pertenencias serán utilizadas como a mí me parezca conveniente. Las esposas formarán nuevas parejas; los niños serán adoptados. No transigiré en este punto.

Barrett tragó saliva de forma ostensible.

—Disculpadme, mi señor, pero...

—No —Tristan alzó una mano—. Esta es mi última palabra. ¿Lo has entendido, Barrett?

—Sí —gruñó el alguacil—. Pero no va a ser una tarea agradable.

—Yo soy su señor. No me importa si están contentos con mis órdenes o no, sólo me interesa que me obedezcan —aseguró Tristan con voz dura—. Aprenderán que habrá graves

consecuencias para aquellos que no las cumplan. Prepara a los hombres y espera mi orden — Tristan se giró para marcharse, pero Barrett le retuvo.

—Eh... mi señor.

—¿Sí, Barrett? —Tristan estaba empezando a perder la paciencia.

—Es que no puedo leer las letras tan pequeñas de las palabras que hay escritas en esta lista.

—¿No sabes leer?

Barrett se sonrojó.

—No, mi señor.

Tristan suspiró y se sujetó el puente de la nariz.

—Bien, encuentra a alguien que sepa hacerlo y dale mi permiso para que te acompañe.

—Muy bien, mi señor —Barrett dejó a toda prisa el salón.

En la mesa señorial, Pharao y John terminaron con la lista de los habitantes no censados de Greanly.

—Es bueno volver a tener el pueblo lleno de gente, ¿no es verdad, mi señor? —se aventuró a decir John con una sonrisa.

Tristan se limitó a gruñir.

—Te agradezco tu ayuda, John.

La sonrisa del granjero se desvaneció.

—Por supuesto, mi señor. Que paséis un buen día —John se inclinó ligeramente y se marchó, cruzándose con Haith en la puerta—. Buenos días, lady Haith.

—John —ella asintió, observando su partida con desconfianza.

Haith cruzó el salón con su pequeño hatillo de pertenencias sujeto en brazos. Tristan observó su avance con patente lujuria. El movimiento de sus caderas provocaba que la túnica se le agitara suavemente a la altura de los tobillos, la brillante y larga trenza roja colgaba de forma encantadora sobre uno de sus senos. La irritación provocada por los acontecimientos del día había alimentado su deseo hacia ella.

—¿Qué está ocurriendo en el patio? —preguntó Haith cuando se acercó a los dos hombres—. Los soldados están preparando los carromatos.

—Mi señor —Pharao se puso de pie, ignorando la presencia de Haith—, iré a prepararme para el viaje.

—Por supuesto, Phar. Volveremos a hablar antes de que te vayas.

Haith observó con un escalofrío cómo el hombre de piel oscura se marchaba, recordando el papel que había jugado en su pesadilla. Se sacudió aquella sensación y se giró hacia Tristan.

—No le gusto.

—Es imposible adivinar qué piensa Pharao —aseguró él permitiendo que su mirada vagara por el cuerpo de Haith. Un brillo pícaro le iluminó los ojos—. A mí sí me gustas.

Haith ignoró su ardiente comentario y repitió la pregunta que había hecho antes.

—¿Hacia dónde se dirigen tantos soldados? No creo que se los envíes todos a Guillermo.

—Sí, algunos van a ir a Londres —respondió Tristan con aire distraído—. El resto partirá hacia Seacrest.

—No pierdes el tiempo —dijo Haith con cierto tono de admiración—. Pero, ¿por qué enviarlos a Seacrest tan pronto, si acabamos de venir de allí?

Tristan se acercó al barril de cerveza y metió un cuerno en él. Bebió con avidez con la esperanza de calmar la sed, ya que no podía aplacar el deseo que le despertaba la mujer que tenía al lado. Tras apurar el cuerno, volvió a girarse hacia Haith.

—Mañana por la mañana habré recuperado Greanly.

—¿De veras? —Haith parecía recelosa—. ¿Crees que sus habitantes se habrán avenido a ti en tan breve espacio de tiempo?

—No importa si se avienen o no —Tristan se acercó a Haith y bajó la voz antes de continuar—. Permíteme que te acompañe a tus aposentos, mi señora.

Haith se echó a un lado al ver que avanzaba y se giró hacia él.

—Por supuesto que importa —insistió—. No puedes obligarles a abandonar Seacrest.

—Puedo hacerlo y lo haré —Tristan trató de apartar las preocupaciones de Haith como lo haría con un insecto molesto—. Aprenderán a obedecer a su señor —le tendió una mano—. Y ahora ven.

Haith miró la mano que le ofrecía como si fuera un atizador al rojo vivo.

—No lo haré —dijo—. Debes aprender, lord Tristan, que la confianza y el respeto de un pueblo hay que ganárselos, no forzarlos, y más te valdría hacerlo cuanto antes.

El rostro de Tristan adquirió una expresión de asombro y luego se rió sin dar crédito a lo que había escuchado.

—No me des consejos en asuntos en los que no estás versada. Tú más que ninguna otra persona deberías saber que la palabra de un señor es la ley, su pueblo la sigue sin cuestionársela.

—¿Por qué debería saberlo yo mejor que nadie? —preguntó Haith—. ¿Porque mi propio padre era un señor?

—Sí —respondió Tristan, claramente complacido ante el hecho de que lo hubiera entendido.

—Mi padre —prosiguió Haith—, era un gobernante justo y bondadoso cuyo pueblo le obedecía debido a esas razones. No era un tirano.

—Tú no eras más que una niña cuando tu padre vivía —se mofó Tristan—. No puedes saber cuáles eran sus prácticas —suavizó el tono de voz—. No peleemos por este asunto tan nimio, Haith. Comprendo que tu corazón siente simpatía hacia los habitantes de Seacrest debido a la sangre de tu madre. Es natural que quieras ahorrarles las consecuencias de sus acciones.

—¿La sangre de mi madre? —la voz de Haith parecía calmada en apariencia—. ¿Te refieres a que era escocesa?

El tono de Tristan sonaba indulgente.

—Sé que tu padre se acostó con una plebeya, que tú eres el fruto de esa unión. Como ya estaba casado con Ellora, os envió al pueblo —Tristan sonrió con tristeza—. Pero eso no es culpa tuya, y a mí no me importan tus orígenes, Haith —Tristan se acercó a ella sin razonarlo—. Lo cierto es que mi propio padre también me rechazó, así que conozco de primera mano lo apremiante de tu situación.

—Eres un estúpido —el tono de Haith era tan frío que Tristan echó la cabeza hacia atrás, sorprendido. Esta vez fue ella la que avanzó—. Tal vez deberías saber que mi madre la plebeya —gruñó—, era la hija del jefe más poderoso de Escocia, y que si se pudiera llevar la cuenta de los linajes, mi posición aventajaría a la tuya por varias brazas.

—¡Vigila tu lengua, muchacha!

Haith ignoró su consejo, la rabia la incitó a colocar la cara a escasos centímetros de la de Tristan.

—¡Quienquiera que te haya suministrado esos hechos erróneos sobre mi infancia debería ser azotado por soltar tantas sucias mentiras! —una vez desatada, su furia resultaba imposible de contener—. Mi padre amaba tan profundamente a mi madre que cometió adulterio y compartió el título de señora que tenía su hija conmigo. Mi padre no nos recluyó en el pueblo avergonzado, sino que vivimos en el castillo, como él ordenó. Minerva y yo fuimos desterradas a una choza precaria en el pueblo por Ellora cuando tus amigos normandos asesinaron a mi padre y a mi madre el mismo día.

Tristan guardó un incómodo silencio, conmocionado tras haber sido humillado tan claramente en su propio salón. Haith aprovechó su falta de respuesta como una oportunidad para seguir descargando su ira contra él.

—Y en cuanto a esos humildes aldeanos que no te ofrecen su respeto ni su cortesía, sí, ellos me recibieron en el pueblo para que viviera entre ellos —reconoció Haith—. Pero nunca

como una plebeya, aunque así fue como Ellora me marcó. El respeto que sentían por mi padre me incluía a mí, y siempre me trataron con la cortesía que mostraron por él.

Haith se detuvo para respirar.

—No es el linaje de sangre lo que demuestra el carácter, sino que son las palabras y los actos de un hombre lo que le hacen digno de ser obedecido.

Tristan había recuperado el habla, y con ella, su orgullo herido.

—No me des lecciones respecto a mis deberes, Haith. Aunque te deseo como no deseo a nadie, no consentiré tu comportamiento infantil como si fuera un bufón de la corte.

Haith soltó una áspera carcajada.

—No, mi señor. No necesitas de mi presencia para hacer el payaso. Tus propias palabras te definen como tal.

Tristan dejó escapar el aire entre los dientes.

—Vete a tus aposentos antes de que actúe de acuerdo a mi rabia.

—¿Por qué estás enfadado? —se mofó Haith con temeridad—. ¿Porque mis palabras te resultan verdaderas? De acuerdo entonces; te dejaré a solas con tu grandeza. Pero antes, quiero que sepas una cosa —estiró la espalda y lo atravesó con la mirada—, llámame plebeya o bastarda si quieres, pero no compares tus vivencias con las mías. ¡Manda a tus padres al infierno para toda la eternidad si lo deseas, pero no ensucies el nombre de los míos, porque a *mí* me quisieron lo suficiente como para sacrificar sus propias vidas!

Tristan alzó la mano para golpearla por aquellas palabras, pero se detuvo a medio camino cuando Haith gritó y giró la cabeza. En el silencio que siguió al amago de golpe, Tristan se arrepintió al instante de su precipitada actuación. Nunca antes había pegado a una mujer, y su corazón lloraba ante la perspectiva de abusar de aquella en particular. Las marcas de los golpes que le había dado Nigel todavía seguían en su mejilla, como si condenaran a Tristan a la vez que a Nigel.

—Haith —susurró dando un paso adelante.

Ella reculó para apartarse, acercándose a la puerta del salón con el atillo de ropa todavía sujeto contra el escote.

—Me íbas a pegar.

Tristan la siguió, tratando de llegar hasta ella.

—No. Deja que...

—Mantente alejado de mí —dijo Haith con voz ronca—. No vuelvas a acercarte —se chocó contra la puerta, y en un abrir y cerrar de ojos, la abrió y desapareció por el patio.

Tristan se quedó en el umbral y la vio correr entre la multitud de soldados y aldeanos, apartando los obstáculos de su camino. Parecía como si siempre estuviera huyendo de él. Los ojos de los curiosos se giraron hacia la dirección en la que Haith corría y luego se clavaron en Tristan justo cuando estaba a punto de salir tras ella. El rostro preocupado de Barrett estaba entre ellos, y observó a su señor con curiosidad. Pharao le dirigió una mirada precavida.

Tristan regresó al salón y cerró de un portazo. La dejaría marchar por el momento. No sería muy inteligente atraer la atención sobre ellos en aquellos instantes. Más adelante, cuando ambos estuvieran calmados, iría en su busca y haría desaparecer a besos el dolor que le había causado. Sin embargo, por el momento tenía que asegurar sus dominios para lo que esperaba pudiera ser su futuro juntos.

—Veo que le has dado a esa puta la lección que estaba pidiendo a gritos —Ellora se detuvo en el umbral de la puerta del fondo del salón—. Está muy bien que la hayas metido tan rápidamente en cintura.

Tristan gruñó entre dientes, controlando el deseo de decirle a la esposa de Nigel que se llevara sus elogios al infierno.

—No tengo tiempo para conversar con vos, lady Ellora —dijo mientras se acercaba a la mesa para coger la lista de los habitantes de Greanly.

—Por supuesto, mi señor —respondió ella con zalamería—. Estáis ocupado, ya lo veo —le brillaban los ojos por el interés—. ¿Podría aventurarme a pensar que habéis cambiado de opinión en lo que al compromiso se refiere?

Tristan se detuvo en la puerta del salón con la mano en el tirador. Miró de reojo por encima de su hombro hacia la mujer que permanecía en medio de aquel pesado silencio.

—Habrá una boda.

Entonces se quedó sola en el salón cuando él se hubo marchado, con el eco de las palabras de Tristan y su temblorosa sonrisa de triunfo como única compañía.

Capítulo 15

Pharao y Soleilbert estaban sentados el uno al lado del otro sobre la suave hierba verde que había al otro lado de los muros de Greanly. Aunque estaban a salvo de las miradas curiosas del interior de los dominios, no se rozaban, excepto a través del bajo de sus vestiduras.

—¿Tienes que marcharte hoy? Es muy pronto —Bertie giró la cabeza. Un sonrojo le acariciaba las mejillas.

—Es mi deber para con mi señor —se limitó a decir Pharao. Bertie se volvió de nuevo hacia él y sus miradas quedaron engarzadas—. Volveré, mi señora.

—¿De verdad soy tu señora? —susurró Bertie—. No puedo soportar la idea de esperar por alguien cuyo corazón no me pertenece.

Pharao se la quedó mirando durante un largo instante. La intensidad de sus ojos marrones paralizaba la respiración de Bertie. Pharao deslizó las manos por el interior del cuello de su caftán y sacó una larga cadena de oro que se quitó por la cabeza. De ella pendía un colgante fino y alargado. Pharao mantuvo el collar suspendido entre sus manos.

—En mi tierra, natal —comenzó a decir con tono grave—, cuando un hombre torna a una mujer por esposa, le regala un *mangalsutra*, un símbolo que indica que es una dama casada y está bajo la protección de su esposo —Pharao se detuvo un instante a observar la delicada joya que estaba sujetando—. Normalmente es muy hermosa y está adornada con muchas joyas que representan el amor de su esposo.

Bertie tenía los ojos clavados en el colgante y en los extraños símbolos grabados en el oro. La pilló por sorpresa un escalofrío, y se pasó de forma inconsciente la punta de la lengua por los labios.

—Esto —continuó Pharao indicando el collar que tenía entre las manos—, lleva muchas generaciones en mi familia. Ha pasado de padres a hijos. En el pasado te habría regalado toda la riqueza de mi familia, pero ahora sólo puedo ofrecerte esto.

—Oh, Pharao —Bertie contuvo el aliento. Los ojos se le llenaron de lágrimas al escuchar sus desgarradas palabras—. Tu riqueza no tiene ninguna importancia en comparación con lo que yo siento en mi corazón por ti.

Pharao alzó la cadena, que formó un amplio triángulo invertido en sus manos.

—Entonces, ¿lo aceptas como muestra de mi amor hasta mi regreso?

Bertie asintió con tirantez. Le resultaba imposible hablar debido a la emoción. Se inclinó y Pharao le pasó con reverencia el collar por la cabeza hasta que el colgante descansó contra la pechera de su túnica. Sus manos seguían en la nuca de Bertie, y le besó la coronilla antes de apoyarle allí la mejilla.

—Me haces un gran honor —dijo.

—No, Pharao —Bertie alzó la cabeza y sujetó con ternura el rostro de Pharao entre las manos, mirándolo a los ojos—. Eres tú el que me honra a mí. Yo nunca pensé que... —Bertie estalló en un sollozo que le impidió hablar durante un instante—, tenía miedo de que nadie pudiera amarme.

Pharao imitó el gesto que estaba haciendo Bertie con él y acercó su rostro al suyo. Le retiró suavemente las lágrimas de las mejillas con los pulgares, remplazándolas por dulces besos.

—Eres como un loto perfecto —aseguró—. Tu figura es plena y suave, como los más suaves pétalos que se abrieran para mí. Cuando estoy en tu presencia, es como si me hallara en el más sagrado de los templos.

Los callados sollozos de Soleilbert los sacudían a ambos en su abrazo.

—Pharao, por favor —le suplicó—. No me dejes. No puedo soportar separarme de ti tan pronto.

—Ah, mi flor —la tranquilizó él—, sólo será durante un breve espacio de tiempo. En mi ausencia, mantendrás mi amor pegado ti a cada instante —Pharao se apartó y sujetó el colgante que ahora pendía entre los senos de Bertie. Acercándose a los labios, lo besó antes de volver a colocarlo suavemente sobre su cuerpo.

—Mi señora Soleilbert —su nombre sonaba en su boca como la suave seda.

Se abrazaron con fuerza, y Pharao le dio a Bertie un beso en el que le prometió todo la eternidad. Se escuchó de lejos la voz de Barrett llamando a Pharao, y los dos amantes se separaron.

—Te esperaré —prometió Bertie. Sus lágrimas habían desaparecido. La tristeza había sido remplazada por un brillo de resolución que crecía en intensidad a cada momento que transcurría.

Pharao asintió. Le dio un último beso suave en los labios mientras sus miradas permanecían clavadas la una en la otra.

—Algún día te regalaré el *mangalsutra* más bello que el mismo Dios pudo imaginar. A partir de ese día, estarás conmigo para siempre.

Bertie sonrió y se apartó de él, desrizándole las manos por el cuello a regañadientes. Giró la cabeza para mirar por encima del hombro hacia las colinas que se deslizaban a lo lejos, en la distancia.

—Te suplico entonces que te marches ahora, cuando siento que todavía puedo soportarlo.

Reconociendo la sabiduría de sus palabras, Pharao se puso de pie y desapareció rápidamente girando por el muro que rodeaba a Greanly.

Bertie se quedó sentada en la hierba hasta casi una hora después, cuando el pequeño contingente de soldados que se dirigía hacia Londres partió por el polvoriento camino de Greanly. Observó cómo el grupo de jinetes se iba haciendo cada vez más y más pequeño a medida que se acercaban a la cima de la colina más cercana. Un único jinete se quedó un instante en la cima. Su negro caballo daba vueltas impaciente en dirección al castillo.

Bertie se puso de pie, observando cómo el jinete y su montura bailaban en un estrecho círculo. Ella alzó un brazo hacia el aire.

—Buen viaje, mi amor —murmuró.

El caballo se levantó sobre los cuartos traseros y luego salió a toda velocidad a reunirse con los demás soldados.

Pharao se había ido.



Haith abrió la puerta de la choza de Minerva con tanta fuerza que la golpeó contra el duro muro, provocando que temblara el contenido de los estantes que rodeaban la habitación.

—¡Dulce Corral!

—¡Dios Todopoderoso! —Rufus, el supervisor de las cosechas, estaba sentado a la mesa con las manos extendidas para que Minerva le aplicara unguento para las ampollas que se había hecho aquella mañana en el campo. Ante la explosiva entrada de Haith, se puso de pie de un salto, agarrándose el pecho y manchándose la túnica con la salvia que Minerva tenía todavía que cubrir con vendas.

—¡Cielos, hada! —dijo Minerva—. No quiero tener que tratar al pobre Rufus de una apoplejía.

—Lady Haith —la saludó el hombre conteniendo el aliento mientras se recomponía y observaba su pechera manchada de salvia—. Lo siento, Minerva.

—No importa —Minerva frunció el ceño mirando hacia Haith y le indicó a Rufus con un gesto que volviera a sentarse—. He hecho bálsamo de sobra.

Haith arrojó el hatillo de ropa que había preparado hacía tan poco tiempo a través de la puerta de atrás soltando un áspero grito de frustración. Estaba en el centro de la estancia con los brazos cruzados sobre el pecho y golpeando el pie contra el suelo con gesto impaciente. Miraba alternativamente a Minerva, que seguía trabajando tranquilamente, y a Rufus, que no dejaba de mirarla de reojo.

Cuando transcurridos unos instantes Minerva seguía negándose a hacer ningún comentario sobre la presencia de Haith, la joven gruñó.

—¿Te falta mucho para terminar, Minerva?

La anciana alzó la mirada advirtiéndole a Haith con los ojos que se estuviera quieta.

—Sí, hada. Y muérdete la lengua, maleducada.

—Puedo terminar de vendármelo yo solo —se ofreció Rufus, que estaba ansioso por librarse de la furiosa mirada de Haith. Parecía como si estuviera abriéndole un agujero incandescente con los ojos en la parte posterior del cráneo.

Haith se acercó a la puerta en dos zancadas y la mantuvo abierta.

—Eso sería maravilloso por tu parte, Rufus. Buenos días.

El hombre se puso rápidamente de pie.

—Siéntate —le ordenó Minerva.

Rufus se sentó al instante.

—Haith —dijo Minerva—, no voy a tolerar tus rabieta infantiles mientras trabajo —agarró un trozo de tela vaporosa y empezó a enrollarla alrededor de la mano de Rufus—. Si no puedes controlarte hasta que haya terminado, entonces vete a otro lado.

Haith corrió hacia la mesa, provocando que Rufus escondiera la cabeza entre los hombros.

—Esto no es ninguna rabieta —insistió Haith—. Yo...

—Haith —la voz de Minerva era tan suave como las brisas de primavera de Greanly, pero cuando habló, una pequeña vasija de barro cayó desde una estantería del otro extremo de la habitación y se estrelló violentamente contra el suelo de la cabaña.

—Dios Todopoderoso —volvió a susurrar Rufus.

Haith ni siquiera miró hacia la vasija rota cuando cayó; se limitó a quedarse mirando a Minerva con lágrimas de rabia impotente en los ojos.

—Muy bien —murmuró apretando los dientes y sonriendo con tirantez. Otra vasija cayó al suelo sucio—. Esperaré.

Minerva comenzó a vendar con calma la otra mano de Rufus.

Un tercer bote cayó al suelo y Minerva alzó la vista.

—Ese lo vas a arreglar tú —dijo.

—Por el Amor de Dios, Minerva —susurró Rufus entre dientes—. Date prisa antes de que el siguiente me parta el cráneo!

Un cuarto cacharro se movió, se tambaleó hacia los lados y luego fue a estrellarse contra el suelo.

—Estate quieto, Rufus —le advirtió Minerva. Entonces sacó su cuchillo curvado del cinto y cortó las vendas cerca del nudo. Luego agarró las manos del nervioso hombre entre las suyas y murmuró una breve plegaria.

Una cuchara de mango largo que había dentro de un caldero en ebullición saltó y dio vueltas por la habitación, lanzando salpicaduras de líquido apestoso en forma de arco antes de estrellarse contra la pared del fondo.

—Mantén los vendajes toda la noche —le dijo Minerva a Rufus plácidamente, levantándose de la mesa y cruzando la habitación para coger de un gancho un pequeño odre de

cuero. Sus pasos crujieron sobre las esquirlas de barro que cubrían el suelo. Se giró para pasarle la bota al hombre que estaba escabullándose por el perímetro de la habitación. El fuego del hogar se encendió espontáneamente.

—Por la mañana lávate las heridas con este agua y todo saldrá bien.

—Gracias, Minerva —dijo Rufus antes de dar un salto mientras gritaba cuando un cacharro más grande que estaba justo detrás de su cabeza quedó hecho trizas en su sitio.

—Buenos días, mi señora —le dijo a Haith con la voz ligeramente rota. Inclino la cabeza y se escabulló por la puerta abierta, que se cerró de golpe, al parecer sola, en cuanto él se hubo marchado. Faltó muy poco para que le diera en toda la espalda.

Minerva se giró bruscamente hacia Haith con los ojos brillándole de alegría. Hizo un gesto con el brazo para señalar el desastre que había por la habitación.

—¿Cuándo supiste que eras capaz de hacer esto?

Pero Haith no estaba interesada en hablar de cacharros rotos, aunque ella hubiera sido la causa de que se hubieran destrozado.

—Quiero que me lances las piedras, Minerva —dijo—. Ahora.

—Oh, no, no quieres —canturreó la anciana con su voz gorjeante—. He intentado que aprendieras lo que te corresponde por derecho de nacimiento desde que no eras más que un bebé llorón en brazos de tu madre. Y ahora aquí estás —sonrió con un orgullo que iluminó su rostro surcado de arrugas—, estrellando mis cacharros contra el suelo en plena forma.

—Lanza las piedras —la expresión de Haith no tenía asomo de buen humor—. Si insistes, hablaremos más tarde de mi *derecho de nacimiento*, como tú lo llamas.

—Sí, por supuesto que insistiré —se mofó Minerva dando saltitos para coger una bolsa de piel del estante superior. Luego regresó a la mesa y Haith la siguió, apartando con un golpe del brazo los restos de la cura de Minerva. Los ingredientes cayeron al suelo y se unieron a los pedazos rotos.

Minerva se detuvo y alzó una de sus ralas cejas ante la impaciencia de Haith antes de retirar su silla y volver a tomar asiento.

—Ahora cuéntame —comenzó a decir Minerva cuando Haith se hubo sentado frente a ella—. ¿Qué te tiene tan inquieta como para pedirme que lance las piedras?

Haith se cruzó de brazos.

—Quiero saber con quién me voy a casar.

Minerva parpadeó dos veces. Su rostro se convirtió en una máscara de asombro.

—¿Cómo?

—¡Con quién voy a casarme! —gritó Haith dando una fuerte palmada sobre la mesa—. ¡Mi esposo, Minerva! Quiero saber su nombre.

—Es lord Tristan, hada —aseguró la anciana volviendo a tirar de las cuerdas que había aflojado—. Creí que lo habías entendido.

—No —Haith sacudió la cabeza y colocó una mano en el brazo de Minerva para impedirle que cerrara la bolsa—. Lanza las piedras.

Minerva se quedó sentada un instante con los ojos entornados. A Haith no le flaqueó la mirada ni una sola vez. Finalmente, la anciana suspiró.

—¡Muy bien! Nunca has creído absolutamente nada de lo que te he dicho respecto a ningún asunto —aspiró con fuerza el aire una vez más y lo dejó escapar lentamente soplando a través de la bolsa de piel.

*Tras la lluvia que cae sobre la tierra,
el viento levanta el fuego.
Bruja de todos los tiempos,
Responde al deseo de Haith.
Corra dará respuesta a las plegarias*

*A través de estas piedras que voy a lanzar,
revelando la verdad
sobre la pregunta que se formulará.*

Minerva colocó la bolsa en las expectantes manos de Haith.

—¿Recuerdas cómo se hace, muchacha? —preguntó mientras Haith tomaba posesión de la bolsa.

La joven asintió una vez, se le iba nublando cada vez más la visión. Se concentró en el peso de la bolsa que descansaba sobre su mano y trató de respirar tranquila y pausadamente.

—Quiero saber —dijo en un murmullo de voz—, la identidad de mi compañero en esta vida. Dime la verdad; dímela ahora.

Haith le devolvió la bolsa a Minerva, que aflojó los cordones y dejó caer tres piedras. Las colocó cuidadosamente en línea sobre el tablero de la mesa. Minerva apartó la bolsa a un lado y, lanzando una mirada de reproche en dirección a Haith, observó con intensidad los pequeños símbolos.

—Un hombre joven, de cabello claro —dijo entrecerrando los ojos y acercándose más a la mesa. Le dio un golpecito a la primera piedra con el dedo índice.

Haith frunció el ceño mientras Minerva proseguía.

—Es poderoso y al mismo tiempo compasivo —Minerva alzó la vista hacia Haith—. Es una buena mezcla. Un líder para el pueblo.

—Sigue.

Minerva suspiró.

—No, no seguiré porque no hay necesidad —observó a Haith con suspicacia—. ¿Por qué este ardiente deseo de cuestionar a tu pareja?

—Tristan no es mi pareja. No puede serlo —Haith apoyó la cabeza en los antebrazos mientras Minerva volvía a guardar las piedras en la bolsa con unas palabras de agradecimiento a la diosa Corra.

—¿Tengo que darte un garrotazo en esa cabeza dura? —Minerva se puso de pie y colocó la bolsa entre dos cacharros intactos—. Las mujeres Buchanan siempre han poseído dos talentos. Uno de ellos es... bueno —lanzó una mirada irónica a los fragmentos esparcidos por el suelo de la cabaña—, este tipo de tonterías. Y el otro...

Minerva se quedó mirando a Haith y le puso delicadamente una mano en la cabeza.

—Es la habilidad de reconocer a su alma gemela —acarició la larga trenza de Haith—. Y tú tienes los dos, hada. No es para quejarse.

—Ha estado a punto de pegarme —la voz de Haith quedaba acallada por sus brazos.

Minerva paró su caricia en seco.

—¿Y por qué haría una cosa así?

—Discutimos. Y él dijo... —a Haith se le entrecortó la respiración—. ¡Oh, Minerva, ha sido horrible!

—Deja que te vea —exigió Minerva—. Levanta la cabeza —la anciana agarró la barbilla de Haith, girándola hacia un lado y hacia otro—. Lo único que veo es lo que te hizo esa víbora de Nigel —dijo finalmente soltándola—. ¿Por qué habéis discutido?

—Por padre y madre. Por los habitantes de Greanly —Haith suspiró y sacudió la cabeza—. Por todo.

Minerva alzó las cejas.

—Me cuesta trabajo creer que el señor se sintiera inclinado a pegarte por una discusión sobre los aldeanos o sobre tus padres. ¿Qué dijisteis exactamente?

—¡Estaba siendo cruel! —gritó Haith poniéndose de pie. Estuvo a punto de tirar la silla en el proceso—. ¡Va a *forzar* a los aldeanos a regresar a Greanly!

—Es su señor, hada —dijo Minerva agachándose para recoger la cuchara errante—. Tiene todo el derecho a esperar que le sirvan. Arregla eso —dijo señalando los trozos de barro roto que tenía Haith a sus pies.

Haith recogió cuidadosamente los trozos con las manos y los colocó sobre la mesa.

—¡Pero ese no es el camino adecuado para ganarse su confianza y su respeto!

—Tal vez no sea un mal camino, sólo uno diferente al que tú tomarías si fueras el señor —sugirió Minerva limpiando la cuchara en su delantal y volviendo a colocarla en la olla—. Y por cierto, no lo eres —Minerva miró la pila de trozos que había sobre la mesa—. He dicho que lo arregles, no que lo recojas.

—Papá era un buen señor —aseguró Haith con cierto tono de petulancia—. Los aldeanos lo querían, y *él* nunca actuó como un tirano —cubrió los trozos con las manos, formó un arco con ellas y cuando las retiró, el cacharro antes destrozado estaba como nuevo.

—¡Muy bien, hada! —exclamó Minerva orgullosa. Luego señaló la habitación con un gesto de la mano—. Ahora el resto.

Haith se movió por la cabaña reparando el daño que había causado mientras Minerva continuaba con su razonamiento.

—Para ser justos —dijo la anciana—, James nunca tuvo que enfrentarse a Nigel ni tuvo que levantar un nuevo castillo. Tu padre vivió en Seacrest desde que era un bebé. Los aldeanos lo conocían bien, conocían su forma de ser y lo que se esperaba de ellos. En realidad, está bien que lord Tristan actúe con mano firme.

—No estoy de acuerdo —dijo Haith colocando en su sitio con un golpe el último de los cacharros arreglados.

—No es cosa tuya estar de acuerdo o dejar de estarlo. Serás mucho más feliz si te guardas tus opiniones para ti misma —Minerva reunió los ingredientes para hacer el pan en un gran cuenco de madera—. ¿Es esa la razón por la que se ha enfadado contigo ahora? ¿Por qué no estabas de acuerdo con él?

—No —respondió Haith a regañadientes acercándose al hogar para alimentar el fuego.

—¿Entonces? Vamos, suéltalo.

—Yo... tal vez le haya dado a entender que sus padres lo abandonaron porque no le querían —Haith se avergonzó de sus horribles palabras.

Las manos de Minerva se quedaron paralizadas en lo que estaba haciendo, hundidas hasta las muñecas en la masa pringosa y marrón. Giró lentamente la cabeza.

—No has hecho algo así.

—No fueron mis palabras exactas —comenzó a explicarse Haith—, pero él...

—Y va ella y se pregunta por qué Tristan se ha enfadado un poco —la interrumpió Minerva alzando los ojos hacia el techo—. ¡Mis dioses! ¡Semejantes palabras saliendo de la boca de una muchacha tan dulce! ¿Y dices que estaba *enfadado*?—Minerva volvió a centrarse en la masa, cortando una vez más a Haith cuando ella quería interrumpirla—. Dulce Corra, no puedo creerlo. Si le hubieras dicho esas palabras a cualquier otro hombre, dudo mucho de que siguieras conservando los dientes a estas alturas.

—Minerva —gritó Haith—, ¿te estás poniendo de su lado?

Minerva suspiró profundamente.

—Escúchame bien, hada. No estoy tomando partido. Los dos estabais equivocados, y parece que de vuestros labios salieron palabras hirientes. Sin embargo...

—Pero...

—*Sin embargo* —la mirada que le lanzó Minerva impedía cualquier nueva interrupción—, cualquier cosa que lord Tristan haya podido repetir ha salido sin duda de las mentirosas bocas de Nigel o de Ellora. No se le puede culpar por ser el receptor de esas falsedades. Por otro lado, tú fuiste deliberadamente hiriente con tus palabras.

—Minerva frunció el ceño con intensidad, y amasó el cuenco furiosamente hasta que la mesa bailó salvajemente sobre sus cuatro patas.

—El pobre hombre no ha tenido caricias ni palabras cariñosas desde que era un niño, siempre ha estado luchando en un sentido u otro, esforzándose por abrirse camino. Ahora se enfrenta a un pueblo lleno de aldeanos estúpidos, comprometido con alguien al que no quiere, y la mujer con la que desea estar le dice que no es digno de amor y que es incapaz de cumplir con sus deberes —Minerva aspiró el aire por la nariz—. Deberías estar avergonzada.

Lo cierto era que la vergüenza pesaba con fuerza sobre Haith al escuchar la mordaz diatriba de Minerva.

—No debería haber dicho esas cosas sobre sus padres —reconoció la joven—. ¡Es que estaba tan enfadada!

—Sí, conozco bien tu temperamento —la furia de la propia Minerva estaba empezando a remitir, y la mesa volvía a descansar sobre sus cuatro patas—. Pero necesitas tomarte tu tiempo para ver las cosas desde el lado de lord Tristan antes de volver a arremeter contra él.

Haith cogió la mitad de la masa dividida y comenzó a amasarla.

—He visto de primera mano gracias a Ellora cómo es la vida al lado de un hombre que se rige por los puños. Yo no viviré así.

—Por supuesto que no —aseguró Minerva—. Seguro que lord Tristan se está tirando de los pelos por lo que ha hecho, y apuesto a que se cortaría el brazo antes que golpearte con él —Minerva se rió entre dientes con picardía—, por mucho que tu lengua esté pidiendo un correctivo.

—Esto no tiene gracia —Haith sacudió la cabeza—. Si se le ha pasado por la cabeza una vez, ¿quién dice que no volverá a sucederle? Y puede que lo lleve a cabo. No —aseguró con voz firme—. No puedo arriesgarme de esa manera, da igual lo que sueñe o lo que digan las piedras.

—Ya veremos —dijo Minerva sin ninguna gravedad—. Puede que cambies de opinión.

Haith guardó silencio, aunque por dentro su mente estaba desarrollando rápidamente un plan. Tristan no tendría la oportunidad de hacerle cambiar de opinión si ella no permanecía en Greanly.

Haith dobló la masa sobre sí misma y le dio un golpe despiadado mientras pensaba en las amenazas de Donald y en Nigel esperando en Seacrest. A Haith le estalló la cabeza mientras le daba vueltas a las posibilidades, tratando de acallar la alegre voz de Minerva que estaba entonando otra de sus canciones subidas de tono.

“¿Por qué tiene que cantar siempre mientras trabaja?”, se preguntó Haith para sus adentros. “¡Y tan alto! Apenas puedo pensar con tanto jaleo.”

Minerva colocó un paño sobre los fragantes montículos de masa e hizo un círculo con el cuenco antes de colocarlo cerca del fuego para que subiera.

—Tenía los brazos fuertes, y los ojos azules —disfrutando plenamente, Minerva movió los pies dando un alegre brinco—. Mi imante escocés a quien yo amaba tanto.

“Dios Todopoderoso”, pensó Haith, a quien la alegre cancioncilla le estaba poniendo todavía de peor humor. “Si tengo que soportar una canción escocesa de amor más hoy, soy capaz de...”

Y fue entonces cuando se le ocurrió la respuesta.

Capítulo 16

Nigel se dejó caer sobre la cama con un agotado suspiro de satisfacción, pero no estaba tan agotado como para perder la oportunidad de darle un rápido azote a las nalgas desnudas de la joven doncella que se levantó a toda prisa de su cama.

La joven le lanzó una sucia mirada por encima del hombro mientras recogía su ropa del suelo y se vestía todo lo deprisa que le permitían sus torpes piernas. Desde la partida de lady Ellora, la lujuria de Nigel se había desatado sobre las doncellas que trabajaban en el castillo. Los encuentros clandestinos que había instigado a escondidas cuando su dama estaba allí, eran ahora raptos descarados que podían tener lugar en cualquier momento. Ninguna mujer estaba a salvo entre los muros del castillo.

—Delicioso, muchacha —la alabó Nigel—. Vuelve a visitarme de nuevo esta noche. Tráete una amiga.

La joven se limitó a mirar a aquel hombre desnudo, provocando una risita en Nigel.

—Oh, vamos se buena —sonrió y alzó las cejas en gesto sugerente—. Si tengo que echarle, va a ser todavía más divertido para mí —echó uno de sus enjutos brazos por uno de los laterales de la cama para coger la jarra de vino que había dejado allí y la alzó en dirección a la joven en burlón brindis—. Me encanta la caza.

La puerta de Nigel se cerró de un portazo cuando salió la joven, y él sonrió más ampliamente con la jarra en la boca. Dio varios sorbos grandes y luego se pasó el dorso de la mano por la boca.

“Sin embargo, ha sido demasiado fácil”, pensó acercándose con la jarra en la mano al orinal que había en la esquina para aliviarse. Las jóvenes sirvientas eran una agradable distracción y un bálsamo temporal para sus necesidades físicas, pero la que de verdad deseaba se le escapaba.

Haith.

Tras haber respondido a la llamada de la naturaleza, Nigel cruzó la habitación para vestirse. Dejó la jarra en una mesita y comenzó a revolver con cuidado la ropa que había dejado a un lado antes de su último retoce.

Una sucesión de imágenes cruzó por su mente mientras se ponía las calzas: Haith riéndose con de Soleilbert; Haith apartándose la larga y roja trenza del hombro; sus ojos del tono de un perfecto cielo de otoño brillando y echando chispas por la furia; Haith tumbada debajo de él y gritando.

Ah, sí, aquella era la visión más preciada de todas para él.

Nigel se preguntó si Haith sería ahora consciente de lo que había conseguido con su estupidez. Ese bastardo de D'Argent había huido hacía dos días seguido de su lastimosa procesión formada por los hombres más ingenuos de Greanly. Sin duda a aquellas alturas Haith va había visto a Donald y se había dado cuenta del tremendo error que había cometido. Y ahora que Soleilbert estaba en Greanly, seguramente la patética conciencia de Haith debía estar acabando con ella.

“Después de todo”, pensó Nigel, “sus opciones son traicionar a su hermana o acostarse con un atractivo señor y recuperar su posición en el castillo de Seacrest”.

Nigel se rió para sus adentros. A pesar de querer llamar la atención de Tristan, Haith aprendería pronto, igual que D'Argent, que un decreto real era como la palabra de Dios. Guillermo no cedería. Nigel estaba convencido de ello, sobre todo después de que aquella mañana hubieran partido mensajeros de Seacrest rumbo a Londres.

Donald había insinuado que había problemas con sus planes, y sus noticias habían servido también para advertirle de la intención de D'Argent de mandarle una solicitud formal a Guillermo. Nigel sabía que aquella información tenía que venir de Haith.

“Tal vez ahora esté cooperando”, se dijo Nigel, “pero apuesto a que intentará escaparse de mis garras en cuanto surja una oportunidad”.

Aunque la muchacha consiguiera ganarse el favor de D'Argent, eso no tendría ninguna importancia cuando Nigel viera muerto al nuevo señor y Greanly volviera a estar bajo su protección, esta vez para siempre. Pronto poseería aquel vasto dominio y también a esa mujer.

Pero Nigel no había contado con tener que esperar a la muerte de D'Argent para que Haith regresara. Lo cierto era que su decisión de partir hacia Greanly le había sorprendido, pero Nigel dudaba mucho de que esa pequeña estúpida estuviera dotada para el espionaje. No, esperaba en cualquier momento la llegada de un mensajero con la noticia de que Haith deseaba regresar a Seacrest y a los expectantes brazos de Nigel. Tal vez apareciera incluso la propia Haith en lugar del mensajero.

“Y dado que soy un hombre compasivo e indulgente”, ironizó Nigel mientras se ponía la camisa interior por la cabeza, “no le guardaré rencor por la pequeña demostración de rebeldía que desató la noche que se fue. No, no habrá ningún rencor cuando vuelva a mi arrepentida y suplicando piedad”.

El sonido de alerta emitido por el cuerno se filtró por la habitación del dormitorio de Nigel, que elevó las cejas hacia el cielo. Tal vez en aquel mismo instante Haith estuviera atravesando sus puertas.

Nigel terminó rápidamente de vestirse y, olvidándose de la jarra de vino que había dejado sobre la mesa, salió de su habitación canturreando una alegre melodía entre dientes.



Donald miró alrededor del gigantesco árbol que le servía de escondite. El último de los soldados de Greanly había desaparecido tras los muros de Seacrest, y supo que había llegado el momento de ponerse en marcha.

Salió disparado como una flecha de su refugio a pesar del cansancio, rodeando el muro con su voluminosa forma y deslizándose entre las sombras del pueblo.

Le dolía la herida.

Se apretó el brazo derecho contra el pecho, la respiración agitada provocaba que el dolor palpitante se multiplicara por cinco mientras se escabullía por los oscuros callejones del pueblo. El hedor de la herida había dejado de afectarle, aunque la gente que pasaba por el mismo sitio que él comentaba que olía a carne de pollo podrida.

Donald planeó su ruta mientras caminaba, evitando cuidadosamente a los habitantes de Seacrest y a los soldados de Greanly, y se abrió camino a través del laberinto de cabañas hasta llegar a la parte de atrás del castillo, cerca de las cocinas. Donald se apoyó contra el muro mientras sus ojos escudriñaban los alrededores en busca de miradas curiosas antes de desaparecer en el interior.

Llegaron a sus oídos unos gritos furiosos, y reconoció la voz de Nigel. Donald tuvo el tiempo justo de agacharse detrás de unos toneles de vino antes de que unos sirvientes nerviosos se dirigieran a toda prisa hacia el salón desde las cocinas. Escuchó de cerca los bramidos distorsionados por el eco para dilucidar dónde estaba Nigel.

Le resultó imposible, y estiró el cuello por encima de los toneles para tratar de oír mejor.

Un leve cosquilleo en la nuca le sobresaltó de tal modo que dio un respingo y se dio la vuelta bruscamente, golpeándose la cabeza contra un estante y dándose un porrazo contra la pared en la ya de por sí dolorida herida del brazo. Contuvo el grito lo mejor que pudo con el brazo bueno y volvió a girarse con los ojos enfebrecidos y brillantes para encontrarse con su agresor.

Allí, en un gancho situado encima de él, colgaban un chal y un delantal que habría dejado alguna doncella que ya se había ido a su cabaña. Los oscilantes bajos de las prendas habían sido la causa de que hubieran estado a punto de descubrirle. Donald tiró de ellas para arrancarlas del gancho y las arrojó al suelo, pisoteándolas con furia contra el sucio suelo del corredor.

Entonces se le ocurrió una idea.

Recogió las prendas y las sacudió. Después se colocó el largo delantal por encima y se cubrió la cabeza con el chal.



—¿Que has venido a *qué*? —graznó Nigel, que sonó como el gallo enloquecido que parecía.

Barrett permaneció impasible ante aquel histérico de ojos saltones y lo observó con benevolencia mientras el encabritado señor chillaba.

—¡No te llevarás nada ni a nadie de este castillo! D'Argent tuvo la oportunidad de llevarse lo que era suyo hace dos días —Nigel recorrió arriba y abajo el salón, agitando los brazos en su cólera—. Si no es capaz de asegurar sus dominios, no es asunto mío. Y *tú* no eres bienvenido aquí. ¡Coge a tus soldados y márchate!

—No vas a convencerme con tus aspavientos de mujer —aseguró Barrett. Sacó las directrices de Tristan del interior del chaleco y las arrojó sobre la mesa más cercana—. Pero no tienes de qué preocuparte, después de hoy ya no regresaremos aquí... aquellos que no partan esta noche tendrán prohibida la entrada a Greanly para siempre.

—Si tuvieras el cerebro tan grande como la boca —gruñó Nigel acercándose peligrosamente a Barrett—, entenderías mis palabras. ¡*Nadie va a salir de Seacrest!* —Nigel cortó el aire con uno de sus brazos cubiertos de terciopelo para dejar clara su opinión—. ¡Nadie!

Nadie prestó atención a la vieja que recorría a trompicones el perímetro del salón, aunque algunos soldados alzaron las cejas y arrugaron la nariz.

A Barrett también le llegó un tufillo de la pestilencia y aspiró el aire por la nariz, dirigiendo una mirada de asco hacia la vieja. Lamentó la falta de higiene de la anciana mientras ella desaparecía escaleras arriba y volvió a centrar su atención en Nigel.

—Tus quejas no me interesan —dijo un paso más para acercarse a él—. Me limito a cumplir las órdenes que me han dado, y a ti más te valdría no rechazar una orden que viene del propio Guillermo.

—No te atrevas a decirme lo que me interesa o me deja de interesar, ignorante y obeso mozo de cuerdas —dijo Nigel con una mueca de desprecio—. Aquí mi palabra es la ley.

La expresión de Barrett no cambió.

—Esta noche estás interfiriendo en los asuntos de mi señor, Nigel —Los dientes de Barrett relucieron durante un instante, como si se estuviera solazando en sus pensamientos—. Y yo mismo te reduciré.

Al escuchar aquellas palabras, Nigel dio un paso atrás con ojos recelosos, como si acabara de darse cuenta de que estaba rodeado de soldados.

—Pase lo que pase, no se marcharán —aseguró refiriéndose a los aldeanos—. Es ganado vago y estúpido. ¡Pero adelante, ve! —Nigel se rió estrepitosamente, y abrió los brazos de par en par—. Trata de convencerlos si puedes. A mí me da igual.

Nadie hizo caso de la vacía amenaza, y, acercándose al umbral de la puerta, Nigel se dio cuenta de que mientras él discutía con Barrett, gran parte de los soldados de Greanly habían

estado ocupados. Al menos una veintena o más de aldeanos se habían reunido en la plaza, y una fila de hombres cargaba rápidamente sus posesiones en varios carromatos.

—¡Buena gente! —exclamó Nigel en dirección a los aldeanos desde la seguridad del umbral—. ¡No tenéis por qué iros! Si teméis al martillo de Guillermo, quedaos... él no puede haceros daño mientras estéis bajo mi protección.



Varias mujeres miraron primero a Nigel y luego a los soldados. Estos últimos estaban reuniendo a sus hijos, que lloraban y buscaban a sus madres, en otro carromato. Parecía como si las mujeres esperaran que su señor interviniera, y al ver que no lo hacía, se unieron a sus hijos.

Incluso la sirvienta que había dejado hacía tan poco rato la cama de Nigel se subió también al carromato. Le lanzó una mirada de suficiencia mientras se recolocaba las faldas.

—Lo mataré —murmuró Nigel cerrando de un portazo.

Fue soltando maldiciones groseras contra el señor de Greanly mientras recorría el castillo pisando fuerte en busca de alguien, preferiblemente una mujer, con quien dar rienda suelta a su rabia. Las habitaciones de abajo estaban vacías, la mayoría de los sirvientes habían huido a las primeras señales del inminente conflicto. Los que eran de Greanly estaban o bien escondidos o preparándose para el viaje, y los nativos de Seacrest se encontraban demasiado embelesados por la excitación de todo lo que estaba ocurriendo en el castillo como para preocuparse del bienestar de su señor.

Nigel le dio una patada a un barril soltando un gran grito cuando volvió a pasar por el salón, y le dio la vuelta a una mesita sobre la que había un juego de damas. Las piezas cayeron a sus pies con estrépito, y Nigel las pateó, apartándolas de su camino sin dejar de maldecir.

Subió a las habitaciones de arriba en busca de una presa. Arrancó un tapiz que colgaba de un muro por encima de las escaleras y lo arrojó al salón que quedaba abajo. Una mesita que sujetaba un bonito cuenco de madera lleno de flores primaverales fue la siguiente víctima de Nigel, que lo tiró al suelo cuando subía hacia el corredor de arriba. Vio una luz parpadeante derramándose por el suelo que salía nada menos que de sus propios aposentos y se detuvo con el rostro púrpura y la respiración agitada.

“Así que todavía queda alguien en el castillo”, caviló echando humo. “Pues mira qué bien”.

Nigel abrió la puerta de su cuarto de golpe mientras gritaba:

—¡No me importa quién seas, pero más te vale que te vayas quitando la ropa!

Fue recibido con la visión de una vieja baja y gorda que estaba al lado de la ventana de su habitación con la jarra de vino que se había olvidado antes alzada hacia el cielo. Nigel se detuvo en seco.

“Por el amor de Dios, no puedo”.

Nigel miró a aquel ser de cuerpo de pera con una torva mirada de miedo. Se estremeció, aspiró con fuerza el aire, estiró los hombros y comenzó a desatarse el cinto.

—¿No me has oído, bruja? —Nigel se acercó más y alzó la voz, pensando que tal vez la anciana fuera dura de oído—. Hoy es tu día de suerte... ¡Dios Todopoderoso!

El señor de Seacrest reculó cubriéndose la nariz y la boca con la mano... el hedor iba más allá de lo imaginable.

Y entonces la bruja se giró para mirarlo.

—Buenas noches, mi señor —se mofó Donald—. Gracias por tan encantadora bienvenida.

—¿Qué estás haciendo en mi habitación? —Nigel reculó todavía más. Sentía arcadas no sólo por la pestilencia, sino también por haber mirado el cuerpo del herrero con lujuria. La bilis se le subió a la garganta.

—La buena de lady Ellora me liberó —Donald dio un sorbo a la jarra y luego eructó—. ¿No fue eso lo que le dijisteis que hiciera?

—Sí, por supuesto —Nigel estaba empezando a recuperar lentamente la compostura mientras mantenía una considerable distancia con el apuesto hombre. Tenía los ojos llorosos y le moqueaba la nariz—. Pero tenías que quedarte en Greanly para recibir noticias de lady Haith.

—¿Con ese bastardo de D'Argent persiguiéndome? No. ¿Cómo iba a defenderme con esto? —sacó el muñón en que se había convertido su brazo de debajo del chal y lo extendió para que Nigel lo viera.

A Nigel le dio un doloroso vuelco el estómago cuando el aire se enardeció todavía más con los pringosos trapos negros y marrones que cubrían el brazo de Donald.

—¿Qué te ha pasado? —consiguió preguntar.

—Oh, vamos —se mofó Donald—, no seáis aprensivo, mi señor —se rió con aspereza, pero su respiración se transformó al instante en una tos atroz.

—Te envié allí para que mataras a lord Tristan —Nigel mantuvo la mirada firme—. Pero a juzgar por lo que está ocurriendo ahora mismo en mi patio, tengo que dar por hecho que fracasaste.

—*Tengo que dar por hecho* —le imitó Donald avanzando hacia él—. ¡Me han cortado la jodida mano! ¿Qué queríais que hiciera? ¿Qué le diera de garrotazos con ella hasta matarlo? ¡Ese hombre tiene el tamaño de un caballo!

Nigel alzó una mano para impedir su avance.

—Cálmate, Donald.

—¡Era mi mano buena!

—Lo arreglaremos.

—¡Tendré que llevar un garfio! —exclamó Donald.

—He dicho que lo arreglaremos.

—¡Eso será difícil teniendo en cuenta cómo tengo ya la mano!

Nigel cerró un instante los ojos.

—Quiero decir —dijo con forzada paciencia—, que le haremos pagar a D'Argent por tu pérdida.

—Oh —Donald parpadeó y arrugó la frente. Luego su rostro se oscureció ante la perspectiva—. ¿Y cómo es eso?

—Primero debes decirme... ¿qué hay de Haith?

Donald asintió con orgullo.

—Sí, fue ella quien me dio la información de que D'Argent iba a enviarle mensajeros al rey. Como no podía quedarme en Greanly mientras él ponía patas arriba el pueblo buscándome, le dije a Haith que vos enviaríais un mensajero dentro de siete días para recabar más noticias.

—Bien, bien.

—Pero si va a hacerme caso o no, eso ya es otra cosa.

Nigel alzó las cejas.

—¿Qué quieres decir?

—Bien, mi señor —Donald abombó el pecho para darse importancia—. Antes de escapar me llegaron rumores de que a D'Argent le gusta la muchacha. Parece que los pillaron en un momento... *bastante íntimo*. Tiene pensado llevársela a vivir al castillo.

A Nigel le ardió la sangre al pensar en que D'Argent pudiera conseguir a Haith junto con Greanly, y durante unos instantes maldijo furiosamente. Cuando hubo terminado con su berrinche, aspiró con fuerza el aire y se acarició la cuidada barba mientras pensaba.

—No enviaré a ningún mensajero a encontrarse con ella.

—¿Mi señor?

—Tienes que encontrar la manera de volver a entrar en Greanly.

—¡Oh, no! —ahora le tocó a Donald el turno de recular—. No pienso regresar allí. ¡Esa bestia quiere mi sangre, y si me encuentra, me matará sin dudarlo!

—Entonces, que no te encuentre.

—¡Ni siquiera puedo defenderme! —Donald continuó despotricando y volvió a agitar su brazo tullido una vez más—. ¿Cómo se supone que voy a matarle en estas condiciones?

Nigel negó con la cabeza.

—No es a lord Tristan a quien buscamos.

Donald entornó los ojos e inclinó la cabeza.

—Entonces, ¿a quién?

—A lady Haith.

—Continuad —le pidió Donald, a quien se le había despertado la curiosidad.

—Si podemos secuestrar a la muchacha y traerla de regreso a Seacrest, D'Argent vendrá detrás.

—¿Sí? —Donald no parecía muy convencido.

—Sí. Ese hombre ha desarrollado un excesivo sentido de la posesión. Vendrá a buscar a la muchacha aunque sólo sea para evitar que yo la haga mía. Y cuando venga, yo mismo lo mataré.

—Me gusta el plan —aseguró Donald. Tras haber estado en contacto en una ocasión con la ira del señor de Greanly, el herrero se resistía a estar siquiera en el mismo pueblo que él—. Pero, ¿cómo voy a traer a la muchacha hasta aquí? No querrá venir voluntariamente, estoy seguro —dijo Donald—. El brazo me duele tanto todavía que es posible que ella tenga más fuerza que yo.

—Bien visto —Nigel volvió a acariciarse la barbilla en gesto pensativo una vez más y se acercó a la esquina más lejana de su habitación—. Debemos atraerla hasta aquí.

—¿Y cómo vamos a hacerlo?

Nigel se detuvo e hizo un gesto para quitar importancia a las preocupaciones de aquel hombre repulsivo.

—Los detalles luego. Primero debemos ocuparnos de tu salud —dijo indicando la herida de Donald—. En estas condiciones, todo Greanly puede olerte desde aquí.

Donald aspiró el aire por la nariz.

—Yo no huelo nada.

—Confía en mí —Nigel le hizo un gesto para que pasara por la puerta delante de él. En el último momento sacó un pañuelo y se cubrió la nariz con él—. Vamos a ocuparnos de ti.

Donald pasó delante de Nigel y los dos hombres bajaron las escaleras.

—Donald —comenzó a decir Nigel. Sus palabras resultaron amortiguadas por el pañuelo que le cubría la cara—. ¿Qué le ocurrió exactamente a tu mano?

—¡Él me la cortó! —gritó el herrero desesperado dirigiéndose a toda prisa a las cocinas, remangándose las faldas de su improvisado atuendo. Sacudió la cabeza y murmuró:

—Brutal, ¿verdad?

Capítulo 17

—¡Sálvame, Tristan! —gritó Haith.

Tristan sabía que ella estaba cerca, así que corrió y buscó en los callejones de Seacrest con la respiración entrecortada. ¡Tenía que encontrarla!

—¡Tristan! —volvió a llamarlo ella—. ¡Estoy aquí!

Él dobló una esquina a toda velocidad y se chocó contra una mujer del pueblo que llevaba una voluminosa cesta. El recipiente hecho de esterilla cayó al suelo, esparciendo su insólita mercancía de brillantes joyas azules. Tristan agarró a la mujer por los hombros y ella lo miró a los ojos.

—Sálvame, Tristan —dijo la mujer—. Me estoy muriendo.

Era la voz de Haith.

Pero su rostro pertenecía a la madre de Tristan.

—¡No! —Tristan se incorporó de un salto en la cama. El corazón le latía con tanta fuerza que parecía que fuera a salirse del pecho—. ¡No! —volvió a gritar con aspereza.

—¿Os aflige una pesadilla, mi señor?

Tristan se levantó al instante de la cama y agarró la espada. Blandió la punta a escasos centímetros del rostro del intruso.

—¿Quién osa invadir mi habitación?

La vela que había en una mesa cercana cobró vida y reveló el rostro arrugado de Minerva.

—No temáis, lord Tristan —le tranquilizó—. Sólo soy yo.

—Anciana —gruñó él bajando la espada—, has estado a punto de perder la vida.

Tristan suspiró y se pasó la mano por el alborotado cabello antes de caer en la cuenta de que estaba completamente desnudo delante de ella. Agarró una manta de la cama y se la colocó rápidamente alrededor del cuerpo.

Minerva se rió entre dientes.

—No tomaré vuestro cuerpo al asalto en un ataque de lujuria, mi señor. Aunque es un cuerpo magnífico.

Tristan le lanzó una mirada furibunda y se sentó al borde de la cama. El corazón seguía latiéndole con fuerza.

—¿Qué es lo que quieres, Minerva?

—He venido a hablar de Haith.

A Tristan le dio un vuelco el estómago al instante y volvió a levantarse de la cama para agarrar a Minerva de los hombros.

—¿Qué ocurre? —inquirió con los pensamientos contaminados por su reciente pesadilla—. ¿Se encuentra enferma? ¿Dónde está?

—Cielos, os gusta agarrar con fuerza —dijo Minerva—. No, Haith duerme y se encuentra perfectamente. Lo juro.

—¿Estás segura?

—Sí. Acabo de dejarla hace un instante —se calló un instante al ver que Tristan no la soltaba—. Mi señor, se os caído la manta.

Tristan bajó la mirada, y, efectivamente, estaba otra vez desnudo. Ignorando la fina manta por la poca confianza que le inspiraba, optó por regresar a la cama, pensando que era más probable que su modestia permaneciera intacta allí.

—Si Haith está bien, entonces, ¿por qué vienes en mi busca a estas horas de la noche?

—¿Creíais que no me extrañaría de que volviera a la cabaña?

Tristan torció el gesto.

—Te has enterado de lo de nuestra pelea.

Minerva entornó los ojos.

—Sí. Y de lo larga que tenéis la mano.

Tristan miró la mueca de desagrado de Minerva suplicando piedad.

—La lengua de esa mujer es como un puñal.

Para sorpresa de Tristan, Minerva sonrió.

—Sí, su lengua tiene tendencia a soltarse sin que la acompañe el cerebro.

Tristan resopló ante la broma, pero no respondió con ningún comentario jocoso, sino que se dirigió a la anciana con gravedad.

—Ahora me odia, ¿verdad?

—Está haciendo todo lo posible —reconoció Minerva—. Y Haith puede llegar a ser muy obstinada.

—¿Qué puedo hacer para arreglar las cosas?

—No puedo responderos a eso, mi señor.

Tristan arrugó la frente.

—Entonces, ¿para qué has venido, sino es para aconsejarme?

—Para contaros una historia —replicó ella—. Una historia que puede ayudaros a abriros camino en la cabeza de nuestra hada, porque su corazón ya lo tenéis ganado.

Tristan dio un respingo.

—¿Crees que me aprecia?

—No seáis tonto, mi señor —Minerva se acercó más a él para hacerle una confesión—. Ella también ha tenido sus sueños, ¿lo sabíais? Desde que era una niña de ocho años.

—¿Tan pequeña? —Tristan parpadeó y observó muy serio a Minerva—. Quiero que me cuentes esa historia tuya.

—Muy bien —asintió la anciana. Se levantó de la silla y se acercó a la cama, provocando que Tristan la mirara con desconfianza. Minerva dio unas palmaditas delante de él—. Mover un poco ese cuerpo tan grande para que esta anciana pueda encontrar un poco de comodidad.

—Esto no es apropiado —murmuró Tristan, aunque se apartó un poco para dejarle sitio a Minerva.

Ella se sentó en un extremo de la cama.

—Vuestro honor está a salvo conmigo, mi señor. Y ahora, cesad ya vuestro cotorreo y escuchad.

Minerva clavó los ojos en los de Tristan, y mientras susurraba, la vela parpadeó, proyectando enloquecidas sombras en movimiento contra las paredes de piedra de la habitación.

Esta historia va

de principio a fin.

Te pido prestado el oído.

De principio a fin.

Y sana y salva

Te la devolveré al fin.

Él parpadeó de la vela cesó entonces y la llama se mantuvo firme.

—Eso ha sido precioso —dijo Tristan con los ojos brillantes.

—Gracias. Y ahora guardad silencio.

La voz de Minerva surgió grave y fluida cuando comenzó a envolver a Tristan con sus palabras como si fueran un capullo suave y cálido.

—Mucho tiempo atrás, antes de que Guillermo llegara a esta tierra, y mientras Eduardo era todavía el rey...

—Yo estaba entonces en París —intervino Tristan, que sentía los párpados cada vez más pesados.

—Qué bien. ¿Puedo continuar o no?

Tristan asintió.

—Adelante.

—Había una joven muchacha, hija del poderoso jefe Buchanan. Su padre, un hombre sabio, temía por la seguridad de su familia porque los clanes peleaban entre ellos. Su esposa ya había caído debido a la traición de un clan rival. Quería llevarse de allí a su única hija hasta que los disturbios cesaran.

El jefe conocía a un inglés, amigo de Eduardo y señor de un gran dominio. Envío a su hija y a su hermana con el señor inglés para que las acogiera. Intuía que en su país habría conflicto durante varias generaciones, y confiaba en que su hija se casara con algún alto señor de la corte de Eduardo.

La hermana del jefe y su hija lloraron y suplicaron para quedarse, pero él no quiso escucharlas. Así que Corinne y yo viajamos hacia Inglaterra para ponernos a merced de James de Seacrest y de su esposa...



Las ruedas del carromato repiqueteaban sobre la vieja calzada romana que llevaba a Seacrest, y Corinne Buchanan se apretó contra su tía cuando el desconocido castillo apareció ante sus ojos.

—No es demasiado tarde para que nos demos la vuelta, Minerva —suplicó—. Avisemos a los hombres y volvamos con papá. Él nos necesita.

Minerva le dio unas palmaditas a la nerviosa muchacha que temblaba a su lado.

—No, muchacha. El deseo de Buchanan es que nos quedemos aquí, y no podemos desobedecerle. —Minerva le sonrió a Corinne. Las leves arrugas que más tarde marcarían su rostro ahora sólo jugueteaban con el contorno de sus ojos—. No tengas miedo. Tu padre no nos habría enviado a un lugar en el que no fuéramos bienvenidas.

—Esta es una tierra extraña —murmuró Corinne mirando hacia las ondulantes colinas que iban a parar al mar, más allá de su punto de destino. A sus jóvenes ojos, aquel paisaje resultaba tristemente llano en comparación con las escarpadas tierras de su hogar en las Tierras Altas. Corinne se apartó el corpiño del vestido del pegajoso pecho y frunció el ceño.

—El aire está sobrecargado. Como en una ciénaga.

—Te acostumbrarás.

—No hay nada que pueda hacer que me quede aquí —aseguró Corinne apartándose del hombro su melena de rizados cobrizos y brillantes—. Tampoco encontraré ningún hombre para mí. Desde luego, no será ningún cursi petimetre inglés.

Minerva se rió.

—Tranquila, muchacha. No tienes forma de saber cómo son los jefes ingleses.

—He oído historias.

—Bien, pues más te vale guardártelas para ti misma mientras estemos en Seacrest.

Corinne puso los ojos en blanco y suspiró. Minerva siempre la regañaba como si siguiera siendo una niña, y no la mujer adulta de diecisiete años que era.

El carromato las condujo a través de los muros exteriores de Seacrest y se detuvo frente al salón. Las grandes puertas del castillo se abrieron, y una hermosa mujer rubia, que era apenas una niña ella también, se precipitó hacia el patio y corrió al carromato.

—Bienvenidas —la mujer sonrió sin apenas aliento por la emoción. Tenía una piel brillante en tono melocotón, a juego con sus grandes ojos marrones y el cabello de seda dorada—. Bienvenidas a Seacrest. Soy lady Ellora —su mirada se deslizó desde la mujer mayor a la joven, y sonrió todavía más—. ¿Tú eres Corinne?

Corinne asintió. Se sentía muy sucia comparada con la mujer de cara fresca que le estaba sonriendo. ¿Aquella joven era lady Ellora? ¡Sólo tendría un año o como mucho dos más que la propia Corinne!

—Sí —Corinne consiguió por fin hablar, y señaló a Minerva—. Esta es mi tía.

—¡Minerva! Sí, lo recuerdo por la carta. ¡Bienvenidas! —Ellora se echó a un lado para permitir que los peludos guardias escoceses ayudaran a sus invitadas a salir del carromato. Inmediatamente agarró a Corinne del brazo y la guió hacia el salón.

—¡Estoy tan contenta de que estés aquí! No puedo esperar a que nos conozcamos mejor —Ellora se detuvo y se sonrojó de forma encantadora—. Yo aquí parloteando cuando tú debes estar agotada...

—Me siento un poco cansada —admitió Corinne.

—¡Por supuesto! —Ellora guió a las mujeres hacia el oscuro y, gracias a Dios, fresco salón—. Os mostraré vuestras habitaciones y haré que os suban algo ligero de comer y un poco de agua. Cuando hayáis descansado os lo enseñaré todo.

A pesar de la actitud beligerante que Corinne estaba dispuesta a mantener, sonrió a aquella mujer tan amable y abierta que era su anfitriona.

—Eso me gustaría mucho.

—¡Mamá! —una niña pequeña se acercó tambaleándose a las mujeres con sus rizos dorados rebotando y su aya corriendo detrás de ella.

Ellora cogió en brazos a la niña de tres años y le dirigió una mirada comprensiva a la apurada cuidadora.

—Soleilbert, dile hola a lady Corinne y a lady Minerva.

—La —Soleilbert alzó sus gordezuelos bracitos y se lanzó hacia Corinne gritando—. ¡Yo!

—Oh, cielos —Corinne se rió mientras sujetaba a la pequeña—. ¡Qué bonita eres!

—Lo siento —aseguró Ellora con una mirada indulgente—. “Yo” es su manera de advertirte de que va a cambiar de brazos. Le caes bien.

—Eso está muy bien —Corinne le hizo cosquillas a la niña en la barriga—. Tú también me caes bien, preciosa muchachita.

El aya dio un paso adelante.

—¿Me la llevo, mi señora?

—Oh, no —se apresuró a contestar Corinne—. No molesta en absoluto.

—¿Seguro que no le importa?

—Seguro —Corinne sonrió y pasó una mano con gesto maravillado por los mullidos rizos—. Quieres venir con la tía Corinne, ¿verdad, preciosa?

—Sí —aseguró Soleilbert imitándola.

Las mujeres se rieron ante las travesuras de la niña y Ellora abrió camino escaleras arriba. Ni Corinne ni ella percibieron la expresión de profundo dolor que había cruzado por el rostro de Minerva.

En el borroso confinamiento de la mente de Tristan, transcurrió una semana en un abrir y cerrar de ojos. Fue testigo de cómo la amistad de Corinne y Ellora se iba haciendo más fuerte cada día. Las visiones resultaban casi mareantes por su velocidad, y sólo ralentizaron el ritmo el día que lord James regresó y Minerva intentó por todos los medios que Corinne saliera del castillo.

Pero Ellora insistió mucho.

—¡Oh, Minerva, tiene que venir a recibirle! —recalcó la dama—. Ha estado fuera mucho tiempo, y sé que querrá conocer cuanto antes a la hija de Buchanan.

Minerva apretó los labios hasta convertirlos en una línea fina.

—Sí, lleva semanas fuera... razón de más para que lo recibas en privado.

—Eso es cierto, Ellie —reconoció Corinne a regañadientes—. No me gustaría entrometerme.

—Ya tendremos nuestro momento para estar a solas cuando caiga la noche —Ellora sonrió maliciosamente y las dos jóvenes se abrazaron muertas de risa.

Ellora se secó las lágrimas provocadas por la risa.

—Estarás presente a su llegada; esa es mi voluntad como señora del castillo.

Corinne compuso una mueca ante el intento de autoridad por parte de Ellora, pero antes de que volvieran a reírse como locas, Corinne se puso tensa.

El sonido de alerta que indicaba que se acercaban unos jinetes resonó por todo el pueblo.

—¡Ha llegado! —gritó Ellora saltando de la silla para precipitarse hacia el salón.

Un escalofrío visible se apoderó de Corinne, y le dio un vuelco al corazón. Se sacudió aquella extraña sensación y se puso de pie, intentando sonreírle a Minerva.

—¿Vienes o no? —le preguntó a su tía, que estaba sentada al lado del fuego toqueteando las suaves piedras de la adivinación. Tenía una expresión incomprensiblemente triste.

—Enseguida, muchacha —dijo Minerva con palabras teñidas de resignación.

Corinne la miró con expresión desconcertada.

—Muy bien —y ella también salió del salón.

Una única lágrima resbaló del ojo de Minerva cuando vio partir a su joven sobrina. A través del portón, divisó un cielo azul brillante y unas nubes gordas e hinchadas. La luz perfecta y pura de un perfecto día de verano.

Sin embargo, Minerva no se sorprendió en absoluto cuando un estallido de luz desgarró el plácido aire con un chisporroteo, y el trueno hizo retumbar las vigas del viejo castillo.

—Ay, mi niña preciosa —murmuró—. Cuánto te voy a llorar.



La vela del cuarto de Tristan chisporroteó, y él se sobresaltó. Las palabras de Minerva lo habían encandilado de tal manera que estaba seguro de que había sentido el aire que levantó Corinne cuando atravesó el salón de Seacrest, que había saboreado las lágrimas agri dulces de Minerva y que había aspirado el aroma del cabello de Ellora cuando abrazaba a Corinne.

—¿Qué ocurrió? —preguntó con voz grave y tensa.

—Lo peor, me temo —Minerva sacudió despacio la cabeza—. James era el alma gemela de mi Corinne, aquel con quien había soñado durante un año entero, y ella era también el alma gemela de James.

Lucharon durante muchas semanas contra su amor. Corinne estaba decidida a seguir siendo leal a Ellora. Tanto fue así que cayó gravemente enferma por el esfuerzo. Muchos meses después de la llegada del señor, Corinne vino a mí y me dijo que prefería regresar a Escocia y morir antes que traicionar a su amiga. Le advertí que era una locura, pero era de cabeza dura, mi dulce muchacha.

Tristan esbozó una media sonrisa.

—Al menos sabemos que Haith es fiel a su naturaleza —la sonrisa se le borró al instante—. ¿Corinne no se marchó?

—Oh, lo intentó —Minerva aspiró con fuerza el aire, como si necesitara fuerzas para contar lo que quedaba de la historia—. Lo hizo una noche en lo más profundo del invierno, un hatillo de piel de venado seco con su ropa a la espalda.

Cuando James descubrió que se había ido, estuvo a punto de volverse loco. Ya veis, él también había hecho todo lo posible por evitar a Corinne, negando lo que sentía su corazón por su deber para con Ellora. Corinne y él no se quedaban nunca en la misma estancia durante mucho rato, pero de todas formas, Ellora había empezado a tener sospechas de los sentimientos de James.

La noche que Corinne se marchó, James salió en su busca sin siquiera decirle nada a su esposa ni darle una explicación. Tardó dos días en encontrar a Corinne, y cuando dio con ella estaba casi muerta. No estaba en condiciones de hacer el viaje de regreso a Seacrest en aquellos momentos, y James cuidó de ella durante una semana antes de regresar al castillo. Eso fue el fin.

—¿A qué te refieres? —preguntó Tristan. El sol había comenzado a asomar por las lejanas faldas de las montañas, proyectando un brillo fantasmal en su habitación y provocando una expresión lánguida y adusta en el rostro de Minerva.

—Ellora no era ninguna estúpida —reconoció Minerva—. Cuando Corinne y James regresaron juntos casi una semana después, supo que su mejor amiga le había dejado sin esposo. No muchas mujeres consiguen sobrevivir a un golpe así.

Haith nació durante la siguiente cosecha, fruto de la semilla que James plantó en Corinne durante el tiempo que estuvieron juntos a solas. El castillo ya no volvió a ser el mismo. James reconoció a Corinne como señora de Seacrest, igualó su condición a la de Ellora, y también reconoció a Haith como hija suya, exactamente igual que a la pequeña Soleilbert. Pero Ellora nunca perdonó a Corinne. Ni creo que mi muchacha se perdonara tampoco nunca a sí misma.

—Resulta extraño que Haith y Soleilbert estén tan unidas —reflexionó Tristan.

—Así son los niños, mi señor —Minerva sonrió—. A ellas no les importaban las disputas de sus madres, porque querían a todo el mundo y todo el mundo las quería a ellas. Soleilbert estaba encantada con Haith. Había sido una niña muy solitaria antes del nacimiento de nuestra hada.

—Y entonces James y Corinne murieron —apuntó Tristan.

—Sí —los ojos de Minerva se cubrieron de dolor—. James fue abatido en Hastings, y Corinne cuando las hordas invadieron Seacrest. Esos malditos bastardos... —Minerva soltó una palabrota obscena en gaélico—. Asesinaron a mi niña cuando estábamos celebrando los ritos funerarios de James. Habrían acabado también con la pequeña Haith, pero creyeron que ya estaba muerta cuando caminó con los espíritus.

—¿Cuando caminó con los espíritus?

—Esa historia te la contaré en otro momento —Minerva se levantó de la cama con un crujido y un gemido—. Haith se despertará enseguida.

—Espera —dijo Tristan cuando la anciana iba a marcharse—. Lo cierto es que he aprendido mucho de ti esta noche, Minerva, pero, ¿cómo va a ayudarme eso?

Minerva se detuvo en la puerta de Tristan.

—No puedo marcaros el camino, mi señor. Yo sólo os transmito el mensaje—. Había llegado el momento de que conocierais el peso de vuestra situación y de la de Haith.

—¿Me estás diciendo que el destino ha decidido que estemos juntos? ¿Que no tenemos otra opción? —el tono de Tristan dejaba claras sus dudas.

—Sí, hay otra opción —Minerva abrió la puerta—. Uno de vosotros podría morir.

Minerva salió de la habitación cerrando suavemente la puerta tras ella.

Capítulo 18

Haith fue en busca de Tristan poco después de levantarse a la mañana siguiente. Tras la pelea que habían tenido el día anterior, estaba convencida de que conseguiría su ayuda para irse a Escocia.

Recorrió el pueblo sin tener ninguna gana de entrar en el salón, y entonces lo vio en uno de los campos cercanos. Como si hubiera sentido su presencia, Tristan, que estaba manteniendo una conversación con Rufus, alzó la cabeza y la miró.

A Haith le dio un vuelco el corazón al verlo allí de pie sobre la tierra parda con el verde de la primavera como telón de fondo. En los campos que quedaban más allá, los siervos se inclinaban como peregrinos tras los bueyes y el arado, agachándose e incorporándose mientras llevaban a cabo la ceremonia de sembrar el tesoro de Greanly en lo más profundo de la tierra fértil. Tristan tenía el cabello alborotado por la revoltosa brisa, y los fuertes brazos colocados con naturalidad en las caderas. A Haith le pareció distinguir incluso el brillo de metal de sus ojos azules cuando se clavaron en ella.

Tristan le dio un golpecito en la espalda al aldeano y se giró para acercarse lentamente a Haith. Ella estiró los hombros y alzó la barbilla un tanto, tratando de controlar el temblor de deseo que sentía. “No amo a este hombre”, se dijo para sus adentros.

—Mi señor —comenzó a decir antes incluso de que llegara hasta ella—, si pudieras dedicarme un instante...

—Lady Haith —las palabras de Tristan sonaban naturales, su rostro no reflejaba ni la ira ni la burla irónica que ella estaba acostumbrada a ver—. Yo también confiaba en poder hablar contigo hoy. Ven a caminar conmigo.

Haith se colocó a su lado con las manos firmemente sujetas delante de ella para calmar su temblor. Abrió la boca para hablar, pero fue interrumpida.

—Te pido disculpas por mi comportamiento de ayer —dijo Tristan—. Nunca fue mi intención que me tuvieras miedo.

Haith estaba asombrada. Contaba con la ira de Tristan para que alentara su causa, pero sus palabras de arrepentimiento la desconcertaron. Habló antes de pensar.

—No me correspondía a mí aconsejarte sobre cómo manejar tu castillo.

Tristan sacudió la cabeza y frunció el ceño en gesto pensativo.

—De todas maneras, no es excusa —se detuvo bruscamente, y Haith lo imitó.

Alzó la vista para mirarlo, y el arrepentimiento que mostraban sus ojos, unido a algo más que no fue capaz de identificar, minaron la resolución que tanto le había costado tomar. ¿Cómo podía haberle dicho cosas tan dolorosas a aquel hombre?

—Entonces no volveremos a pensar en ello —aseguró Haith con firmeza—. En cualquier caso, no era por eso por lo que quería verte hoy.

Una especie de sonrisa asomó a labios de Tristan.

—Me has hecho un gran servicio, Haith —dijo ofreciéndole el brazo—. Sigamos hasta el castillo y podrás pedirme lo que quieras.

Haith aceptó su brazo a regañadientes y se arrepintió al instante. Sentir los cálidos músculos de su antebrazo le produjo escalofríos que le alcanzaron el centro del cuerpo, y durante

un instante fue incapaz de hablar. Podía aspirar el aroma almizclado que desprendía a través de la túnica... Había estado trabajando aquella mañana.

Mientras cruzaban el pueblo en dirección al castillo, los habitantes de Greanly asentían con la cabeza y sonreían cuando se cruzaban con ellos.

—Buenos días mi señor, mi señora.

Los pensamientos de Haith se volvieron todavía más confusos al escuchar cómo los aldeanos enlazaban sus títulos con naturalidad. ¡Con qué facilidad soltaban la lengua!

Haith se sacudió mentalmente. No, aquello no era posible. Si Guillermo mantenía el decreto de compromiso, eso sólo causaría dolor a todos los implicados. Haith debía ser firme.

—Mi señor —insistió ella, tratando de esquivar la sonrisa con la que Tristan le había obsequiado—. Tengo que pedirte un favor.

—Haré lo que esté en mi mano para complacerte.

Haith aspiró con fuerza el aire.

—Quiero ir a Escocia con el clan de mi madre.

Tristan se detuvo tan bruscamente que Haith estuvo a punto de tropezarse.

—¿Escocia?

Los ojos de Haith recorrieron el patio en busca de algún objeto sobre el que posar la vista... cualquier sitio que no fuera el escrutador rostro de Tristan. Sintió como si tuviera que exprimir cada palabra que salió de su boca.

—Sí. Será lo mejor para todos. Necesito tu ayuda para viajar hasta allí.

La boca de Tristan se endureció.

—Parece que sigas enfadada por lo de ayer. ¿Tanto como para querer huir?

—¡No! —Haith lo miró a los ojos—. No. Te di mi palabra de que eso estaba olvidado, y así es. Mis razones para querer ir a Escocia no tienen nada que ver con eso.

Tristan cruzó los brazos sobre su ancho pecho e inclinó la cabeza.

—¿Y cuáles son esas razones?

Haith se sonrojó, y se inclinó ligeramente para pronunciar las palabras entre dientes.

—Sabes perfectamente cuáles son esas razones... todas —miró a su alrededor por si hubiera alguien escuchando—. Esta es la mejor solución.

A Tristan, por su parte, parecía no importarle que estuvieran en medio de un lugar público.

—¿Por qué? ¿Por qué dices que es la mejor solución? —elevó un poco el tono de voz—. No consigo entender cómo va a arreglar nada el hecho de que te refugies como una cobarde en una tierra en la que nunca has estado.

—¡Te lo suplico, baja la voz! —susurró Haith. Había recuperado un poco de control sobre su frustración—. Si yo no estoy en Greanly cuando Guillermo haga pública su decisión, será más fácil que todo el mundo escoja las opciones lógicas.

Tristan gimió, miró alrededor del patio y luego tiró de Haith para llevarla a la parte de atrás de una cabaña cercana.

—Estás diciendo tonterías —comenzó a decir cuando Haith y él tuvieron un poco más de intimidad.

Ella, sin embargo, estaba inquieta. Peor que alguien los viera hablando en un lugar público era que los descubrieran escondidos en un callejón. Miró a su alrededor nerviosa mientras Tristan continuaba.

—Los implicados en esta historia ya han tomado sus decisiones, ¿o ya se te ha olvidado la decisión de Soleilbert de tener un amante? —bajó la voz e inclinó la cabeza para acercarla a la de Haith—. ¿O mi promesa de no casarme con ella?

—Eso no servirá de nada si Guillermo decide contra ti —razonó.

Haith sintiendo cómo se le secaba la boca ante la cercanía de Tristan—. Él es el rey, y tú su vasallo.

—Y también es mi amigo —los ojos de Tristan escudriñaron el rostro de Haith y luego le colocó una mano a un lado de la cabeza—. Dime, Haith, ¿de qué tienes miedo?

—¡De nada! —aseguró ella evitando su mirada por miedo a que descubriera la verdad... tenía miedo de todo—. Entonces, ¿me vas a obligar a esperar aquí la decisión de Guillermo hasta que Nigel mande a buscarme para que regrese a Seacrest? —los ojos de Haith volvieron a clavarse en los suyos—. Ya te lo he dicho: no volveré allí.

—Haith —murmuró Tristan—, ¿tan poca fe tienes en mí que piensas que te dejaría irte con tanta facilidad, con Nigel o a Escocia? —sus ojos brillaban en las sombras del callejón—. Me estás ocultando algo.

Haith bajó la mirada. Aquello sería mucho más fácil si Tristan dejara de tocarla, si dejara de hablarle con tanta dulzura. Eso hacía que se sintiera cuidada y protegida de una manera que sólo había experimentado en sueños. Le resultaba difícil mentirle cuando el calor de la palma de su mano prácticamente le abrasaba la mejilla.

—No, no te oculto nada —dijo clavando la vista en las piedrecitas que tenía bajo las sandalias—. Pero mi presencia en Greanly resulta peligrosa. Para mí y también para ti —Haith alzó la mirada haciendo un esfuerzo. Sus ojos le suplicaban que escuchara sus palabras—. Tú no lo entiendes.

—Entiendo más de lo que tú crees —aseguró Tristan, y a ella se le quedó el aire retenido en la garganta—. Mientras estés cerca de mí no tienes nada que temer.

—No puedo quedarme —susurró Haith exhalando un suspiro de alivio—. Por favor, déjame ir.

Tristan apoyó la frente contra la suya, y permanecieron así durante un instante antes de que él se apartara.

—Llegemos a un compromiso, entonces —sugirió—. Dame tu palabra de que permanecerás en Greanly hasta que conozcamos la decisión de Guillermo. Después de eso, si todavía quieres ir a Escocia, te ayudaré.

Haith se mordió el labio en gesto pensativo. Era una locura seguir en Greanly estando Nigel tan cerca. No le cabía ninguna duda de que Donald cumpliría sus amenazas si ella traicionaba su perversa misión. Pondría en peligro a todo Greanly y a todas las personas que le importaban.

Pero quedarse, estar cerca de Tristan con aquella promesa de protección... era demasiado duro negarse teniéndolo delante. A Haith le echaba humo el cuerpo hasta tal punto que apenas podía pensar, y el dolor de cabeza que llevaba días atormentándola había desaparecido milagrosamente. Tal vez Guillermo revocara el edicto, y Tristan sería libre antes de que Nigel exigiera más información.

Pero entonces, ¿qué pasaría con Bertie? ¿Se ocuparía su misterioso amante de ella, o sería enviada de regreso a Seacrest, sola y avergonzada para tener que soportar eternamente la ira de Nigel y Ellora?

—Por favor —el murmullo de Tristan interrumpió sus pensamientos. Le acercó los labios a la comisura de la boca—. No me dejes todavía, Haith.

Ella cerró los ojos y disfrutó de la sensación de tenerlo tan cerca, con su respiración calentándole la piel.

—Yo... no se —tartamudeó con voz ronca—. Esto es demasiado ... Tú eres... —Haith se quedó muda, incapaz de encontrar las palabras que describieran lo que sentía.

—Quédate aunque sea un poco más —susurró Tristan deslizando los labios hacia el otro lado de su boca—. Y luego ya veremos lo que pasa.

A Haith le daba vueltas y vueltas la cabeza cuando giró el rostro para encontrarse con los labios de Tristan. Y luego se le elevó al cielo sin poder pensar en nada cuando la boca de Tristan cubrió la suya. Su cuerpo se llenó de energía, como si procediera de un manantial ancestral y profundo. Y mientras manaba en su interior, Haith se sintió al mismo tiempo fuerte y asustada.

¿Cómo iba a dejarle nunca?

Un estruendo lejano parecido a un trueno inundó el callejón en el que Tristan y Haith estaban abrazados. Aquel sonido provocó un profundo terror dentro de Haith, que se apartó con los ojos abiertos de par en par.

—Sólo es Barrett, que regresa de Seacrest —aseguró Tristan frunciendo el ceño con gesto inquisitivo.

A Haith se le aceleró el corazón y trató de respirar más pausadamente.

—Debes irte —dijo apartando la mirada.

—No hasta que me hayas dado tu palabra —aseguró Tristan con un tono de voz que no daba lugar a excusas—. ¿Estamos de acuerdo en que te quedarás en Greanly hasta que mis mensajeros regresen?

Haith asintió con la cabeza.

—Dilo —le ordenó Tristan.

—Prometo que me quedaré en Greanly hasta que lleguen noticias de Guillermo —dijo antes de clavar una perspicaz mirada en él—. Y entonces me enviarás a Escocia.

—Sólo si deseas irte —Tristan sonrió seductor mientras apretaba los labios contra la frente de Haith durante un largo instante. El ruido de los carrromatos se fue acercando—. Ven esta noche a mis aposentos —la urgió.

Haith lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—¡No lo haré!

—Tengo algo para ti.

—Estoy segura de que sí —dijo Haith alzando la nariz.

Tristan echó la cabeza hacia atrás y se rió antes de dejar caer los brazos y apartarse.

—Vamos, Haith. Te prometo que no te tocaré si no deseas que lo haga.

“Eso es lo que me da más miedo”, pensó ella para sus adentros. “No puedo evitarlo, pero sí lo deseo”.

—¿Qué me dices? —preguntó Tristan, que seguía reculando y ya estaba casi a la entrada del callejón.

—Ya veremos —dijo ella.

—Estaré esperando —Tristan le guiñó un ojo y le dedicó una sonrisa picara antes de desaparecer detrás de la cabaña.



—Adelante —dijo Bertie desde el otro lado de la puerta de su habitación. Haith entró y se encontró a su hermana sentada delante de la ventana con la barbilla apoyada en el puño. Haith se fijó en la arruga que se le formaba en el vestido alrededor del escote y en la cintura al estar desplomada en la silla. Parecía como si Bertie estuviera encogiéndose delante de sus ojos.

—Buenos días, hermana.

Bertie giró la cabeza y le devolvió la sonrisa a Haith.

—Gracias a Dios, Haith. Creí que eras madre.

—¿Así que por eso te escondes en tu habitación? —preguntó Haith, y luego quiso saber—, ¿te está agobiando mucho últimamente?

—Últimamente sí. Siempre, sí —Bertie puso los ojos en blanco y Haith se sorprendió y se alegró al ver la grácil estructura ósea que había surgido del rostro de su hermana. ¿Cómo no se había dado cuenta de lo mucho que había adelgazado Bertie?—. Me vuelve loca con sus historias de boda y mis obligaciones como futura dama de Greanly.

—Mm —Haith se acomodó en la cama de Bertie—. Parece que no quiere hablar del tema de la virginidad, ¿verdad?

Soleilbert se sonrojó, pero su sonrisa seguía siendo resplandeciente.

—Me preguntaba cuando vendrías a enterarte del cotilleo.
—¿Y bien?
—¿Y bien qué? —preguntó Bertie con picardía levantándose de la silla para reunirse con su hermana en la cama—. ¿Qué quieres saber?
—¡Soleilbert! —Haith dio una palmada sobre el esponjoso colchón, provocando una carcajada infantil en su hermana.
—¡Oh, Haith! —suspiró—. Estoy enamorada.
—Eso lo di por hecho al ver las condiciones en las que estaba tu ropa de cama la otra mañana —aseguró Haith—. ¿Quién es él?
—Pharao.
Haith se quedó boquiabierta.
—¿La mano derecha de lord Tristan?
—El mismo.
—Bertie, ¿cómo?
—¿Cómo? No sé cómo —Bertie se estiró sobre la cama. Los dorados rizos se le abrieron en abanico alrededor de la cabeza—. Ah, parecemos muy distintos, ¿verdad?
—Un poco —contestó Haith, que todavía estaba asombrada—. ¿Le amas de verdad?
—Sí. No puedo explicarlo —Bertie se colocó de lado y se apoyó sobre un codo, imitando la postura de Haith—. Es como si hubiera estado toda mi vida esperando algo, buscando algo, y en cuanto le vi por primera vez supe que lo había encontrado.
—Creo que lo entiendo —murmuró Haith mientras el recuerdo de los cálidos labios de Tristan cruzaba por su mente. Apartó de sí aquella imagen—. ¿Él comparte tus sentimientos?
—Creo que sí —Bertie se incorporó y buscó en el interior del escote de su vestido para sacar una delicada cadena de oro de la que colgaba un medallón alargado—. Me dio esto antes de partir ayer.
—Oh, Bertie —Haith contuvo el aliento y estiró la mano para tocar aquel colgante de llamativos y complicados grabados—. ¡Es precioso!
Bertie sonrió para mostrar que estaba de acuerdo.
—Es el único objeto que conserva de su familia —la hermana de Haith vaciló un instante antes de confesar—, creo que tiene pensado casarse conmigo cuando regrese.
—¿Vas a casarte? —Haith abrió los ojos de par en par.
—Todavía no estoy segura, pero él prometió que volvería a buscarme. Adonde iremos, eso es un misterio... pero desde luego no podemos quedarnos aquí.
Haith abrazó con fuerza a su hermana.
—Oh, querida, si te vas te echaré tanto de menos... —se apartó. Había lágrimas en los ojos de ambas mujeres—. ¡Pero me siento tan feliz por ti!
Bertie sonrió.
—Y yo por ti.
—¿A qué te refieres?
—Si me caso con Pharao, Tristan será completamente libre.
—Bertie, yo no amo a lord Tristan, y desde luego él no está enamorado de mí.
—¿No? —Bertie alzó una ceja—. Entonces, ¿qué pasa con tus sueños? Él desea casarse contigo, ¿sabes?
A Haith le dio un vuelco el corazón al escuchar aquello.
—Sólo son sueños. Y no ha dicho nada de casarse conmigo.
—A mí sí —Bertie agarró la mano de Haith—. Lucha por él, hermana. Te necesita mucho, probablemente más de lo que tú lo necesitas a él.
—Yo no lo necesito —argumentó Haith—. Yo sólo os necesito a Minerva y a ti.

—Pero yo me marcharé pronto, si Dios quiere —Bertie clavó la mirada en el techo durante un instante—. Y Minerva también lo hará algún día. Tristan es tu alma gemela. Haith. No le des la espalda.

—¿Has estado escuchando las tonterías de Minerva? —la acusó Haith antes de poner los ojos en blanco—. ¿Es que no puedo escaparme de esa bruja?

—No estoy bromeando, Haith —los ojos de Soleilbert eran dos lagos marrones e intensos—. Has pensado en huir, ¿verdad?

—Sí —admitió ella—. Si Guillermo hace valer nuestro compromiso, me marcharé a Escocia.

Bertie contuvo el aliento y se llevó la mano de Haith al corazón.

—¡Por el amor de Dios, Haith! ¡No vuelvas a decir eso nunca! ¿No te sabes la historia de cuando tu madre huyó de nuestro padre y se dirigió a Escocia?

—No, y no deseo escucharla ahora —le advirtió Haith retirando suavemente la mano de la de Bertie—. Y menos de tus labios. El comportamiento que tuvieron me avergüenza.

Bertie observó cuidadosamente a su hermana pero no hizo ningún comentario.

—Entonces está bien que yo no vaya a casarme con Tristan. Ábrele tu corazón, Haith.

—Tengo una idea —dijo Haith cambiando de tema—. Bajemos a recibir a los recién llegados a Seacrest. ¡Tal vez nos traigan la buena nueva de que Nigel se ha caído en el retrete!

Soleilbert no pudo evitar reírse con la payasada de Haith.

—No te preocupes tanto por mí, hermanita —dijo con una sonrisa cálida—. Puedo cuidar de mí misma. Ambas estamos a salvo en Greanly. Vamos —Haith se levantó de la cama para no confesarle a Bertie la verdadera razón por la que nadie estaba a salvo en Greanly—. Bajemos antes de que todos los chismosos se dispersen.

Capítulo 19

Haith y Minerva entraron juntas en el salón. Al igual que el resto de los habitantes de Greanly, Tristan las había invitado a la fiesta de bienvenida. Todo el espacio libre estaba ocupado por largas mesas de caballete pegadas unas a otras y bancos. El barullo que estaban montando los aldeanos que ya estaban allí era impresionante.

Habían transcurrido varios días desde que habían llegado a Greanly los habitantes que faltaban. Haith había hecho todo lo posible por evitar a Tristan durante ese tiempo. Se había dedicado a utilizar su tiempo libre para tranquilizar a los siervos más inquietos y ayudarles a adaptarse a su nuevo pueblo. Minerva, por otro lado, pensaba que no había necesidad de consuelo ni de comprensión, y expresaba con acidez su descontento cada vez que se encontraba con alguna campesina llorosa.

En medio de uno de esos rapapolvos de Minerva, Haith vio a Soleilbert llamándola desde la mesa señorial y ella se abrió paso entre el gentío para reunirse con su hermana.

—¿No sabías nada de esto? —preguntó Haith mientras dirigía la mirada hacia la entrada del salón, buscando en secreto a Tristan. Era una locura que tanta gente de la aldea la viera con él. Haith sabía ahora que no podía confiar en su propio sentido común cuando estaba en su presencia... un hecho que le ponía muy nerviosa.

Soleilbert sonrió hacia el bullicioso salón.

—No. Ojalá se me hubiera ocurrido a mí. Es un detalle muy bonito —Bertie juntó las manos con emoción mientras unos sirvientes que llevaban grandes bandejas aparecían por la parte de atrás del salón. Bertie tiró de Haith para acercarla a la mesa del señor—. Sentémonos, hermana. La fiesta está a punto de empezar.

—Tengo que encontrar a Minerva —dijo Haith rechazando la idea de sentarse a la mesa de Tristan—. Ella querrá cenar conmigo.

—Pero si Minerva está allí, Haith... colgada del brazo de lord Tristan —Soleilbert soltó una risita—. Y madre también está agarrada a él. Esto va a ser muy divertido.

Haith gimió para sus adentros mientras el trío se acercaba al estrado. Tristan posó la mirada al instante en ella, el brillo de sus ojos despertó en Haith un calor que se le subió a las mejillas. Tristan se detuvo y ayudó graciosamente a Minerva a sentarse en el extremo antes de acercarse al lugar en el que estaban Haith y Soleilbert. Ellora torció el gesto sin ningún disimulo.

—Buenas noches, señoras —Tristan se inclinó ligeramente y guió a Ellora hasta la silla que estaba al otro extremo de la mesa, lo más lejos de Minerva.

—Mi señor. Madre. —Soleilbert hizo una reverencia y sonrió de manera encantadora cuando Tristan le retiró la silla. Ella tomó asiento. Tristan agarró con delicadeza el codo de Haith y ella dio un respingo ante aquel descarado contacto físico.

—Permite que te ayude —murmuró él.

Haith se contuvo para no montar una escena mientras Tristan la acompañaba al asiento al lado de Minerva, consciente de que todos los ojos del salón estaban puestos en lo que ocurría en la mesa principal. Aunque Tristan llevó a cabo sus movimientos de manera respetuosa cuando le ofreció a Haith la silla, ella vio el deseo brillar en sus ojos.

Tristan se colocó detrás del único asiento que quedaba libre, la silla del señor, situada entre las dos hermanas. Luego cruzó la mirada con Barrett, que estaba de pie debajo del estrado.

—¡Silencio!—pareció como si el bramido de Barrett hiciera vibrar las piedras de los mismísimos muros, y la multitud guardó silencio al instante.

—Bienvenidos a Greanly —Tristan se dirigió a la audiencia abriendo mucho los brazos—. Me complace profundamente que mi casa esté llena de la gente que va a vivir a mi lado.

Haith miró por detrás de la figura de pie de Tristan y vio a Soleilbert, que sonreía con gesto regio al mar de rostros desconfiados.

“Parece estar muy cómoda”, pensó Haith para sus adentros. “Como si hubiera nacido para ser la señora de Greanly”.

“Está hecha para eso”, le advirtió una voz agorera. “La ha escogido la mismísima mano de Guillermo. Este lugar es suyo”.

Las palabras de Tristan la despertaron de su ensoñación, y Haith se permitió el pequeño lujo de que su profunda y sonora voz la inundara.

—Se que el viaje hasta aquí ha sido largo y pesado. No me refiero sólo a la distancia recorrida, sino también a las pérdidas y a los sacrificios que muchos de vosotros habéis tenido que soportar —los ojos de Tristan iban recorriendo a la multitud mientras hablaba, deteniéndose en las personas que estaban escuchando con suma atención—. No puedo cambiar los hechos que nos han traído hasta aquí, ni tampoco lo haría aunque pudiera. Ahora estamos aquí para servir a nuestro rey, y trabajaremos para que así sea. Lo prometo.

Me han llegado rumores de mi supuesta sed de sangre y mi crueldad —Tristan alzó una ceja y varios aldeanos desviaron la mirada—. No negaré que he matado, ni tampoco prometeré que no volveré a derramar sangre con mis manos. La guerra es cruel pero necesaria, y los que resultan victoriosos son en muchas ocasiones acusados de feroces por los conquistados.

La multitud murmuró nerviosamente al escuchar aquellas palabras. Tristan alzó una mano para silenciar a la gente.

—Os estoy diciendo esto solamente para aseguraros de que aquí en Greanly estaréis a salvo. Sois mi gente. Greanly es mi pueblo, igual que lo es vuestro —Tristan recorrió con la mirada la estancia y también la mesa principal—. Lo que es mío lo valoro y lo protejo... con mi vida, si es necesario. No espero menos de vosotros a cambio. —sus ojos se cruzaron con los de Haith durante un breve instante y ella se estremeció.

Tristan siguió hablando.

—Trabajaréis aquí, y vuestro trabajo será recompensado. Pero prestad atención, porque no toleraré el engaño bajo ninguna de sus formas —a Haith se le subió el corazón a la garganta—. El robo, los falsos testimonios, la desidia en el trabajo o las injurias contra la corona son engaños, y no aportarán nada a nuestro pueblo excepto su destrucción.

Tristan tenía una mirada aguda que iba acorde con sus palabras.

—Cualquier persona que sea descubierta minando el progreso de Greanly en cualquier forma será juzgada con premura y severidad. Eso incluye tanto a los aldeanos como a las personas que están sentadas a la mesa conmigo.

A Haith se le heló la sangre en las venas. ¿Sería posible que tuviera conocimiento del mensaje que ella le había enviado a Nigel? Tristan había hablado directamente de los ocupantes de la mesa principal, y Haith sabía en lo más profundo de su corazón que ella había cometido todos y cada uno de los engaños que había nombrado. ¿Sería capaz de soportar el castigo que Tristan le infringiría?

¿Podría soportar Haith el dolor que su traición causaría en él?

—Si alguno de vosotros tiene algún problema, no vaciléis en venir a buscarme, porque entre mis deberes como vuestro señor se incluye el consejo.

¿Podría admitirlo todo y ser perdonada?, se preguntó Haith con angustia. Todavía le quedaban dos días para reunirse con el mensajero de Nigel. Tal vez con la protección de Tristan...

—Os he reunido aquí para celebrar, porque por la mañana empezaremos a trabajar duramente. También quiero solicitaros vuestra lealtad. Puedo pedíroslo aunque me corresponda por derecho. Me gustaría que me jurarais libremente vuestra lealtad, en caso contrario no me sirve de nada —Tristan cogió la gran copa que tenía delante de él y la alzó hacia el cielo—. Yo, Tristan D'Argent, señor de Greanly, prometo proteger y servir a mi gente en su prosperidad y bienestar bajo la protección de Su Majestad, el rey Guillermo, y del propio Dios.

El salón se quedó en silencio durante un tenso instante mientras todos los ojos se clavaban en Tristan.

Entonces Barrett se puso de pie.

—De este modo yo os juro fidelidad a vos —entonó con solemnidad alzando su copa hacia Tristan.

Rufas se puso de pie.

—Y yo.

John fue el siguiente, con Mary a su lado.

—De este modo, nosotros también os la juramos.

—Y yo también.

—Y yo.

En cuestión de minutos, toda la multitud que había congregada frente a Tristan estaba de pie, con las copas alzadas y haciéndose eco del juramento. El brusco cambio de actitud que habían experimentado los aldeanos tras el discurso de Tristan resultaba asombroso, y Haith sintió una punzada de orgullo agrisado por el nuevo señor de Greanly. Lo había hecho bien.

Minerva se puso de pie y se giró levemente para dirigirse a Tristan.

—Mi lealtad es para vos, lord Tristan, al igual que mi disposición y mi afecto.

Haith captó una mirada cómplice entre ambos.

Soleilbert se levantó.

—Os serviré con lealtad mientras viva en Greanly —su sonrisa iluminó la estancia, y a Haith no se le escapó la elección de palabras que había hecho.

Ahora todos los ojos se habían girado expectantes hacia Haith, la única que permanecía sentada a excepción de Ellora, que pertenecía a otros dominios y no podía jurarle fidelidad al señor de Greanly. Con el miedo doblándole las rodillas, Haith se puso de pie y miró a Tristan. Se dio cuenta entonces de que él no la estaba observando con desconfianza, sino con una mirada cálida y una leve e íntima sonrisa mientras esperaba sus palabras.

Haith tragó saliva y luego se aclaró la garganta.

—Juro lo mismo que mi hermana —murmuró. Y luego se sentó rápidamente.

Una sonrisa asomó a los labios de Tristan cuando volvió a girarse hacia el salón. Sus ojos brillaban como la gema engarzada en la empuñadura de su espada.

—*Pueblo mío* —sus palabras resonaron en el salón, y alzó todavía más su copa—. ¡Bienvenidos a Greanly!

Estalló un enorme rugido de celebración, y Tristan hizo un gesto a la fila de criados que esperaban pacientemente para distribuir las bandejas. Luego se sentó y se inclinó hacia Haith.

—Sé a lo que estás jugando, hada —murmuró.

Haith se quedó congelada con la copa a medio camino de su seca boca. Aquella palabra cariñosa resultaba normal en labios de Minerva, pero viniendo de Tristan era como una caricia. Ella empezó a tartamudear, lo que provocó la risa de Tristan.

—Crees que por haberme jurado fidelidad como lo ha hecho Soleilbert eres libre de dejarme e irte a Escocia si así lo deseas —Tristan se apoyó contra el respaldo de la silla y alzó la

copa en burlón saludo—. Alabo tu esfuerzo. Sin embargo, la respuesta de Guillermo no ha llegado todavía.

—Eso ya lo sé —le cortó Haith dándole un sorbo a su copa de vino para disimular su inquietud.

Tristan no se arredró ante su tono.

—Tal vez podríamos seguir hablando de esto cuando vengas esta noche a mis aposentos.

—*No voy a ir*—susurró Haith con rotundidad.

—Sí lo harás. Aunque sólo sea para enterarte de las noticias que he recibido —Tristan alzó las cejas al observar la asombrada expresión de Haith—. Te dije que tenía algo para ti.

—¿Cuáles son esas noticias de las que hablas? —inquirió Haith.

—Luego —Tristan miró la bandeja que le habían colocado delante—. Ven después de la medianoche, cuando todo esté en silencio.

Haith abrió la boca para seguir presionándole, pero no pudo hacerlo porque Ellora reclamó la atención de Tristan lanzándole una mirada de desagrado a Haith. Ella se centró en su propia bandeja para comer, pero se le había quitado el apetito. Cogió su copa y le dio un largo sorbo.

La tentación de lanzarle un maleficio a Nigel le resultaba abrumadora, pero Haith se estremeció ante aquella idea. Ese talento maldito de las Buchanan sólo había traído consigo la tragedia cada vez que Haith lo había presenciado, y no podía arriesgarse a empeorar la situación. No, sería mejor salir de aquel embrollo con medios normales.

Lo que significaba que tenía que descubrir qué noticias sabía Tristan.

Lo que significaba visitar sus aposentos. Sola.

Haith volvió a beber y luego le hizo una seña al sirviente que llevaba la jarra de vino para que se acercara.

Con la copa llena de nuevo, Haith se apoyó en el respaldo del asiento y dejó que su mirada se deslizara por la estancia mientras pensaba. Los aldeanos parecían felices y relajados mientras hablaban y festejaban. Algunos se echaron incluso a cantar. Soleilbert hablaba cómodamente con Tristan y su madre. Todo el mundo allí tenía motivos para reírse y estar contento, pero aquello terminaría pronto si Haith cumplía lo que le había prometido a Nigel. Cuando los aldeanos odiaban la idea de volver a Greanly y Bertie se sentía desgraciada al pensar en su boda, cuando para ella Tristan no era más que el martillo de Guillermo, el engaño de Haith resultaba justificable para ella misma. Pero ahora...

Ahora, ayudar a Nigel traería como resultado que Greanly volviera a quedar destrozado una vez más sin posibilidad de paz. A Bertie volverían a llevársela a Seacrest, donde su adorado Pharao no podría llegar a ella.

Y luego estaba Tristan.

Si Nigel se salía con la suya, Tristan sería despojado de su título y de sus tierras. Tal vez incluso fuera asesinado.

Y todo por el egoísmo de Haith. La verdad la horrorizaba, y volvió a beber.

Sí, habían cambiado demasiadas cosas, y la única que podía enderezarlas era Haith. Si Tristan la odiaba por su traición, era lo que se merecía. Tal vez cambiara de opinión respecto a lo de enviarla a Escocia.

La risa amarga de Haith llamó la atención de Tristan.

—¿Qué te hace tanta gracia, amor? —le preguntó él en un tono que sólo podía escuchar Haith.

—Oh, muchas cosas, supongo —sus palabras retumbaron en la copa justo antes de que bebiera.

—¿Te importaría compartir tus pensamientos conmigo? —la sonrisa de Tristan resultaba devastadoramente seductora.

—Por la noche lo compartiré todo contigo.

—Hada —le suplicó Minerva desde el umbral del dormitorio—, deja que le envíe recado al señor para decirle que te encontrarás con él en otro momento. No estás en condiciones de tener una conversación seria.

Haith, que estaba tumbada boca abajo, levantó el antebrazo que le cubría los ojos y trató de mirar a Minerva. Parecía que hubiera dos curanderas.

—No. Resolveré este asunto antes del amanecer —se colocó despacio de costado en la cama y se detuvo mientras esperaba a que la habitación dejara de dar vueltas.

El ceño fruncido de Minerva daba fe de su escepticismo.

—De esto no puede salir nada bueno.

—Por favor, Minerva. Quédate quieta, te lo ruego —Haith se puso de pie, se tambaleó y luego pasó por delante de la anciana con sumo cuidado—. Si no regreso antes de que rompa el día, significará que probablemente me haya matado. Envía a alguien a recoger mi cadáver.

Minerva puso los ojos en blanco.

—Oh, ve entonces.

Haith salió de la cabaña y avanzó por el verde que rodeaba el castillo. El cielo estaba encendido con un millón de estrellas, y Haith se detuvo para admirarlas hasta que empezaron a dar vueltas lentamente, forzándola a volver a clavar la vista en el suelo una vez más.

El pesado portón de roble se le resistió hasta que finalmente consiguió abrirlo con un fuerte empujón. Cayó sentada en el duro suelo cubierto de sombras que había dentro. Haith gruñó y cerró de una patada antes de incorporarse torpemente. Le dio un vuelco al corazón por tanto ruido.

—¡Sh!

Subió escaleras arriba con cuidado, sujetándose las faldas con una mano mientras que iba pasando la otra por las frías y rugosas piedras. A medida que se iba acercando al final de la escalera, más se iba resignando al castigo que sin duda era inminente.

“Tal vez haga que me azoten”, pensó tambaleándose. “O incluso que me cuelguen. Quizá me envíe de regreso a Seacrest”.

Haith alcanzó el último escalón y sacudió salvajemente la cabeza. No, prefería que la colgaran antes que ser devuelta a las repugnantes garras de Nigel. Que la azotaran y que después la colgaran.

El corredor que tenía delante parecía desviarse y mostrar cuatro muros con puertas en lugar de dos. “Esto es muy extraño”, pensó. “No recuerdo que aquí hubiera dos corredores”.

Haith se encogió de hombros, escogió el corredor de la izquierda y rebotó de inmediato contra una sólida masa de piedra.

—¡Ay! He escogido el camino equivocado.

Esta vez se movió hacia la derecha y se quedó momentáneamente cegada por una luz brillante antes de que una sombra gigantesca protegiera por suerte sus doloridos ojos.

La voz de Tristan sonaba extrañamente sensual desde el umbral, que parecía más amplio.

—No estaba seguro de que fueras a venir.

Haith estaba segura de que pasó graciosamente por delante de Tristan, y por lo tanto se perdió el brillo burlón de sus ojos debido a su tambaleante entrada en su habitación. Estiró la mano para estabilizarla.

—Buenas noches, mi señor —Haith se zafó de su contacto—. Espero que hayas disfrutado de tu fiesta.

—Sí. Parece que tú también te has divertido.

—No deseo hablar de asuntos tan triviales —Haith pensó que se había sentado en una silla que había en la esquina—. Tengo cosas importantes que decirte. Si, cosas muy graves.

Tristan sonrió todavía más cuando Haith se desplomó sobre un baúl.

Se acercó para coger una jarra y sirvió una copa de agua que luego colocó con firmeza en manos de Haith.

—Gracias —ella bebió y luego escupió indignada, limpiándose la boca—. ¡Esto no es vino!
—Apuesto a que, después de esta noche, no desearás volver a probarlo durante algún tiempo —Tristan se limitó a sonreír ante la mirada que le lanzó Haith—. Bébete el agua, pero despacio. Eso te despejará la cabeza.

Haith dejó la copa a un lado y alzó la nariz. Luego empezó a reclinarse hacia atrás, y le resultó extraño no encontrar dónde apoyar la cabeza.

Tristan la sujetó y suspiró.

—Por el amor de Dios, estás como una cuba —Tristan la esquivó fácilmente cuando agitó los brazos y tiró de ella para ponerla de pie—. Vamos, te llevaré con Minerva y hablaremos por la mañana.

—¡No!

Tristan le puso un dedo en los labios.

—Haith, supongo que no querrás alertar a todo el castillo de tu presencia en mi habitación, así que guarda silencio.

Ella abrió los ojos de par en par y miró a su alrededor como si quisiera comprobar que no había curiosos. Entonces susurró muy alto:

—¡No! ¡Tengo que hablar contigo ahora! ¡No puede esperar!

Tristan estaba fascinado por el fuerte acento que tenía ahora Haith, tan parecido al de Minerva. Ella se tambaleó contra su pecho, y Tristan la sujetó con firmeza contra él. Los ojos de Haith no conseguían centrar la mirada, y se balanceaban como el mar. Tenía el rostro y la punta de la nariz sonrojados.

Tristan habló con voz ronca.

—De acuerdo, ¿qué es eso tan importante?

—Es culpa mía —susurró Haith cerrando con fuerza los ojos—. Todos tus problemas en Greanly. Culpa mía y sólo mía.

Tristan sonrió al ver cómo curvaba las comisuras de los labios hacia abajo. Por lo que sabía de Corinne gracias a Minerva, no le extrañaba en absoluto que Haith hubiera heredado el fuerte sentido del honor de su madre. Obviamente, estaba sintiéndose responsable de cosas que escapaban a su control. Tristan la guió hacia la cama.

—Tengo mucha curiosidad por saber qué problemas has instigado, mi señora. Ilústreme.

—Oh, es que son muchos —la risa áspera de Haith quedó interrumpida por el hipo. Estiró un brazo y comenzó a enumerar una lista utilizando los dedos—. ¡Los aldeanos! ¡Nigel! ¡Donald!
—Tristan la movió suavemente para que se sentara al borde de la cama—. Y eso por no hablar de las mentiras que he dicho. Y de la loza que he roto en la cabaña.

Haith le dirigió una mirada lastimera a Tristan cuando hincó una rodilla delante de ella.

—Pe... ¡hip!... pero Minerva me hizo arreglar todos los cacharros. ¿Vas a hacer que me cuelguen?

A Tristan se le estremecieron los hombros por la risa contenida mientras le quitaba los zapatos de los pies.

—Estoy absolutamente seguro de que unos cuantos cacharros rotos no merecen la horca.

—¡Oh, pero yo no quise escuchar! —Haith continuó despotricando mientras se le llenaban los ojos de lágrimas—. ¡No, las piedras me lo advirtieron, y sin embargo le conté todo lo que sabía!

Tristan se puso de pie para retirar la pesada colcha que Haith tenía detrás.

—¿A quién le dijiste qué, amor?

—¿Es que no me estás escuchando, zoquete? —gruñó Haith mientras se metía dócilmente entre las sábanas que estaba sujetando Tristan—. Nigel lo sabe todo —las suaves sábanas olían ligeramente a Tristan, y Haith suspiró.

Tristan la acomodó bien en las almohadas.

—No tengas miedo de Nigel, amor. Aquí no puede hacerte daño.

Haith hizo un esfuerzo por apoyarse sobre un codo.

—¡Es por ti por quien tengo miedo! Mi egoísmo ha alimentado su codicia, y volverá a destruir completamente Greanly una vez más.

Tristan se tumbó encima de la cama al lado de Haith e imitó su postura.

—A cada palabra que sale de tus preciosos labios me convenzo más de que estás demasiado borracha como para decir algo coherente.

Haith se dejó caer de espaldas.

—De acuerdo. Si eres demasiado obtuso para entender lo que te he explicado con tanta claridad, entonces que te pique la viruela. He cumplido con mi deber y tengo la conciencia — Haith bostezó abiertamente— tranquila.

—Bien —Tristan le apartó los alborotados rizos de la cara, y Haith cerró los ojos—. Me complace que estés tan preocupada por mi bienestar, Haith.

—Mm. Lo estoy, muy *preocupada*.

Tristan sonrió.

—Pero debes creerme cuando te digo que Nigel no es rival para mí —le deslizó las yemas de los dedos por la mejilla, asombrándose ante su suavidad. Tristan acercó más el rostro para cernir sus labios sobre los de Haith—. Triunfaré. No hay otra opción.

—Lo siento, Tristan —Tristan apenas movió los labios, ella estaba ya muy cerca del sueño—. No sabía que siempre habías sido tú.

—Y siempre seré yo, Haith —sus labios rozaron los suyos y se detuvo en ellos un instante antes de reunir toda su fuerza para apartarlos—. Dulces sueños.

Los dedos de Haith le agarraron débilmente la manga, aunque no abrió los ojos.

—No, nada de sueños esta noche. Te lo suplico, quédate conmigo.

Tristan estaba dividido entre su corazón, que estaba tumbado delante de él, y su obligación, que descansaba un poco más allá en una silla dura. ¿Sería capaz de estar tan cerca de ella y no tocarla? ¿Sobre todo estando ella tan dispuesta?

—Quédate —susurró Haith de nuevo, como si hubiera percibido su indecisión.

—Muy bien —contestó Tristan con seriedad, tumbándose de nuevo y estrechándola contra sí—. Pero no podemos hacer el amor si...

El dulce ronquido de Haith interrumpió su perorata. Tristan sonrió y apoyó la barbilla sobre su coronilla, preparándose para mantener la vigilia mientras ella permaneciera dormida.

Capítulo 20

Haith se levantó cuando un gran estruendo se apoderó de su cráneo. Aquel ruido amenazaba con hacerle sangrar los oídos. Abrió un párpado con cuidado porque lo sentía como crujiente, pero lo cerró de golpe al sentir los suaves rayos del primer sol de la mañana.

—Oh, Dios —gruñó. Al pronunciar aquellas dos sílabas sintió como si dos manos gigantescas le estuvieran aplastando el cerebro. Escuchó unas pisadas enérgicas y un fuerte estrépito.

—Minerva, por favor.

Tristan sonrió ante la mueca de dolor de Haith cuando se acercó muy despacio a un lado de la cama con una jarra, un cuenco y un trozo de pan. Dejó la bandeja en el suelo antes de sentarse sobre el colchón.

—Buenos días, Haith.

Ante aquel leve movimiento y el sonido de la voz de Tristan, Haith abrió los ojos de golpe. Con un sorprendente despliegue de agilidad para encontrarse tan mal, saltó de la cama y se lanzó en picado hacia el orinal que estaba en la esquina.

Tristan torció el gesto ante aquellos sonidos tan desagradables, pero le brillaban los ojos de alegría. No envidiaba las consecuencias a las que se tenía que enfrentar Haith ahora por culpa de su abuso, pero despertar con ella entre sus brazos había sido una experiencia que fue más allá de cualquier expectativa. En aquellos momentos debería estar ocupándose de los asuntos de Greanly, y que fueran Minerva o Soleilbert las que hicieran de ayas con ella, pero Tristan no había podido resistir la tentación de verla en su habitación, en su cama, una vez más antes de encargarle su cuidado a otra persona.

La primera oleada de arcadas había finalizado. Tristan sirvió una copa con agua y humedeció la esquina de un paño con el fresco líquido. Se acercó a Haith con esas cosas en la mano, pero no pudo evitar el tono burlón al verla con las palmas de la mano apoyadas contra el muro por encima de su cabeza gacha. Parecía como si estuviera tratando de evitar que se le cayeran encima las piedras.

—Toma, bebe un poco de agua y ponte un paño fresco.

Haith giró la cabeza con cuidado para mirar a Tristan con los ojos enrojecidos.

—Márchate.

—Si me voy, ¿cómo explicarás tu aparición en mis aposentos? —Tristan le acercó más la copa y sonrió al ver que la cogía—. Bebe despacio o volverán los espasmos.

Su advertencia llegó demasiado tarde, Haith había vaciado la copa de un trago. Un gorgoteo surgió de su estómago, y dejó caer la copa con un sonido metálico antes de volver a inclinarse sobre el orinal una vez más.

Tristan retiró la copa y le puso el paño en la mano cuando Haith levantó la cabeza.

—Alguien me ha envenenado.

Tristan contuvo las ganas de reír y ayudó a Haith a volver a la cama.

—Sí —dijo con seriedad—. Has sido tú misma.

Haith se tumbó con un quejido lastimero, pero se olvidó de su malestar cuando cayó en la cuenta de dónde estaba.

—¿Qué estoy haciendo aquí?

—¿No recuerdas nuestra noche de pasión? —Tristan se rió al ver la mirada que le lanzó Haith. Le quitó el paño y volvió a humedecerlo con agua fresca antes de devolvérselo.

—Solicité tu presencia en mis aposentos tras la fiesta de anoche, y, para mi sorpresa, viniste. Bebida, pero viniste.

Los acontecimientos fueron surgiendo lentamente de su congestionada cabeza. Haith gimió suavemente y se cubrió el rostro con el paño mientras Tristan continuaba hablando.

—Tenía noticias que darte, pero no pude hacerlo porque parecías desesperada por confesar algo que estaba mal en tu imaginación. Luego te quedaste dormida.

—No está en mi imaginación. Es real —la voz de Haith quedaba ahogada por la húmeda cobertura.

—Haith —dijo Tristan con tono compasivo—, no puedes cargar con el peso de todas las personas que están cerca de ti, ni tampoco puedes asumir sus responsabilidades —Tristan se sentó en la cama, ignorando su gruñido de frustración—. Si quisieras escuchar las noticias que tengo, te darías cuenta de que nada es culpa tuya.

Haith se apartó el paño para observar a Tristan con desconfianza.

—Te escucho.

—Tengo razones para creer que Nigel ha enviado un espía a Greanly. Se dice que sus soldados han llegado a la corte de Guillermo antes que los míos y han ido contando historias falsas sobre cómo me llevé a los aldeanos.

—Oh, Dios mío —Haith contuvo el aliento y cerró los ojos. Ahora hasta el mismísimo rey conocía su traicionera alianza.

—Como algunos de los hechos sobre los que se rumorea sucedieron después de la fuga de Donald, sólo cabe pensar que se trata de alguien que vive en Greanly y que mantiene una amistosa comunicación con Nigel —Tristan acarició con suavidad el brazo de Haith—. Creo que es lady Ellora quien nos traiciona.

—No —Haith hizo un esfuerzo para controlar el latido de su cabeza y para que se le asentara el estómago—. No, Tristan. No ha sido Ellora.

—¿Tan raro sería? —preguntó Tristan—. No intentes defenderla, Haith. Es muy posible que ella ayudara a Donald a escapar. Sus motivos, sólo ella los conoce. Pero no temas, iré a buscarla esta misma mañana y no volveré a contactar con él antes de que lleguen noticias de Guillermo. Lo prometo.

Haith estiró la mano para agarrarle el brazo a Tristan.

—Debes escucharme...

Pero él se zafó sin mucha brusquedad y se dirigió hacia la puerta.

—Quédate descansando aquí un rato. Mandaré que vayan a buscar a tu hermana para que venga.

—¡Espera!

La puerta de la habitación se cerró.

Haith se levantó de la cama y se puso de pie. La velocidad del movimiento provocó que su cabeza protestara y que se le subiera la bilis al estómago. Se puso con más cuidado de rodillas para buscar sus delicados zapatos de cuero. Se los puso rápidamente y luego se detuvo un instante para darle tiempo a su estómago para que se asentara.

Se prometió a sí misma que no volvería a beber vino jamás.

Haith abrió la puerta de la habitación y se asomó al corredor. Estaba vacío. Descendió por las escaleras con la mayor naturalidad posible, pero el alboroto que había abajo sirvió para que su entrada pasara inadvertida. Se detuvo a mitad de las escaleras.

Tristan estaba en medio de un grupo de hombres, algunos de los cuales Haith reconoció como los que habían sido enviados a Londres. Uno de los soldados sacó un pergamino del interior de su chaleco y se lo entregó a su señor con solemnidad.

A Haith le dio un vuelco el estómago, y se agarró al muro en busca de apoyo. Sus ojos se cruzaron con los de Tristan mientras él la buscaba instintivamente con la mirada por encima de las cabezas de los hombres. Un estrépito detrás de ella hizo que Haith girara la cabeza y viera a Bertie bajando precipitadamente las escaleras.

—¡Han regresado, Haith! —aseguró con emoción y el rostro brillante—. ¿Ha llegado ya Pharao?

Haith sacudió la cabeza.

—Todavía no —Haith volvió a girarse para observar lo que estaba sucediendo abajo y sintió cómo la mano de Bertie se deslizaba en la suya.

Tristan se dirigió al guarda que le había entregado la misiva de Guillermo.

—¿Dónde está Pharao? Quiero oír su informe.

El rostro del guarda tenía una expresión glacial, pero giró rápidamente los ojos hacia sus compañeros soldados.

—Mi señor, vuestro hombre de confianza no ha regresado con nosotros.

El leve gemido de Bertie pasó inadvertido para todo el mundo excepto para Haith, que apretó la mano de su hermana para apoyarla.

—¿Y eso por qué? —inquirió Tristan. Sus ojos se clavaron en los de cada soldado en busca de una explicación.

El hombre que, para su desgracia, había sido escogido para hablar, se dirigió a su señor.

—Cuando salimos de Londres, se nos acercó un grupo de jinetes que iban vestidos del mismo modo que vuestro hombre de confianza. Pharao habló con ellos un instante antes de unirse al grupo. No regresó.

—¿Me estás diciendo que lo han secuestrado? —preguntó Tristan sin dar crédito.

—No, mi señor —el soldado sacudió la cabeza con vehemencia—. Nunca hubiéramos permitido tal cosa —el hombre miró a sus compañeros como si buscara ayuda cuando Tristan soltó una ristra de feroces maldiciones—. Tampoco lo hubiéramos considerado nunca como un traidor, mi señor.

Tristan se giró hacia el hombre y lo levantó por la cota de mallas antes de que el soldado pudiera siquiera parpadear. Los demás hombres dieron rápidamente varios pasos atrás.

—Si vuelves a utilizar la lengua para ensuciar el nombre de Pharao, te la cortaré. ¿Lo has entendido?

—Sí, mi señor. Mis disculpas. Yo sólo...

—Fuera —Tristan soltó al hombre, y los soldados salieron del salón. Tristan se giró hacia las escaleras en las que Soleilbert y Haith permanecían petrificadas por la conmoción.

De pronto, Soleilbert le soltó la mano a Haith y corrió escaleras abajo los escalones que le quedaban. Cruzó el salón y se encontró con el abrazo de Tristan. Sus sollozos resonaban con gran tristeza.

—¿Por qué? —lloró Bertie en su túnica—. ¿Por qué me ha dejado?

Las miradas de Tristan y de Haith se cruzaron por encima de la cabeza de Soleilbert, y luego ella bajó la vista hacia el papel que Tristan sujetaba sobre la espalda de su hermana.

—Vamos, lady Soleilbert, dadme tiempo y llegaré a la raíz de este misterio.

Se abrió la puerta trasera del salón, y Ellora entró con Barrett siguiéndole a la zaga varios pasos por detrás.

—¿Qué es este alboroto? —la mujer rubia y delgada se detuvo sobre sus pasos, y una sonrisa complacida le iluminó el rostro al ver a su hija en brazos de Tristan—. Qué encantador.

Bertie apartó su rostro empapado en lágrimas de la mirada de su madre y, apartándose de Tristan, pasó por delante de Haith para dirigirse hacia las escaleras.

—Le cambia mucho el humor últimamente, ¿verdad? —preguntó Ellora con ligereza girándose hacia Tristan—. ¿De dónde han venido esos soldados?

—No actúes como si no estuvieras al tanto de la misión de esos soldados, Ellora —le advirtió Tristan—. Tu posición aquí es como mínimo poco clara, y nada definida, por decirlo de forma suave, y me irrita que te hagas la inocente conmigo.

Ellora parecía realmente sorprendida.

—Mi señor, ¿de qué me estáis acusando? —miró de reojo el pergamino que Tristan tenía agarrado con la mano y abrió los ojos de par en par—. ¿Habéis recibido noticias de Nigel? ¿Está... descontento conmigo?

—Pronto sabremos si está complacido o no, estoy seguro. Pero hasta entonces —Tristan se acercó más y levantó un dedo hacia Ellora—, no cuentas con mi confianza. ¿Barrett?

—¿Mi señor?

—Llévate a lady Ellora a una celda hasta que yo diga.

Ellora miró a su alrededor y frunció el ceño.

—¿Cómo? ¡Os lo ruego, lord Tristan, decidme qué he hecho!

Haith fue capaz por fin de articular palabra e intervenir.

—Tristan, no hagas esto. Ellora no sabe nada.

Él ni siquiera miró en su dirección.

—Mantente alejada de esto, Haith —le advirtió—. Y cierra la boca.

—No —Haith obligó a sus piernas a que recorrieran los pasos que le faltaban para colocarse entre Ellora y Tristan—. Mi conciencia me impide permitir que esto suceda.

—Esto no tiene nada que ver contigo —gruñó Tristan—. Vuelve a tu cabaña antes de que digas algo de lo que puedas arrepentirte.

La mirada de Ellora pasó del señor a Haith.

—¿Os está llenando esta puta los oídos de falsedades? —preguntó con tono agudo—. ¡Miente! ¡Es en *ella* en quien no se puede confiar!

—Llévatela, Barrett —dijo Tristan poniendo fin a la situación. Luego se dio la vuelta para salir del salón.

Barrett cogió cortésmente a Ellora del hombro.

—Por aquí, mi señora.

—¡Suéltame, estúpido! —Ellora trató de zafarse del gigante que estaba guiándola hacia el fondo del salón.

El grito de Haith atravesó la sala como una daga, provocando que todos los presentes se detuvieran y la miraran fijamente.

—¡He sido yo!

Tristan se detuvo en la puerta abierta y arrugó la frente.

—Haith, guarda silencio.

—¡No! ¡Esto no está bien! —la joven se precipitó hacia delante y se dio un golpe en el pecho con el puño cerrado—. Es a mí a quien Nigel envió para espiarte, Tristan. A mí y sólo a mí.

Barrett contuvo el aliento.

—¡Lady Haith!

Haith ignoró la conmoción del alguacil.

—Nunca estuve prometida a Donald... fue una farsa para conseguir acceso a Greanly —sus ojos miraron implorantes a Tristan—. Eso fue antes de que te conociera de verdad. Me creí las mentiras que me contó Nigel y temí por la seguridad de Bertie cuando se convirtiera en tu esposa. Creí que no tenía elección.

Ellora trató inútilmente de soltarse el brazo de las garras de Barrett.

—¿Hiciste un pacto con mi esposo? —susurró—. ¿Para arruinar la boda de Soleilbert?

—No digas nada más, Haith —aseguró Tristan con tono firme.

Pero ella continuó. Se giró hacia Ellora.

—¡No, no fue para arruinarle la boda, sino para protegerla! ¡Yo quiero a Bertie!

—¡Tú sólo te quieres a ti misma! —chilló Ellora. Sus palabras provocaron que Haith dieta un respingo—. ¡Eres una puta, igual que lo era tu madre, y espero que las dos os pudráis en el fuego eterno!

Unas manos invisibles arrancaron a Ellora de las garras de Barrett y la arrojaron al suelo de piedra. La voz de Minerva resonó fuerte y funesta desde el umbral en el que estaba ahora, al lado de Tristan.

—No vuelvas a mancillar el nombre de Corinne, Ellora —Minerva avanzó hasta llegar a cernirse sobre la asombrada mujer—. ¿Te gustaría escuchar la otra opción que tu esposo le dio a Haith?

Haith dio un paso adelante.

—No, Minerva. Eso no importa.

—Oh, no estoy de acuerdo, hada —aseguró Minerva con falsa jovialidad—. Tal vez Ellora necesite saber que si no ayudabas a Nigel en su perfidia, te obligaría a yacer con él y a darle un heredero.

—¡Mientes! —susurró Ellora con el rostro desencajado mientras miraba alternativamente a Minerva y a Haith.

—No. Yo no miento —la mirada de la anciana parecía arder en la de Ellora.

Tristan maldijo.

—¡Ya es suficiente! Barrett, llévate a la dama.

Haith se giró rápidamente para mirar a Tristan.

—¿Por qué? ¡Te he contado la verdad! ¡Fui yo quien informó a Nigel de tus planes! ¡Es a mí a quien deberías encarcelar, no a Ellora!

—Muy bien —gruñó Tristan—. Llévate también a lady Haith. Enciérralas en celdas separadas, no vaya a ser que se maten entre ellas.

Barrett parecía desconcertado.

—¿Mí señor?

—Ahora, alguacil Barrett.

Barrett levantó a Ellora del suelo como si fuera una niña que tuviera una rabieta, pero Haith ofreció el brazo dócilmente para que la sacaran del salón. Antes de que desaparecieran por el corredor trasero, Haith miró hacia atrás.

—Lo siento, Tristan. Intenté decírtelo.

Cuando se hubieron marchado, Minerva se giró hacia Tristan y le puso la mano en el brazo en gesto de consuelo. Señaló al pergamino.

—¿Ya tenéis vuestra respuesta?

—No, no lo he mirado —Tristan se pasó la mano por la cara—. ¿Es que no puede hacer nunca lo que se le dice?

Minerva se rió con tristeza por toda respuesta.

—¿Me haréis llegar noticias?

—Por supuesto.

—Estaré en la cabaña —Minerva lanzó una mirada compungida hacia el corredor abovedado que daba a las mazmorras antes de irse, sacudiendo la cabeza mientras se marchaba.

Tristan se acercó a la mesa señorial y se dejó caer sobre la silla con un suspiro de frustración.

—Maldita mujer.

Miró la misiva que tenía delante, sellada con el emblema de Guillermo. Tristan sacó una navaja y, soltando el aire, rajó limpiamente la cera. Desenrolló la página para descubrir una letra oscura y firme que cubría toda la pieza de papel amarillo.

Lord Tristan,

He recibido y considerado tu petición de que sea disuelto tu compromiso con lady Soleilbert. Debo ser directo contigo y revelarte que lord Nigel de Seacrest ha expresado su preocupación por tu comportamiento hacia los habitantes de Greanly, tu rechazo a su hijastra y tu desprecio hacia su persona, siendo como es un noble de tu mismo rango. Nos conocemos muy bien el uno al otro, Tristan, hemos luchado juntos en muchas batallas. Te considero un amigo además de un fiel servidor a la Corona, y siempre te he mostrado el máximo respeto. Por todas esas razones debo denegar con gran pesar tu petición. Como rey, mi prioridad debe ser por encima de todo la unión de los señores de Inglaterra. Como ahora eres un señor de alta posición, debes también adoptar la costumbre de anteponer el bien de Inglaterra antes que el tuyo propio.

Ordeno que se mantenga la alianza entre Greanly y Seacrest. No cambiaré de opinión a menos que haya una prueba clara de que eso no fuera a suceder, una prueba que indicara beneficio para el reino y no una ganancia personal. Un acto de rebeldía por tu parte implicaría una inmediata represión por medios demasiado desagradables como para que los exponga en este momento.

Tengo entendido también que lady Haith reside ahora en Greanly. Esto resulta aceptable mientras no estés casado, pero en cuanto se celebren las nupcias regresará de inmediato a Seacrest con su tutor.

Sé muy bien que tu sentido del honor te llevará a aceptar tu deber. Si sigues este consejo, el malestar de tu gente desaparecerá y volverás a recuperar ante mis ojos la alta estima en la que te tengo.

Guillermo.

—¡Maldita sea! —Tristan golpeó con el puño el tablero de la mesa. La rabia y la humillación que sentía ante la reprimenda de Guillermo provocaron que se le moviera nerviosamente la línea de granito de su mandíbula.

El ultimátum de Guillermo estaba claro: Haz lo que te ordeno o Greanly dejará de ser tuyo. Más que por la orden del rey, la furia de Tristan se exacerbó ante la pequeña victoria de Nigel. La misiva de aquel hombre vil había vencido a los mensajeros de Tristan a ojos de Guillermo. Consiguió llegar antes para hacer valer su causa y provocar que la solicitud de Tristan quedara retratada como egoísta y caprichosa.

Sentía un deseo feroz de ver caer a Nigel, sobre todo después de que Minerva hubiera revelado antes la posición en la que había colocado a Haith. Imaginar a su ardiente hada debajo de aquel pútrido colgajo de hombre y pensar que su vientre se redondeara con su hijo le ponía enfermo.

Y le asustaba. La palabra de Guillermo era definitiva, y la posibilidad de que Tristan pudiera perder a Haith era real. Y para colmo, su consejero más cercano y del que más se fiaba, Pharao, había desaparecido.

Tristan arrojó la carta de Guillermo con un golpe de muñeca, y fue a caer en el centro de la mesa. Reclinándose sobre la silla, un único pensamiento le pasó por la cabeza: Había que detener a Nigel. Haith no volvería con él, fuera cual fuera el precio que tuviera que pagar Tristan.

Barrett volvió a entrar en aquel momento en el salón y se acercó con expresión estoica a la mesa.

—Las dos damas están a buen recaudo, mi señor —dijo—. ¿Hay algo más que pueda hacer por vos?

Tristan percibía la hostilidad de Barrett por el encargo que acababa de hacer, y sintió cómo crecía su aprecio hacia aquel hombre. El hecho de que el alguacil demostrara su lealtad hacia él cumpliendo sus órdenes a pesar de su desagrado por encerrar a Haith decía mucho del carácter de Barrett.

—Siéntate, Barrett —Tristan le señaló con un gesto la silla que tenía al lado.

La orden pareció poner nervioso al hombre. Nunca hubiera esperado sentarse a la mesa del señor, y menos mientras el señor estaba en el castillo. Se sentó a regañadientes.

Tristan se quedó un instante pensativo antes de hablar.

—¿Te has enterado de que Pharao ha desaparecido?

—Sí —Barrett asintió con su greñuda cabeza—. Los hombres no hablan de otra cosa.

Tristan dio unos golpecitos con uno de sus largos dedos sobre el tablero de la mesa y escogió cuidadosamente sus palabras.

—Barrett, conozco a Pharao Tak'Ahn desde hace más de veinte años. Es un hermano para mí, y sé con certeza que no habría dejado a los hombres sin hacerme saber sus intenciones.

La frialdad de Barrett se fundió un tanto al verse frente a las preocupaciones de su señor.

—¿Qué creéis que ha sucedido?

—La verdad es que no lo sé. Tengo ganas de culpar a Nigel, porque él parece ser la fuente de muchas de las tribulaciones que me aquejan, pero mi instinto me dice otra cosa.

—Sí. El secuestro de Pharao no le reportaría nada a ese cobarde —Barrett tenía la mirada afilada—. Tengo la impresión de que Nigel le teme.

—Yo también lo creo —Tristan observó con ojos astutos el pergamino que estaba entre ellos—. Hay algo más.

Barrett frunció el ceño.

—¿Guillermo no se ha mostrado favorable a vuestra causa?

—Ha ocurrido lo que nos temíamos. Nigel le ha contaminado con medias verdades y descaradas mentiras para asegurarse no sólo mi caída, sino también el regreso de lady Haith a Seacrest —para Tristan suponía un duro golpe en su orgullo admitir aquel revés.

—¡No debéis permitir eso, mi señor! —las mejillas de Barrett se riñeron de magenta—. ¡Guillermo tiene que entrar en razón!

Tristan alzó una mano.

—Y así será. Aunque Guillermo asegura que se mantendrá firme en su decisión, sé que escuchará si le llevamos pruebas de las fechorías de Nigel. No creo que el rey confíe en él.

—Si eso es así, entonces es un buen rey —Barrett sacudió la cabeza antes de cruzar la mirada con la de Tristan—. ¿Qué podemos hacer?

—Debo viajar a Londres para exponerle mi petición a Guillermo en persona. Y como a Pharao se lo llevaron justo a las afueras de la ciudad, quizá también pueda averiguar algo sobre su paradero.

Barrett se inclinó hacia delante.

—Por supuesto, mi señor. ¿Cuándo partimos?

—No, buen alguacil. No existe un “nosotros” en este asunto... iré yo solo.

—Es un viaje demasiado peligroso para hacerlo en solitario, mi señor. Tenéis que atravesar Seacrest para tomar el camino de Londres.

—Es así como debe ser —aseguró Tristan con decisión—. Viajaré más deprisa solo, y llamaré menos la atención. Además, te necesito aquí. Con Pharao lejos, la carga de la seguridad de Greanly recae sobre tus hombros.

Al escuchar las palabras de Tristan, Barrett se sentó más erguido en el asiento, como si ahora comprendiera la gran confianza con la que le recompensaba su señor.

—No os fallaré —prometió Barrett—. Nadie penetrará en estos muros en vuestra ausencia.

—Y nadie debe salir tampoco —añadió Tristan—. No estoy muy seguro de quién hace de mensajero para Ellora entre este castillo y Seacrest, y hasta que no lo sepamos con certeza, no podemos arriesgarnos. Será imposible mantener mi viaje en secreto a los habitantes de Greanly, y estoy seguro de que cuando nuestro traidor descubra que he ido en busca de Guillermo, estará deseando contarle la noticia a Nigel.

—Sí. Trataré de acallar los rumores durante el mayor tiempo posible para daros ventaja —Barrett vaciló un instante, como si no estuviera seguro de sus siguientes palabras—. ¿Y qué pasa con... eh... con las prisioneras, mi señor?

—Permanecerán encerradas hasta mi regreso. Las únicas personas que podrán visitarlas seréis tú, Minerva y lady Soleilbert.

—Entonces, ¿es verdad? —preguntó Barrett consternado—. ¿Lady Haith nos ha traicionado?

—Eso piensa ella —admitió Tristan con una sonrisa triste—. Su único intento careció de importancia. Nigel estaba convencido de que yo presentaría mi causa ante Guillermo desde la noche en que nos conocimos, aunque no sabía cuándo lo haría.

Barrett pareció aliviado.

—¿Creyó que causaría vuestra perdición al contarle a Nigel algo que él ya sabía?

—Yo estaba al tanto del juego de Nigel, pero me guardé esa información para mí hasta estar seguro de la fidelidad de Haith. Pero deja que por ahora se siga considerando culpable. Nigel estará furioso con ella porque no se ha comunicado con él, la he encerrado por su propia seguridad. En ocasiones, lady Haith no entra en razón.

—Conocéis bien a nuestra dama, mi señor.

El rostro de Tristan se endureció cuando pronunció las siguientes palabras.

—La culpabilidad de lady Ellora, sin embargo, es más fácil de demostrar. Descubrí por pura casualidad una carta que le había escrito a Nigel. No sé cuántas cartas como esa se han escapado a mi control, ni qué información contenían.

Barrett asintió con solemnidad, y luego bajó la vista hacia los pies como si estuviera meditando sobre un asunto importante. Cuando alzó los ojos hacia Tristan, tenía la mirada preocupada.

—Decidme que Greanly sobrevivirá, mi señor. He sido testigo del dolor de todos los habitantes de Seacrest durante demasiados años, y no puedo soportar pensar en las consecuencias si vos sois rechazado.

Tristan le puso a Barrett una mano en el hombro.

—Quédate tranquilo, buen alguacil. Porque yo también poseo una considerable determinación —ambos hombres se levantaron de la mesa—. Prepara dos caballos para mi viaje junto con las mínimas provisiones posibles. Partiré al anochecer y cabalgaré toda la noche.

—Sí, mi señor.

El alguacil se marchó, y Tristan se dirigió hacia las escaleras, deteniéndose ante el pasadizo que llevaba a las celdas que había abajo. Le costaba trabajo resistirse a la tentación de ver a Haith una vez más antes de partir. Sin embargo, tras un instante de vacilación, continuó hacia los aposentos superiores, conformándose con el recuerdo de Haith en su cama para consolarse durante el viaje. Cuando regresara de Londres, Tristan confiaba en que tuvieran el resto de su vida para estar juntos.

Capítulo 21

Haith se desplomó con tristeza en la esquina de la fría y húmeda celda en la que Barrett la había encerrado. Dentro de su mente, su desgracia era ahora completa.

Como si hubiera podido escuchar sus pensamientos desde la celda que estaba al otro lado del corredor, Ellora habló.

—Espero que estés contenta contigo misma.

—Oh, sí, Ellora, estoy encantada.

—Y no me extraña —la voz de Ellora se escuchó más alta, y Haith dio por hecho que se había acercado a los barrotes de la mirilla de la puerta—. Tienes lo que te has buscado.

Haith puso los ojos en blanco.

—Sí, por supuesto, mi ilusión era ser considerada una traidora y una puta y que hoy me encerraran en una celda. Otro objetivo cumplido.

—Zorra irrespetuosa.

—No me hables.

—¿Por qué? ¿Te desagrada? ¿Te molesta? ¡Maravilloso! Entonces no haré otra cosa más que charlar sin cesar. ¿De qué quieres que hablemos? ¿Eh? —Haith escuchó unos golpecitos metálicos, como si estuviera dando toques con la uña sobre un barrote de metal—. Tal vez te gustaría escuchar cómo le has desgraciado la vida a Soleilbert. ¿O quieres que hablemos de tu lujuria hacia mi esposo y hacia lord Tristan? Parece que no tienes preferencias, siempre y cuando el hombre en el que pones tus miras sea de otra.

—Cállate.

—Puedo contarte cómo la puta de tu madre se arrojó en brazos de mi esposo después de que yo las acogiera a ella y esa bruja escocesa en mi casa.

—¿Te gustó el modo en que esa bruja escocesa se enfrentó a ti hace un rato en el salón? Te advertió que te mordieras la lengua antes de calumniar a mi madre.

Ellora se rió.

—Oh, ¿y qué vas a hacer? ¿Lanzarme hojas secas sobre la cabeza? Deberías saber lo dispuesta que estaba esa puta a abrirse de piernas para un auténtico señor...

La cólera de Haith se encendió con furia, y en un instante, un rápido giro de su dedo arrancó un grito y un ¡ay! en la celda opuesta. Haith apoyó la barbilla en el puño y continuó cavilando.

—Bruja —susurró Ellora.

—Cállate —Haith necesitaba tiempo para pensar. Las repercusiones de sus actos resultaban todavía muy confusas para ella, y sentía que la situación de Greanly había entrado en una espiral salvaje y estaba fuera de control.

Lo más importante que Haith tenía en la cabeza era el bienestar de su hermana. La noticia de la desaparición de Pharaoh había devastado a Soleilbert, y Haith no podía ni imaginar el miedo y la incertidumbre que debía estar sintiendo ahora. Era imprescindible que ambas hermanas hablaran e idearan un plan, pero ¿cómo? ¿Le permitirían el acceso a Bertie a las celdas? Y aunque así fuera, ¿cómo iban a hablar en privado con Ellora tan cerca? Haith sabía que el amor de Bertie

por Pharaon evitaría que su hermana aceptara su compromiso con Tristan, y menos ahora que antes de su desaparición. Pero la voluntad de una mujer no significaba nada frente a la de un rey.

Haith sintió cómo se le llenaban dolorosamente los ojos de lágrimas, y se cubrió el rostro con las manos. “Si hubiera cerrado la boca, ahora podría estar consolando a Bertie”.

Pero no. Por muy crueles que hubieran sido las palabras que le había dicho Ellora, Haith no podía permitir que otra persona fuera encarcelada en su lugar. Tristan necesitaba conocer la verdad, y aunque ella sentía que su conciencia se había liberado de un peso, las consecuencias eran amargas. Haith nunca podría olvidar la fría dureza de su mirada cuando se confesó a él, ni el modo en que Tristan trató de excusarla a pesar de todo.

Haith sintió una opresión en el pecho y contuvo un sollozo. ¡Esa estúpida maldición! ¿Por qué tenía que cargar no sólo con un hechizo que le impedía ser feliz, sino también con talentos hereditarios que provocaban el desastre cuando se utilizaban? Haith maldijo el linaje que condenaba a las mujeres Buchanan a destruir las vidas de los hombres a los que amaban.

—Oh, dulce Corra —susurró alzando la cabeza ligeramente al darse cuenta de que sus temores se habían confirmado—. Le amo.

—¿Haith? —preguntó Ellora con voz vacilante—. ¿Estás enferma?

Haith hizo un esfuerzo por mantener un tono normal a pesar de las lágrimas que ahora resbalaban por su rostro.

—No, Ellora.

—Estás hablando sola —el tono de Ellora se volvió ácido una vez más—. No quiero estar encerrada con una loca.

Al ver que no obtenía ninguna respuesta, Ellora lo intentó con una táctica diferente.

—Haith, si te hago una pregunta, ¿podrás responderme con sinceridad por una vez?

—No te mentaré, Ellora —la voz de Haith estaba ronca por los sollozos contenidos—. Si no puedo contestarte con sinceridad, entonces no diré nada.

Ellora pareció satisfecha con la respuesta.

—Si de verdad mi esposo te hizo esa proposición, como tú aseguras, si tanto te desea, entonces, ¿por qué te envió a Greanly, lejos de él? Hubiera sido muy conveniente para él entretenerse contigo mientras Soleilbert y yo estábamos fuera.

—¿No estabas escuchando cuando Minerva lo explicó en el salón? —Haith se secó las lágrimas de la cara y dejó a un lado su tristeza, agradecida por poder dar rienda suelta a la rabia que sentía hacia Nigel—. Tu esposo me dio a escoger, Ellora. Al parecer su codicia es tan grande como su lujuria.

—Así que tu explicación es que si no lograba persuadirte para que te acostaras con él, entonces utilizaría tu ayuda para asegurarse Greanly —Ellora pareció meditar en su cabeza sobre aquella posibilidad.

—Sí. Y escogiera lo que escogiera, estaba condenada.

—¡No eres tú la que me importa! —la voz de Ellora adquirió un nuevo tono de ira que Haith no recordaba haberle oído antes. La rubia mujer aspiró con fuerza el aire para calmarse antes de continuar—. ¿Qué te dijo del futuro de Soleilbert en caso de que Tristan cayera en desgracia?

Haith parpadeó varias veces, confundida.

—Sólo dijo que Bertie era lo suficientemente joven como para volver a casarse.

De la celda del otro lado del corredor surgió un lenguaje tan ordinario que Haith dio un respingo inconscientemente. Todo quedó en silencio un instante antes de que Ellora volviera a hablar, y esta vez lo hizo con tono acusador.

—¿Y no podías, sencillamente, haberte acostado con él?

Haith se puso rápidamente de pie, indignada. Se acercó a la ventanita de su celda para mirar con ojos acusadores a la otra mujer.

—¿Para así demostrar que tienes razón cuando dices que soy una puta? Antes preferiría quitarme la vida.

—¡Oh, crece de una vez! —chilló Ellora—. Yo aprendí hace mucho tiempo que la vida no es un cuento de hadas, Haith. En ocasiones nos vemos obligados a llevar a cabo tareas desagradables.

—¿Tú verías el hecho de que Nigel me violara como una tarea desagradable?

—¡Si sirviera para librar a Soleilbert de una vida como la mía, sí! —El pecho de Ellora subía y bajaba rápidamente—. ¿No dices que la quieres tanto?

—Ellora —la mirada azul y helada de Haith se posó en los ojos marrones de Ellora—. Lamento sinceramente el dolor que te causó mi madre. El recuerdo de sus actos me avergüenza todos los días de mi vida. Pero no puedes pretender que me pase el resto de mis días pagando una deuda que no es mía. Yo quiero a Soleilbert, y tomé la decisión de venir a Greanly pensando en su beneficio. Si tuviera la oportunidad de volver a escoger —la imagen de Soleilbert tras la noche que había pasado con Pharao atravesó la mente de Haith—, volvería a hacer lo mismo.

—Entonces eres una estúpida y una egoísta —aseguró Ellora con hartazgo—. Él no hubiera podido hacerte un hijo en ningún caso... su semilla está muerta.

Haith abrió mucho los ojos con asombro.

—Pero me dijo que...

—Ya sé lo que dice; eso no es más que un bálsamo para su ego. ¿Crees que estoy ciega y no veo el modo en que coquetea con las sirvientas? ¿Y no te parece extraño que ninguna de ellas se haya quedado embarazada de él en ocho años? —gruñó Ellora—. Mi capacidad para concebir un hijo es cuestionable si él no tiene ninguna semilla que plantar. El peor destino que podrías haber sufrido en sus manos sería perder la virginidad y sufrir un golpe en tu dignidad. Te aseguro que esas son cargas fáciles de soportar.

—Tú no sabes nada de mis cargas —aseguró Haith con resentimiento.

—Ni tú de las mías —respondió Ellora mientras la joven se apartaba de la ventana.

Haith se desplomó contra la esquina y sintió que le hervía la sangre. No importaba el camino que escogiera, parecía que siempre se equivocaba. Estaba cansada de la culpa, harta de cargar con el pecado de su propia existencia. Agotada por la lucha de ocuparse del bienestar de aquellos que le importaban, y a los que sólo les provocaba más desgracias. Era como si gritara y gritara y nadie prestara atención a sus gritos.

Tal vez fuera la autocompasión, combinada con el encierro en la celda, lo que le devolvió el recuerdo vivido del sueño del prado vacía Haith se quedó paralizada, y un escalofrío se apoderó de ella mientras los terroríficos detalles de la pesadilla florecían en su mente. Todo se parecía demasiado como para que se tratara de una simple coincidencia. Los muros de piedra, la sensación de soledad y de aislamiento. La misteriosa advertencia de Pharao resonó en su cabeza como si se la estuviera susurrando al oído.

No puedes detener lo que no puedes controlar.

Haith sabía que tenía que encontrar la manera de hablar con Bertie y averiguar con exactitud qué le ordenaba Guillermo a Tristan en su mensaje.



La oportunidad se presentó antes de lo que Haith había esperado. Antes de que anoheciera, Bertie bajó a las celdas acompañada de Barrett.

El gigantesco alguacil precedía a la hermana de Haith con una antorcha en la mano, iluminando los candelabros de la pared que se alineaban en el corredor y que no sólo proporcionaban luz, sino también calor a las húmedas mazmorras que se agradecía mucho. Barrett llevaba en la otra mano dos pequeños braseros. Soleilbert lo seguía de cerca con un bulto

en brazos. La luz de la antorcha de Barrett reveló unas mejillas sonrojadas y unos ojos hinchados, que se apartaron de Haith.

—Buenas noches, señoras —tronó Barrett—. Hemos venido a traer provisiones.

La llave maestra resonó en la cerradura de la celda de Haith, y al instante se abrió la puerta, dejando paso a los dos visitantes.

—¿Qué significa esto? —gritó la voz de Ellora al otro lado del corredor—. Yo también necesito provisiones.

—Enseguida estoy con vos, lady Ellora —aseguró Barrett con suavidad—. Dejó uno de los braseros en el suelo y señaló con un gesto el bulto con el que cargaba Bertie.

La mirada de Haith se posó preocupada sobre la figura de su hermana cuando Bertie desenrolló las cosas que traía, permitiendo que Barrett escogiera varios objetos antes de salir de la celda de Haith. A ella no le sorprendió en absoluto escuchar una vez más el sonido de la cerradura. Después de todo, era una prisionera tan infame como el vil Donald, y no se podía confiar en ella.

Haciendo caso omiso del retraimiento de su hermana, Haith corrió a abrazar a Bertie, cuya única respuesta fue permanecer rígida.

—Bertie, querida, ¿cómo estás? —susurró echándose hacia atrás para observar su rostro—. ¿Bertie?

Soleilbert alzó finalmente los ojos.

—Soy una estúpida, Haith —le temblaba la barbilla—. ¿Cómo se me ha pasado por la cabeza que regresaría?

Haith atrajo a su hermana hacia sí una vez más.

—Apuesto a que Pharao no escogió ser víctima de una emboscada. Regresaba a ti cuando lo abordaron. Tal vez sus secuestradores le pidan un rescate a lord Tristan.

—Están apartando de mí a todos los que quiero —Bertie se encogió de hombros y se apartó, secándose las lágrimas del rostro. Se agachó y empezó a sacar cosas del fardo que había traído: una manta, una bata y el cepillo de pelo de Haith. Luego se incorporó y se puso frente a su hermana, mirando la ventana de barrotes antes de susurrar sus siguientes palabras.

—Guillermo ha denegado la petición de lord Tristan.

Haith palideció y apoyó la palma de la mano en el rugoso muro de piedra para sujetarse. Antes de que pudiera pronunciar una palabra de respuesta, Bertie volvió a hablar.

—¿Tienes pensado huir si te sueltan?

Haith asintió despacio.

—Sí. A Escocia, en cuanto pueda arreglarlo. No me quedaré en Greanly para complicar más las cosas, sobre todo ahora que sabemos que el rey no simpatiza con nuestra causa. Y no puedo volver a Seacrest —se detuvo un instante, sin saber muy bien cómo continuar—. Bertie, Nigel me mandó aquí para...

—Ya lo sé, hermana —Bertie la miró a los ojos sin temor, y Haith se quedó asombrada ante la tranquila resignación que vio en ellos—. Barrett me explicó los detalles antes de que bajáramos, pero hace semanas que lo sospecho.

—Lo siento —susurró Haith—. Nunca fue mi intención mentirte, Bertie. Yo quería...

—Haith —la interrumpió Bertie de nuevo con dulzura, y su rostro se suavizó—. Lo sé.

Aquellas dos sencillas palabras significaban un mundo para Haith, y al instante se sintió absuelta. No necesitaban decirse nada más.

Entonces en la boca de Bertie advirtió una expresión funesta mientras meditaba durante un instante.

—Lord Tristan ha partido esta noche de viaje en busca de noticia; de Pharao. Si regresa sin ninguna esperanza, me iré contigo.

A Haith se le vino el mundo encima. Tristan se había marchado de Greanly sin decirle ni una palabra. No debería sorprenderle que hubiera cerrado su corazón a aquella que le había

traicionado, y sin embargo, el hecho de saber que se había marchado tan despreocupadamente justo después de su confesión la dejaba destrozada.

“Bien”, se dijo a sí misma, “ahora ha terminado definitivamente para mí. La maldición ha conseguido su propósito una vez más”.

—¿Haith? —Bertie agarró el brazo de su hermana al ver que no contestaba—. No me digas que no puedo acompañarte...

—No, no —Haith se sacudió y trató de esbozar una sonrisa. El resultado fue más bien triste—. Por supuesto que puedes venir, si ese es realmente tu deseo.

—No me quedaré en Greanly para casarme con un hombre al que no amo, por mucho que lo ordene Guillermo. Mi corazón pertenece a Pharao y siempre será así —Bertie miró de reojo a la puerta de la celda—. Tú eres ahora mi única familia, Haith, y no te voy a perder a ti también.

A Haith se le llenaron los ojos de lágrimas, y asintió con brevedad.

—Entonces, está decidido. Mientras Tristan esté fuera, aprovecharemos el tiempo para planearlo —al oír cómo Barrett salía de la celda de Ellora, Haith se apresuró a hablar—, mándame a Minerva.

Bertie negó con la cabeza.

—No... sospecha que vas a huir y ha hablado de detenerte. Debemos planear esto en secreto hasta que llegue el momento. O viene con nosotras, o la dejamos aquí.

Haith estaba sorprendida y bastante impresionada con la recién descubierta determinación de Bertie, pero no pudo responder porque la puerta de su celda se abrió de golpe.

Barrett entró en el pequeño habitáculo, que llenaba prácticamente con su volumen.

—Lady Haith, por la mañana os traeré algunas cosas para que os podáis sentir más a gusto aquí. Confío en que podréis arregláros las esta noche.

Haith lo miró con recelo. Nunca antes había escuchado que un carcelero tratara de que su prisionero se sintiera más cómodo, pero se mordió sabiamente la lengua. Tal vez alguno de los objetos que llevara Barrett le serían de utilidad para su viaje.

—Te lo agradezco, Barrett. Gracias por tu amabilidad.

—No es cosa mía. Lord Tristan me pidió que cuidara de vos.

—Barrett ignoró el ceño desconfiado de Haith y se dirigió a Soleilbert—. Lady Bertie, ¿estáis lista para marcharos?

—Déjame unos instantes más, Barrett —cuando el hombre salió respetuosamente al corredor, Bertie se acercó al oído de Haith—. Volveré por la mañana. ¿Qué tengo que hacer para nuestros preparativos?

—En primer lugar, conseguir un mapa —la mente de Haith se puso rápidamente en marcha—. No podemos depender de la memoria de Minerva para que nos guíe aunque esté de acuerdo con el plan. Debemos conocer la ruta.

Bertie asintió.

—Esta noche buscaré en los aposentos del señor.

—Prepara también ropa para las dos. Y dinero. Será sospechoso que haya provisiones en mi celda, pero necesitaremos tenerlas a mano cuando llegue el momento.

—Esas tareas tan sencillas no presentarán ninguna dificultad si mi madre ya no está encima de mí —Bertie abrazó a su hermana—. Ojalá no fuera necesario todo esto, Haith. La verdad es que tengo miedo.

—Lo sé, hermana. Yo también tengo miedo.

La voz de Ellora hizo que las dos hermanas se separaran.

—¡Soleilbert! Haz el favor de no ignorarme.

—¡Ya voy, madre! —Bertie cruzó la puerta—. Que duermas bien, Haith.

La única respuesta de Haith fue una débil sonrisa. Hacía muchos meses que el sueño y ella no era amigas. Se sentó cansada al lado del brasero, deseosa de calor.



En la pequeña cabaña que compartía desde hacía muy poco con su sobrina, Minerva se mecía como si estuviera en trance delante del frío y oscuro hogar. La ausencia de fuego no impedía que traslucieran las visiones que se habían apoderado de la vieja curandera, porque tenía los ojos de la mente llenos de llamas.

Desde el interior del encendido muro emergían rostros y formas, y de los labios arrugados de Minerva salían murmullos en gaélico mientras ella se concentraba.

—Debes esperar, hada —imágenes de Haith surgían a través de las llamas, y su cabello bailaba salvajemente en medio de aquel infierno. Apareció Tristan, y un grito silencioso de rabia le congeló las facciones del rostro. Blandió una espada gigantesca sobre el fuego, como si con ella pudiera vencer al enemigo en llamas.

Minerva contuvo la respiración, y entonces la imagen estalló en millones de brasas diminutas. La curandera recuperó la conciencia de que estaba sentada en su silla de la cabaña. Todo su cuerpo temblaba con el recuerdo de lo que había visto. Con las piernas temblorosas, la mujer se dejó caer sobre sus huesudas rodillas para prender un fuego que le calentara, pero se quedó petrificada cuando vio lo que estaba garabateado en las cenizas del hogar.

Cunmart.

Peligro.

Minerva borró rápidamente el funesto presagio con la mano, que le temblaba como si estuviera paralizada. Se puso en cuclillas, olvidándose del fuego, aunque el sol se había puesto ya del todo y la cabaña descansaba entre sombras.

La última vez que Minerva había tenido una visión de fuego, su dulce Corinne había muerto. No le cabía ninguna duda de que Haith tenía planeado huir de Greanly; ahí estaba el peligro. Lejos del castillo, no podía protegerla. Minerva le agradecía a Corra que por el momento estuviera encarcelada, y le rezó por el pronto regreso de Tristan. Por primera vez, la anciana rezó también para que Haith no experimentara con su don más allá de la inocente rotura de cacharros de barro. Si descubría el alcance de sus poderes, combinados con su obstinación, Minerva no estaba segura de que pudiera hacerse algo para proteger a Haith de sí misma.

Capítulo 22

Habían transcurrido tres días desde el encarcelamiento de Haith, y aunque le había resultado difícil acostumbrarse a las pequeñas dimensiones de la celda, tenía que admitir que estaba espléndidamente equipada. Le habían llevado un pequeño camastro que colocaron en la esquina del fondo y cubrieron con pieles para que fuera más cómodo. También le habían llevado una mesa pequeña y dos sillas para las comidas que le llevaba el joven Ham, y para las visitas diarias de Soleilbert. En realidad, si no fuera por el hecho obvio de que estaba prisionera, la celda, podría parecer el típico aposento de una dama. Barrett incluso le había colocado una especie de cortina sobre la ventana de barrotes para que tuviera intimidad cuando se cambiara de ropa o se bañara.

Los días habían entrado en una especie de rutina. Por las mañanas, Barrett le llevaba una olla con agua para que se lavara; lo acompañaba Ham, que le llevaba el almuerzo. Soleilbert y Minerva solían aparecer al mediodía para comer, Bertie con su madre y Minerva con Haith, pero luego su hermana pasaba la tarde entera en la celda de Haith. Allí hacían planes hasta que Ham llegaba con la cena, y al día siguiente todo volvía a repetirse.

La actitud de Minerva en los últimos días tenía muy nerviosa a Haith. La anciana curandera la interrogaba sin piedad, su mirada afilada parecía escarbar en el cerebro de Haith en busca de las respuestas que se le negaban. Minerva tocaba el tema de Escocia casi diariamente, y cuando Haith cambiaba de tema, le regalaba los oídos con alguna historia sobre jóvenes muchachas que se perdían mientras viajaban y de las que nunca más volvía a saberse nada. Parecía como si Minerva quisiera volver a hablar de Corinne y James, como siempre, pero Haith no tenía ánimo para sufrir el dolor que le provocaba aquel hurgar de Minerva en el pasado.

Era el error de sus padres lo que Haith confiaba en enderezar con su huida y la de Soleilbert.

Mientras Minerva se mostraba inusualmente inquieta, Ellora estaba anormalmente callada. El frecuente acoso que ejercía sobre Haith había cesado casi del todo, y los únicos momentos en los que se le podía sacar algo de conversación era mientras estaba Bertie de visita. Cuando Barrett bajaba a las celdas a ver si las prisioneras se encontraban bien, Ellora volvía a sus antiguas exigencias, insistiendo en que la soltaran y solicitando hablar con lord Tristan. Al parecer, Ellora era la única que no estaba al tanto de su ausencia.

El comportamiento de la dama se hizo todavía más extraño al finalizar la mañana del cuarto día, cuando llegó un mensajero de Nigel interesándose por su bienestar y preguntando cuándo iba a celebrarse la boda. También preguntaba por el paradero de Haith. Quería saber si seguía viviendo en Greanly. La rabia se apoderó de Ellora, que rompió el pergamino en trozos pequeños y los dejó caer en el brasero.

Barrett se quedó mirando fijamente durante un instante a Ellora mientras ella recorría arriba y abajo la celda delante de él, golpeándose la palma de la mano con el puño.

—¿Cuál es vuestra respuesta, mi señora?

—No tengo ninguna respuesta para ese hombre atroz. Que se quede sentado en Seacrest hasta que se pudra.

Barrett cambió el peso de su cuerpo de un pie a otro.

—Su mensajero espera en la entrada. Debéis contestarle, lady Ellora, o tal vez él mismo se presente aquí. No podemos...

—Por supuesto, tienes razón —Ellora se dio la vuelta y extendió la mano para recibir la pluma y el pergamino que Barrett le ofrecía—. No debemos darle razones para venir a Greanly hasta que yo esté preparada para él.

Ellora tomó asiento en su mesita y redactó una corta nota manuscrita.

Al otro lado del corredor, Haith escuchaba con descarada curiosidad. Nunca había oído a Ellora criticar a su esposo de semejante manera, y sus extrañas palabras hicieron que Haith se sintiera incómoda. Daba la impresión de que la otra mujer tenía sus propios planes.

Ellora firmó el mensaje y lo dobló, pero cuando estiró el brazo para buscar el candil y sellar el pliegue, la mano de Barrett detuvo la suya. El alguacil cogió el pergamino y salió de la celda, cerrando la puerta tras de sí.

—Lo siento, mi señora —dijo—. No puede haber mensajes secretos.

—Como deseas, Barrett —suspiró Ellora. Se acercó a la apertura para quitarse el anillo de sello del dedo y pasárselo al alguacil a través de los barrotes—. Si no va sellada, Nigel sospechará.

En cuanto el anillo cayó en la palma de Barrett, Ellora se apartó de la ventanita, despidiendo a Barrett bastante alegremente para tratarse de alguien que estaba encerrado. El hombretón se giró hacia la celda que estaba detrás de él.

—¿Lady Haith?

Haith estaba en su propia ventanita.

—¿Sí?

Barrett le deslizó la carta a través de los barrotes.

—¿Podrías leer esto en alto? —el rostro del alguacil se sonrojó.

Haith cogió la carta y la desdobló para encontrarse con la delicada caligrafía de Ellora. Se aclaró la garganta mientras lanzaba una mirada a la celda que quedaba al otro lado de la suya y comenzó a leer.

Mi señor esposo,

No debes preocuparte de nada. Los preparativos de la boda siguen su curso, y todo marcha bien en Greanly. Por supuesto, te será notificado cuándo va a celebrarse la ceremonia. Cuento los días que faltan para que estemos juntos de nuevo.

Tu esposa, Ellora.

Barrett asintió satisfecho y le pasó el anillo de sello a Haith, que fue la que llevó a cabo la tarea de sellar la carta. Cuando el alguacil se hubo marchado, Haith se quedó mirando hacia el otro lado del corredor, pensando en si sería inteligente entablar una conversación con Ellora.

—¿Ellora? ¿Te ha molestado el mensaje de Nigel?

—Su mera existencia me molesta —fue la respuesta desde las profundidades de la otra celda—. No me agobies con tu infantil interrogatorio, Haith. Como de costumbre, tengo muchas cargas de las que ocuparme, y no quiero que me molestes con tu charla banal.

El rostro de Haith se volvió tenso al recibir aquel rapapolvo. Decidió dejar a la susceptible mujer por el momento, pero se quedó con el pequeño trozo de información que había deducido del arrebato de ira de Ellora.

Se escuchó el sonido de unas voces, y Minerva y Soleilbert entraron en el corredor con Ham, que llevaba unas cestas con el almuerzo del mediodía. Minerva siguió al muchacho hasta la celda de Haith, pero Soleilbert se quedó en el corredor y se apoyó contra los barrotes para susurrarle a Haith.

—Hay un mensajero de Nigel esperando —su rostro estaba inusualmente pálido.

—Lo sé —Haith miró hacia atrás de reojo y vio a Minerva sentándose a la mesita—. Pero no pasa nada. Tu madre ha dejado el interrogatorio de Nigel a un lado por el momento —Haith frunció el ceño—. Hermana, ¿no te encuentras bien?

Soleilbert sacudió la cabeza.

—Últimamente no.

La comida pareció prolongarse durante una eternidad. Haith tuvo que soportar más cuentos crípticos de labios de Minerva. La joven comió deprisa, no tenía hambre pero quería que terminara la visita. Soleilbert no tenía buen aspecto, con el rostro pálido y los ojos cansados, y Haith temía que les esperaban malas noticias. Minerva, por su parte, parecía contenta con echar allí la tarde. Comía el estofado sin prisa y divagaba sobre los numerosos métodos de tortura que empleaban los bandidos de los caminos en sus víctimas antes de asesinarlas sin piedad.

—Me encanta, Minerva —dijo Haith con una risa burlona—. Es increíble que hayas acumulado tanta información sobre esos crueles ladrones mientras preparabas tus pociones aquí y en Seacrest.

—No te hagas la lista conmigo, hada. Yo tenía una vida antes de que tú aparecieras en este mundo.

—¿Una vida de bandida, tal vez?

—Uf —Minerva frunció el ceño y se puso de pie, dando por finalizada la visita, y Haith suspiró aliviada para sus adentros—. Ya veo que hoy no estás de humor para aguantarme.

—Oh, no hagas pucheros —Haith sintió una punzada de arrepentimiento por su sarcasmo, porque sabía que las divagaciones de Minerva eran su manera de intentar protegerla. Sin embargo, los acontecimientos del día habían agotado ya la paciencia de Haith.

La joven abrazó a Minerva y le rozó con los labios la suave y arrugada mejilla.

—Ya sabes que te quiero, *a'phiutar mo sheanar*. No te preocupes tanto por mí.

Normalmente, utilizar la expresión gaélica que significaba “tía abuela” hacía sonreír a Minerva, pero en aquel momento no fue así. La anciana arrugó la frente y curvó la boca hacia abajo en gesto de desilusión.

—Si no fueras tan parecida a tu madre, tal vez no me preocuparía —Minerva le devolvió el abrazo y se dirigió hacia la puerta—. Date prisa, pequeño Ham. Es hora de que me vaya.

Cuando el portón se abrió, Minerva salió al corredor y se detuvo frente a la ventanita de Ellora.

—Buenos días, mi señora —dijo con tal dulzura que incluso Haith se avergonzó.

—Lárgate, bruja —murmuró Ellora enfadada. Pero no dijo nada más.

Minerva soltó una carcajada.

—Ya no eres divertida, Ellie. Parece que la prisión ha acabado con tu sentido del humor —Minerva se dirigió hacia las escaleras mientras el sonido de sus carcajadas se iba desvaneciendo.

Ham dejó la puerta de Haith entreabierta mientras dejaba entrar a Soleilbert, arriesgándose a que Barrett le azotara la espalda hasta desollársela si le viera haciendo algo así. Soleilbert salió de la celda de Ellora y cruzó directamente el corredor mientras Ham recogía los restos del almuerzo de la mesa de Ellora y le reponía los suministros.

—Siéntate, Bertie —Haith acompañó a su hermana a una silla tras observar el tono verdoso de su piel—. ¿Qué te ocurre?

Bertie habló en voz alta para que Ellora pudiera oírla.

—No es nada, Haith. He comido algo de carne en mal estado, eso es todo. Luego me tomaré uno de los caldos de Minerva—. Sus ojos suaves y oscuros se llenaron de lágrimas cuando se inclinó por encima de la mesa para susurrarle a Haith—, este mes he tenido una falta.

—Oh, Dios mío —Haith contuvo el aliento. Aquello explicaba la palidez de Soleilbert—. Bertie, ¿estás esperando un hijo?

La hermana de Haith asintió, y una débil sonrisa le cruzó el rostro.

—No puedo evitar estar contenta, aunque esto no encaja bien con nuestros planes.

—No puedes venir a Escocia —susurró Haith—. Sería demasiado arriesgado para el bebé.

—Lo sé, pero, ¿qué voy a hacer si Pharao no regresa? No puedo mantener eternamente en secreto el hecho de que estoy esperando un hijo, y no puedo criar a un hijo ilegítimo en los dominios de Nigel. Temería por su seguridad.

—Sí, tienes razón —Haith se llevó los dedos a los labios en gesto pensativo. El hijo de Soleilbert, ¡el sobrino o la sobrina de Haith!, se merecía un hogar lleno de amor, en el que estuviera rodeado de gente que lo quisiera tanto como sus padres. Eso no ocurriría sin duda bajo el retorcido mandato de Nigel. La vida de Soleilbert y la de su hijo serían un auténtico infierno.

Haith hubiera jurado que escuchó el sonido de su corazón al romperse cuando la solución le llegó con tanta sencillez como tomar e. aire para respirar.

—Bertie, hay una manera de asegurar el futuro de tu hijo. Pero sólo una.

—Entonces debes decírmela, y rápidamente.

—Si Pharao no regresa con Tristan, debes seguir con el contrato matrimonial y casarte con el señor.

—¡Haith! —susurró Bertie—, ¿estás loca? ¡Tristan es tu alma gemela!

—Escúchame, hermana —insistió Haith con voz firme—. Yo voy a ir a Escocia contigo o sin ti, porque mi propósito no es solo escapar de Nigel. Debo buscar a la familia de mi madre y descubrir la manera de poner fin a la maldad que ha atormentado a mis ancestros femeninos. He traicionado a Tristan de tal manera que su corazón ahora está cerrado a mí, y eso no puedo cambiarlo.

—¡Haith, Tristan te ama! —insistió Bertie—. Él es...

—Bertie, por favor —Haith cortó a su hermana con sequedad—. Mi destino está sellado, gracias en parte a mis padres. Ahora mi preocupación, y la tuya también, debe ser únicamente tu hijo. ¿Querrás escucharme?

Cuando Bertie asintió sin excesivo convencimiento, Haith continuó.

—Tristan ha dicho muchas veces que Pharao es como su hermano. Si algo le ocurriera a tu amor, ¿crees que Tristan no cuidaría de tu hijo como si fuera suyo? ¿No piensas que eso es lo que Pharao desearía también?

—No puedo, Haith. Nunca podrás regresar a Greanly... ¡Será demasiado doloroso para ti!

—Una vez me haya ido, no podré volver jamás de todas maneras. Nigel ordenará que me maten por no haberle ayudado —Haith estiró el brazo por encima de la mesa para agarrar la mano de Soleilbert y la apretó con fuerza—. Tal vez cuando haya nacido el bebé, Tristan permitirá que me visites. Pero eso sólo será si Pharao no regresa, y puede que lo haga.

—No puedo pensar ahora en esto —Bertie se apartó—. Es demasiado horrible.

—*Debes* pensar en ello —insistió Haith—. Nos estamos quedando sin tiempo. Ya sabes que Tristan cuidará de ti —ahora Haith suplicaba—. Bertie, por favor. Voy a marcharme a Escocia y a dejar esta vida atrás. No me des motivos para estar preocupada por ti cuando no es necesario.

Bertie se lo pensó durante unos instantes antes de aspirar el aire por la nariz y asentir.

—Pero sólo si Pharao no regresa y lord Tristan está de acuerdo.

Ham entró en la celda y comenzó a recoger la vajilla utilizada, provocando que Haith y Bertie se apartaran de la mesa para sentarse en el pequeño camastro.

—Entonces, ¿cuándo te vas? —susurró Bertie.

La expresión de Haith se endureció mientras se preparaba para la reacción de Bertie a su respuesta.

—Ahora pienso que debería partir esta misma noche. Hay luna llena, y eso me proporcionará suficiente luz para moverme.

—¿Tan pronto? Pero lord Tristan no...

—Escocia está lejos, hermana, y si quiero escapar de las garras de Nigel, debo hacerlo mientras tenga la oportunidad.

Bertie se apretó las manos pero no siguió discutiendo.

—¿Quieres que te traiga provisiones?
—No —Haith miró hacia Ham, satisfecha al ver que estaba bastante lejos—. Yo iré a tus aposentos cuando anochezca.
—Pero, ¿cómo vas a escaparte con la puerta cerrada?
—No te preocupes por eso —aseguró Haith distraídamente—. Pero es importante que hoy no pases mucho tiempo conmigo para que no te veas implicada en mi fuga.
—Comprendo —dijo Bertie con el dolor reflejado en el rostro.
—Entonces —Haith aspiró con fuerza el aire para tranquilizarse— vete. Te veré antes de que se ponga la luna.
—¿Irme *ahora*?
Haith asintió con sequedad.
—Es lo mejor.
Bertie se puso de pie y su hermana la siguió hasta el portón, donde se abrazaron con fuerza.
—Te quiero, Haith.
—Yo también te quiero.
Bertie se apartó de su hermana y corrió hacia sus aposentos, provocando que Ham se detuviera con la cesta llena.
—¿Se encuentra mal lady Soleilbert?
—No, Ham. Echa de menos a lord Tristan, eso es todo.
—Entonces, ¿es verdad lo que dicen los rumores? ¿Lady Soleilbert se va a casar con el señor?
—Eso parece —Haith volvió a tomar asiento sobre el camastro, algo molesta porque el muchacho no terminara de marcharse.
Ham miró a su alrededor y luego se acercó a Haith, sacando su pequeña lengua nerviosamente para humedecerse los labios.
—Hoy ha venido un buhonero a Greanly.
—¿De veras? —Haith cogió la aguja y su labor con la esperanza de que Ham la dejara—. Eso es un regalo para las mujeres del pueblo. Tal vez consigas sonsacarle alguna baratija.
—Sí —Ham volvió a mirar de reojo hacia atrás—. Espero terminar pronto con las tareas que me ha encargado Barrett, porque el buhonero dice que se va a marchar muy pronto —Ham miró a los ojos a Haith—. Va a viajar hacia el norte, y habla la lengua de Minerva.
La joven y el muchacho se quedaron mirándose fijamente el uno al otro en tenso silencio mientras el comentario de Ham quedaba colgando en el aire. Haith escogió cuidadosamente sus siguientes palabras, y las pronunció en voz baja.
—Esta información que me das es muy interesante, Ham. ¿Sabes también cuándo se marchará este buhonero?
Ham asintió lentamente.
—Al amanecer. Dice que tiene prisa en volver con su familia. Tal vez a mi señora le gustaría ver alguno de sus artículos. Podría preguntarle a Barrett si...
—No —Haith no quería tener ninguna relación con él si el plan que estaba formulando tenía éxito.
—¿Dónde está durmiendo el buhonero?
—En los establos, con su carro.
—¿Vendrás a avisarme si parte antes del amanecer?
Ham volvió a asentir una vez más.
—No hemos tenido esta conversación —le advirtió Haith—. Si te vas de la lengua, me pondrías en situación de grave peligro. ¿Lo comprendes?
—Sí, mi señora —el rostro aniñado de Ham estaba muy serio cuando se dio la vuelta para marcharse—. Buenos días.

—Gracias, Ham —susurró Haith.

Capítulo 23

El caballo de Tristan bailó y resopló sobre los adoquines iluminados por la luna de aquella callejuela de Londres. Las casas, pegadas las unas a las otras como si fueran dientes, hacían que el animal se pusiera nervioso, acostumbrado como estaba a los amplios y rurales caminos y a los campos. Tristan sujetó con decisión las riendas y le dio una palmadita en el ancho cuello, urgiéndolo a adentrarse en la oscuridad del interior de la ciudad.

Los agudos ojos de Tristan escudriñaron las casas mientras mantenía todos sus sentidos en alerta sobre lo que sucedía a su alrededor. La zona de la ciudad hacia la que le habían dirigido era muy marginal, y oscuros personajes deambulaban entre sombras todavía más oscuras: borrachos, mercenarios, prostitutas, todos a su vez con miradas agudas que se clavaban desconfiadas en aquel hombre montado a lomos de tan fino caballo. Tristan flexionó la mano que descansaba sobre su muslo, preparado para disuadir a cualquier posible ladrón. Aunque hacía un calor sofocante aquella bochornosa noche en el callejón, la mezquina brisa no era bienvenida, porque iba cargada de un hedor pegajoso a podrido, sucio y húmedo.

La casa que Tristan estaba buscando apareció ante sus ojos; era una estructura de madera destartada de dos plantas. Las ventanas del piso inferior estaban oscuras, pero una luz en la parte de arriba indicaba que había alguien dentro.

Tristan desmontó con facilidad y estaba atando las riendas alrededor de un poste cuando vio el dibujo de una sombra cerca de él. Se giró con cautela, rozando suavemente y con cuidado la empuñadura de su espada.

Una joven prácticamente desvestida cuyo rostro demacrado no dejaba traslucir su edad se acercó a él con una mueca parecida a una sonrisa. Le faltaban la mayoría de los dientes, y la fina cicatriz que le cruzaba la mejilla hacía que se le bajara ligeramente el párpado inferior.

—Buenas noches, mi señor —trató de emitir una especie de arrullo seductor que surgió más bien como un gorgojeo—. ¿Queréis compañía para esta noche? —la joven estiró una mano sucia para acariciar la túnica de Tristan.

Tristan tenía en la punta de la lengua un brusco rechazo, pero antes de que pudiera verbalizarlo, su caballo dio una coz contra el suelo, haciendo que un pensamiento se le pasara por la cabeza. No le gustaba la idea de dejar su caballo en aquella mísera calle mientras él llevaba a cabo sus averiguaciones. Las comisuras de sus labios se alzaron en una sonrisa adormilada.

—Lo cierto es que la oferta me resulta de lo más tentadora, mi señora —el uso de aquel título fue recibido con deleite por la prostituta, que se le arrimó más. Tristan trató de respirar por la boca.

—Tengo justo lo que necesitas —lo animó la mujer apretando su pecho plano contra el torso de Tristan—. Entra conmigo y...

—Un momento, te lo ruego —la interrumpió Tristan—. Primero tengo que resolver unos asuntos. Espera por mí aquí, y tal vez cuando vuelva podamos disfrutar de nuestra mutua compañía.

—Oh, por supuesto, mi señor —la prostituta deslizó una mano ávida por el pecho de Tristan antes de que él pudiera apartarse. Mientras se retiraba, la prostituta le gritó:

—Estaré aquí mismo. ¡No me tengas esperando!

—Sólo será un momento —prometió Tristan mientras la dejaba cuidando su caballo.

Llamó con fuerza a la puerta de la casa y escuchó unos pasos dentro. Una voz joven habló desde el otro lado de la puerta en un idioma que Tristan no entendió.

—Busco a un hombre llamado Shakir Apom —dijo con la esperanza de que el joven entendiera inglés. Al no obtener respuesta, lo intentó en francés. Frustrado, volvió a aporrear la puerta.

—*Monsieur Apom! Ouvrez la porte, s'il vous plait!*

Tristan escuchó el pesado chasquido de un cerrojo y la puerta que tema delante se abrió hacia dentro, despidiendo una luz amarilla en la calle y revelando a un hombre alto y delgado que estaba con un niño. Ambos tenían la piel y los ojos oscuros. El niño miró nerviosamente primero a Tristan y luego al hombre que tenía al lado, y habló muy deprisa en aquel idioma extranjero. El hombre respondió con sequedad, y el pequeño desapareció a toda prisa en el interior de la vivienda.

El hombre alto habló.

—Sois Tristan D'Argent, ¿verdad?

—Sí. Estoy buscando a Shakir Apom. ¿Está aquí?

El hombre se echó hacia atrás para permitirle el paso a la morada. Luego echó el cerrojo, y Tristan miró alrededor de la estancia en la que estaba. Las paredes eran sencillas pero estaban enlucidas. Una especie de altar adornaba una de las esquinas, y los diez candelabros que lo rodeaban otorgaban a la estancia un brillo espectral. Unas alfombras tejidas de complicados y coloridos diseños cubrían el suelo prácticamente de pared a pared, y de ambas ventanas colgaban unas telas oscuras y pesadas que explicaban la opacidad que se veía desde la calle. El anfitrión de Tristan estaba descalzo, y cruzó la estancia para sentarse sobre un cojín plano, indicándole a Tristan con un gesto que hiciera lo mismo.

—Si gustáis —dijo el hombre. Cogió una jarra pequeña y vertió el líquido en dos tazas de arcilla.

Tristan se sentó con cautela en el suelo y aceptó el brebaje dando las gracias, aunque esperó a que su anfitrión bebiera primero. El líquido ámbar estaba algo amargo, pero resultaba refrescante para la reseca boca de Tristan.

—Soy el Apom que estás buscando —dijo el hombre después de beber—. ¿Queréis saber de vuestro amigo, mi paisano Tak'Ahn?

—Sí —aseguró Tristan—. Fue secuestrado hace unos días a las afueras de Londres, cuando llevaba a un grupo de soldados de regreso a mis dominios.

Apom sacudió la cabeza, su sonrisa serena no se le borraba nunca del rostro.

—No le han secuestrado, como vos decís. Tak'Ahn ha regresado con su familia.

—No lo entiendo. La madre de Pharao murió enferma en París hace muchos años, y su padre ya había fallecido tiempo atrás. No tiene más familia que yo.

—No, Tristan D'Argent. Tak'Ahn tiene mucha familia —insistió Apom—. Han estado buscándole durante todos estos años. Su ausencia ha supuesto un gran dolor para ellos. Temían que estuviera muerto.

—No quisiera ofenderos después de la hospitalidad con la que me habéis recibido —comenzó a decir Tristan—, pero no creo que mi amigo se marchara tan de repente sin decir una palabra. Hemos hecho un largo camino juntos, y es un hermano para mí.

Apom asintió con elegancia.

—Por supuesto. Él también se refiere a vos como su hermano —inclinó la cabeza con gesto compungido—. Tengo que admitir que Tak'Ahn estaba... ¿cómo se dice en vuestro idioma?... reacio en un principio.

Tristan sintió una oleada de ardiente furia.

—¿Dónde está?

—Tristan D'Argent, debéis escucharme, por favor —lo tranquilizó Apom—. Como he dicho, vuestro amigo se mostró reacio en un principio a regresar con su familia, pero luego se dio cuenta de cuál era su deber. Se fue por su propia voluntad y puede regresar cuando lo desee.

Tristan guardó silencio durante un instante mientras digería aquella información y decidía si debía creer a aquel hombre, Apom. A pesar de que se conocían desde hacía muchos años, Pharao nunca había mencionado que tuviera más familia aparte de su padre y su madre.

Por otro lado, Pharao tampoco había dicho nunca que no tuviera otros parientes (hermanos, tíos, tías), y Tristan no se lo había preguntado. El país de nacimiento de Pharao y su infancia no eran asuntos sobre los que se sentía inclinado a hablar. A Tristan no le había parecido relevante desde el momento en que los dos hombres se convirtieron el uno en familia del otro, y no había presionado para obtener más información.

Ahora lamentaba no haberlo hecho, aunque sólo fuera por el bien de la hermana de Haith.

—Hay una mujer —dijo Tristan, y Apom se rió entre dientes.

—¿No la hay siempre?

—La mujer de Pharao. Le entregó la cadena de oro de su padre antes de partir hacia Londres. ¿Qué va a ser de ella?

Apom se encogió de hombros.

—Nuestra costumbre es que cuando se le entrega el *mangalsutra* a una mujer supone tomarla por esposa, pero a menos que la unión sea bendecida por el hombre de la familia y se rece ante nuestro Dios, no hay vínculo —Apom sacudió la cabeza con tristeza y dio otro sorbo a su bebida.

Tristan parecía escéptico.

—Entonces, ¿no dejó nada dicho para su mujer ni para mí?

—Tristan D'Argent, Tak'Ahn está ahora en su hogar. Vuestro corazón debería llenarse de alegría por él —Apom sonrió con amabilidad—. Pero sí hay algo.

Dio dos fuertes palmadas y el muchacho apareció en el umbral con un pergamino enrollado que le tendió a Tristan. Apom despidió al muchacho con una seca expresión en su idioma.

—Por favor —dijo Apom señalando el pergamino con un gesto.

Tristan desenrolló la página y se encontró con la escritura precisa y consistente de Pharao. Aquella visión le provocó un profundo vacío que se le extendió por el pecho.

Mi señor:

Me he visto obligado por una cuestión de honor a regresar a mi tierra natal. Hay muchas cosas de mi pasado que no te he dicho. Ojalá pudiera explicártelas ahora.

Dile a mi señora que mantengo la promesa que le hice, y que rezo para que algún día ambos lo sepáis todo. Hasta entonces, protégela en mi lugar, te lo ruego, y busca tu propia felicidad, hermano. Que Dios te bendiga y te guarde.

Pharao Tak'Ahn al-Amir

Tristan dejó escapar el aire entre los labios mientras luchaba contra la sensación de ahogo. Su única familia, su amigo más querido... se había ido. Tal vez para siempre. Apom tenía razón al decir que Tristan debería sentirse feliz porque Pharao se hubiera reunido con su familia, pero en lo que único que podía pensar era en el vacío que dejaba atrás, en Greanly.

Y en el corazón de Tristan.

—Os lo agradezco —gruñó entre dientes enrollando el pergamino una vez más—. Sin esto, tal vez me hubiera lanzado yo mismo a buscarle.

Apom se rió entre dientes.

—Tak'Ahn dijo que querriáis una prueba.

Tristan se puso de pie, y Apom lo imitó y lo acompañó a la puerta de entrada. Antes de que Apom la abriera, sin embargo, apoyó una mano en el hombro de Tristan.

—Tristan D'Argent, por favor. Debéis saber que Tak'Ahn sufrió para tomar esta decisión como ningún otro lo hubiera hecho. Su familia es muy rica y poderosa en su tierra... sería una locura renunciar a todo eso.

—Lo comprendo —Tristan le esquivó la mirada.

—No. Tak'Ahn dijo que erais su familia. Su hermano —Apom apretó el hombro de Tristan—. Él no os olvidará.

La puerta se abrió, dejando paso en la pequeña y aseada estancia a los viscosos vahos de Londres.

—Gracias de nuevo —dijo Tristan con voz ronca adentrándose en la noche.

Caminó en dirección a su caballo con la cabeza gacha, esforzándose por contener la pena que amenazaba con consumirle. Se colocó el mensaje de Pharao dentro de la túnica, al lado de su corazón. El niño que había dentro de él, el que había sido cuando Pharao y él se conocieron, necesitaba desesperadamente consuelo.

—Aquí estás, señor —la prostituta se levantó desde donde estaba apoyada y empastó una vez más aquella grotesca sonrisa en su rostro—. Creí que te habías olvidado de mí.

Bueno, tampoco necesitaba consuelo *tan* desesperadamente.

Tristan le lanzó una moneda a aquella mujer de aspecto tan triste antes de soltar rápidamente las riendas del poste y subirse al caballo. Hizo girar al animal y miró hacia la prostituta, que observaba sin dar crédito la pesada moneda que le había lanzado su misterioso benefactor.

—Mis disculpas, señorita —dijo con sequedad espoleando su montura calle abajo como si lo persiguieran todos los demonios del infierno.

—No te preocupes —dijo la prostituta con aire ausente mientras se quedaba mirando la silueta de aquel guapo desconocido recortada contra la luz de la luna—. En cualquier caso, no estaba de humor.



A varias horas de distancia de Londres, bajo la misma luna amarilla, otra sombra oscura quedó recortada mientras cruzaba a toda prisa el patio del castillo de Greanly. Al llegar a la entrada del establo, Haith se detuvo y alzó la vista hacia el disco luminoso que colgaba del cielo como si buscara en él su fuerza. El alba se acercaba rápidamente, y era en aquel momento o nunca.

Tras un instante de vacilación, entró agachándose.

Al ver una tenue luz al final del pasillo, Haith avanzó en silencio hacia ella. Cuando los gruñidos que oyó le confirmaron que aquel hombre enjuto estaba hablando solo, Haith avanzó hasta los recortados bordes de la luz de la antorcha y se aclaró la garganta.

El hombre delgado no dio un respingo al escuchar aquel sonido, como hubiera esperado Haith de alguien que al parecer estaba solo en el silencioso establo. Se limitó a girarse y a mirarla de arriba abajo con desconfianza.

—Por fin estás aquí. Has tardado mucho, ¿no? —ladró—. Estaba dispuesto a irme sin ti.

Haith se sorprendió al escuchar su tono y por el hecho de que la estuviera esperando. Le había prohibido claramente a Ham que avisara al hombre de sus intenciones, pero teniendo en cuenta que el buhonero parecía dispuesto a marcharse, Haith se alegró en cierto modo de que el chico la hubiera desobedecido en esta ocasión.

El buhonero no era un hombre grande, sino más bien delgado y bajo, pero los brazos que le asomaban por debajo del chaleco estaban marcados por nervudos músculos. Haith se sintió aliviada por haber metido la daga en el hatillo que llevaba, sobre todo después de haber visto

cómo era el hombre. Decidió olvidar cualquier intento de entablar una conversación banal. Seguramente él no haría ningún esfuerzo por seguirla, y en cualquier caso, aquel hombre no era más que un medio para que Haith consiguiera su fin. Una inesperada y fortuita escolta a Escocia.

El buhonero dejó de lanzar bultos a la carreta y se giró hacia Haith.

—¿Y bien? ¿No sabes hablar, muchacha? A mí me da igual. Límitate a poner tus cosas ahí atrás y sube.

Haith se quedó paralizada en el sitio mirando la lona que estaba sujetando el buhonero. Al escuchar su suspiro de impaciencia, se recompuso y se lanzó hacia delante, arrojando su hatillo a la carreta y subiéndose ella detrás.

El buhonero ató la lona con fuerza por sus cuatro esquinas, encerrando a Haith en la oscuridad. Se retorció con la intención de agarrar su hatillo, que consistía sobre todo en ropa, pan y carne seca, y colocárselo debajo de la cabeza a modo de almohada. La carreta se movió violentamente cuando el buhonero ocupó su sitio y lanzó el látigo contra los dos caballos que tiraban del carro. Haith fue lanzada contra los cajones y las cestas, entre las que se quedó aprisionada. Sin embargo, cuando la carreta salió del establo, el movimiento se hizo más suave. Haith pudo ver que el sol estaba a punto de salir, a juzgar por la delgada línea de luz gris que tenía bajo los pies.

Bajo la lona, escuchó cómo el buhonero llamaba a los guardias de la puerta.

“Estoy muy cerca”, pensó. “Estoy tan cerca...”

Un ruido sordo hizo vibrar el suelo de la carreta, y Haith supo que estaban alzando la reja levadiza. La carreta avanzó hacia delante de nuevo. El resonar de las ruedas deslizándose por el puente levadizo contribuyó a que a Haith le diera un vuelco el estómago.

Estaba yéndose de verdad.

La piedra grande sobre la que pasó una de las ruedas hizo que se golpeará la cabeza contra los toscos tablones de un cajón. La carreta estaba adquiriendo velocidad, y el viento contribuía a que la lona se agitara. Haith se incorporó con cuidado apoyándose en un codo en el abarrotado espacio y contempló por última vez Greanly bajo la neblina del alba. La brisa del amanecer mecía suavemente la hierba, y Haith sabía que si estuviera fuera de la carreta, el aire olería a fresco y a limpio. El castillo y sus muros quedaban recortados contra el perlado amanecer, y el pueblo parecía tranquilo y silencioso.

Haith confiaba que, gracias a su partida, Bertie y su hijo continuaran teniendo paz. Sin embargo, se negaba a pensar en Tristan, y cerró con firmeza su mente a cualquier pensamiento relacionado con él.

La fuga había sido más sencilla de lo que esperaba. Apoyándose en su experiencia con los cacharros rotos en la cabaña de Minerva, Haith se había estado concentrando todos los días desde que la encerraron en utilizar la mente para abrir el cerrojo de la puerta de su celda. Los primeros intentos resultaron inútiles y frustrantes, porque por mucho que se concentrara, no estaba al corriente del mecanismo interior del cerrojo y lo único que conseguía era sufrir dolor de cabeza debido al esfuerzo.

El carro metió una de las ruedas en un surco, sacudiendo el cráneo de Haith y recordándole de golpe sus fallidos intentos de abrir la puerta. Maldijo entre dientes y lanzó una mirada cargada de rencor hacia donde imaginaba que estaría sentado el buhonero.

Sus intentos sólo habían tenido éxito cuando comenzó a visionar la larga llave que guardaba Barrett y el sonido que hacía la cerradura cuando se utilizaba esa llave. Haith había refinado el truco con práctica, y pronto fue capaz de abrir la puerta con sólo una mirada.

Así que aunque la fuga se había producido sin mucho esfuerzo, el hecho de escaparse había resultado intensamente doloroso. Bertie estaba despierta en su habitación, como tenían planeado, y recorría nerviosamente la estancia arriba y abajo cuando Haith se deslizó en su cuarto.

Bertie tenía mejor aspecto que cuando la vio anteriormente ese mismo día, pero su rostro parecía surcado por la preocupación. Trató una última vez de disuadir a Haith para que no se marchara.

—Tiene que haber otra manera, hermana —razonó Bertie. Estaba al lado de la cama mientras Haith revolvía las cosas que había encima—. Temo que las cosas puedan salir terriblemente mal.

Haith no se detuvo para calmar los miedos de Bertie mientras ataba con firmeza el hatillo.

—Pareces Minerva, Bertie, con tus presentimientos y malos augurios. No son más que nervios. Yo también estoy nerviosa, pero ya hemos hablado de esto y estuvimos de acuerdo en que no hay otra manera de asegurar la protección de tu bebé.

—Pero Haith...

—No —Haith se giró hacia su hermana y habló con firmeza para contener las lágrimas que amenazaban con brotarle—. Está decidido.

Te enviaré noticias en cuanto haya alcanzado el clan de mi madre —sacó un trozo de pergamino pequeño de su corpiño y se lo tendió a Bertie—. Minerva se levantará al amanecer. Entrégale esto y trata de calmar su preocupación. Enviaré a buscarla en cuanto pueda.

—No soy capaz de leerlo —dijo Bertie observando los extraños garabatos de la página.

—Está en gaélico, el único lenguaje escrito que Minerva entiende —Haith se colocó el hatillo bajo un brazo, y con el otro guió a Bertie hacia la puerta—. Aparte de Minerva, nadie más debe saber que me has ayudado.

Bertie asintió. Una nube negra de resignación oscurecía su rostro habitualmente radiante.

—Debo irme —Haith acarició la mejilla de su hermana en gesto amoroso—. Volveremos a vernos de nuevo, hermana... papá lo prometió.

Las mujeres se abrazaron con fuerza, pero mantuvieron sus emociones controladas. Y entonces Haith desapareció una vez más por el corredor.

Ahora, tumbada sobre el duro suelo de la carreta y sintiéndose más sola y preocupada que nunca, Haith podía permitirse que el dolor se apoderara un poco de ella.

—Deberías quedarte tumbada un rato más, muchacha —gritó el buhonero—. No sé hasta dónde alcanza la visión de los guardias.

Haith apoyó la cabeza sobre la suavidad del hatillo que todavía conservaba el aroma de su hermana y sollozó.

Capítulo 24

Tristan se levantó antes de que el alba hubiera terminado de romper del todo. Las pocas horas que había pasado en la cama sin dormir sólo habían servido para aumentar su inquietud.

Se vistió en la habitación de invitados que le había proporcionado Guillermo y se dirigió hacia el salón que quedaba abajo para avisar a su señor de que partía de Londres aquel mismo día. Mientras esperaba a que el criado regresara para decirle si Guillermo deseaba verle o no, los pensamientos de Tristan volvieron una vez más hacia Haith.

Se preguntó cuál sería su reacción cuando le contara las nuevas. ¿Se sentiría complacida al saber que Guillermo había escuchado su testimonio sobre la traición de Nigel? ¿O se mantendría inquebrantable en su decisión de evitarle? Guillermo le había dado a Tristan su palabra de que si encontraba culpable a Nigel, sería libre para casarse con quien escogiera. Tristan confiaba en que Haith se diera cuenta de que había asegurado su futuro común con aquella visita a Guillermo, y además, que fuera consciente de que estaba encarcelada por su propia seguridad hasta que Nigel fuera llevado hasta el rey.

Aquel pensamiento le hizo torcer el gesto.... Haith se había mostrado extrañamente dócil cuando Tristan le ordenó a Barrett que la llevara abajo, pero Tristan dio por hecho que habría perdido todo atisbo de sumiso arrepentimiento tras pasar una cuantas noches en la celda. Apostaba a que se alegraría de su regreso, después de que hubiera terminado de amenazarle con agredirle físicamente.

La visión de una Haith furiosa tenía a Tristan todavía sonriente cuando reapareció el lúgubre lacayo.

—Lord Tristan, Su Majestad está ahora mismo con una visita, pero desea veros inmediatamente.

—Por supuesto —Tristan se levantó al instante de la dorada silla y siguió al remilgado sirviente hasta la doble puerta ornamental de la sala de recepción privada de Guillermo. Tristan sabía que no era frecuente que el rey interrumpiera una audiencia privada, sobre todo cuando Tristan iba sencillamente a despedirse. Se preguntó qué miembro de la corte sería tan entusiasta como para ponerse a buscar un consejo real antes del amanecer.

El lacayo entró por delante de Tristan en la sala y se quedó a un lado, anunciando:

—Su Alteza, lord Tristan de Greanly, como habéis solicitado.

Tristan entró en la sala con naturalidad y vio a Guillermo relajado sobre una gran silla de brocado, prestando suma atención a la mujer rubia que estaba en el sofá que quedaba a su derecha. El lacayo salió discretamente.

Tristan se inclinó.

—Mi señor, qué gran honor que hayáis querido verme. Aunque sinceramente, no era necesario. Solo quería despedirme de vos, no sabía que estuvierais ocupado.

Guillermo se acarició la barbilla.

—No pasa nada, Tristan. Te habría hecho llamar esta mañana de todas formas — Guillermo se apoyó pesadamente en uno de los brazos de la silla, pero tenía la mirada alerta—. Tengo motivos para creer que tú también estarás interesado en conocer a mi invitada.

Tristan alzó las cejas en gesto de interés y centró su atención en la mujer, que hasta el momento había guardado silencio. Tenía el apagado cabello rubio recogido con un complicado peinado en la parte superior de su inclinada cabeza, y llevaba un vestido que parecía muy caro. Incluso desde la distancia a la que estaba Tristan, podía distinguir que estaba temblando. ¿Qué querría aquella dama de alta alcurnia del novato señor de unos dominios de reciente creación?

Guillermo le hizo un gesto a la mujer con la mano.

—Mi señora, permitid que os presente al hombre que estabais buscando... y buen amigo mío, Tristan D'Argent, señor de Greanly —Guillermo le hablaba a la mujer como si la estuviera advirtiendo de algo, pero miraba a Tristan con profundo interés—. Tristan, la baronesa de Crane.

Tristan dio un paso adelante y se inclinó ligeramente.

—Baronesa, es un placer conoceros.

La mujer alzó ligeramente la cabeza al escuchar hablar a Tristan, y sus ojos azul apagado se cruzaron con los de él, de un tono más brillante.

—*Bonjour*, Tristan. ¿Te acuerdas de mí?

Tristan entornó los ojos. Lo cierto es que había algo en ella que le resultaba familiar. Una parte de su memoria le advirtió de que debería conocer a aquella mujer.

—Disculpadme, pero yo...

La baronesa inclinó la cabeza hacia un lado con una tenue sonrisa triste, y aquel movimiento provocó que emanara un destello de la joya que colgaba del cuello de la mujer. Era un zafiro idéntico al que adornaba la empuñadura de la espada de Tristan.

—¿Madre? —jadeó.

Genevieve sonrió con más amplitud, y sus ojos azules, tan parecidos a los de Tristan, se llenaron de lágrimas. Se levantó del sofá y se movió hacia Tristan con los brazos abiertos.

—¡Oh, mi querido hijo, por fin te he encontrado!

Tristan permaneció rígido como una estatua de piedra mientras los brazos de su madre lo estrechaban. El impacto de ver a la mujer que lo había abandonado tanto tiempo atrás lo dejó momentáneamente sin habla, pero el niño pequeño que había dentro de él explotó con rabia y dolor. Ese muchacho estaba deseando emprenderla a golpes con Genevieve.

—El rey me ha dicho que vas a casarte pronto —Genevieve lo apretujó una vez más antes de apartarlo todo lo que daban sus brazos y sonreírle mirándole a la cara—. Parece que he llegado justo a tiempo.

Las palabras de aquella mujer penetraron lentamente dentro del estruendo que había en la cabeza de Tristan. Dio un paso atrás con tirantez, provocando que los brazos de su madre cayeran.

—Lamento no estar de acuerdo con vos, baronesa —la voz de Tristan destilaba veneno helado—. Lo cierto es que llegáis sin duda demasiado tarde.

—¿Tristan? —los ojos de Genevieve se abrieron de par en par, confusos y heridos—. ¿Por qué...?

—Mi señor —la interrumpió Tristan, dirigiéndose a Guillermo y haciendo caso omiso de la mujer—. Os agradezco que hayáis podido recibirme con tan poco tiempo, y también vuestra indulgencia en relación al asunto del que hemos hablado previamente. Confío en obtener la prueba que me pedís en cuanto regrese a Greanly. Sin embargo, tengo una larga jornada por delante, y debo solicitar vuestro permiso para retirarme.

—Enseguida —respondió Guillermo. Giró la cabeza para dirigirse a la madre de Tristan—. Baronesa, parece que vuestra aparición ha dejado a nuestro hombre un tanto perdido. Estoy seguro de que comprenderéis que debemos hablar a solas.

—Pero yo...

—*Merci* —como si estuviera planeado, se abrió la puerta de la sala de recepción y apareció el lacayo.

—Acompaña a la baronesa a sus aposentos —le ordenó Guillermo.

Sin molestarse en ocultar su frustración, la mujer dejó que las lágrimas le resbalaran por las mejillas cuando hizo la reverencia, luego se puso rígida y siguió al sirviente para salir de la sala.

Tristan se quedó de golpe sin respiración, e hizo un esfuerzo por controlar el mareo que sentía.

—Siéntate, Tristan —le pidió Guillermo con amabilidad—. Estás conmocionado, *oui*?

Tristan siguió agradecido el consejo de su rey.

—La verdad es que sí, mi señor. ¿No conocíais su identidad?

—Lo sospeché cuando me contó que te estaba buscando, pero no lo he sabido con certeza hasta esta mañana. La creía muerta, igual que tú —el rey se acarició la barbilla de nuevo e inclinó la cabeza—. Te pareces a ella.

—Sí, supongo que sí —murmuró Tristan. Transcurrido un instante, el recuerdo del título con que la había llamado Guillermo resurgió en su memoria—. La habéis llamado baronesa de Crane.

Guillermo asintió.

—Al parecer, tu madre vino a Inglaterra muchos años antes que tú y que yo. Ha sido hasta hace poco la esposa de lord Richard FitzTodd, barón de Crane. Murió hace poco más de seis meses.

—Es una viuda inglesa.

—*Oui*. ¿Tal vez te mostraras menos reacio a aceptarla si la muerte de su esposo te hubiera convertido en barón? —Guillermo alzó las cejas en gesto expectante mientras esperaba a que Tristan entendiera lo que había querido decirle.

La mirada de Tristan se cruzó con la del rey.

—¿El barón tiene un heredero? —preguntó muy despacio—. ¿Un hijo de mi madre?

Guillermo asintió.

—Se llama Nicholas.

—Tengo un hermano —dijo Tristan como en una nebulosa—. Tengo un hermano llamado Nicholas.

—¿Querrás escuchar ahora a la dama, Tristan? —le preguntó el rey—. Tengo la sensación de que ha estado huyendo de un problema a otro y cuando escuches su historia, muchos de los fantasmas que compartís podrán por fin descansar.

—No —Tristan se sacudió, y su voz volvió a endurecerse una vez más—. Os pido perdón, mi señor, pero yo no tengo fantasmas pendientes ni ningún deseo de escuchar más mentiras de esa víbora. A menos que me ordenéis que haga otra cosa, olvidaré que este encuentro ha tenido lugar alguna vez.

Tristan apartó la mirada.

—Para mí, ella sigue muerta.

Guillermo se quedó un instante pensativo en silencio con las comisuras de los labios curvadas hacia abajo.

—¿Y tu hermano? ¿No sientes deseos de conocerlo?

—Lo cierto es que no puedo responder a eso ahora mismo.

—Lo comprendo. Hay muchas cosas que comprender tras los recientes obstáculos a los que has tenido que enfrentarte para estabilizar Greanly —Guillermo suspiró—. De todas formas, ¿pensarás en ello?

—Sí —Tristan se puso de pie—. Si os parece bien, mi señor, me marcharé ahora.

—Por supuesto. Estaré esperando noticias tuyas.

—Las enviaré en unos cuantos días —aseguró Tristan. Y se giró para marcharse.

Las puertas de la sala de recepción se abrieron como por arte de magia por obra y gracia del siempre atento sirviente, pero antes de que Tristan hubiera cruzado el portón, la voz de Guillermo volvió a llamarlo una vez más.

—Lord Tristan, ¿te importaría responderme a una pregunta?

Tristan se detuvo giró sobre sus talones.

—¿Mi señor?

—¿Por qué esa animadversión hacia la madre que perdiste tanto tiempo atrás? Se suponía que este encuentro debería reportarte sólo felicidad.

—Eso se debe, sencillamente, a que yo nunca la perdí —dijo Tristan con suavidad—. Ella me perdió a mí. Adrede.

—Entonces, ¿no había una persona que te cuidaba, como ella asegura?

La memoria de Tristan recordó a la bruja arrugada que lo había arrojado a las calles momentos después de su llegada, y negó con la cabeza.

—Muy bien —Guillermo le hizo un gesto para que se marchara—. Volveremos a encontrarnos cuando me traigas a tu testigo.

Tristan se inclinó ligeramente un vez más y salió de la estancia con la espalda muy estirada.

Cuando Tristan se hubo marchado, Guillermo se quedó sentado dándose golpecitos en los labios y pensando seriamente en el apuro en el que estaba metido su joven vasallo.

El señor de Greanly era sin duda ambicioso y con recursos, eso Guillermo lo sabía. En caso contrario no hubiera podido conseguir todo lo que ahora poseía. Pero en ocasiones, su orgullo le hacía ser excesivamente rígido, y podía llegar a albergar sed de venganza si percibía que lo habían engañado. Guillermo casi compadecía a lord Nigel si las acusaciones de Tristan resultaban ser ciertas. Admiraba la fuerza con la que su joven vasallo se mantenía fiel a su personal código de honor, y nunca había tenido motivo para sospechar de sus orígenes.

Pero, ¿y si aquella exacerbada sensibilidad procedía de un mal que nunca había sido intencionado? ¿Y si aquel mal había sido ocasionado por un ser querido y había tenido como resultado el abandono de un niño pequeño? Era muy posible que la incapacidad de Tristan para dar su brazo a torcer sólo le provocara en el futuro dolor y sufrimiento innecesario.

Guillermo suspiró. Los asuntos del corazón le confundían. La guerra era mucho más sencilla.

El rey llamó a su criado.

—Envíame a la reina —le ordenó—. Necesito su consejo si no tiene ya todo el día ocupado y puede dedicarme una hora.



Tras más de dos horas, según sus cálculos, Haith ya había llorado todo lo que tenía que llorar. La caja de la carreta, cubierta de lona, se había vuelto sofocante por el sol de la mañana. Hizo un esfuerzo por colocarse lo más posible en posición sentada, apoyándose en un codo, y se pasó la mano por el sudor y por los rizos húmedos que tenía pegados a las mejillas. Seguramente ya estarían lo bastante lejos de Greanly como para poder salir de aquel horno. También necesitaba detenerse en unos arbustos, seguramente debido a los nervios o al camino lleno de baches, pero desde luego no por un exceso de agua. Tenía la garganta completamente reseca.

No sabía el nombre del buhonero, así que optó por la educación para hacer su solicitud.

—¿Señor? Buen comerciante —gritó en voz alta para hacerse oír sobre el ruido de las ruedas. Apretó el rostro lo más que pudo a la parte superior de la carreta—. Ya no corro peligro si salgo de aquí, ¿verdad?

Transcurrieron varios segundos en los que no hubo respuesta, así que Haith se aclaró la garganta, preparando la voz para hacer su petición en voz más alta. Tal vez fuera duro de oído.

—¡Señor!

—¡Qué! —la voz del buhonero se escuchó mucho más cerca y más alto de lo que Haith había esperado, y dio un respingo, golpeándose la cabeza una vez más.

—¿Podrías parar la carreta? Necesito bajarme.

Haith sintió cómo el carro ralentizaba la marcha y suspiró aliviada cuando el conductor murmuró entre dientes algo sobre las “malditas mujeres”. Un instante después, la lona fue retirada, permitiendo que el sol cegador entrara en la carreta. Haith se colocó un brazo sobre los ojos para protegerse mientras recorría la longitud de la carreta con el trasero. Aterrizó en el suelo y sonrió vacilante al mercader, que le devolvió una mueca hosca.

—¿Y bien? —preguntó él cruzándose de brazos—. ¿Tienes que ir o no?

—¡No es necesario ser tan desagradable! —le espetó Haith, pero al instante se arrepintió por dentro. No era muy inteligente enfurecer a aquel hombre. Sólo serviría para hacer más incómodo al viaje, o peor todavía, podía cansarse de su compañía y dejarla en la cuneta para que fuera caminando el resto del camino hasta Escocia.

Su deseo de salvar el pellejo todavía podía más que su orgullo en aquel punto, así que trató de sonreír alegremente y lo intentó de nuevo.

—Te pido disculpas. Creo que hemos empezado con una nota desafinada, y me gustaría ponerle remedio a eso. Has sido muy amable al detenerte —Haith apretó los dientes para mantener la sonrisa mientras el buhonero se limitaba a seguir de pie delante de ella con gesto de desagrado—. Mi nombre es Haith. Y tú eres...

El buhonero escupió al suelo, no muy lejos de las sandalias de Haith.

—Ya sé quién eres, y cuanto menos sepas tú de mí, mejor para los dos. Y ahora, si tienes algún asunto que atender, hazlo en este momento —el buhonero se dirigió hacia unos arbustos que había al extremo del carro, dejando a Haith y a su exigente vejiga la única opción de buscar por sí mismas una solución.

Se dirigió rápidamente a los densos arbustos que había al otro lado del camino y se levantó las faldas, con cuidado de echar un ojo al carromato por si el buhonero decidía marcharse sin ella. Mientras se aliviaba, notó que el sol todavía brillaba en algún sitio por encima de su hombro en dirección este, y se alegró de comprobar que viajaban hacia el norte. Aunque no entendía muy bien por qué se preocupaba de eso, teniendo en cuenta el acento escocés del buhonero, si alguien debía saber la dirección que tenían que tomar, ese era sin duda él.

Haith dejó caer el bajo de su falda y estaba intentando estirarse las arrugas cuando salió de la arboleda. Se acercó al frente del carro, pero una voz la detuvo, sobresaltándola.

—¿Qué crees que estás haciendo? —el buhonero estaba al final del carro, sujetando una esquina de la lona con la mano.

—¡No puedes pretender que vaya todo el camino hasta Escocia allí dentro! —exclamó señalando el cajón del carro—. ¡Me asfixiaré! Sin duda ya estamos lo suficientemente lejos de Greanly. No hay posibilidades de que me descubran.

El buhonero sacudió la cabeza con vehemencia.

—No. Si alguien te ve subida ahí arriba, le sería muy fácil conservar en la memoria esos rizos rojos tuyos.

—Entonces me pondré un pañuelo que me cubra la cabeza.

—No.

—¿Por qué no? —gritó Haith frustrada.

—Es demasiado peligroso. Y ahora sube —el hombre sacudió la lona para marcar el gesto.

—Buen buhonero —volvió a intentarlo Haith—, viajo a Escocia para buscar a mis parientes, los miembros del clan de mi madre, los Buchanan. Tal vez hayas oído hablar de ellos. Si llego hasta allí en buen estado de salud, estoy segura de que recompensarán tu generosidad.

—Me importa un comino a quién estás buscando, muchacha, ni tampoco me siento tentado por esas riquezas que estás insinuando —gruñó el mercader—. Si tan preocupados están por tu llegada, entonces tendrían que haber venido ellos mismos a buscarte. Sube.

Haith dejó caer la cabeza en las manos y se masajeó las sienes con las yemas de los dedos. Si al menos se le pasara aquel maldito dolor de cabeza, tal vez podría intentar insuflar con calma

algo de sentido común a aquel hombre tan obstinado. Estaba rezando para sus adentros cuando se dio cuenta de que había algo extraño en el suelo sobre el que descansaba el carro.

Las huellas de las ruedas y las marcas de los cascos de los caballos marcados sobre el fino polvo parecían haber hecho un círculo irregular. Haith desvió la mirada hacia la derecha, más allá de los jamelgos que tiraban del carro. Había un dibujo definido hecho por un carro procedente del norte, según la posición del sol. Haith no recordaba haber escuchado que se cruzaran con otro vehículo.

Haith miró hacia la izquierda, donde el hombre seguía esperando impaciente al final del carro. El polvo que había en la dirección de la que se suponía que venían ellos estaba libre de marcas.

¿Debería mencionarle que se habían salido de la ruta? Sin duda aquello avivaría todavía más su ira, pero más valía llegar a Escocia con un cochero enfadado que no llegar. Haith alzó la cabeza y abrió la boca para hablar, pero la cerró justo a tiempo.

Los caballos y el carro estaban de cara al norte.

El buhonero sabía que estaban viajando hacia el sur, y había girado el carro dando un amplio círculo antes de que Haith saliera, con la esperanza de que no se daría cuenta.

Pero, ¿por qué?

Haith se giró sobre sus talones y caminó pausadamente hacia los arbustos. El corazón le latía muy deprisa.

—¡Eh! ¿Dónde vas? —exigió saber el hombre.

—Si tengo que viajar allí dentro, quiero asegurarme de que no tengas que volver a pararte —dijo Haith mirando hacia atrás—. ¡Sólo será un momento!

—Cristo Todopoderoso —gruñó el hombre—. ¡Date prisa!

Al escuchar sus palabras, Haith echó a correr, tratando de poner toda la distancia posible entre ella y su secuestrador antes de que se diera cuenta de que se había ido. Cada respiración le reseca más su ya de por sí seca garganta, y las ramas y los palos que atravesaba le golpeaban el tierno rostro y se le enganchaban en el pelo.

Haith escuchó detrás de ella un grito contenido y supo que su huida había sido descubierta. Reunió fuerzas no supo de dónde y corrió todavía más deprisa a través de la rala maleza. El sonido de los cascos de un caballo llegó hasta sus oídos, y Haith sintió terror ante la idea de que el buhonero hubiera desatado uno de los caballos para volver a hacerse con ella.

¿Por qué quería atraparla tan desesperadamente?

Miró de reojo hacia atrás, y se confirmó su peor miedo: a cierta distancia de ella, un jinete iba a darle caza. Haith sabía que era sólo cuestión de segundos que la atrapara. Se maldijo a sí misma por haberse dejado la daga en el hatillo, pero el buhonero era un hombre menudo, pensó. Tal vez pudiera esquivarlo con otro tipo de arma.

Haith siguió corriendo, pero ahora sus ojos escudriñaron el suelo del bosque en busca de algún objeto que poder utilizar para defenderse.

El jinete se acercó más, y Haith pudo sentir la reverberación del sonido de los cascos mientras observaba la piedra que tenía delante, suave y del tamaño de un puño. Se agachó para cogerla, gritando de frustración y de miedo al ver que la alejaban de ella cuando la tenía al alcance de la mano. Un brazo la agarró por la cintura, elevándola por los aires hasta situarla en la parte delantera de la silla de montar.

—¡Suéltame, sucio bastardo! —chilló agitando ciegamente los brazos alrededor de su captor.

—Vaya, vaya, lady Haith. Parece que últimamente hemos sacado un poco de genio —se mofó aquella voz suave, sin asomo de acento escocés.

Ella dejó de luchar y alzó la mirada para encontrarse con los ojos negros de Nigel y con su sonrisa burlona.

Haith se desmayó al instante.

Capítulo 25

Haith sintió cómo volvía de los negros abismos en los que se había refugiado, pero al escuchar unas voces cercanas, consiguió reunir suficiente conciencia como para mantener los ojos cerrados. Debido a la implacable dureza que sentía bajo el cuerpo, dio por hecho que estaba una vez más tumbada en la carreta, esta vez boca abajo. La tirantez de los hombros indicaba que le habían atado los brazos a la espalda, y tenía los tobillos igualmente atados con fuerza.

Alguien la había tratado como a un animal. Luchó contra el deseo de retorcerse y tratar de liberarse de sus ataduras concentrándose en la conversación que estaba teniendo lugar fuera de la carreta.

—Os dije que podía encargarme de la muchacha —Haith reconoció la voz del buhonero.

—Sí, ya veo que permitir que saliera corriendo sola por el bosque es una manera de cumplir mis órdenes —las palabras de Nigel estaban cargadas de sarcasmo, pero por su tono parecía divertido.

—No estaba *corriendo* hasta que fuisteis tras ella, ¡os digo que no sospechaba nada!

—Eres más estúpido de lo que pensaba si realmente crees eso.

—Está despierta —advirtió una tercera voz, y el miedo de Haith se intensificó. Era Donald. Haith se concentró en quedarse muy quieta.

—A mí no me lo parece.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Nigel.

—Por la respiración —la voz de Donald se escuchó más cerca, y Haith supuso que se había inclinado sobre el cajón de la carreta para verla de cerca—. Mi madre solía utilizar este truco. Os lo enseñaré.

Haith no pudo evitar gritar cuando le pellizcó lascivamente el lateral de un seno. Abrió los ojos de par en par, y se apartó mientras veía a Donald sonriendo encima de ella.

—Os dije que estaba despierta.

—No importa —contestó Nigel. Sus palabras estaban cargadas de irritación—. Y no vuelvas a tocarla de esa manera, bufón repugnante, o te cortaré la otra mano. Yo seré el único que la toque.

—Soltadme —murmuró Haith apretando los dientes.

—Me temo que no, querida —Nigel se giró hacia el buhonero—. Las ataduras la sujetaran con firmeza hasta que llegemos a Seacrest.

Haith se retorció hasta ponerse de costado y alzó la vista para mirar a Nigel y a sus dos esbirros.

—Tristan os matará por esto. Acabará con vosotros con sus propias manos.

Nigel suspiró y alzó los ojos al cielo como si estuviera solicitando paciencia.

—Haith, paloma mía, Tristan creerá que estás en Escocia. Después de todo, hacia allí es donde esa vaca de Soleilbert cree que te diriges en este momento —alzó las cejas—. ¿No es así? Dudo mucho que al joven Ham se le haya ocurrido mentir a nuestro buen amigo aquí presente —dijo Nigel señalando al avergonzado buhonero que estaba a su lado.

Al ver que Haith se limitaba a mirarlo fijamente, continuó hablando.

—Y ahora, cállate y quédate tumbada o me veré obligado a amordazarte y atarte al carro. Y eso no es lo que quieres, ¿verdad, Haith?

La voz de Nigel se fue desvaneciendo mientras Donald y él se dirigían hacia la cabecera de la carreta. Se escuchó el sonido de los arreos cuando se subieron a los caballos.

—Viejo, si alguien mira lo que hay debajo de la lona antes de que me entregues lo que me pertenece, morirás.

El sonido de los caballos alejándose al galope hizo que Haith sintiera algo de alivio, hasta que el buhonero se colocó en su línea de visión con la lona en la mano.

—No, por favor —suplicó ella—. Hace demasiado calor. De veras, me voy a asfixiar.

—Dejaré una esquina levantada —dijo el buhonero con sequedad sin mirarla a los ojos. Colocó la mitad de la lona y la ajustó enseguida sobre el cajón de la carreta.

—¿Tienes un poco de agua, por lo menos?

—Vas a conseguir que me maten —murmuró el hombre dirigiéndose a la parte delantera del carro. Regresó al instante con un odre grande.

Haith miró hacia las tirantes ataduras con frustración.

—Tendrás que aflojarme las cuerdas.

—No —el buhonero destapó el odre y se lo puso a Haith en los labios. A ella le ardieron los ojos de humillación, pero la sed pudo más que su orgullo y bebió con avidez. Unos riachuelos de agua le descendieron por las comisuras de los labios.

El buhonero retiró el odre demasiado rápido para el gusto de Haith, pero tenía la boca menos reseca y se le había suavizado la garganta por el momento.

—Gracias.

El hombre se limitó a gruñir mientras cerraba el odre, lo dejaba en el pescante y volvía a ajustar la lona para cerrarla. Haith se tumbó dócilmente mientras la cubría con la tela, dejando como había prometido un borde ligeramente levantado para que circulara el aire. A pesar del conducto de ventilación, el cajón de la carreta estaba completamente oscuro.

La carreta se balanceó y luego avanzó hacia delante cuando el buhonero dio la vuelta para dirigirse hacia el sur. Cuando el movimiento del vehículo adquirió un ritmo menos oscilante, Haith empezó a moverse en su confinamiento. Tenía las muñecas atadas a la espalda, y trató de colocar las manos bajo el trasero para pasar las piernas a través del aro formado por sus brazos, pero estaba demasiado aprisionada entre los cajones y las cestas como para poder llevar a cabo semejante movimiento. Forzar las ataduras de los pies tampoco sirvió de nada, y lo único que consiguió fue hacerse profundas rozaduras en la delicada piel de los tobillos.

Haith emitió un sonido de frustración y sacudió la cabeza para tratar de apartarse los mechones sueltos de pelo que le hacían cosquillas en la cara. El sudor había empezado a correrle por la frente y la espalda. Trató de relajarse un poco, aspirando el aire y soltándolo a un ritmo tranquilo, y luego optó por mover con cautela las muñecas para tratar de determinar la naturaleza de sus ataduras.

La carreta, que avanzaba muy despacio, tardaría más horas en llegar a Seacrest que Nigel y Donald, que viajaban a caballo. Pensar en que ambos estarían esperando su llegada estuvo a punto de provocar que el pánico se apoderara de ella, pero luchó contra él y volvió a vencerlo. Sabía que debía permanecer tranquila y utilizar el tiempo que pasara en la carreta para intentar escapar, y la única manera que se le ocurría era utilizar la mente para soltarse las cuerdas de las muñecas.

Abrir la puerta de la celda de Greanly le había llevado varias noches de intentos y errores antes de alcanzar el éxito. Haith cerró los ojos y rezó para ser capaz de liberarse una vez más con sólo unas cuantas horas de práctica.

—Oh, dulce Corra —susurró Minerva al leer las palabras que Haith había escrito. Leyó la nota entera dos veces antes de cerrar los ojos y apoyar una mano sobre la mesa para apoyarse.

Soleilbert estaba sentada en una silla frente a la chimenea de la cabaña de Minerva, sollozando en silencio. Tenía la frente apoyada en la palma de una mano, y la otra colocada sobre el vientre en gesto protector.

—¿Tú estabas al tanto de esto? —preguntó finalmente Minerva.

Soleilbert asintió.

—¿Por qué? ¿Por qué la has ayudado en este absurdo plan? —Minerva se acercó renqueando a la joven y la agarró de los brazos, agitándola—. ¿Por qué?

—¡Porque estoy embarazada, Minerva! —gritó Bertie—. ¡Y el padre de mi hijo se ha marchado de este lugar! ¡Nadie puede asegurar su bienestar excepto lord Tristan!

Minerva dio un paso atrás como si la hubieran abofeteado y se quedó mirando a Bertie con asombro.

—Es la verdad —Soleilbert bajó el tono de voz y se secó el rostro con la manga—. Ayudé a Haith a huir para que mi hijo tenga la oportunidad de vivir.

—El padre de tu hijo es el hombre de piel oscura, ¿verdad?

Soleilbert vaciló.

—Sí.

—¿Y crees que no volverá a por ti ahora que estás esperando un hijo suyo?

—El no lo sabe —aseguró la joven—. Se lo llevaron antes incluso de que yo misma tuviera conocimiento de mi condición. Fui consciente de ello después de que lord Tristan partiera hacia Londres.

Minerva emitió un sonido de disgusto.

—¿Así que te convenía asumir que lord Tristan se ocuparía de ti y cuidaría de tu hijo sin una palabra más alta que otra? Qué arrogante eres, muchacha, al hacer lo mismo de lo que tu madre acusa a Haith y reivindicar al hombre de tu hermana. ¡Tú sabes que son almas gemelas!

Soleilbert se puso de pie de un salto.

—¡Tú misma me dijiste que sospechabas que huiría a Escocia, así que no me culpes de esto, Minerva! —gritó—. Yo iba a escaparme a Escocia con ella antes de descubrir que estaba embarazada. Haith está cansada de esa maldición que persigue a vuestra familia, y va a buscar a vuestro clan para averiguar la manera de romperla.

Minerva palideció.

—Bertie, muchacha, ¿de qué maldición hablas?

Soleilbert gruñó frustrada.

—¡Tú misma has hablado de ella lo suficiente como para saberlo! —aspiró con fuerza el aire—. Las mujeres Buchanan están malditas para encontrar el amor únicamente con el hombre de sus sueños, su alma gemela. Pero cuando los encuentran, tiene lugar la tragedia.

—No —susurró Minerva, horrorizada—. Eso no es una maldición. .. ¡es una bendición! Un don que pasa de madres a hijas para que el linaje Buchanan se mantenga a través del más fuerte de los lazos... el verdadero amor.

Bertie parpadeó.

—No lo entiendo.

Minerva se dejó caer pesadamente en la silla que Bertie había desocupado, como si sus piernas no poseyeran la fuerza necesaria para sostenerla.

—En la cabeza de mi hada, la bendición es una maldición debido a todo lo que tuvieron que pasar vuestro padre y Corinne. Por el dolor que le causaron a Ellora. Cuando Haith descubrió que su alma gemela era tu prometido, eso sólo sirvió para que creyera con más fuerza que estaba destinada a provocar una desgracia por culpa de sus sueños.

Bertie estaba pálida como la cera.

—Igual que Corinne.

—Sí —Minerva alzó la vista—. Es el miedo lo que dirige a Haith, no el deseo. Si no la encontramos, se irá volviendo más débil y enferma a cada día que pase. Su alma suspira por Tristan. Él es el único que puede salvarla.

Soleilbert se dejó caer en otra silla, su rostro estaba tan blanco como el de un fantasma.

—Y yo la he ayudado a que se dirigiera a la muerte por su propio pie.

La puerta de la cabaña de Minerva se abrió de golpe, y un pequeño bulto rodó por el sucio suelo hasta detenerse de golpe a los pies de Minerva.

Barrett ocupó el umbral entero.

—No, por su propio pie no —su mirada asesina estaba clavada en el bulto, que empezó a abrirse para dejar al descubierto a un Ham de ojos llorosos—. Vamos, pequeño bastardo, cuéntaselo, y espero que Minerva te convierta en un ratón y sirvas de alimento para Willy por lo que has hecho.

—¡Barrett! —Soleilbert torció el gesto y levantó al tembloroso muchacho del suelo para estrecharlo entre sus brazos—. ¿Qué ocurre, Ham? ¿Sabes algo?

Ham asintió, pero se limitó a mirar a Minerva con miedo.

—Me lo encontré lloriqueando esta mañana en la celda de lady Haith —lo acusó Barrett.

Minerva habló en voz baja.

—Cuéntanos, muchacho.

El chico tenía una mirada de terror.

—Cua... cuando llegó el mensajero...

Bertie acarició el cabello del niño.

—Sí, Ham. Nos acordamos del mensajero. Sigue.

Ham tragó saliva.

—Yo... yo estaba ayudando a Rufus en el... en el campo, y el buhonero atravesó las puertas. Se... se detuvo habló con nosotros. Di... dijo que se dirigía hacia el norte desde Greanly —el chico se apoyó más contra Soleilbert y miró a Minerva—. Hablaba como tú.

Minerva se reclinó en la silla y miró al muchacho.

—¿Tú sabías que lady Haith quería ir a Escocia?

Ham asintió.

—Las escuché hablar a ella y a lady Bertie, y le hablé del buhonero.

Soleilbert miró hacia Barrett por encima de la cabeza del niño.

—Así que está viajando a Escocia en carro. En cierto modo, es mejor así —abrió mucho los ojos esperanzada y buscó los de Minerva—. ¿No te parece?

Minerva arrugó la frente.

—Sí, puede ser. No estará sola ni irá caminando, y con ayuda de los dioses, llegará antes con los de mi clan y podrán cuidar de ella. Pero...

—¿Pero qué? —preguntó Barrett.

La anciana miró al alguacil.

—Si Haith viaja en carreta, eso significa que Tristan tardará más tiempo en encontrarla.

Barrett dio un paso amenazante hacia Ham, que se acurrucó en el regazo de Bertie.

—¿Cómo consiguió salir, maldita rata? —inquirió—. ¿Robaste la llave y le abriste tú mismo la puerta?

—¡No, Barrett, te lo juro!

Minerva intervino.

—Está bien, Ham. Yo se que tú no abriste la puerta. Barrett, eso lo consiguió Haith por sí misma.

—¿Cómo? —insistió el gigantón—. Sólo hay dos llaves. Yo tengo una, y la otra la guarda el señor.

Minerva miró al niño que estaba en el regazo de Bertie.

—Ham —le dijo con dulzura—, si no quieres pasar miedo, será mejor que cierres los ojos.

El niño obedeció al instante.

—Así es como escapó nuestra hada —murmuró Minerva para los dos adultos. Hizo un amplio arco con el brazo y la cabaña cobró vida al instante.

El estofado que estaba al fuego comenzó a bullir; un baúl comenzó a abrirse y a cerrarse repetidamente; los juncos de una cesta grande se desenmarañaron y volvieron a entrelazarse formando dos cestos más pequeños. Una flor que había en un frutero salió volando y fue a parar detrás de la oreja de Bertie. La escoba de la esquina se arrastró por el suelo sobre sus quebradizas pajas hasta pararse justo delante de Barrett. Se quedó un instante moviéndose de forma hipnótica antes de golpearle sonoramente en la espinilla para después inclinarse de forma brusca y volver a apoyarse contra la pared.

El alboroto terminó con la misma rapidez con la que se había iniciado, y los objetos de casa de Minerva volvieron a comportarse con normalidad.

Soleilbert se limitó a sonreír maravillada.

—Ya puedes mirar, Hammy.

El chico levantó la cabeza con cautela.

—Tenéis una flor en el pelo, lady Soleilbert.

Barrett, por otro lado, parecía estar conmocionado. Tenía los ojos salidos de las órbitas y estaba inclinado hacia delante, rascándose la pierna que le dolía.

—¿Lady Haith también puede hacer esto? —le preguntó a Minerva.

—Es posible, aunque creo que no tiene conocimiento de sus poderes. Parece que han empezado a manifestarse desde que está en Greanly.

Bertie asintió.

—Eso explicaría por qué no me contó cómo tenía pensado escapar de la celda. Le avergonzaba utilizar sus poderes, como hacía Corinne.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Barrett, que seguía mirando con severidad al desobediente muchacho—. Yo no puedo partir hacia Escocia y dejar Greanly desprotegido con Nigel por aquí.

—Esperaremos a lord Tristan —Minerva se puso de pie y cogió una galleta para dársela a Ham—. Él es el único que puede convencerla para que regrese. A menos que Haith descubra antes la verdad por sí misma.

—Hará que me azoten —aseguró Barrett con desmayo—. Nadie debía entrar ni salir de Greanly, y sólo a vosotras dos os estaba permitido visitar las celdas —el alguacil parecía descompuesto—. Dejé pasar a Ham y a su larga lengua, y con ello le proporcioné a lady Haith los medios para escapar.

Bertie apartó de sí a Ham, que había dado cuenta de su galleta y salió a trompicones de la cabaña.

—Apuesto a que lord Tristan no se preocupará de tu error en primera instancia, Barrett —razonó Bertie, y entonces su voz se volvió pensativa—. Sólo espero que se dé prisa, y que traiga consigo buenas noticias.

Capítulo 26

Nigel atravesó el salón de Seacrest tras regresar de su encuentro con el buhonero. Exceptuando el patético intento de fuga de la muchacha, las cosas no podían haber salido mejor en lo que se refería al secuestro de Haith. Nigel sabía que en cuestión de pocas horas, la situación se precipitaría, y el mero hecho de pensar en ello le dibujaba una sonrisa en el rostro.

La muchacha le había traicionado al no cumplir con su parte del trato, y pagaría por ello. Pero Nigel ya esperaba que esa joven de voluntad débil renegara de su palabra la misma noche que se la dio. Estaba muy bien que él hubiera sido lo suficientemente listo como para proteger sus intereses al enviar a la estúpida de su esposa tras D'Argent. Qué bien le venía a Nigel que Seacrest estuviera entre Greanly y Londres. Su plan había sido mucho más efectivo al saber el valor que le otorgaba lord Tristan a Haith, y el rey ahora lo sabía también.

—Oh, sí, Guillermo —murmuró Nigel en voz alta alzando la copa en burlón brindis—. La verdad es que fue un crimen pasional. D'Argent no podía poseerla, así que estaba decidido a que no fuera de nadie más —Nigel chasqueó la lengua y luego bebió.

“Por supuesto, tendré que concentrarme en perfeccionar mi actitud de profundo dolor por haber tenido que acabar con uno de sus señores”, pensó Nigel. Sabía que nada le proporcionaría más placer que asestar ese golpe mortal. Mientras tanto, disfrutaría de Haith a placer. Tal vez incluso la dejara vivir.

Los pensamientos de Nigel quedaron interrumpidos por uno de sus guardas. Aquel hombre obeso se precipitó al interior con el rostro rojo por el esfuerzo. Se inclinó rápidamente y tragó saliva para recuperar el aliento.

—Mi señor —dijo respirando con dificultad—, han llegado visitantes a Seacrest.

Las alarmas se encendieron en la cabeza de Nigel. ¡Era imposible que D'Argent hubiera descubierto tan rápidamente el paradero de la joven! El buhonero no había ni siquiera llegado todavía. Nigel se levantó a toda prisa de la silla.

—¿Quién viene?

—Una dama. El lacayo la ha anunciado como la baronesa de Crane, y desea que la recibáis en audiencia inmediatamente.

Nigel se relajó un tanto, aunque aquella mujer no le sonaba de nada.

—Muy bien. Dale la bienvenida y hazla pasar.

El guarda salió corriendo del salón con su torpe andar, dejando a Nigel preguntándose por la razón de aquella inesperada visita de una desconocida, nada menos que una baronesa. Llamó a gritos a una sirvienta, y apareció corriendo una joven.

—¿Mi señor? —la muchacha se encogió y se estremeció delante de él.

—Trae algo de refresco. Tengo visita.

El alivio que sintió la joven al escuchar la orden fue más que evidente, y corrió a cumplir el encargo de Nigel.

—Estúpida. ¿Por qué tengo que estar siempre rodeado de mujeres ignorantes?

La baronesa de Crane hizo su entrada en el salón de Seacrest con la actitud propia de su clase. Nigel se sintió complacido al observar su elegante belleza, aunque no le gustaba el hecho de que tuviera un rango superior al suyo.

—Mi señora, no puedo creer que me hagáis semejante honor —dijo cuando la dama se detuvo delante de él—. Soy Nigel, señor de Seacrest. Bienvenida.

—Os pido disculpas por tan inesperada llegada —dijo la baronesa con una tenue sonrisa—. Pero creo que consideraréis esta visita como algo oportuno... tal vez para ambos.

Nigel alzó las cejas considerablemente.

—¿Ah sí? Sentaos, por favor, mi señora, e ilustradme.

La dama se atusó las faldas y aceptó la copa que le ofrecía Nigel.

—Acabo de llegar de la corte de Guillermo, donde he descubierto información muy valiosa relacionada con mi hijo.

—Os pido disculpas. Que yo sepa, no conozco a ningún miembro de vuestra familia —Nigel bebió de su propia copa.

—Oh, claro que sí. Mi hijo mayor no es otro que Tristan D'Argent, señor de Greanly.

El vino que había caído en la garganta de Nigel se le introdujo por la nariz y los pulmones, y buscó un pañuelo mientras tosía y se atragantaba.

—Mi señor, ¿estáis bien? —la baronesa se inclinó hacia delante en la silla—. Ha debido ser toda una conmoción.

—Lo cierto es que sí, mi señora —resopló Nigel. Tosió y se aclaró la garganta varias veces antes de volver a beber. La observó con seriedad por encima del borde de la copa—. Disculpadme, pero no estaba al tanto de que ningún miembro de la familia D'Argent siguiera vivo.

—Hemos estado distanciados durante algún tiempo, eso es cierto. Acabo de descubrir su paradero a través de una reunión fortuita en la corte esta misma mañana —torció el gesto de manera encantadora—. Parece que mi caprichoso hijo lo ha debido hacer bastante bien para ser recompensado con un dominio como Greanly. Lo que se me escapa es por qué sigue empeñado en causar problemas.

Al escuchar las palabras de la dama, Nigel hizo un esfuerzo por andarse con cuidado, aunque el corazón le latía con fuerza.

—Mi señora, ¿estáis diciendo que lord Tristan ha sido recibido en audiencia por el rey hoy mismo?

La baronesa asintió.

—Y debido a la actitud que ha mostrado hacia mí, ahora quiero ir a su casa para recuperar un objeto de su posesión que es muy valioso para mí... la joya que adorna su arma.

Nigel recordó el enorme zafiro engarzado en la empuñadura de la espada de D'Argent y sus ojos se fijaron en la joya gemela que colgaba del cuello de la dama. ¿Por qué no le había informado Ella de que D'Argent había partido hacia Londres? Esa desgraciada también lo pagaría. Nigel centró su atención en la baronesa una vez más y continuó con su interrogatorio velado.

—Confío en que tengáis éxito en lo que deseáis, mi señora, pero no consigo ver qué tiene que ver ese asunto conmigo.

—Paciencia, mi señor Nigel —los ojos de la baronesa echaron chispas—. Guillermo habló de ciertas diferencias entre los dominios de mi hijo y los vuestros. Un compromiso que Tristan desea ver roto y una muchacha plebeya a la que desea colocar en el lugar de vuestra hijastra, ¿no es cierto?

—Sí —Nigel prefirió no entrar en detalles.

Ella sacudió la cabeza con tristeza.

—Como si no fuera suficiente que os avergonzara rechazando el contrato de compromiso —la baronesa batió las pestañas—, ahora le ha solicitado personalmente al rey que os arreste bajo la acusación de traición.

Nigel se dejó caer en la silla mudo de asombro, no sólo por las noticias del perverso intento de D'Argent para destruirlo, sino también por la facilidad con la que su madre le había ido con el cuento.

—¿Eso no os complace a vos, mi señora?

La baronesa se enfurruñó.

—En absoluto. Ese chico no ha sido más que una carga para mí. Su mismo nacimiento provocó mi caída en desgracia en París. Estaba dispuesta a perdonarle, pero la actitud de Tristan hacia mí delante del rey fue deplorable. ¡Hacia su propia madre! —alzó una mano en gesto suplicante—. ¡Me sentí humillada! Y ahora me entero de que está dispuesto a ensuciar el nombre de gente inocente, de vuestra familia, lord Nigel, en su afán de conseguir a esa joven llamada Haith.

El ceño de su rostro se intensificó, y la dama se inclinó hacia delante.

—Los actos de Tristan durante estos últimos meses han traído la desgracia sobre mi familia, mi *auténtica* familia —añadió—. Lord Nicholas Fitz Todd, barón de Grane, es mi hijo, y su relación con Tristan puede terminar resultando perjudicial ante los ojos de Guillermo. Hay que detener los disparates de Tristan. No permitiré que se me relacione con más escándalos.

—Entiendo —la mente de Nigel estaba dándole vueltas a las posibilidades de acabar con D'Argent con la ayuda de su propia madre—. Contáis con mis simpatías en este asunto, mi señora.

La baronesa le dio un golpecito a una pelusa imaginaria de su túnica y miró a Nigel con los ojos entornados.

—¿Conocéis a esa muchacha? ¿A esa zorra vulgar a la que desea? También quiero encontrarla.

—Sí la conozco. De hecho... la están trayendo hacia aquí mientras hablamos.

—¡Maravilloso! —la dama entrecerró los ojos y observó sin disimulo al hombre que tenía delante—. Tal vez seáis tan amable de permitirme el acceso a ella cuando llegue. Hay un par de cosas que me gustaría decirle.

—Por supuesto, mi señora. Está previsto que llegue dentro de una hora —Nigel se detuvo y miró a su vez fijamente a la baronesa mientras se acariciaba la barba con gesto pensativo—. Mi señora, si de verdad queréis darle un escarmiento a vuestro irrespetuoso hijo, tal vez os interese mi plan.

—Me interesa mucho, de hecho —la baronesa se apoyó en el respaldo de la silla con una sonrisa de satisfacción—. Contádmelo, y tal vez podamos ayudarnos el uno al otro en nuestra difícil situación.



Haith sintió cómo la sacaban a rastras del carromato, y un instante después, Donald la estaba poniendo con dureza de pie en el suelo rodeada del oscuro crepúsculo. Cayó al instante al suelo. La última mitad del camino a Seacrest había sido un infierno, y ahora estaba tumbada en el suelo al otro lado de los muros del castillo, empapada en sudor y casi delirando por el martilleo del interior del cráneo y los ríos de dolor de las extremidades.

—Por favor —consiguió articular—. Mis manos.

El buhonero le dio la vuelta con mal gesto y se encontró con que la joven tenía las manos amoratadas y retorcidas bajo las cuerdas que las ataban.

—Por la sangre de Cristo —dijo conteniendo el aliento y apresurándose a sacar su navaja para cortar las ataduras—. Tu señor es muy cruel, ¿verdad?

—Él no la ató tan fuerte —aseguró Donald sin ninguna preocupación—. Ha sido ella la que ha apretado los nudos al intentar escapar.

Haith gritó de dolor cuando le quitaron las cuerdas, fue un sonido roto y desgarrado que emitió antes de volver a desmayarse. El buhonero acercó la navaja a las ataduras que le sujetaban los tobillos.

—Se supone que no debes hacer eso, grandísimo imbécil —gruñó Donald.

—No creo que se resista mucho en estas condiciones, hasta tú podrías reducirla —las palabras del buhonero rezumaban disgusto, y dejó a Donald maldiciendo entre dientes mientras sacaba un largo tapiz del carromato y lo desenrollaba sobre el polvo, al lado de la figura inmóvil de Haith.

—Y ahora, ayúdame a colocarla aquí para que pueda ganarme unas monedas y termine con este asunto.

Los dos hombres hicieron rodar a Haith sobre la esterilla tejida y volvieron a subirla al carromato. Donald servía de poca ayuda, con su única mano. El buhonero volvió a ocupar su sitio detrás de los jamelgos, que arrastraron el vehículo a través de las puertas, dejando que Donald fuera caminando. El mercader avanzó por Seacrest, que estaba bañado por el anochecer, rechazando con un gesto a los pocos siervos que le pedían que se detuviera para echarle un vistazo a sus mercancías.

A través de atajos y callejones, Donald llegó a la parte de atrás del castillo al mismo tiempo que el carromato. Los dos hombres cargaron con el bulto del cuerpo de Haith hasta dejarlo en el corredor de atrás, y Donald dejó solo al buhonero para ir a anunciar su llegada a Nigel. El escocés se quedó en el oscuro pasadizo, observando con disgusto el bulto inerte.

—Uf, muchacha, siento haberte puesto en tan difícil situación —susurró—, pero si no me gano las monedas que me van a dar por este encargo, mi familia morirá sin duda de hambre —se pasó la mano por el fino cabello y observó el carromato a través del umbral.

“Nadie debería ser tratado de esa manera”, pensó el hombre para sus adentros, “y menos una muchacha tan bonita y llena de energía como esta”. Tal vez aquellos hacia los que huía le darían el dinero que necesitaba si se la devolvía, porque sin duda las intenciones de ese maléfico lord Nigel no podían ser más que mortales. Si pudiera meterla en el carro él solo y salir de allí rápidamente antes de que Donald regresara...

El buhonero se agachó, agarró el extremo del tapiz y tiró un poco, pero lo único que sintió fue cómo se alzaba hacia arriba con facilidad. El buhonero alzó los ojos, sorprendido al ver a Donald al otro extremo de la carga.

—¿Qué pasa? —preguntó aquel ogro marcado por las cicatrices—. Vamos.

El escocés sintió que no tenía más opción que continuar. Siguió a Donald a través de un laberinto de claustrofóbicos pasadizos hasta que subieron por una estrecha escalera trasera, tratando con todo el cuidado que pudo al bulto que llevaba. El desagradable de Donald abrió una puerta de una patada y se echó a un lado del portón.

El buhonero entró en una pequeña estancia y vio al diablo de lord Nigel y a una dama mayor bien vestida que sin duda pertenecía a la nobleza y que observaba el tapiz con interés. Donald y él bajaron el bulto y, para horror del mercader, Nigel se acercó y le dio una fuerte patada a la alfombra con el tacón de la bota.

El tapiz se desenrolló y escupió a la joven, que fue a parar contra la pared más lejana. Haith gruñó suavemente pero no se movió. Nigel pasó galantemente un brazo por encima de la forma inmóvil de la joven.

—Mí señora, permitidme que os presente a Haith de Seacrest.

La baronesa palideció.

—Entonces, ¿esta es la muchacha? ¿La joven por la que mi hijo lo arriesga todo?

Donald, que estaba inmerso en la emoción del secuestro, sobrepasó sus límites contestando él mismo a la dama.

—Sí, lo que queda de ella —se mofó—. La muy estúpida trató de escaparse de las ataduras que le habíais puesto, mi señor. No me sorprendería que por eso terminara como yo —Donald alzó su muñón a modo de ejemplo, pero lo bajó y se le borró la sonrisa del rostro cuando vio la expresión horrorizada de la mujer.

Nigel le lanzó una mirada asesina.

—Vosotros dos, dejadla en el catre —el señor señaló un estrecho camastro que había apoyado contra la pared de la pequeña estancia. Cuando lo hubieron hecho, ordenó—. Y ahora largaos de mi vista los dos. Donald, tu trabajo aquí ha terminado. Si necesito algo más de ti, te mandaré llamar.

Donald se sonrojó de vergüenza ante el paso en falso que había tenido delante de la baronesa. Hizo una educada reverencia antes de deslizarse fuera de la habitación.

El buhonero, sin embargo, arrastró los pies.

—¿Estás sordo, viejo? —inquirió Donald.

—Eh... os pido disculpas, mi señor. Sólo quiero mis monedas. Mi paga.

Nigel suspiró, sacó una bolsa pequeña y pesada de su cinto y se la lanzó al aliviado mercader.

—Ahora vete.

El señor cerró la puerta y echó el cerrojo tras el buhonero. La baronesa y él se habían quedado solos en la habitación con la inconsciente Haith.



La noche había caído del todo cuando el buhonero guió a su carro de regreso por el pueblo de Seacrest todo lo deprisa y en silencio que pudo. Su participación en aquel asunto tan desagradable le había dejado una amargura en el corazón, y estaba deseando poner toda la distancia posible entre él y aquel maníaco señor. Que la gente del pueblo pareciera dispuesta a comprarle cosas no le disuadió. El dinero no tenía importancia para él en aquel momento. De hecho, la bolsa que descansaba en el interior de su chaleco de cuero, en el extremo del cinto, prácticamente le quemaba la piel con su peso culpable.

A poco más de una hora de distancia, pero lo suficientemente lejos como para que la visión de Seacrest no le castigara, el buhonero se detuvo y montó su campamento. Colocó al lado del fuego su comida; de pan y carne, y después sacó la bolsa de la camisa para contar su mancillado botín.

Al principio, el escocés pensó que los objetos que había sacado de la bolsa se veían desfigurados por la parpadeante luz, pero cuando los acercó más a las llamas, cayó en la cuenta.

Había enviado a una joven a la muerte por el precio de dos monedas y un puñado de eslabones rotos de una cota de mallas.

El buhonero cerró el puño y soltó un grito de rabia y de culpabilidad, invocando a sus ancestros para que dejaran caer su venganza sobre lord Nigel de Seacrest. Primero se dejó llevar por las lágrimas y la auto inculpación, pero después de la inicial oleada de emoción, al buhonero se le despejó la mente.

Tal vez el pueblo de Greanly no se hubiera portado mejor con la muchacha que Nigel, pero el escocés conocía al poderoso jefe de los Buchanan. Aunque era poco probable que alcanzara al clan a tiempo de salvarle la vida, tenía que intentarlo. Viajaría de inmediato hacia la familia de la joven y los alertaría sobre su paradero. Lord Nigel entonces pagaría.

El buhonero confiaba por el bien de su propia familia que no lo mataran a él por haber tomado parte en el secuestro de la joven, pero en el fondo de su corazón, sentía que eso era exactamente lo que se merecía.

La baronesa de Grane se inclinó sobre el cuerpo aparentemente sin vida de Haith y escudriñó su rostro.

—Oh, Dios mío...

—No está muerta, ¿verdad? —preguntó Nigel por detrás de la dama. Se colocó a su lado para comprobarlo por sí mismo.

—No, pero casi —dijo la baronesa incorporándose y girándose hacia Nigel con una mirada hostil—. Confío en que cuidaréis mejor de vuestra rehén en mi ausencia, lord Nigel, si deseáis que la muchacha viva hasta que llegue Tristan.

—Por supuesto, mi señora —la voz de Nigel sonaba segura de sí misma—. Tendría que habérmelo pensado mejor antes de encargarle a ese torpe buhonero semejante misión. Y Donald no es conocido por su sutilidad.

Los ojos de la baronesa volvieron a posarse en Haith. —Si queremos atraer a mi hijo hasta Seacrest, debemos actuar rápidamente. Mandad llamar a mis doncellas personales para que cuiden mínimamente de ella. Si alguien del castillo la ve, debe parecer que está en buen estado de salud, o resultará sospechoso.

—Como deseáis —Nigel se inclinó y salió por la puerta—. Esperaré vuestra... ¿mi señora?

Nigel se detuvo con la mano en el picaporte cuando vio a la baronesa inclinándose sobre Haith con una daga pequeña pero de aspecto letal en la mano.

La risa de la baronesa explotó alegre cuando vio la expresión asombrada de Nigel.

—No temáis, mi señor —agarró un largo y rizado mechón de cabello de Haith y lo cortó limpiamente con la hoja. Luego se incorporó y blandió la muestra que sujetaba con las yemas de los dedos—. Estoy segura de que mi hijo exigirá una prueba de la presencia de la joven en Seacrest, porque no creo que se fíe de mi palabra. He visto pocas muchachas en esta parte del país con un tono de cabello tan brillante, ¿no estáis de acuerdo?

Nigel sonrió y sacudió la cabeza.

—Me sorprendéis, mi señora, con vuestra astucia e inteligencia. Desde luego debe ser nefasto ser enemigo vuestro.

Genevieve tenía una sonrisa resplandeciente cuando Nigel salió de la estancia, pero en cuanto se cerró la puerta, se sentó pesadamente en el catre al lado de Haith, con el cuerpo atormentado por los temblores.

—Oh, Dios mío. Dios mío —murmuró mientras recorría con manos temblorosas el rostro de Haith y la parte superior de su cuerpo—. Resiste, querida. Te traeré a Tristan, tenga que hacer lo que tenga que hacer para convencerle —Genevieve aspiró varias veces el aire con fuerza para calmarse y rechazó las lágrimas de horror que la amenazaban.

Genevieve cogió una de las retorcidas y amoratadas manos de Haith entre las suyas y la frotó vigorosamente, tratando de que recuperara la circulación. La joven gimió lastimeramente en respuesta.

—Lo sé, querida, es doloroso —dijo cambiando de mano un instante antes de deslizarse hasta el final del catre para quitarle a Haith las sandalias. Pero tenía los pies demasiado hinchados. Genevieve no tuvo más remedio que volver a sacar la daga y cortarle cuidadosamente los zapatos de los pies. Una vez hecho eso, se dispuso a masajear los descoloridos tobillos de la joven.

—He cometido muchos errores en mi vida, Haith —murmuró Genevieve hablando más para sí misma que para la inconsciente muchacha—. Las cosas que hice con la mejor intención terminaron en tragedia. Tal vez esta sea mi última oportunidad de arreglar la situación.

Genevieve volvió a colocarse al lado de Haith y le apartó el cabello del húmedo y pálido rostro.

—Tal vez él nunca me perdone, y si es así, entonces debo vivir con ello. Pero por el momento, intentaré con todas mis fuerzas darle lo que más desea... a ti.

Haith movió varias veces la cabeza, y su voz surgió como un gemido roto.

—Tristan.

—Sí, querida, te traeré a Tristan —los ojos de Genevieve se llenaron con las lágrimas que había estado tratando de contener, y parpadeó rápidamente.

—Tristan, sálvame. Me muero.

—No, no... no debes decir esas cosas. No te estás muriendo —le aseguró Genevieve con un cierto deje de pánico en la voz. Era consciente de que si no examinaban a la joven pronto, la posibilidad de que muriera sería real. El corazón de la baronesa se enterneció ante aquella hermosa muchacha y el hijo que estaba empezando a conocer cuando se lo quitaron.

—Resiste, querida.

Se abrió la puerta y las dos doncellas personales de Genevieve, Rose y Tilly, entraron sujetando un gran bulto entre las dos. Ambas muchachas contuvieron el aliento al mirar hacia el camastro.

La baronesa asintió con la cabeza.

—Lo sé, queridas. Es horrible. Pero debéis ser fuertes y hacer todo lo que esté en vuestra mano para salvarla —los ojos de Genevieve se cubrieron con una neblina—. Ella es muy importante para mí.

Genevieve les dio a sus doncellas instrucciones precisas respecto al cuidado de Haith, y luego se marchó de la sala en busca de lord Nigel. Lo encontró una vez más en el salón. Convirtiendo su rostro en una máscara de indiferencia, entró.

—La muchacha duerme. Mis doncellas se encargarán de ella, así no os molestarán.

—Bien, bien. La veré entonces esta noche a última hora.

Genevieve se quedó paralizada una décima de segundo antes de tomar asiento frente a Nigel en la mesa que este ocupaba.

—No creo que eso sea muy inteligente, mi señor —dijo vacilante—. Les he dado instrucciones a mis doncellas para que la mantengan sedada, pero si se despierta y os ve, podría alarmarse. Y no queremos que intente fugarse.

Nigel se quedó sentado un instante acariciándose la barba y entornó los ojos.

—Disculpadme la impertinencia, mi señora, pero, ¿cómo puedo estar seguro de que esto no se trata de un elaborado plan en mi contra?

A Genevieve se le paró el corazón, pero cogió fuerzas del amor que sentía hacia su hijo. Se levantó con gesto regio para alzarse sobre Nigel, con la barbilla levantada y la mirada fría.

—¿Tengo razón al dar por sentado que nadie está al tanto del secuestro de Haith, excepto vuestros dos ineptos esbirros?

Nigel se revolvió ligeramente en la silla.

—Sí, mi señora. Pero...

—Entonces respondedme a esto: ¿qué razón tendría yo para venir a este miserable e infernal dominio vuestro para ayudar a un noble inferior a mí en su atolondrado plan si no fuera por mi propio beneficio? Os olvidáis que corro un gran riesgo personal al involucrarme en esta artimaña.

—Mi señora...

—Mi propia sangre, a quien hacía más de veinte años que no veía, me ha humillado y ha renegado de mí delante del mismísimo rey, ¿y vos tenéis la audacia de poner en duda mis motivaciones? —Genevieve dejó escapar un profundo suspiro mientras miraba fijamente a Nigel, y él se hundió todavía más en la silla.

La baronesa rezó para que su siguiente ardid funcionara.

—¡Si así es como pagáis la amabilidad, lord Nigel, entonces espero que fracaséis estrepitosamente! —Genevieve se dio la vuelta y se dirigió hacia las escaleras.

Nigel se levantó de la silla como movido por un resorte.

—Mi señora, ¿dónde vais?

—A buscar a mis doncellas y a prepararme para partir hacia Hartmoore —aseguró la dama sin disminuir el paso. Había subido ya los primeros escalones cuando Nigel la alcanzó.

—¡Mi señora, por favor! ¡Os pido mil perdones! Nunca debí ponerlos en entredicho. Por favor, perdonadme... no puedo explicar lo verdaderamente agradecido que me siento por vuestra ayuda —Nigel buscó con gesto vacilante la mano de Genevieve—. Os lo suplico, quedaos para ver cómo este asunto llega hasta el final.

Genevieve tuvo que hacer un esfuerzo hercúleo de autocontrol para no exhalar un suspiro de alivio. Se giró y se quedó mirando con frialdad a aquel petimetre suplicante que tenía delante.

—Muy bien, lord Nigel —accedió—. Pero más os vale no volver a cuestionarme.

—Por supuesto que no, baronesa.

—Y ahora soltadme para que pueda preparar mi partida.

—Pero yo pensé que...

—A Greanly, lord Nigel —dijo Genevieve exasperada.

—¿Tan pronto? Es noche cerrada, y no es seguro viajar a estas horas —Nigel sonrió—. Cenad conmigo esta noche y partid por la mañana, cuando hayáis descansado.

La baronesa fingió considerar la sugerencia y luego negó con la cabeza.

—No. Quiero pillar a mi hijo con la guardia bajada. Debería haber regresado de Londres a estas alturas, porque se marchó antes que yo. Estará despistado por la ausencia de la joven. Debo actuar rápidamente.

—¿Cuándo volveréis?

—Si no recibís noticias mías, contad con mi regreso dentro de tres días; cuatro a lo sumo —Genevieve se llevó un dedo a los labios, como si estuviera pensando—. Eso me dará tiempo para convencerle y tiempo para viajar.

—¿Y traeréis a D'Argent?

Esta vez, la sonrisa de Genevieve fue completamente sincera.

—Sí, os lo juro, traeré a mi hijo.



Menos de una hora después, la baronesa de Crane se dirigía hacia el norte desde Seacrest con todo su séquito, a excepción de las dos doncellas que había dejado al cuidado de Haith. Llamó a uno de sus guardas, y él se acercó al lado de su señora a lomos de su caballo. Genevieve le entregó una nota y le dirigió una mirada grave.

—Cabalga a toda prisa hacia Hartmoore y hazle llegar este mensaje al barón. Debe recibirlo por la mañana.

Sin hacer una sola pregunta, el guardia cogió el pergamino e hizo girar a su caballo para salir al galope hacia el oeste.

Genevieve lo vio partir con el corazón lleno de aprensión.

—Date prisa, Nicholas —murmuró mirando hacia el horizonte cubierto de oscuridad—. Tu hermano nos necesita, aunque él todavía no lo sabe.

Capítulo 27

Tristan entró en el gran salón de Greanly antes de que rompiera el día con una mezcla de emociones. El alivio de estar en un lugar que le pertenecía por completo y la perspectiva de ver a Haith le tranquilizaban. Se sentía imbuido de una nueva esperanza por su futuro juntos y estaba deseando compartir con ella la noticia de su encuentro con Guillermo. Aunque estaba agotado por el viaje y la traumática experiencia que había vivido en la corte del rey, sentirse rodeado de los sólidos muros de Greanly le reconfortaba y le facilitaba el hecho de dejar a un lado el impacto de haber visto a Genevieve.

Por otro lado, no podía quitarse de la cabeza que su amigo (no, su hermano) más querido ya no estaba entre aquellos mismos muros. Cada vez se sentía más a gusto en su nuevo hogar, pero al mismo tiempo le acechaba una sensación de pérdida.

Tristan cruzó el salón levemente iluminado con una inquietud que se reflejaba en sus pasos. Era su responsabilidad informar a lady Soleilbert del regreso de Pharao a su país natal. No le apetecía nada cumplir con aquel encargo, que le obligaría a revivir el dolor del mensaje.

Su deseo por ver a Haith era muy grande, pero sabía que, como era tan tarde, estaría completamente dormida.

Tristan también necesitaba robar el poco sueño que pudiera antes de que las obligaciones de los próximos días requirieran de toda su energía y su completa atención. Las malditas pesadillas lo habían perseguido desde que salió de Londres, y Tristan se moría por un descanso profundo y reparador sin sueños.

Tristan giró bruscamente desde el umbral que llevaba a las mazmorras, y estaba a punto de llegar a las escaleras cuando lo llamó una voz.

—Mi señor.

Tristan se detuvo y entrecerró los ojos en la oscuridad del salón para ver a Barrett sentado en una mesa del fondo. Una única vela arrojaba sombras sobre su gigantesco y peludo rostro, otorgándole un aspecto más bestial de lo habitual. El alguacil agarró una gran jarra entre las manos y apoyó ambos antebrazos sobre el tablero de la mesa.

—Barrett, ¿por qué estás levantando tan tarde? No estarías esperando a que yo regresara, ¿no?

Barrett asintió sin apartar en ningún momento los ojos de la llama de la vela que tenía delante.

Tristan se rió entre dientes y luego observó más fijamente al alguacil de su pueblo. Tendría que hablar con Barrett sobre los límites de sus obligaciones. Pero no aquella noche. Tristan estaba demasiado cansado.

—Bueno, pues ya he vuelto, buen alguacil. Te lo pido, vete a la cama.

Barrett sacudió la cabeza y alzó los ojos para encontrarse con la inquisitiva mirada de Tristan. El dolor y el miedo quedaban patentes en el rostro demacrado del alguacil, y su tono de voz reflejaba su arrepentimiento.

—Lady Haith ha huido.

Por un instante, Tristan se quedó quieto, como si tuviera las piernas de plomo. Escuchó un zumbido en los oídos. Sacudió la cabeza para librarse de él.

—¿La has soltado, contradiciendo la orden que te di?

—No, mi señor. Se ha escapado con la ayuda de Ham y de un buhonero —parecía como si Barrett estuviera esperando con resignación las recriminaciones y el castigo de su señor.

Pero cuando Tristan habló finalmente, lo hizo en voz baja, casi pensativa.

—¿Sabemos hacia dónde se dirige?

—Sí. Le dejó una nota a Minerva, y Bertie estaba al tanto del plan desde el principio. Va en busca del clan de su madre, en Escocia.

Tristan fue capaz finalmente de mover las piernas, y volvió a cruzar el salón para reunirse en la mesa con el alguacil. Barrett se inclinó y sacó otra jarra que llenó con el cántaro que tenía a su lado en el banco antes de pasárselo a su señor. Tristan bebió con avidez y luego volvió a dejar la jarra sobre el tablero de la mesa con innecesario cuidado.

Barrett rompió el incómodo silencio.

—No la seguí porque eso habría significado dejar Greanly desatendido, con vos y Pharaoh fuera —Barrett alzó la mirada—. ¿Se sabe algo de su paradero?

Tristan asintió.

—No va a regresar, Barrett. Ha vuelto a su tierra natal —tras pensárselo un instante, añadió—: Hiciste bien en quedarte en Greanly.

Los sombríos pensamientos de Tristan se reflejaban en su semblante. En su última noche en Londres, el sueño le había esquivado al recuperar la familiar pesadilla que lo había perseguido durante tantos años. Cuando comenzaba a adormecerse, fragmentos de sueño lo despertaban y lo dejaban dando vueltas en la cama.

Tristan, Sálvame, Me muero.

Por mucho que intentara considerarlo un producto de su imaginación, la dura conclusión a la que estaba llegando lentamente era que la pesadilla sólo podía significar una cosa.

Tristan alzó la mirada hacia Barrett.

—Está en peligro.

—¿Estáis seguro, mi señor?

Una figura surgió de entre las sombras, revelando a Minerva, que estaba muy cerca.

—Sí. Está tan seguro como yo.

Barrett dio un respingo al ver aparecer a la anciana, pero Tristan se limitó a girarse tranquilamente hacia ella.

—¿Tú también lo has visto? —le preguntó.

—No —Minerva se acercó más a la mesa—. Las piedras no me han dicho nada. Pero lo estoy sintiendo esta noche. ¿Has soñado?

Tristan asintió.

—Tal vez haya llegado demasiado tarde.

Minerva puso una mano en el hombro de su señor.

—Yo creo que no. Si hubiera sido así, ella no habría podido llegar a ti como lo hizo. Aunque está muy débil.

Barrett no se tomó la molestia de preguntar de dónde habían sacado Minerva y Tristan aquella información; lo que hizo fue buscar consejo.

—¿Qué hacemos, mi señor?

—Partimos hacia Escocia dentro de una hora. Barrett, despierta a los soldados y prepáralos para el viaje —Tristan dio las órdenes con una firmeza que contrastaba con la desolación de su rostro.

Barrett comenzó a levantarse pero se detuvo.

—¿Yo también voy?

—Sí —dijo Tristan—. No me importa si Nigel viene a reclamar hasta la última piedra de Greanly. Lo único que importa es Haith. Apresúrate, Barrett.

Minerva ocupó el sitio que había dejado libre el alguacil.

—Mi señor, tengo la sensación de que tal vez no sea hacia Escocia donde...

Sus palabras quedaron interrumpidas cuando la puerta del salón se estrelló contra la pared y Barrett volvió a hacer su aparición, Esta vez forcejeando con alguien mucho más menudo.

Una mujer.

Una mujer *rubia* que amenazaba con despertar al pueblo entero con sus gritos. Tristan se puso de pie de un salto.

—¡Suéltame, estúpido bruto! —chilló la mujer—. ¡Debo ver a mi hijo inmediatamente! ¡Sé que está aquí!

—¡Vaca chalada, la madre del señor está muerta! —Barrett miró a Tristan desconcertado—. Me la he encontrado acechando fuera del salón, mi señor. Tiene al menos cuarenta jinetes al otro lado de los muros.

Al ver hablar a Barrett, la mujer cesó en su forcejeo y miró a su alrededor con ojos enloquecidos.

—¡Tristan! —estuvo a punto de echarse a llorar—. ¡Gracias a Dios!

—Suéltala, Barrett —dijo Tristan. Su rostro carecía de toda expresión, pero le había aparecido un pequeño tic en la mandíbula.

—¿Mi señor? —Barrett no parecía estar muy seguro de la decisión de su señor de soltar a aquella mujer tan loca.

Pero Tristan asintió y luego se dirigió a Genevieve mientras ella avanzaba tambaleándose por el salón. Él extendió el brazo con gesto firme para evitar que lo abrazara.

—Quédate dónde estás, madre —le advirtió. Sus palabras provocaron gemidos contenidos de asombro en Barrett y en Minerva—. No deberías haber venido aquí. No tengo ni tiempo ni ganas de lidiar con tus mentiras.

Las lágrimas resbalaron sin control por las mejillas de Genevieve.

—¡Debes escucharme, Tristan! Tengo noticias de Haith.

Tristan estaba al instante a su lado, agarrándola de los brazos.

—¿Cómo? ¿Qué sabes de Haith?

—¡La he visto!

—Dulce Corra —Minerva contuvo el aliento.

—Mientes —Tristan apartó de sí a la mujer como si le quemara, y de sus labios surgió un gruñido de desprecio—. Haith ha huido a Escocia.

—¡No! —Genevieve se acercó otra vez a su hijo—. Está encerrada en el castillo de Seacrest.

Tristan señaló a la mujer con su largo brazo.

—Mantente lejos de mí —dijo antes de girarse hacia Barrett—. Llévatela a una celda. Luego envía a los arqueros al muro del castillo y diles que he dado orden de matar a todos los que la estén esperando fuera —se dirigió con paso firme a las escaleras y comenzó a subir—. No permitiré que su interrogatorio retrase nuestra partida.

—¡No! ¡Tristan! —gritó Genevieve retorciéndose contra la fuerte sujeción del alguacil—. ¡Ella morirá si no me prestas atención! ¡Mírame te lo suplico! —la baronesa se echó mano al cinto y sacó un mechón de cabello rojo atado con una cinta de cuero.

Tristan no prestó atención a las súplicas de su madre, pero se detuvo al escuchar la exclamación de Minerva.

—¡Mi señor, está diciendo la verdad!

Barrett soltó a Genevieve y le arrebató el mechón, observándolo detenidamente. Luego alzó la vista hacia Tristan.

—Sí, mi señor. Parece que pertenece a lady Haith.

El tono de Tristan bastó para demostrar que una vez fue el martillo de Guillermo. Su voz destilaba la amenaza de la muerte cuando habló mientras descendía los escalones.

—¿Qué le has hecho, zorra?

—No he hecho nada, te lo juro —aseguró Genevieve sin prestar atención a la mirada asesina de sus ojos y a la mano que sujetaba la empuñadura de su espada—. Fue secuestrada por un buhonero que envió lord Nigel de Seacrest. Su intención es llevarte hasta él.

—¿Un buhonero? —preguntó Barrett mirando primero a Minerva y luego a Tristan.

Genevieve ignoró a todo el mundo excepto a su hijo cuando él se le acercó con paso mesurado.

—¡Tiene planeado asesinarte una vez que estés en Seacrest y quedarse con Greanly!

Tristan se detuvo justo delante de Genevieve, y cada paso que daba forzaba a su madre a tambalearse hacia atrás.

—¿Cómo puedes saber eso, a menos que tú formes parte del plan de Nigel? Me suena a engaño.

—¡*Si* formo parte del plan, y *si* hay un engaño! —en su frustración, Genevieve se dio la vuelta, le quitó el mechón de pelo a Barrett y luego se giró hacia su hijo sin mostrar ningún temor en su rostro debido a su rabia. Agarró la mano de Tristan y le colocó el mechón en ella, cerrando sus dedos entrelazados alrededor.

—Tristan, Nigel confía en que volveré a Seacrest contigo dentro de tres días para poder matarte y quedarse con tu amor. Si nos damos prisa, podremos regresar antes de que nos espere con tus hombres y mis guardias.

El rostro de piedra de Tristan no se inmutó lo más mínimo ante las aseveraciones de su madre, así que ella continuó.

—Haith *no* está bien, Tristan. He dejado a dos de mis doncellas para que la atiendan, pero me temo que no tenemos mucho tiempo que perder —Genevieve apretó la mano de Tristan—. Por favor. Ya sé que te he hecho un daño terrible, tal vez me sea imposible compensarte nunca por ello, pero debes creerme cuando te digo que te lo explicaré todo cuando Haith haya regresado a ti sana y salva. Tristan, cuando te llamó le prometí que te llevaría con ella.

A Tristan se le movió un músculo de la mandíbula, y observó el rostro empapado en lágrimas de la mujer que suplicaba delante de él. Cuando habló, su voz fue apenas un murmullo.

—¿Por qué estabas en Seacrest? No conoces a nadie allí.

—Guillermo me envió para que confirmara tus sospechas —susurró Genevieve—. Creyó que así tal vez me redimiera ante tus ojos. Ahora conozco todo el plan de Nigel y puedo atestiguar su culpabilidad por sus propias palabras.

Todo el cuerpo de Tristan estaba en tal estado de conmoción que le resultaba difícil pensar. Miró por encima de la cabeza de su madre hacia Barrett y Minerva.

—¿Vosotros qué decís, amigos?

Minerva fue la primera en hablar.

—Yo tenía el presentimiento de que Haith no llegaría a Escocia. El mechón de pelo parece sin duda suyo.

Barrett asintió para mostrar su conformidad.

—Sí, mi señor. Y la descripción del buhonero parece no ser pura coincidencia.

Tristan volvió a posar la mirada sobre la aterrorizada mujer que todavía le estaba sujetando la mano.

—Muy bien, baronesa —dijo con gravedad—. Me creeré tu cuento y viajaré a Seacrest preparado para la batalla. Pero te lo advierto —soltó la mano y el mechón de pelo de Haith de la mano de Genevieve—, si mientes, si Haith sufre aunque sea un rasguño por tu culpa, créeme cuando te digo que te mataré lentamente y disfrutando de ello.

La mirada de Genevieve se mantuvo firme.

—Mis hombres están a tu disposición, y esperan tus órdenes.

Tristan se dirigió hacia Minerva.

—La baronesa y tú os quedaréis en Greanly para consolar a lady Soleilbert cuando se despierte. Seguramente te buscará cuando vea que el salón está vacío. También es necesario

ocuparse de Ellora —Tristan miró a Barrett—. Doy por hecho que ella no se ha escapado también.

Barrett se sonrojó completamente.

—No, mi señor.

Genevieve habló entonces.

—Tristan, Nigel espera que regrese contigo. Él...

—Esa basura me espera dentro de tres días, no hoy. No perderé más tiempo ni malgastaré más vidas que no sean las de aquellos que estén dispuestos a luchar y puedan hacerlo —los ojos de Tristan brillaban como dos llamas azules y letales—. Y no confío en ti. Te quiero lo más lejos posible de Haith, si es que ella está realmente en Seacrest.

—Muy bien —susurró Genevieve—. Ten cuidado, Tristan... Nigel es astuto y está desesperado.

—No temas, *madre* —se mofó Tristan—. Me he enfrentado a peores engaños en mi vida y los he superado —se despidió de ella girándose para volver a subir las escaleras—. Comienza a reunir a los hombres, Barrett —se detuvo un instante para dirigirse hacia Minerva—. Te agradecería que te ocuparas de acoger a la baronesa, Minerva. No se ha ganado un lugar en mi casa —al ver el gesto de asentimiento de la anciana, Tristan siguió su camino sin mirar ni una sola vez a Genevieve.

Minerva se acercó a la desalentada mujer con una mano amiga y una sonrisa amable.

—Venid conmigo, mi señora. Tengo muchas preguntas que hacerlos.



Haith estaba perdida una vez más en el silencioso prado de sus sueños. Sentía como si llevara varios días allí, caminado sobre la firme hierba bajo un perpetuo cielo azul y llamando, llamando sin cesar a Tristan. El sueño y la realidad estaban tan entrelazados que sentía sus pensamientos mezclados como los paneles multicolores de una vidriera. Las ideas cuerdas estaban en pugna con la fantasía.

Haith sentía que las manos le vibraban y le colgaban como pesos muertos. Los pies gritaban a cada paso que daba. Sus oídos estaban completamente al tanto de los latidos del corazón, que resonaban lentos y pesados en su pecho.

¿Estaba dirigiéndose hacia el norte? ¿La esperaría Escocia al final de aquel mundo enloquecido?

¿Y dónde estaba Tristan? Sin duda él la buscaría allí. Trató de volver a llamarle.

—¡Tristan! ¡Estoy aquí! —su propia voz amenazaba con destruirle el cráneo debido a la intensidad. Se detuvo y se sujetó la dolorida cabeza con un ligero gemido. Entonces se le pasó una idea por la cabeza: la primera vez que Haith estuvo en aquel prado, lo único que escuchó fue la voz del hombre moreno, de Pharao. Tal vez...

—¡Pharao! ¿Puedes oírme? —Haith se giró ligeramente en círculo, escudriñando el insípido horizonte. Lo intentó de nuevo, esta vez formando un altavoz con las manos alrededor de la boca.

—¡Pharao, necesito tu ayuda!

Haith perdió la esperanza de que alguien pudiera escuchar su voz, y comenzó a caminar una vez más por la hierba. El cielo que había encima comenzó a brillar como el vapor de una caldera. Un árbol hizo su aparición, sus ramas retorcidas y ancestrales crecieron al instante y produjeron unas hojas verdes y exuberantes.

Al lado del árbol había una figura.

Haith corrió, ignorando sus pies que parecían garrotes, y cuando se acercó a la marca, vio la larga túnica de la figura, que contrastaba con el añejo paisaje. Se detuvo delante de él sin aliento.

—Haith —la voz de Pharao parecía hablar una vez más desde el interior de su cabeza, sus labios no se movían—. ¿Por qué me convocas en este lugar?

—Tú eres el único que puede oírme —dijo sin estar muy segura de si estaba hablando con la boca o con la cabeza. Le resultaba imposible diferenciar entre ambas. Pero no parecía tener importancia—. Debo encontrar el camino de regreso a Tristan.

—No necesitas mi ayuda, y aquí menos que en ningún otro sitio.

Haith arrugó la frente.

—No lo comprendo. Estoy atrapada en este prado.

—Sólo estás atrapada por qué crees que lo estás —Pharao se sentó con gracia en el suelo y le hizo un gesto a Haith para que lo imitara. Cuando ella se hubo sentado, continuó—. Este lugar, este prado, como tú lo llamas —Pharao hizo un gesto que abarcaba el océano de hierba que los rodeaba—, es tu percepción. Tú lo has creado, y por lo tanto, puedes controlarlo. ¿Habías estado aquí antes, tal vez hace mucho tiempo?

Haith sacudió la cabeza.

—No. Sólo cuando soñé con este lugar hace unas semanas.

—Lo has olvidado —Pharao estiró un brazo, colocándole la mano a escasos centímetros de la sien antes de detenerse—. ¿Puedo?

—Adelante.

Pharao deslizó suavemente la palma de la mano por el rostro de Haith, y con la otra mano señaló el prado que tenían delante. Para mayor asombro de Haith, una escena comenzó a cobrar vida ante sus mismísimos ojos.

Los árboles empezaron a desarrollarse como si sus ciclos de crecimiento fueran sólo cuestión de segundos, y la brisa corrió por el prado como si fuera un cachorro juguetón, zarandeando salvajemente la hierba. El sol se alzó desde su escondite por encima del horizonte y pendió por encima de ellos.

Y entonces un hombre y una niña aparecieron cruzando el prado. A Haith se le llenaron los ojos de lágrimas cuando los recuerdos le inundaron la memoria.

James y Haith, ella todavía una niña pequeña, caminaban y conversaban delante de ellos.

—Oh, Dios mío.

Pharao dejó caer la mano, pero la escena continuó, sostenida por el recuerdo de Haith. El sonido se añadió al prado, y el rugido de un trueno, unido al chisporroteo de un rayo, inundó el aire vacío. Seacrest apareció en la distancia, y de pronto, la pequeña Haith corrió hacia el pueblo.

Haith sabía que la niña había actuado así siguiendo una orden de su padre.

Corinne apareció al lado de James, y la pareja observó con tristeza cómo desaparecía primero su hija y después el castillo. Finalmente, ellos mismos también se marcharon, dejando sólo un prado soleado y tranquilo a su paso.

Haith se giró hacia Pharao.

—Sigo sin entenderlo.

Pharao la miró intensamente, pensativo durante un instante.

—Tú creaste este lugar debido a las necesidades que tenías siendo una niña pequeña. Tal vez fue para conectar con tu padre. ¿Me equivoco al aventurar que tras su muerte, cuando tú regresaste de haberte encontrado aquí con él, tuvo lugar un desastre todavía mayor?

Haith asintió, incapaz de formular con palabras los detalles de lo que se había encontrado en el salón cuando regresó de su trance tantos años atrás. Su pequeño cuerpo fue lanzado por la sala y fue a caer encima del de Corinne, que había muerto con una espada atravesada en el pecho y yacía cubierta de sangre. El salón estaba lleno de gritos aterradoros. Ellora y Bertie estaban atadas juntas y sollozaban, las dos habían sido golpeadas. Minerva permanecía tumbada cerca, inconsciente pero viva.

Y por todas partes, por todas partes, gigantescos soldados normandos y mercenarios extranjeros blandían armas ensangrentadas por encima de los muertos o de los agonizantes habitantes del pueblo.

—Seacrest estuvo a punto de ser destruido —susurró Haith.

Pharao asintió.

—En tu mente de niña, asociaste tus talentos y habilidades con la tragedia, y relacionaste para siempre este lugar que tú misma habías creado con la muerte y la tristeza —Pharao se detuvo—. No quisiste reconocer el don de tu gente, ¿me equivoco?

—Así es —las piezas habían comenzado a encajar ahora para Haith—. Demasiadas pérdidas... no podía comprender la razón. Tal vez me sentía culpable.

—En ocasiones no hay ninguna razón tras los actos de los hombres. La culpa que has experimentado durante tantos años te ha impedido experimentar tu potencial. También te ha llevado a hacerte responsable de aquellos que te rodean.

Haith parpadeó.

—Ya me lo habías advertido con anterioridad. Dijiste que no puedo impedir lo que escapa a mi control.

Pharao asintió.

Haith dio un respingo cuando un pájaro salió volando del árbol que tenían encima.

—Pero, ¿por qué sigo volviendo a este lugar si tanto me asusta?

—Tal vez sea el modo que tiene tu alma de tratar de llegar a tu don, a ese ancestral conocimiento que tú guardaste bajo llave siendo una niña pequeña.

—He olvidado cómo se utiliza —se dio cuenta Haith—. Por eso me asusta.

Pharao sonrió y se puso de pie. Haith lo miró con ansiedad.

—¿Dónde vas?

—Ahora ya tienes tus respuestas y no me necesitas —la figura de Pharao adquirió una presencia resplandeciente—. Volveremos a encontrarnos pronto, Haith.

—¡Espera! ¿Cómo voy a...?

—Ya tienes tus respuestas... —la voz de Pharao se fue desvaneciendo junto con su presencia, dejando a Haith sola debajo del árbol.

Se sentía holgada, más libre de lo que podía recordar haberse sentido nunca. Aunque todavía le dolían los pies y las manos, esa sensación se desvaneció bajo una oleada de energía brillante y fuerte que la inundó. Mientras entraba y salía de ella, la hierba se volvió más verde, el calor del sol se hizo más intenso. Haith desenrolló las piernas y se alzó más alta que antes, solazándose en la belleza sencilla que su yo niña había creado tantos años atrás. Sus problemas, aunque seguían siendo graves, ya no parecían insuperables. Tenía la visión clara, el incalculable valor de sus seres queridos atravesó las dudas y los miedos a los que previamente se había agarrado.

Tristan, mi amor.

Haith cerró los ojos en el prado y sintió cómo regresaba a su cuerpo.

Recuperó la conciencia como si la hubieran dejado caer desde una gran altura, dando un violento respingo y provocando un grito en las doncellas que esperaban al otro lado de sus párpados. El dolor que sentía ahora, que le ardía tanto en las extremidades como en el cráneo, resultaba insoportable, y Haith gimió.

—¡Mi señora! —le dijo la voz acallada de una de las doncellas—, mi señora, ¿podéis oírme? ¡Debéis despertar!

—¿Do... dónde estoy? —Haith abrió los ojos de golpe y se encontró con dos rostros desconocidos que observaban fijamente el suyo—. ¿Quiénes sois? —preguntó con voz ronca.

—Estáis en el castillo de Seacrest, y nosotras somos las doncellas personales de la baronesa de Crane —le informó la otra joven—. Yo soy Tilly, y ella es Rose.

El recuerdo del tortuoso viaje en carromato explotó en la conciencia de Haith, que hizo un esfuerzo por incorporarse. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que estaba acostada en la habitación en la que dormía de niña cuando vivía en Seacrest.

—¿La baronesa de Crane? —preguntó, pero antes de que las jóvenes pudieran contestar, un gran estrépito sacudió las paredes y las tres mujeres se estremecieron—. No importa, ¿dónde está Nigel?

—No lo sabemos, mi señora —reconoció Rose—. Pero creemos que este castillo está bajo asedio, y nuestra señora no ha regresado todavía con nosotras.

Otro impacto estremeció la habitación, y las dos muchachas gritaron y se abrazaron. Haith se arrastró hasta el extremo del camastro.

—Tenemos que salir de aquí —les dijo a las doncellas con calma—. Ayudadme a ver si puedo ponerme de pie.

—Oh, no mi señora —gimió Tilly abriendo los ojos de par en par—. Lleváis durmiendo desde la noche anterior, y estáis muy débil. Tenemos instrucciones precisas de la baronesa de que no salgáis de esta habitación por vuestro propio bien.

Rose le dio la réplica.

—¡Además, no sabemos qué clase de bárbaros están asediando el castillo!

—El único bárbaro que hay en este castillo es su señor —se mofó Haith poniéndose torpemente de pie. Realmente estaba muy débil—. Quien esté intentando conquistar el castillo no supone un peligro para nosotras. Conozco bien estos pasadizos, y escaparemos sin ser vistas.

Las doncellas se miraron la una a la otra en aterrorizada indecisión. Tilly fue la que habló.

—No sé, mi señora...

—Muy bien, entonces. Quedaos si queréis. Yo no conozco a ninguna baronesa y no le debo ninguna lealtad —Haith se dirigió caminando con dificultad hacia la puerta, arrastrando los pies. Sentía como si estuviera caminando sobre trozos de cristal. Se giró hacia las temblorosas jóvenes mientras otro estrépito sacudía las paredes—. ¿Dónde están mis sandalias?

La muchacha llamada Rose levantó un puñado de tiras de cuero.

—La baronesa tuvo que cortáros las de los pies, mi señora.

Haith suspiró y bajó la vista. Los vendajes tendrían que bastar. ¿Quién era aquella mujer que cuidaba de ella bajo el techo de Nigel? Se dirigió hacia las doncellas.

—Quedaos en esta habitación, echad el cerrojo y *guardad silencio*. Enviaré a alguien a buscaros, pero os juró que no será lord Nigel. Sin embargo, si él tratara de sacaros de aquí, no os resistáis, es un hombre cruel y peligroso.

—No os preocupéis, mi señora —Tilly sacó una daga de aspecto peligroso de su cinto—. Nuestra ama ha velado por nosotras.

Satisfecha, Haith abrió la puerta con un crujido y asomó la cabeza en el corredor. Aunque se sentían espantosas reverberaciones y se oían gritos procedentes de abajo, el corredor superior estaba vacío. Haith se deslizó fuera de la habitación y se dirigió a las escaleras todo lo deprisa que le permitieron sus doloridos pies.

Descendió los primeros escalones, atenta por si escuchaba el sonido de unos pasos acercándose. Al no oír nada, su confianza creció, impulsándola a apretar el paso. Haith podía ver el final de las escaleras y la salida que había más allá, y estaba tan decidida a escapar que no vio a Donald deslizándose por la esquina.

La agarró por la cintura con el brazo del muñón y le puso la mano en la boca. Su aliento cálido y nauseabundo le siseó al oído:

—Hola, mi señora. Lord Nigel me envía a buscaros. Parece que tenemos visita.

Capítulo 28

Tristan y sus hombres, incluido el pequeño grupo de soldados de Genevieve, aguardaban al anochecer en una colina del bosque que daba a Seacrest y al mar que quedaba al otro lado. La tensión que había en el grupo resultaba palpable. Tristan tuvo que hacer gala de todo su entrenamiento como guerrero para controlar su paciencia y esperar el momento oportuno para atacar, en lugar de cargar de inmediato. Estaba deseando derribar los mismísimos muros de Seacrest con sus propias manos y convertirlos en añicos.

Lo cierto era que parecía como si Nigel estuviera preparado por si tenía lugar un traspies en los planes que había maquinado. Las altas puertas de madera estaban completamente cerradas, y los guardas que vigilaban sobre los muros caminaban a intervalos regulares. Tristan permitió que una sonrisa malvada se le dibujara en los labios al pensar en Nigel tratando de evitar que él entrara si realmente tenía prisionera a Haith.

Su mente se dirigió hacia su madre, y rápidamente desechó aquel pensamiento. No era el momento de tratar de comprender las misteriosas motivaciones de la mujer. Tristan todavía estaba más que conmocionado por su llegada. Si demostraba que se podía confiar en ella tras esta campaña contra Nigel, entonces escucharía las explicaciones que le diera.

Y luego la rechazaría como había hecho ella con él.

Barrett acercó su caballo al de su señor y habló, aunque ninguno de los dos hombres apartó la vista del pueblo que quedaba debajo.

—¿Falta ya poco, mi señor?

—Sí, Barrett. En cuanto estemos cerca de las puertas, guiaré a la mitad de los hombres al salón mientras los demás y tú esquiváis a los soldados de Nigel que rodean el castillo. Ninguno de los esbirros de ese mal nacido tendrá la oportunidad de escapar con Haith.

—Sí. Y cuando...

Las palabras del alguacil quedaron interrumpidas bruscamente cuando todos los hombres escucharon un gran estruendo procedente del oeste.

Era el sonido de un numeroso grupo de jinetes acercándose.

—Mi señor —dijo Barrett incómodo—, no es posible que Nigel haya contratado mercenarios para defender el pueblo, ¿verdad?

—No lo sé, Barrett. Si mi madre ha dicho la verdad, se supone que no nos espera tan pronto.

La loma de la colina se vio enseguida coronada por una fila de soldados que habían alcanzado la pequeña cima. Parecían ser más de doscientos. Un jinete se apartó del grupo y galopó hacia el ejército de Tristan.

—Preparados, soldados —advirtió Tristan en voz baja—. Viene solo, pero estad prevenidos a que haga una señal de ataque.

El jinete que se estaba acercando iba montado en un impresionante corcel plateado, y llevaba una armadura de batalla inmaculada. Estaba claro que era de noble procedencia para llevar tan rico armamento. Era un hombre alto, eso quedaba claro por el tamaño de su montura, y más joven que Tristan. Cuando se acercó más, se levantó el casco, dejando al descubierto un cabello

negro rizado y unos ojos azul hielo. Tenía la mandíbula firmemente apretada cuando ralentizó el paso de su caballo y se detuvo varios pasos por delante de Tristan.

Los dos hombres se quedaron mirándose sin decirse nada y luego ambos desmontaron al mismo tiempo. El noble de cabello oscuro se acercó a Tristan y extendió el brazo mientras hablaba.

—He venido lo más rápidamente posible, en cuanto pude reunir a los hombres. ¿Cuándo vamos a atacar?

Tristan apretó el brazo de su hermano con firmeza, sus ojos se cruzaron y mantuvieron la mirada mientras se apretaban con más fuerza.

—Cuando caiga la noche.

—Soy Nicholas FitzTodd.

Tristan asintió y tragó saliva, pero fue incapaz de hablar debido a la violenta emoción que se había apoderado de él. El único signo exterior de su incomodidad fue el músculo que apretó en la mandíbula. El joven que tenía delante hizo el mismo gesto que él. Nicholas volvió a hablar apretando los dientes.

—Tú eres Tristan D'Argent. Mi hermano.

Aquellas palabras fueron la perdición de Tristan, que estrechó rudamente a Nicholas entre sus brazos.

—Sí —consiguió decir en un gruñido mientras palmeteaba la espalda de Nicholas—. Soy tu hermano.

Barrett apartó la mirada de aquella escena sintiendo un nudo en la garganta, como la mayoría de los hombres presentes.

Los dos hombres finalmente se apartaron el uno del otro y carraspearon para disimular su azoramiento.

—Le haré una señal a mis hombres para que se reúnan con los tuyos —dijo Nicholas girándose para dar la orden.

En menos de una hora, ambos grupos de tropas se habían fundido, y habían descrito el plan de ataque para que todos estuvieran de acuerdo. Los guardas de los muros de Seacrest no tuvieron problemas para adivinar las intenciones del ahora masivo número de jinetes reunidos tan cerca del castillo. La línea de defensa de Seacrest fue fortificada.

Tristan miró a los hombres que lo flanqueaban; su hermano Nicholas a la derecha, y Barrett a la izquierda. Aunque sintió la ausencia de Pharao como una herida abierta, Tristan encontró consuelo en el recuerdo de las cientos de batallas que habían librado juntos. Sintió dentro de su corazón que Pharao seguía a su lado.

El sol comenzó a hundirse por detrás de las faldas de la montaña, sumergiendo Seacrest en una bruma sangrienta y provocando que la luz cayera sobre la espalda de las tropas.

—Adelante —el tono de Tristan fue bajo, pero fue seguido del grito de batalla de casi cuatrocientos hombres que bramaron mientras cargaban colina abajo en dirección a su objetivo.

Cuando se acercaron a los muros de Seacrest, las flechas disparadas por los guardas cayeron como lluvia sobre Tristan y sus compañeros. Aunque muchos de los hombres de su hermano se libraron porque tenían a la espalda el cegador sol, estaban lanzando tantos proyectiles que sin duda algunos encontrarían su objetivo.

El mar de soldados cargó contra los muros exteriores con fuerte impacto, destrozando la vieja puerta de madera con un explosivo estruendo. La primera oleada de invasores inundó el patio, Tristan y Nicholas entraron llevando juntos el estandarte. Fueron recibidos por una muralla de defensores, y el combate cuerpo a cuerpo dio comienzo con un bramido colectivo. Las espadas se cruzaron, y los gritos de los caídos llenaron el aire con una macabra melodía que estimulaba a los que iban ganando. Los soldados de Seacrest iban a pie y no estaban acostumbrados a la batalla, porque nadie los había retado durante todos los años transcurridos desde que Nigel se hizo con la plaza. No eran rivales para los guerreros curtidos en la batalla de

Tristan y el disciplinado grupo de Nicholas. Hombres obesos y displicentes eran abatidos en desigual lucha, y muchos estaban ahora esparcidos por el patio, provocando que los soldados que iban a caballo tuvieran que abrirse camino a través de los muertos mientras batallaban para acceder al castillo.

Tristan notaba los fuertes latidos de su corazón. Su sed de venganza recaía sobre cada cuerpo blando que atravesaba su espada y en cada cabeza cercenada. Miró de reojo a Nicholas, que luchaba cerca de él, y se quedó asombrado al ver que el hombre blandía su poderosa espada con satisfacción e incluso se reía ante la carnicería.

Tras despachar con facilidad a su más reciente atacante, Nicholas giró su caballo para unirse a Tristan en las puertas del gran salón. Los soldados del grupo de Nicholas aparecieron cargando con un pesado ariete de roble armado con unos rudimentarios tiradores de madera en ambos lados.

—Échense hacia atrás, señores —avisó el soldado que estaba manejando la parte delantera del tronco.

Tristan y Nicholas intercambiaron una mirada, después envainaron sus espadas y desmontaron para ocupar cada uno un lado de la parte frontal del arma.

—Una, dos ¡Adelante! —gritó el soldado, y el ariete se estrelló contra la barrera, golpeando las puertas, que sin embargo permanecieron cerradas.

—¡Adelante!

Una vez más, el portón resistió el poderoso embiste, aunque se escuchó el sonido de unas astillas.

—¡Atrás! —Nicholas les hizo un gesto a los hombres para que recularan y luego miró a su hermano con un brillo en los ojos.

Tristan asintió y agarró con más fuerza el tirador.

—¡Adelante!

El ariete fue lanzado hacia delante a la rápida velocidad con la que lo movieron los hombres que cargaban con él, y lo estrellaron contra las puertas con una furia tal que echó ambas puertas abajo. Las dos gigantescas hojas se precipitaron hacia el salón en medio de una densa nube de esquirlas de madera y polvo y aterrizaron contra el suelo con un estallido que hizo temblar el suelo.

Los hombres se precipitaron al interior del castillo por la fuerza del golpe, obligando a Tristan a soltar su tirador y alejarse del ariete. Sacó la espada y se apartó de los soldados, adoptando una postura de ataque.

Delante de él, sentado con naturalidad en la mesa señorial con una copa entre los dedos, su enemigo le hizo una seña para que se acercara. Nigel alzó la mirada para mirar a Tristan y a su ejército invasor con mofa, porque entre Donald y él estaba sentada Haith con un cuchillo pegado al cuello.



A Haith le dio un vuelco al corazón cuando las puertas del salón cayeron hacia dentro, dejando al descubierto a Tristan en la primera línea de ataque. Tenía la frente manchada de púrpura, y Haith rezó para que ni una sola gota de aquella sangre hubiera manado de sus venas.

La fría hoja que tenía en el cuello le presionó cruelmente, y Donald se inclinó todavía más sobre ella, impidiendo cualquier esperanza de escape.

—Lord Tristan —dijo Nigel como si estuviera encantado con su aparición—. Qué encantador por tu parte haber venido a visitarnos. Te estaba esperando, por supuesto, pero no tan pronto.

El silbido de las armaduras resultaba prácticamente ensordecedor cuando los hombres de Tristan ocuparon el salón y rodearon la mesa en semicírculo, deteniéndose varios pasos atrás. Tristan avanzó.

—Suéltala ahora, Nigel, y te daré una oportunidad de luchar con honor —le advirtió—. Sólo tú y yo.

—Oh, creo que no —Nigel estiró un dedo y lo deslizó lentamente por el esternón de Haith, tirándole del corpiño—. ¿Vale la pena hacer todo esto por ella? Supongo que lo averiguaré muy pronto, ¿verdad?

Haith cerró con fuerza los ojos y gimió ante el contacto de Nigel y la risotada de Donald.

—Quédate dónde estás, Tristan. Te matará —abrió los ojos y se encontró con un hombre que le resultaba extrañamente familiar sujetando a Tristan.

—¡Cierra la boca, zorra! —la ira de Nigel había estallado, y agarró a Haith por el pelo. Le colocó la cabeza cerca de la suya, provocando que la daga de Donald le hiciese un rasguño en su cuello de alabastro. Brotó un poco de sangre que le cayó por el pecho hacia abajo.

Nigel recogió la gota con uno de sus finos dedos y probó su temperatura.

—Mm... qué dulce.

Tristan bramó, tenía las venas claramente marcadas en la frente, y se lanzó hacia delante tratando de zafarse de las garras del hombre que lo tenía sujeto. Barrett se acercó para ayudar a retenerlo.

—Supongo que he sido un estúpido al confiar en tu madre, Tristan —Nigel lanzó a Haith hacia Donald una vez más y se puso de pie, levantando la copa—. Debería haber sabido que todas las mujeres son mentirosas y estúpidas, y la baronesa no es una excepción.

—Nuestra madre no es una estúpida —le espetó el hombre de cabello oscuro—. Te tomó muy bien la medida.

Haith abrió los ojos de par en par al caer en la cuenta del parecido entre Tristan y aquel hombre. ¡La baronesa de Crane era Genevieve D'Argent, la madre de Tristan! ¡El hombre de pelo negro era el hermano de Tristan! A pesar del miedo que estaba pasando, a Haith se le llenaron los ojos de lágrimas al ver a los dos hombres codo con codo.

Nigel alzó las cejas.

—¿Nuestra madre, dices? Mm. Bien, entonces eso te convierte en lord Nicholas, barón de Crane —Nigel se inclinó con una risita entre dientes—. Bienvenido a Seacrest, mi señor.

—Estás acabado, Nigel —murmuró Nicholas.

—¡Suéltame, hermano! —bramó Tristan con la voz quebrada por la intensidad. Sentía el pecho pesado, y Haith podía ver la tirantez de los músculos del cuello. No podía explicarse cómo los dos hombres podían seguir sujetándole.

Nigel alzó la vista hacia los hombres que tenía delante de él con una expresión que reflejaba curiosidad.

—Sí. Parece que mis planes han salido realmente mal. Ahora hay demasiados testigos en mi contra como para ganarme el favor de la Corona. Pero eso no impedirá que aquellos que han estropeado mis planes sufran también —señaló hacia Tristan con su copa—. ¿Qué se siente al saber que, incluso después de todo esto, no la tendrás nunca, Tristan?

Haith sintió cómo la hoja de la daga de Donald disminuía la presión en su cuello mientras el hombre escuchaba como hipnotizado las palabras de Nigel. Con los ojos clavados en Tristan, aprovechó la oportunidad.

Utilizando sus manos heridas, empujó el borde de la mesa con todas sus fuerzas, provocando que la silla en la que estaba sentada cayera hacia atrás. Donald cayó en el espacio vacío y fue a aterrizar pesadamente contra Nigel, a quien se le cayó la copa de la mano. El vino se derramó por toda la mesa y se expandió hacia el suelo como si fuera sangre.

Se desató un infierno en el salón mientras Tristan se libraba de las manos que lo sujetaban y se lanzaba como un poseso hacia la mesa y los soldados corrían hacia delante. Haith fue gateando

apoyada en las manos y en las rodillas hasta la pared de atrás, pero su huida duró muy poco. Gritó cuando la regordeta palma de la mano de Donald se cerró alrededor de su tobillo herido y tiró de ella boca arriba para llevarla hacia las esterillas.

Haith volvió a gritar cuando la bota del herrero la golpeó con fuerza en el costado. Luego la agarró del pelo y tiró de ella para ponerla de pie. Haith estaba colocada delante de Donald como si fuera un escudo, y tenía la daga presionada una vez más sobre su cuello, esta vez con menos delicadeza.

—¡D'Argent, maldito bastardo! —gritó Donald—. ¡Mira lo que tengo aquí!

Haith vio que Tristan tenía a Nigel acorralado contra la pared. La punta de su espada rozaba el abdomen del hombre. Al escuchar el grito de triunfo de Donald, Tristan miró por el rabillo del ojo.

—Ordena a tus hombres que se detengan y den un paso atrás —le advirtió Donald—, o le cortaré el cuello en este mismo instante.

—¡No lo hagas, Tristan! —gritó Haith—. ¡Mátalo ahora!

Tristan miró primero el cuchillo que tenía Haith en el cuello y luego la sonrisa empastada de Nigel.

—¡Esperad, soldados! —exclamó mirando de medio lado—. ¡Nicholas, retenlos! —comenzó a bajar la punta de su espada.

—¡No! —chilló Haith.

Los acontecimientos parecieron desarrollarse a cámara lenta delante de ella. Cuando Tristan dio un paso atrás, Nigel sacó una daga larga y estrecha del cinto y la dirigió contra el pecho de Tristan. Tristan contuvo el ataque con el antebrazo, enviando la daga por los aires sin que hiciera daño a nadie. En menos de una décima de segundo, Tristan clavó su espada en el vientre de Nigel con un furioso grito de triunfo.

Algo parecido al beso de un ángel rozó la mejilla de Haith, y entonces Donald dejó de agarrarla y cayó de golpe al suelo detrás de ella.

Haith corrió hacia delante para arrojarle a los brazos de Tristan justo cuando él se lanzaba hacia ella. La estrechó contra sí, y los dos miraron hacia donde estaba Donald.

Un proyectil en forma de carámbano de hielo sobresalía del ojo de Donald. La bola que había al final de la fina esquirra tenía el tamaño y la forma de un huevo pequeño. Tanto Haith como Tristan recorrieron con la mirada toda la longitud del salón hasta llegar a la zona desde la que se había lanzado el proyectil.

Subido en su gran caballo negro, que brincaba impacientemente en lo alto de las destrozadas puertas de Seacrest, Pharao hacía girar con gesto indolente su honda de cuero. Una leve sonrisa se le dibujaba en los labios. Estaba rodeado de un numeroso grupo de hombres jóvenes fuertemente armados y vestidos de una manera similar a la suya.

—¡Hijo de perra! —gritó Barrett con una sonrisa de oreja a oreja que le cruzaba el barbudo rostro.

Haith sintió cómo Tristan aspiraba tembloroso el aire, y lo empujó suavemente entre lágrimas.

—Ve con él.

—¿Estás segura? —los ojos de Tristan escudriñaron su rostro con avidez—. No quiero apartarme de tu lado ni un instante.

—Tenemos toda la vida para estar juntos —aseguró ella, y el corazón le dio un vuelco de felicidad cuando Tristan sonrió—. Ve y dale las gracias por salvarme la vida.

“Dos veces”, pensó Haith para sus adentros mientras observaba cómo Tristan cruzaba el salón.

Los hombres que custodiaban a Pharao se apartaron para dejar paso a aquel inglés tan alto, y Pharao desmontó.

—Tengo la impresión de que he llegado justo a tiempo, mi señor —dijo Pharao.

—Como siempre, Phar. Como siempre —Tristan se acercó a él y los dos hombres se abrazaron, riéndose y golpeándose el uno al otro en la espalda.

Al otro lado del salón, Haith vio que Nicholas apartaba la mirada con una expresión de desilusión. Llamó a los soldados que todavía quedaban en pie.

—En marcha, muchachos. Empecemos a recoger los cuerpos y a enterrar a los muertos — tenía la voz apagada y los fuertes y anchos hombros inclinados hacia abajo.

—¡Nicholas! —lo llamó Tristan haciéndole un gesto para que se acercara con el brazo que no estaba rodeando los hombros de Pharao.

Nicholas se estiró y se acercó.

—Phar, este es mi hermano, lord Nicholas, barón de Crane.

Pharao sonrió con amplitud.

—¿Tu hermano, mi señor? ¡Qué afortunado y feliz debes sentirtel! —Pharao extendió el brazo, y Nicholas se lo estrechó al instante.

—Nicholas, este es mi *otro* hermano —los ojos de Tristan se clavaron en los de Pharao—. Pharao Tak'Ahn. Sin vosotros dos, no creo que hubiéramos logrado vencer hoy con tanta facilidad.

Tristan miró hacia el otro lado del salón, donde estaba Haith, y ella se rió en voz alta al comprobar que el amor que reflejaban los ojos de Tristan le provocaba escalofríos en los brazos. De pronto, él frunció el ceño y comenzó a avanzar hacia delante.

—¡Haith! ¡A tu espalda!

Ella se dio la vuelta y vio que Nigel, con la espada todavía firmemente clavada en el abdomen, había agarrado una antorcha del aplique de la pared. Con una enloquecida sonrisa de triunfo, arrojó la estaca encendida sobre la mesa empapada en alcohol que había delante de ella. Tras un silbido crepitante, Nigel y ella estuvieron al instante rodeados por un círculo de llamas.

Haith gritó cuando el hombre, empalado por la espada, se tambaleó hacia ella mientras trataba de arrancarse con una mano la espada que lo tenía ensartado. Más allá del crepitar de las llamas, Haith podía escuchar los gritos pidiendo que llevaran agua y a Tristan repitiendo su nombre.

—Ahora esto es entre tú y yo, muchacha —carraspeó Nigel con la sangre manándole de los labios—. Moriremos juntos.

El humo enturbiaba el círculo de llamas, haciendo que Haith se ahogara y tuviera que cubrirse la nariz. Alzó una mano para evitar que se le acercara Nigel, cuyo brazo estaba envuelto en llamas aunque él no se había dado cuenta.

—Ven a posarte en esta espada conmigo, amor —dijo Nigel delirando—. Y dirígete hacia la muerte como lo hizo tu madre... por su propia voluntad.

Aquella afirmación sacudió a Haith, y de pronto, toda la ira, la culpabilidad y el miedo que había sentido desde el día que murieron sus padres afloró dentro de ella. Aquella energía se expandió por su interior, haciendo añicos sus dudas y dejando en su lugar un poder tan inmenso y antiguo que salió disparado de sus ojos y de las yemas de sus dedos como hilos blancos de luz. El cabello se le alborotó salvajemente alrededor del rostro mientras permanecía en medio de un feroz viento huracanado.

Nigel dio un paso atrás al contemplar la transformación que había tenido lugar delante de él, y Haith atisbo el brillo de un toque de terror en su turbia mirada. Alzó los brazos hacia lo alto, sin pensar en la llama hambrienta que la lamía pero no la quemaba. Atravesándolo con la mirada, Haith pronunció unas palabras que le surgieron de lo más profundo, unas palabras que eran instintivamente suyas por derecho de nacimiento.

¡Te condeno con el fuego!

¡Te condeno con la espada!

¡Te condeno con la pureza del alma!

¡Tres veces tres veces tres!

La espada que Nigel tenía clavada se retorció sola, arrancando de él un alarido infernal. Las llamas de los brazos y del torso se elevaron para apoderarse de su cabeza con un alegre y satisfecho chisporroteo. La mirada de Haith permaneció impasible sobre él, y Nigel cayó al suelo gritando mientras en el aire que había entre Haith y él aparecían a toda velocidad una sucesión de imágenes: Haith y Soleilbert cuando eran unas niñas pequeñas, jugando bajo las indulgentes miradas de sus madres; James trabajando codo a codo con los siervos de los campos de Seacrest; Tristan alzando su copa para brindar con los habitantes de Greanly; la trinidad de la hermandad de Tristan, Pharao y Nicholas; Haith refugiada en los brazos protectores de Tristan; Bertie con el colgante dorado de Pharao brillando contra su pecho; Minerva sujetando con firmeza la muñeca de Nigel en el patio de Seacrest e invocando la ira de los ancestros.

Nigel se retorció en las esterillas mucho tiempo después de que el corazón le hubiera estallado dentro del pecho, y Haith permaneció delante de él, observando con avidez cómo las llamas lo devoraban en medio de la tempestad.

Todo había terminado.

Capítulo 29

Dejaron atrás el sangriento desenlace acaecido en Seacrest todo lo de prisa que pudo llevarles el caballo de Tristan. El frío aire de la noche gemía en los oídos de Tristan mientras galopaban hacia el norte. Aquel frescor era similar a la húmeda y fría piel de Haith cuando le posó los labios en la mejilla. La sujetaba con fuerza por la cintura, y tenía la respiración agitada mientras urgía al galope a su caballo. Haith se recostó contra él, inmóvil y aterradoramente silenciosa. Desde el instante en que había enviado a Nigel al infierno, cuando la jaula feroz que la rodeaba se hizo añicos en un anillo de fuego, no había pronunciado una sola palabra.

Hacia dos días que la luna, que había dejado de estar llena y se mostraba plateada y madura, había comenzado a menguar. Colgaba con poco entusiasmo por encima del oscuro bosque que engullía el camino que tenían por delante, como si no encontrara nada más interesante que ver y estuviera dándose la vuelta para volver a casa.

Tristan tiró de las riendas de su montura para ponerla al trote cuando entraron en el bosque, y luego la llevó al paso. El camino estaba cubierto de un intrincado encaje de sombras, y en medio del suave arrullo de los árboles, escuchó el juguetón canto nocturno de un arroyo. Tristan detuvo el caballo.

Sujetando a Haith con firmeza, se bajó al suelo desde detrás de ella. Parecía no pesar nada cuando la ayudó a descender tras él, era como si fuera a echar a volar y desaparecer completamente. Las rodillas no la sostuvieron cuando trató de ponerla de pie, así que la cogió en brazos y se apartó del camino. Su caballo los siguió dócilmente entre los árboles.

Llegaron a un pequeño claro, un banco de tierra que descendía desde el arroyo a la luz de la luna. Tristan se agachó y colocó a Haith con suma delicadeza apoyándole la espalda contra una vieja y enorme haya. Observó fijamente su rostro pálido y suave y frunció el ceño al ver sus ojos vacíos. Haith miraba hacia algún lugar en la oscuridad que había tras él. Estaba temblando.

—Haith —le dijo Tristan con dulzura—. Haith, mi amor —le sujetó la barbilla, obligando a su fija mirada a encontrarse con la suya—. Voy a recoger un poco de leña para encender un fuego. No iré a ningún sitio desde el que no puedas verme, ¿de acuerdo?

Ella parpadeó un instante y su mirada pareció enfocar mejor, como si acabara de despertar de un sueño profundo.

—Hada, ¿puedes oírme? Tengo que encender una hoguera.

Haith volvió a parpadear y dejó caer la cabeza en un único gesto de asentimiento.

Tristan le sonrió y acarició su fría mejilla con la palma de la mano durante un instante antes de volver a ponerse de pie para buscar leña. Fiel a su palabra, no se apartó ni un solo instante del campo de visión de Haith, si es que ella lo veía. No se movió en ningún momento de su posición apoyada contra el árbol, excepto por el temblor. Tristan había visto aquello en los soldados después de su primera batalla. Era la conmoción. Algunos salían de ella por su propio pie; otros necesitaban ayuda.

Algunos no regresaban nunca del abismo.

Cuando el pequeño claro estuvo iluminado y cálido, Tristan corrió de nuevo a su lado. Se quitó el cinto y la espada y los dejó cerca de su alcance. Entonces se puso de rodillas y comenzó a

examinar a Haith centímetro a centímetro, tocándola para asegurarse de que estaba allí con él. Para tratar de hacerla volver del oscuro lugar al que se había ido.

—Así está mejor, ¿verdad? —la animó desrizándole las manos por el rostro. Le acarició los labios secos y entreabiertos con los pulgares—. ¿Estás entrando en calor?

Haith no respondió, y Tristan dejó escapar un suspiro profundo y silencioso. Le deslizó las yemas de los dedos por el cuello, sobre la herida con costra de la daga de Donald, y el aire se le escapó de los pulmones con un escalofrío. Tenía el corpiño rasgado, y la fina y sucia tela de la ropa interior se veía suelta.

—Me temo que es peor llevar puesta esta túnica, mi señora —dijo tratando de adoptar un tono ligero. Si al menos pudiera hablarle, Tristan se libraría de aquel horrible miedo.

Le deslizó las palmas de las manos por los delicados brazos hasta llegar a las manos, y se las acercó al fuego. Fue entonces cuando vio las profundas marcas de las muñecas, la intensidad de los cardenales que le cruzaban la pálida piel.

—Dios mío —dijo con voz ronca—. Dios mío, amor, ¿qué te ha hecho? —Tristan se acercó a sus pies y le levantó el dobladillo de la túnica para encontrarse con las telas de araña de sus vasos sanguíneos rotos, los moratones de los tobillos en el punto donde sin duda la habían atado.

Y Tristan ya no pudo aguantar más. Sintió el silencioso sollozo en lo más profundo de su pecho, sintió cómo le subía hasta atezarle la garganta. Se inclinó sobre las heridas de Haith y se dejó llevar, estremeciéndose furiosamente ante el terror por lo que podría haber ocurrido. Lo fácilmente que hubiera podido arrebatársela para siempre, y cómo las consecuencias habrían sido mucho peores que la misma muerte. No emitió ningún sonido allí en el polvo, y sin embargo lloró como no lo había hecho desde que era un niño pequeño, solo y abandonado.

Oh, cómo la amaba.

—Haith —dijo respirando con dificultad. Se inclinó todavía más y besó la piel herida de sus pies una vez. Y luego otra—. Vuelve a mí. Por favor.

Haith escuchó su súplica. No recordaba cómo habían terminado en aquel claro del silencioso bosque, pero lo cierto era que no le importaba el cómo. Parecía como si hubiera parpadeado y Tristan hubiera aparecido a sus pies, con su rubia cabeza inclinada sobre sus piernas, sus anchos hombros temblando. La nuca de Tristan quedaba expuesta por encima de la cota de mallas y la túnica, y Haith alzó una mano dolorida para acariciarle suavemente la piel.

Tristan se quedó paralizado ante su contacto y levantó la cabeza. A ella se le encogió el corazón ante las líneas húmedas de sus mejillas, al ver a aquel orgulloso y fuerte guerrero tan expuesto y vulnerable delante de ella. Creyó que se apartaría de ella avergonzado, pero la miró a los ojos con honestidad y sintió cómo sus manos le acariciaban las piernas.

—Haith —susurró Tristan—. ¿Te duele mucho? ¿Qué puedo hacer?

Ella le deslizó la mano desde el cuello y sacudió la cabeza. Tenía una emoción tan grande en el corazón que sintió como si le fuera a estallar dentro del pecho. Su pregunta le recordaba a la de su primer encuentro, cuando la encontró llorando en los establos de Seacrest. Parecía que hubieran transcurrido años desde que Haith le pidió que la abrazara, que la estrechara entre sus brazos para protegerla.

Pero ahora no le pediría eso. Todavía no.

—No —respondió finalmente con voz ronca—. No me duele mucho.

Tristan se colocó a su lado, subiendo las manos por sus piernas extendidas, como si no quisiera perder contacto físico con ella. Los callosos dedos de Tristan pasaron por encima de los enganchones de su túnica sucia y desgarrada, y Haith pudo sentir el calor de él a través de la fina tela. Lo siguió con la mirada, y se llenó de alegría al ser consciente de que podía mirarlo.

—Entonces, ¿tienes frío? —le preguntó. Haith percibió su incertidumbre, y su amor por él se multiplicó—. ¿Te traigo una manta?

La brisa nocturna era ciertamente fresca, pero Haith todavía no había sentido su frío. Los temblores habían cesado casi por completo en aquel espacio cálido y confortable que Tristan había preparado para ellos en el bosque. Pero Haith tenía sus propios preparativos que hacer.

Sus labios se curvaron hacia arriba.

—Si no te importa, mi señor.

Él asintió e hizo amago de levantarse, pero luego vaciló y alzó la mano. Haith distinguió su ligero temblor antes de que le deslizara la palma detrás de la cabeza. Le acercó la mejilla a la suya, su picosa barba incipiente le caldeó la piel cuando Tristan se giró hacia ella y le apretó los labios con fuerza contra la sien. Haith le puso el brazo en la mano y cerró los ojos, sonriendo para sus adentros.

Luego se levantó y se dirigió hacia donde empezaban de nuevo los árboles y lo observó, estudió el modo en que se movía, su viril gracia. Su figura no era más que un vago contorno cuando le quitó la manta a su montura, pero Haith vio cómo detuvo lo que estaba haciendo como si estuviera escuchando. Ella también lo oyó.

Tristan regresó llevando una manta de lana oscura en la mano. Agachándose a su lado, desenrolló los pliegues para teparle las piernas.

—He escuchado jinetes acercándose —dijo con calma ajustándole la manta alrededor—. Deben ser Phar y los demás, que creen que nos siguen a Greanly —la miró a los ojos—. ¿Puedes continuar?

A Haith le hubiera encantado ver la cara de Bertie cuando Pharao regresara a Greanly, presenciar el encuentro de Tristan con su madre y su hermano, abrazar a la anciana curandera escocesa y darle las gracias. Decirles a todos cuánto los quería. Pero aquella noche no podía ser.

Lo único que deseaba aquella noche estaba en aquel pequeño claro.

—No estoy segura de tener fuerzas para seguir ahora —mintió—. ¿Podríamos descansar un poco más, si no te importa, mi señor?

—Les diré que continúen hacia el castillo —dijo Tristan al instante—. Podemos descansar todo lo que desees —le acarició el rostro una vez más antes de incorporarse—. ¿Estarás bien tú sola durante unos instantes?

Ella asintió, y su sonrisa siguió a Tristan en la oscuridad.

Cuando se hubo marchado, Haith se levantó con sumo cuidado sobre sus doloridos pies, sujetando la pesada manta con las manos. La lanzó por los aires riendo. Entonces se abrió y cayó flotando sobre el suelo del bosque, cubriendo el rico musgo y despertando el delicioso perfume de las hojas caídas. Haith miró el fuego, que dobló su tamaño.

Se giró hacia el alegre sonido del arroyo y dirigió sus pasos en dirección al bancal. En la orilla del agua, la corriente helada burbujeaba por encima de los dedos de sus pies, suavizándolos. El olor a piedras húmedas provocó que a Haith se le hiciera la boca agua, y el cieno comenzó a canturrear bajo sus pies.

Haith se pasó los dedos entre los enredados mechones de pelo, se estiró y luego se inclinó para agarrar el dobladillo de la túnica. Tiró de ella hacia arriba para sacársela por la cabeza. Arrojó la túnica y la ropa interior sobre la suave hierba, y se introdujo en el metálico reflejo de luz de luna que cruzaba el arroyo como un puente.



Tristan atravesó a toda prisa el bosque para dirigirse de nuevo hacia el claro. Llevaba un saco pequeño en una mano y un odre en la otra, regalos de Pharao para que Haith y él comieran y bebieran durante su descanso. Cuando Haith se sintiera con fuerzas para continuar el viaje, se reunirían con el resto del grupo en casa de Tristan.

En casa. Agachó la cabeza para no darse con la rama baja de un árbol de hoja perenne y sintió una punzada en el corazón. Aquella palabra encerraba una gran promesa.

El pequeño fuego que había hecho parecía haber aumentado el doble de su tamaño, convirtiéndose en una hoguera llameante durante su corta ausencia. El fuego lo llamó a través de las negras rendijas del bosque, y Tristan apretó el paso, estaba deseando ver a Haith, se moría por oír su voz pronunciando aquellas palabras que sus oídos querían escuchar. Se advirtió a sí mismo de que tal vez fuera demasiado pronto para presionarla y que le hiciera una promesa tras la horrible situación que había vivido, pero Tristan se preguntó cuánto más podría esperar.

Un miedo frío se apoderó de él cuando entró en el claro vacío. Las lenguas de fuego parpadeaban alegremente sobre la manta extendida, pero no se veía a Haith por ningún lado. A Tristan se le cayeron de las manos el odre y el saco de comida mientras se dirigía con resolución hacia el arroyo.

—¡Haith! —bramó golpeándose con las ramas. Sus apresuradas pisadas hacían crujir la maleza—. Haith, ¿dónde estás?

Vislumbró el resplandor del agua a través de los árboles, y se le pasó por la cabeza la posibilidad de que, en su estado de conmoción y confusión, hubiera caído al arroyo, golpeándose quizá la cabeza. De su mente se apoderaron imágenes macabras de su cuerpo sin vida flotando boca abajo, alejándose de él en la veloz corriente. Tristan se quedó paralizado durante un instante.

—¡Haith! ¡Respóndeme!

Forzando los ojos, escudriñando el lodo oscuro en busca de alguna señal de que hubiera pasado por allí, su mirada se cruzó con un revoltijo de ropa embarrada en la orilla. Tristan alzó la cabeza y observó las aguas.

Y entonces la vio, y la respiración se le quedó dentro del pecho.

Estaba desnuda en el arroyo, con el cabello cayéndole por la espalda, largo y oscurecido por el agua. La piel le brillaba con un reflejo de la luz plateada, centelleando por la humedad.

Tristan apoyó la palma de la mano en un tronco joven. La visión que tenía delante estuvo a punto de hacerle caer de rodillas. Haith tenía los brazos estirados, como si quisiera abrazar la lejana y brillante luna. El perfil de sus senos se recortaba contra la noche. La ondulación de las caderas y las nalgas, la suave curva de sus muslos le provocó un vuelco al corazón cuando ella se dobló por la cintura para echarse agua una vez más por encima de su cuerpo perlado. Luego volvió a incorporarse, formando un amplio arco con el cabello al agitarlo y lanzando pequeñas gotas de diamante a su alrededor.

Después se giró hacia la orilla, donde estaba Tristan, con los labios entreabiertos en sonrisa invitadora.

Tristan escuchó su propio gruñido de deseo surgiendo de su interior como si fuera un lobo del bosque. Se metió en el arroyo, con el agua fría rodeándole las botas y acariciándole las pantorrillas, y se plantó frente a ella. Jadeaba no por el ejercicio, sino debido al fiero deseo y al ansia. Tenía tantas ganas de tocarla que temblaba, pero no deseaba asustarla con su deseo.

Haith alzó los ojos para mirarlo a la cara. Unas gotitas de agua le bailaban en las pestañas y en las mejillas. Sus ojos azules se mostraban transparentes y retadores, los labios carnosos y curvados hacia arriba. De su piel surgían pequeñas espirales de vapor, y su cuerpo le canturreaba, hasta que llegó un momento en que Tristan no pudo seguir soportándolo más.

—Buenas noches, mi señor —Haith sonrió y finalmente se acercó a él, colocándole las palmas de las manos en el pecho y subiéndolas hasta los hombros. Tristan hubiera jurado que sintió la espiral de las yemas de sus dedos a través de la cota de mallas.

Tristan tragó saliva, no se veía capaz de hablar. Como si temiera que se evaporara en la luz de la luna a la que se parecía, levantó muy despacio las manos para posarlas en su espalda desnuda, acariciando los suaves montículos de sus omóplatos. Haith tenía la piel fresca y húmeda por el agua, pero no fría. Irradiaba calor interno como si fuera un brasero, y Tristan temió entrar en ebullición dentro de la ropa.

—Mi señora —consiguió balbucear finalmente. Haith se apretó contra él, buscándole el rostro con la mirada, y pusiera los ojos donde los pusiera, siempre veía la piel de Tristan hormigueando. No, ardiendo.

—No podía encontrarte.

—Pero me has encontrado —suspiró ella. Le deslizó las manos hasta el rostro, detrás de las orejas y después hacia el cabello, atrayendo su cabeza hacia la suya y reclamando su boca como un guerrero victorioso reclamaría un campo de batalla conquistado tras ardua lucha. Le besó los labios, le encontró la lengua y lo sujetó contra sí con una fuerza que Tristan sabía que no podía ser únicamente física. Un trueno resonó en la distancia.

Haith se apartó, dejando un regusto de su sabor en él que a Tristan le supo a poco, y luego lo miró tan profundamente a los ojos que Tristan la sintió en lo más íntimo de su alma.

—Me has encontrado y me has salvado —insistió ella.

La contención de Tristan se quebró entonces, y ahora le tocó a él ejercer de guerrero victorioso. La atrajo hacia sí una vez más, permitiendo que sus manos sujetaran y presionaran aquella piel tan amada. Los dedos de Haith tiraron de su pesada cota de mallas, y le apartaron la túnica del vientre. Cuando sus pieles desnudas se encontraron, Tristan sintió el chisporroteo de un relámpago recorriéndole la espina dorsal, saboreó la ácida corriente en la boca de Haith, vio las fantasmagóricas señales en sus párpados.

Se apartó de ella un instante, una eternidad, mientras terminaba de sacarse la ropa por la cabeza con ayuda de Haith. La túnica y la cota de mallas cayeron en el arroyo con una zambullida de aplauso, y entonces sus brazos desnudos rodearon una vez más el cuerpo de Haith. La besó en la boca, deslizó los labios por su rostro y su mejilla, por la mandíbula, la dulce curva de su cuello. Ella susurró su nombre, y Tristan sintió que corría un peligro real de alejarse de la tierra cuando sintió las manos de Haith en los cordones de sus calzas.

Ella colocó la cabeza bajo su barbilla y le recorrió el pecho con la boca, su lengua dejó un abrasador reguero sobre la piel de Tristan. Tiró de los cordeles atados de su cinturilla y gimió ante su obstinación.

Él detuvo sus esfuerzos con mano suave y se apartó de ella dando un paso atrás. Tristan respiró con dificultad ante la belleza de su desnudez, el fuego de sus ojos. Se inclinó y echó agua sobre su propio cuerpo, por el pelo, la dejó resbalar por el pecho, liberándose del polvo de la batalla. Haith lo observó con osadía, como retándole a seguir resistiéndose a ella un instante más.

Haciendo un arco con el agua al chapotear, Tristan la cogió en brazos y caminó contra corriente hacia la orilla, hacia su claro, la manta y el fuego.

Las profundas respiraciones de Tristan le elevaban rítmicamente el pecho apoyado contra la desnuda piel de Haith mientras la acercaba a la hoguera. Ella le apretó los labios contra el hombro, le mordió la piel cálida. Su cuerpo se estremeció con su calor del mismo modo que cuando la colocó suavemente sobre la manta, una ráfaga de aire le provocó escalofríos por todo el cuerpo.

Lo miró con descaro, seductoramente.

Tristan se alzó sobre ella, deslizando la mirada sobre cada centímetro de su cuerpo mientras tiraba de los cordeles de sus calzas. Las húmedas tiras de cuero se partieron de la fuerza con la que las agarró, y Haith podía distinguir su excitación a través de la resbaladiza tela. Se quitó las botas, que se desplomaron en la oscuridad. Y entonces él también estuvo desnudo.

Haith no tuvo miedo cuando Tristan se tumbó a su lado. El brillo del fuego acariciaba aquel rostro tan familiar para ella. No dedicó un solo pensamiento al probable dolor que le produciría su unión física. No tenía preocupaciones respecto al futuro, ni se arrepentía del pasado. Las caricias de Tristan eran una promesa en su piel cuando se colocó encima de ella, sus labios fueron un sello sagrado cuando la besaron a la altura de la clavícula y después en los senos, donde se entretuvieron. Le deslizó la mano por el estómago, cubriéndole las nalgas y

estrechándola contra sí. Haith suspiraba por sus caricias, y estuvo a punto de gritar en voz alta cuando la mano de Tristan se deslizó entre sus piernas.

Tristan jadeaba a su lado, murmurando palabras ininteligibles sobre su piel entre besos. El mundo de Haith era una mezcla de oscuridad cálida y sensaciones físicas tan intensas que el placer casi parecía dolor. Sus gemidos le sonaron feroces incluso a sus propios oídos. Las manos de Tristan tocaban su cuerpo como si fuera un tambor enloquecido, con un redoble insistente e inexorable. El cuerpo de Tristan se estremeció con su propio deseo, y Haith sintió que estaba al borde de algo tan frenético, tan extasiado, que si Tristan no la sujetaba con fuerza, se haría pedazos.

Ahora, ahora... tenía que decírselo ahora.

—Tristan —susurró acariciándole el húmedo cabello—. Oh, Tristan.

Él alzó el rostro, la intensidad de su pasión resultaba clara y excitante en sus ojos. Los dientes le brillaron bajo la luz.

—¿Sí, mi amor?

Haith sabía que en cualquier momento se vendría abajo, porque sin duda su cuerpo no podría soportar aquel enloquecedor latido durante mucho más tiempo.

—Tristan —exclamó—. *Te amo.*

Y entonces se hizo añicos, fueron miles de pequeños puntos de luz tras sus párpados, un cielo lleno de estrellas, un océano oscuro de plenitud. Lo llamó una y otra vez, su hombre, su guerrero, mientras se mantenía a flote sobre aquellas olas cálidas. Y Tristan respondió moviéndose entre sus muslos mientras ella continuaba a la deriva.

La puñalada de dolor fue como si la rociaran con agua fría, y Haith abrió los ojos con asombro. Pero al ver a Tristan encima de ella, con la frente arrugada y perlada por el sudor, las fosas nasales abiertas; al ver la ancha curvatura de sus hombros por encima de ella, al sentir su brazo fuerte y firme bajo la espalda, confió en que volviera a empujarla una vez más hacia aquella cálida ola.

Se sentía plena, llena, y se agarró a él con fuerza. Hundió el rostro en su cuello húmedo, y le susurró, hablándole de su amor entre besos.

—Te amo, Haith —susurró Tristan—. Oh, Dios, cómo te amo.

Ella se colgó de su espalda resbaladiza, el corazón y el cuerpo cantaban mientras los movimientos de Tristan se iban haciendo más furiosos, más salvajes. Se arqueó contra él, echó la cabeza hacia atrás en la manta, mirando el brillante círculo de noche que pendía sobre los árboles.

Tristan volvió a gemir su nombre una y otra y otra vez, cada vez más alto. Entonces, con un grito áspero, se puso tenso y su cuerpo sonó dentro del suyo. Haith sintió las lágrimas de Tristan en las mejillas como si fueran suyas.

Y una única estrella brilló sobre la oscuridad del bosque, besando a Haith y a Tristan con su dulce luz.

Epílogo

Día de año nuevo, 1077
Castillo de Greanly, Inglaterra

Haith, que estaba al lado de Tristan, se levantó con un suspiro cansado al escuchar llorar de nuevo al bebé, reclamando su atención. Las grandes manos de Tristan se deslizaron con indolencia por los brazos de su esposa, como si le costara trabajo dejarla marchar. Se incorporó en la cama y esperó a que ella regresara con su hija.

Haith miró por encima de la cuna y sonrió a la niña que se revolvía inquieta.

—No quieres perderte nada, ¿verdad, pequeña lady Isabella?

Un gorgojeo fue la única respuesta de la niña, y con una carcajada, Haith la cogió en brazos y se movió rápidamente por el frío suelo para acomodarse con ella dentro de la cama calentita.

Tristan sonrió mientras mantenía las mantas apartadas.

—Entonces es como su madre, de eso no hay duda.

Isabella se instaló cómodamente para alimentarse, los rojos rizados de madre e hija se confundieron sobre el cremoso seno de Haith. Ella se apoyó de nuevo en el hombro de Tristan y giró el cuello para sonreír de manera traviesa a su esposo.

—¿Y tú eres de los que sólo se ocupan de sus propios asuntos?

Tristan se encogió de hombros y la besó suavemente en la boca.

—Me temo que cualquier respuesta que dé sólo servirá para implicarme más.

—Mm —Haith apartó los cortos rizados de la niña de su carita—. ¿Crees que Bertie estará enfadada conmigo por no haber ido todavía a visitarla? Pharao y ella siempre vienen a Greanly.

—No, ella sabe que necesitas tiempo antes de tener fuerzas para regresar a Seacrest. Espero que Phar y ella vuelvan pronto por aquí —Tristan sonrió con indulgencia—. Ayer tuve noticias de él... tu hermana está embarazada otra vez.

—¡Oh, Tristan! —chilló Haith, haciendo que Isabella graznara en protesta—. ¡Es maravilloso! Ahora el pequeño Jamie tendrá un hermano o una hermana para jugar.

El primer hijo de Pharao y Soleilbert, James, o Jamie, como lo llamaban, había llegado hacía casi un año, para felicidad de todos. El niño era una maravillosa combinación de la belleza rubia de su madre y los tonos oscuros del padre, con rizados suaves y pardos; piel cremosa y profundos ojos oscuros.

El cambio que había dado Ellora tras el nacimiento de su primer nieto había sido poco menos que milagroso para todos los que la conocían. Guillermo le había dado venia a Tristan para castigar a Ellora como le pareciera por la participación de la dama en el intento de acabar con su vida, pero al final fue la mano de Haith la que impidió que su esposo condenara a Ellora al destierro, alegando que la mujer ya había sufrido suficiente a lo largo de su vida. Aquel había demostrado ser un buen consejo, porque Ellora adoraba al niño sin ningún pudor, y se refería constantemente a Bertie y a Phar como el señor y la señora de Seacrest. Ahora Ellora era un miembro productivo del personal de la casa de su hija, por no mencionar que además era la suegra de un miembro de la realeza.

—Me pregunto —musitó Haith—, si Pharao no se arrepiente de vez en cuando de no haber regresado a gobernar su país, como es su derecho.

—Yo mismo se lo he preguntado —admitió Tristan—. Pero él asegura que su hogar está ahora aquí, con nosotros y con Soleilbert. Creo que ha estado demasiado tiempo lejos de su gente y todavía les guarda mucho resentimiento por la caída y posterior muerte de su padre. Gracias a Dios, se dio cuenta de dónde estaba su verdadera familia antes de subirse a aquel barco.

—Un príncipe —murmuró Haith. Isabella se había vuelto a quedar dormida, y roncaba suavemente—. No me extraña que Guillermo le ofreciera Seacrest después de que nos hubiera ayudado tan fielmente contra Nigel.

—Sí —Tristan compuso una mueca—. Pero también ha sido una estrategia política, amor. Guillermo busca alianzas en el extranjero, y una manera de asegurarse la lealtad de la gente de Phar fue convertirlo a él en uno de sus señores.

Haith resopló.

—Nuestro rey siempre tan enrevesado.

Se escuchó una llamada a la puerta del dormitorio, y marido y mujer se subieron las mantas más arriba.

—Adelante —dijo Tristan.

Genevieve, baronesa de Crane, asomó la cabeza en la habitación.

—Os felicito en el primer día del nuevo año, queridos.

—Igualmente, madre —Tristan sonrió—. Entra.

Genevieve se acercó a la cama en el lado en que estaba Haith y extendió los brazos.

—¡Aquí está mi nieta! *Mapetite chérie!* —Genevieve miró a Haith y a Tristan—. Si queréis, puedo vestirla y llevarla al salón mientras vosotros os arregláis.

—Gracias, mi señora. Bajaremos enseguida —dijo Haith. Cuando Genevieve hubo recogido la ropa de Isabella y salió cerrando suavemente, Haith suspiró y se acurrucó contra Tristan. Abrazó con fuerza su estrecha cintura.

—Es maravillosa.

—Sí. Apenas puedo soportar pensar en los años que hemos perdido —Tristan hablaba con dolor de la terrible separación de su madre en París tantos años atrás.

Tras la muerte de Nigel, Tristan había mantenido su promesa de escuchar la explicación de su madre. Pronto supo que poco después de haberlo dejado al cuidado de esa bruja, Genevieve iba a casarse con un lord francés a quien le disgustaba la idea de que hubiera dado a luz a un hijo ilegítimo. Le dijo a Genevieve que su familia no aceptaría a Tristan, y la persuadió para que escondiera a su hijo hasta que se hubieran casado. Ella no amaba al lord francés, pero al ser una joven manchada por el escándalo, sentía que tenía pocas opciones si quería casarse y proporcionarle un hogar a su hijo.

Genevieve accedió a que alguien cuidara del niño. Le prometieron que sólo sería durante unas semanas, y envió a Tristan con una conocida de su prometido con la mitad de los bienes que poseía, los zafiros de los D'Argent.

Genevieve apenas había sido capaz de hablar cuando le explicó a Tristan que tras la ceremonia de la boda, su nuevo esposo le informó con despreocupación que había vendido a su hijo. Sin poder creerlo, la madre de Tristan se había lanzado a las calles de París inmediatamente para buscar a la bruja que empleaba a los huérfanos como mano de obra esclava. Cuando descubrió que Tristan había desaparecido, regresó con su marido y le golpeó en la cabeza con su propia caja de monedas, matándole mientras dormía en venganza por la pérdida de su único amor... su hijo Tristan.

Temiendo por su propia vida, vació la caja asesina de su contenido y compró un pasaje para un barco que se dirigía rumbo a Inglaterra antes de que se corriera la voz sobre su fechoría. Una vez en Londres, enseguida atrajo la atención del barón de Crane y se casó con él, y su pasado francés se desvaneció en la oscuridad. Llegó a querer mucho a lord Richard, y se sintió feliz con

el nacimiento de Nicholas, pero durante todos aquellos años siguió buscando incansablemente a Tristan.

Tras la muerte del anciano barón, a Genevieve le llegaron rumores sobre el nuevo señor de Greanly, así que le pidió audiencia a Guillermo. El rey escuchó entero el trágico relato el mismo día que Tristan conoció a Genevieve en la corte y la absolvió por su crimen. Guillermo prometió que nunca tendría que regresar a Francia.

Ahora que madre e hijo se habían reencontrado, Genevieve se quedó en Greanly para asistir a la boda de su hijo y luego para ayudar a Haith en el parto de Isabella. Tras el bautizo de la niña, regresaría a Hartmoore para buscarle al hermano de Tristan una novia adecuada.

—Deberíamos levantarnos —murmuró Haith en el pecho de Tristan—. Los Buchanan llegaron a última hora de la noche, y nos estarán esperando.

—Mm. Pueden esperar —Tristan la atrajo hacia sí y le deslizó las yemas de los dedos por la espalda desnuda y cálida.

Haith se apartó y soltó una carcajada.

—¿No recuerdas lo que pasó la última vez que les hicimos esperar?

Cuando Haith y Tristan regresaron a Greanly tras su interludio amoroso en el bosque, Tristan sin camisa y calzando sólo una bota y Haith envuelta en la manta, se encontraron no sólo con el resto del victorioso grupo, sino también con cerca de sesenta guerreros escoceses.

Y un buhonero muy nervioso.

El abuelo de Haith, el padre de la mismísima Corinne, todavía estaba vivo y había sido el invitado de honor de las festividades que habían tenido lugar en ausencia de Tristan. Haith y él habían entrado en el salón en medio de una gran algarabía. Angus Buchanan les contó más tarde que había soñado con la nieta que creía muerta en Hastings. Había previsto su victoria sobre Nigel y había reunido a muchos miembros de su clan para emprender aquel largo y peligroso viaje hacia el sur.

Los escoceses se habían cruzado con el buhonero en su camino y, tras escuchar su historia, lo habían obligado a regresar con ellos.

—Sólo por si acaso —dijo Angus mirando fijamente al enjuto buhonero.

Minerva estaba eufórica por haberse podido reunir con su hermano Angus, pero al mismo tiempo, una sombra de tristeza cruzó por delante de su mirada. Cuando Haith le preguntó a su tía por aquella melancolía, Minerva se limitó a responder con una sonrisa triste.

—Es un viejo sueño, muchacha. Tal vez algún día te lo cuente, pero no ahora.

La celebración y la alegría duraron varios días.

—Tienes razón —Tristan fingió que se estremecía terriblemente—. Si no bajamos pronto, no quedará cerveza para celebrar el bautizo de Isabella.

Haith se rió a carcajadas y estrechó todavía más a su esposo contra sí para besarlo apasionadamente. Luego se echó hacia atrás, con sus ojos azules clavados en los ojos azules de él.

—Minerva tenía razón. Esto es una bendición.

—Sí —reconoció Tristan. La sonrisa se le desvaneció mientras se solazaba en el cálido brillo del mágico amor de Haith—. Realmente somos afortunados.

—Te amo, mi guerrero.

—Yo también te amo, esposa mía.

Haith se inclinó hacia delante para besar las comisuras de sus labios, sus mejillas, los párpados. Cuando Tristan se colocó encima de ella y la clavó en la cama con una sonrisa traviesa, Haith se rió, y aquel sonido tintineó por toda la habitación.

—Tal vez *podríamos* quedarnos un ratito más en la cama.

En lo alto de una colina no muy lejos de Greanly, dos figuras resplandecientes, un hombre y una mujer, observaban el castillo. Entrelazaron las manos cuando el sonido de la risa de Haith los rodeó, y el hombre esbozó una sonrisa.

—Mi hada —susurró Corinne, y aquel sonido apagado resonó por la tierra helada y silenciosa, haciendo menos ruido todavía que la nieve al caer—. Mi bendición.

James estrechó a Corinne contra sí, y la pareja elevó el rostro hacia los cielos mientras sus figuras se desvanecían.

Fin